



LIBLIOTECA

CLÁSICA.







VIDA

DE

BENVENUTO CELLINI



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CLXI

VIDA
DE
BENVENUTO CELLINI

(FLORENTINO)

ESCRITA POR ÉL MISMO

seguida de las

RIMAS

PUESTAS EN VERSOS CASTELLANOS

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA, DIRECTA DEL TOSCANO, CON
PRÓLOGO, NOTAS, APÉNDICES Y UN ÍNDICE SUMARIAL

POR EL

DR. LUIS MARCO

—
TOMO II
—



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal, núm. 11

—
1892

B. 404.442

—
ES PROPIEDAD
—

D

VIDA

DE

BENVENUTO DEL M.^o JUAN CELLINI.

(FLORENTINO)

ESCRITA POR ÉL MISMO EN FLORENCIA.

LIBRO SEGUNDO.

I.

Mientras estaba yo en el palacio del supradicho cardenal de Ferrara (1), universalmente bien quisto de todos y mucho más visitado de lo que antes lo fuera, asombrándose cada cual de que hubiera salido y vivido tras de tan inmensos afanes, á la vez que recuperaba el aliento ingeniándome en recordar mi arte, tuve grandísimo placer en escribir de nuevo los antescritos tercetos.

Después, para restaurar mejor las fuerzas, tomé el partido de salir á paseo al aire libre algunos días, con

(1) Hipólito de Este.

licencia y caballos de mi buen cardenal, juntamente con dos jóvenes romanos, uno de los cuales era oficial en mi arte; el otro compañero suyo no era del arte, sino que vino por darme compañía. Salí de Roma y me fuí á Tagliacozzo, pensando encontrar allí á mi ya mencionado discípulo Ascanio; llegado que hube á Tagliacozzo, encontré á dicho Ascanio, junto con su padre, hermanos, hermanas y madrastra. Durante dos días fuí por ellos agasajado lo imposible de decir; partíme para la vuelta de Roma y llevé á Ascanio conmigo. Por el camino comenzamos á hablar acerca del arte, de modo que impacientábame por volver á Roma para recomenzar mis obras.

Llegado que hubimos á Roma, en seguida me dispuse para trabajar; y encontrando una fuente de plata, la cual había comenzado para el cardenal antes de que me encarcelasen (á la par de esa fuente habíase principiado una bellísima jarrita, que me robaron con otras muchas cosas de gran valor), hice trabajar en ella al referido Paulo. Volví á empezar la jarrita, que estaba compuesta de figurillas exentas y de bajo-relieves; é igualmente estaba compuesto de figuras sueltas y peces en bajo-relieve dicha fuente, tan rica y tan bien concertada, que todo el que la veía quedábase absorto, así por la fuerza del dibujo y la invención, como por el esmero que empleaban aquellos jóvenes en las susodichas obras.

Dos veces diarias, á lo menos, venía el cardenal á verme, juntamente con el señor Luis Alamanni y con

el señor Gabriel Cesano (1), y allí pasábase el tiempo gratamente algunas horas. A pesar de tener yo bastante que hacer, aún me encargaba en abundancia nuevas obras; y me dió á que hiciera su sello pontifical, que fué tamaño como la mano de un niño de doce años; y en este sello grabé en hueco dos historietas: la una fué cuando San Juan predicaba en el desierto, y la otra cuando San Ambrosio expulsaba á aquellos Arrianos, representado á caballo con un azote en la mano (2), con tanta audacia y buen diseño, y tan esmeradamente trabajado, que todos decían cómo había yo superado á aquel gran Lautizio, quien era único en aquesta profesión; y el cardenal lo parangonaba por propia vanagloria con los otros sellos de los cardenales de Roma, y que eran casi todos de mano del antedicho Lautizio (3).

II.

Además de aquellos dos objetos, encargóme el cardenal que le hiciese un modelo de un salero; mas hu-

(1) Gabriel María de Cesano, que da el título al *Diálogo sobre la lengua*, de Claudio Tolomei.

(2) Es tradición popular entre los milaneses, que San Ambrosio apareció en su socorro en la batalla que ganaron en Parabiago contra Lodrisio Visconti, el 21 de Febrero de 1389. De ahí procede el representar al santo obispo á caballo, con vestidura pontifical y en actitud de poner en fuga y azotar con unas disciplinas á buen golpe de bien armados combatientes, á quienes el pueblo llamó después *Arrianos*.

(3) Bienvenido Cellini describe este sel'lo en su *Traçado de la aurifcercia*, cap. VI.

biera querido que saliese de lo ordinario entre aquellos que habían hecho saleros. El señor Luis dijo sobre esto, á propósito de esta sal, muchas cosas admirables; también el señor Gabriel dijo sobre este propósito cosas bellísimas. El cardenal, oyente muy benévolo, y satisfecho á más no poder de las trazas que de palabra habían hecho aquestos dos hombres de gran ingenio, volvióse á mí, diciendo:

—Bienvenido mío, el diseño del señor Luis y el del señor Gabriel plácenme tanto, que no sabría cuál de los dos elegir; por eso te dejo la elección del que haya de ponerse por obra.

Entonces dije yo:

—Ved, señores, de cuánta importancia son los hijos de los reyes y emperadores, y qué maravilloso esplendor y divinidad en ellos aparece; y sin embargo, si preguntáis á un pobre humilde pastorzuelo por quién siente más amor y mayor afección, si por aquestos dichos hijos ó por los suyos, de cierto os dirá tener más amor á sus hijitos. Así, pues, también yo tengo grande amor á los mis hijuelos que en aquesta mi profesión paro. Así, que el primero que he de mostraros, monseñor reverendísimo patrono mío, será obra mía é invención mía, pues muchas cosas son bellas al decirlas, mas al hacerlas luego, no se manifiestan tales en obra.

Y volviéndome hacia aquellos dos grandes ingenios, dije:

—Vosotros habéis dicho, y yo haré.

El señor Luis Alamanni entonces, riéndose, con

grandísima afabilidad añadió en favor mío muy lisonjeras palabras, las cuales aveníanse bien con él por ser de hermoso aspecto, proporcionado de cuerpo y suave de voz. El señor Gabriel era en todo el reverso, por lo feo y desagradable; y así, según su forma, tal habló. Había el señor Luis con las palabras diseñado que hiciese yo una Venus con un Cupido, juntos, con muchas galanterías, todas á propósito. El señor Gabriel había proyectado que hiciese yo una Anfitrite, mujer de Neptuno, con aquellos Tritones de Neptuno y otras muchas cosas bastante fáciles de decir, mas no de hacer.

Yo hice una forma oval, tamaña bastante más de media braza, casi dos tercios; y sobre dicha forma, á semejanza como el mar se abraza con la tierra, hice dos figuras bastante mayores de un palmo, las cuales estaban sentadas y entrando con las piernas una en otra, según se ven ciertos largos brazos de mar que penetran en la tierra. Junto al masculino Mar puse una nave con suma riqueza laborada, y en ella cabía muy bien mucha sal; bajo el antedicho, hube de acomodar aquellos cuatro caballos marinos suyos; en la diestra del referido mar púsele su tridente. Representé la Tierra por una mujer de tan hermosas formas, cuanto pude y supe hacerlo, bella y graciosa; junto á ella había puesto un templete rico y suntuoso, asentado en tierra, y la figura apoyábase en éste con una mano; aquéste habíalo hecho para poner en él la pimienta. En la otra mano había puesto un cuerno de la abundancia, adornado

con todo lo que me pareció más bello del mundo. Debajo de aquesta diosa, y en aquella parte que manifestaba ser el suelo, hube de acomodar todos los más hermosos animales que produce la tierra. Bajo la parte del mar figuré las más lindas suertes de pescados y caracolas que caber podían en aquel pequeño espacio. En el resto de la forma oval hice en su grosor muchos riquísimos ornamentos (1).

Luego aguardé al cardenal, quien vino con aquellos dos ingenios, y saqué para que la viesen aquesta obra mía de cera, á vista de la cual fué primero en alzar la voz murmurando mucho el señor Gabriel Cesano, y dijo:

—Esta es obra de no concluirse en la vida de diez hombres, y vos, monseñor reverendísimo, que la quisisteis, no la obtendréis en vida vuestra; por eso Bienvenido ha querido mostraros sus hijos, mas no dároslos como hacíamos nosotros, que hablábamos de cosas que hacerse pueden, mientras él os manifiesta aquellas que no se pueden hacer.

Al oír esto, el señor Luis Alamanni tomó parte á mi favor. El cardenal dijo que no quería entrar en tan gran empresa. Entonces me volví hacia ellos y dije:

—Monseñor reverendísimo, y también hablo con vosotros llenos de talento, digo que aquesta obra espero hacerla para quien haya de ser, y cada uno de vosotros

(1) Véase en el capítulo XXXVI reproducida y completa la descripción de este salero.

la veréis acabada con cien veces más riqueza que el modelo; y espero que aún sobre tiempo bastante para hacer otras mucho mayores que aquesta.

El cardenal replicó amostazado:

—Pues como no se haga para el rey á cuyo lado te llevo, creo que para otros no puede hacerse.

Y mostrándome las cartas donde el rey (1) en un párrafo escribía que presto se tornase llevando consigo á Bienvenido, alcé las manos al cielo, diciendo:

—¡Oh! ¡Cuándo vendrá esto pronto?

El cardenal dijo, que diese yo órdenes y despachase mis quehaceres que tenía en Roma para dentro de diez días (2).

III.

Llegado el tiempo de la partida, dióme un caballo hermoso y noble, y lo llamaba Turnón, porque el cardenal Tournon (3) se lo había dado á él. También mis discípulos Paulo y Ascanio, fueron provistos de cabalgaduras. El cardenal dividió su séquito, que era grandísimo. Una parte más noble se llevó consigo, emprendiendo con ella el camino de la Romaña para ir á visitar Nuestra Señora de Loreto (4), y de allí, después á

(1) De Francia, Francisco I de Valois.

(2) En efecto, dicho salero llegó á concluirse para tal rey (véanse los capítulos XVI y XXXVI de este libro).

(3) Francisco de Tournon, cardenal en 1530; falleció en 1562.

(4) En su famoso *Santuario de Loreto*.

Ferrara, á su casa. Enderezó la otra parte por la vía de Florencia. Aquesta era la mayor parte, con la belleza de sus caballerías.

A mí me dijo que si quería yo andar seguro me fuese con él, y cuando no, que había peligro de la vida. Manifesté á su señoría reverendísima la intención de irme con él; y así, como aquello que está ordenado por los cielos conviene que suceda, plugo á Dios que me tornase á la memoria mi pobre hermana carnal, quien había sentido tan grandes sinsabores por mis grandes males.

También me tornaron á la memoria mis primas hermanas, las cuales eran en Viterbo monjas, abadesa la una y despensera la otra, por lo que eran gobernadoras de aquel rico monasterio; y habían pasado por mí tantas graves angustias y rezado por mí tantas oraciones, que tengo por muy cierto cómo con las oraciones de aquellas pobres virgencitas logré impetrar la gracia de Dios para mi salud. Por tal motivo, viniéndome todas aquellas cosas á la memoria, tomé otra vez la vuelta de Florencia; y aun cuando hubiera viajado libre de gastos con el cardenal ó con la otra parte de su séquito, me resolví á ir por mi cuenta acompañándome con un excelentísimo maestro relojero llamado maestro Cherubino, muy mi amigo. Nos encontramos por acaso, é hicimos juntos aquel viaje con sumo placer.

Habiéndome partido de Roma el lunes santo (1), vi-

(1) El día 22 de marzo de 1540.

nimos de allí solos nosotros tres, y en Monte Ruosi (1) encontré á dicho acompañante; y como yo había manifestado la intención de irme con el cardenal, no pensé que ninguno de mis enemigos se hubiese propuesto hacerme perseguir en manera alguna. Mas fué lo cierto que rematé mal en Monte Ruosi, pues habíase mandado por delante de nosotros un golpe de hombres bien armados para darme qué sentir; y quiso Dios que mientras comíamos, éstos, que habían tenido indicios de que iba yo sin el séquito del cardenal, habíanse dispuesto en orden para mi daño.

Precisamente entonces llegó dicho tren del cardenal y con él fuíme salvo gozosamente hasta Viterbo. Desde aquí ya no conocí luego peligro, yendo siempre delante algunas millas, y los hombres principales que iban con aquellos bagajes curábanse mucho de mí. Gracias á Dios llegué sano y salvo á Viterbo, donde me hicieron grandísimos agasajos mis primas hermanas y todo el monasterio.

IV.

Partido que me hube de Viterbo con los antedichos, seguimos el camino, cabalgando ya delante, ya detrás de dicho séquito del cardenal, de modo que el Jueves Santo, á la hora veintidós, nos encontramos junto á Siena en una posta; y viendo yo que había allí algunas

(1) País entre Roma y Viterbo.

yeguas de retorno y que los de las postas esperaban darlas por poco precio á cualquier pasajero para que las condujesen á Siena, al ver esto desmonté de mi caballo Turnón y puse encima de una de aquellas yeguas mi cojín y los estribos, y dí un julio á uno de los mozos de postas. Dejé mi caballo á mis jóvenes para que me lo condujesen, y enseguida me adelanté por llegar á Siena media hora antes para visitar á algún amigo mio y hacer algunos otros menesteres míos. Con este motivo, si bien anduve más á prisa, no hice correr á dicha yegua.

Llegado que hube á Siena, tomé en la posada las habitaciones buenas, precisas para cinco personas, y con el criado del posadero devolví dicho caballo á la posta, que estaba fuera de la puerta Camollia. Sobre dicha yegua quedáronseme olvidados mis estribos y mi cojín. Pasamos la noche del Jueves Santo muy alegremente: á la otra mañana, que fué el Viernes Santo, me acordé de mis estribos y de mi cojín.

Mandé por ellos, y el maestro de postas dijo que no me los quería devolver, porque había yo corrido su yegua. Envió varias veces recado, y aquel hombre siempre contestaba que no me los quería volver, con muchas injuriosas é insoportables palabras. Y el posadero de donde yo estaba alojado, me dijo:

—Saldréis bien si no hace más que no devolveros el cojín y los estribos.

Y siguió diciendo:

—Sabed cómo aquel es el más bestial hombre que

hay en aquesta ciudad, y tiene dos hijos soldados bravísimos, aún más bestias que él; así, pues, volved á comprar lo que os haga falta y seguid vuestro camino sin decir nada.

Compré otro par de estribos, pensando, no obstante, recuperar con suaves palabras mi buen cojín; y como iba yo muy bien á caballo y bien armado con cota y manguitos de mallas y con un admirable arcabuz en el arzón, no me espantaba aquella gran brutalidad que me decían tener aquella bestia furiosa. También había acostumbrado á mis mancebos á llevar cota y manguitos de mallas, y mucho confiaba en aquel joven romano, el cual me parecía que no se los quitó nunca mientras estuvimos en Roma. También los llevaba Ascenio, á pesar de ser jovenzuelo; y por hallarnos en Viernes Santo pensé que la furia de aquellos locos debía de holgar un poco.

Llegamos á la dicha puerta Camollia, donde vi y conocí por las señas que habíanme dado, por ser tuerto del ojo izquierdo, á aquel maestro de postas. Híceme el contradizo con él, y dejando á un lado á mis jóvenes y compañeros, afablemente dije:

—Maestro de postas, si os aseguro yo que no he corrido vuestra yegua, ¿por qué no estáis pronto á volverme mi cojín y mis estribos?

A esto respondió en verdad de aquel modo loco, bestial, como se me había dicho. Por lo cual le dije:

—¡Cómo, no sois cristiano! ¿O queréis en un Viernes Santo escandalizar vos y á mí?

Contestó que no se le importaba Viernes Santo ó viernes diablo, y que si no me quitaba de delante yo, con un espuntón que había cogido derribaríame al suelo junto con el arcabuz que llevaba yo en la mano. Al oír aquellas palabras acercóse un viejo hidalgo sienés en traje de fiesta, quien volvía de hacer aquellas devociones que se acostumbran en semejante día; y habiendo oído muy bien desde lejos todas mis razones, valientemente se acercó para reprender á dicho maestro de postas, tomando mi defensa; y gritaba á los hijos de éste porque no trataban como era debido á los forasteros que pasaban, y que de ese modo obraban contra Dios y daban motivo á vituperar á la ciudad de Siena.

Aquellos dos jóvenes hijos suyos, meneando la cabeza sin decir nada, se metieron allá dentro de su casa. El rabioso padre, irritado por las palabras de aquel digno hidalgo, en seguida, con vituperables blasfemias, bajó el espuntón jurando que con él quería matarme de cualquier modo. Al ver yo aquesta brutal resolución, por tenerlo algún tanto atrás, hice ademán de mostrarle la boca de mi arcabuz. Echóseme encima más furioso, y el arcabuz que tenía yo en la mano, si bien dispuesto en orden para mi defensa, no lo había bajado aún tanto que le apuntase á él, antes estaba con la boca alta; mas por sí sólo hizo fuego. La bala dió en el arco de la puerta, y rebotando atrás, pegó en la caña del garguero al antedicho, quien cayó á tierra muerto.

Corrieron velozmente los dos hijos; uno de ellos cogió un arma de un astillero y el otro cogió el espuntón del

padre; y echándose sobre aquellos mis mancebos, el hijo que tenía el espuntón embistió el primero á Paulo Romano en la tetilla izquierda, y el otro se arrojó contra un milanés que estaba en nuestra compañía, el cual tenía cara de tonto, y no le valió recomendarse diciendo que nada tenía que ver conmigo; mas tuvo que defenderse de la punta de una partesana con un bastoncillo que llevaba en la mano, y con el cual no pudo librarse de recibir una pequeña herida en la boca.

Aquel señor Cherubino iba vestido de clérigo, pues si bien era un muy excelente maestro relojero, según dije, había obtenido del Papa beneficios con buenas rentas. Aun cuando Ascanio estaba muy bien armado, no hizo ademán de huir como lo hizo aquel milanés, de modo que aquestos dos no fueron acometidos. Yo, que había picado espuelas al caballo y mientras éste galopaba había prestamente vuelto á poner orden y cargado mi arcabuz y volvía furibundo atrás, pareciéndome haber obrado de burlas, para obrar de veras, pensé que habrían sido muertos aquellos mis jóvenes, y fuí resuelto á morir yo también.

No corrió muchos pasos atrás el caballo sin encontrar que hacia mí venían éstos, á quienes pregunté si habían recibido daño. Respondió Ascanio que Paulo estaba herido de muerte por un espuntón. Entonces dije yo:

—¡Oh, Pablo, hijo mío! ¿Así, pues, el espuntón te ha atravesado la cota de mallas?

—No, dijo; que la cota habíala yo puesto en las alforjas aquesta mañana.

—¿Con que las cotas de malla se llevan puestas en Roma para gustar á las mujeres, y luego en los sitios peligrosos, donde hacen falta puestas, se guardan en las alforjas? Todos los males que tienes te están muy bien merecidos, y eres causa de que yo vaya ahora mismo á morir aquí.

Y mientras decía yo aquestas palabras, volvíame siempre atrás animosamente. Ascanio y él me rogaban que tuviese á bien por amor de Dios salvarme y salvarles, porque de seguro era ir en busca de la muerte. En esto encontré á aquel señor Cherubino, junto con aquel milanés herido; gritóme en seguida diciendo que ninguno tenía daño, y que el golpe de Paulo había ido tan recto, que no le había pasado; y que aquel viejo de las postas había quedado muerto en tierra; y que los hijos con bastantes otras personas hallábanse dispuestos y de seguro nos harían trizas á todos.

—Así, pues, Bienvenido, ya que la fortuna nos ha hecho salvos de aquel primer ímpetu furioso, no la tenemos de nuevo, pues no nos salvaría.

Entonces contesté yo:

—Puesto que sois de ese parecer, también yo me avengo á él.

Y volviéndome hacia Pablo y Ascanio, dije á estos:

—Espolead vuestros caballos y galopemos hasta Staggia (1) sin detenernos más, y allí estaremos seguros.

(1) Staggia dista de Siena unas diez millas.

Aquel milanés herido exclamó:

—¡Cancer venga á los pecados! Que aqueste mal que yo tengo fué sólo por el pecado de un poco de menestra de carne que ayer comí, por no haber otra cosa que tomar.

Sin embargo de aquestas grandes tribulaciones en que nos veíamos, vímonos forzados á sonreirnos un poco de aquel necio y de las estúpidas palabras que había pronunciado. Dimos espolique á los caballos, y dejamos que el señor Cherubino y el milanés anduviesen al paso que quisieran.

V.

Entretanto los hijos del muerto acudieron al duque de Amalfi (1) para que les diese algunos caballos ligeros con qué perseguirnos y apresarnos. Dicho duque, sabiendo que éramos hombres del cardenal de Ferrara, no quiso dar caballos ni licencia. Mientras, llegamos á Staggia, donde nos vimos en seguro. Llegado que hubimos á Staggia buscamos un médico, el mejor que en aquel lugar pudo hallarse; hicimos que viese á Paulo; la herida era superficial y conoció que no tendría ma-

(1) Lo era entonces Alfonso Piccolomini, nombrado capitán general de los sieneses desde 1529: gobernaba aquella república bajo el protectorado y dependencia de Carlos V de Alemania, quien le removió del cargo en 1541.

las consecuencias. Hicimos que nos preparasen algo para comer.

A la vez presentáronse el señor Cherubino y aquel bobo milanés que continuamente mandaba el cancer á las cuestiones, y decía estar excomulgado porque no había podido decir aquella santa mañana un solo *Padre nuestro*. Por ser el tal feo de rostro y tener de por sí grande la boca (que, con la herida que en ella recibió, hábiale crecido más de tres dedos), y con aquella su graciosa habla milanese y con la necedad de su lengua, las palabras que decíanos daban tales ganas de reir, que, en vez de condolernos por su mala suerte, no podíamos menos de reirnos de toda palabra que él dijese.

Al querer el médico coserle aquella herida de la boca, habiéndole hecho ya tres puntos, dijo al médico que suspendiese un poco, pues no quería que por cualquiera enemistad se la fuese á coser del todo; y echando mano á un cucharón, dijo que quería se la dejase tan abierta que en ella entrase aquel cucharón, á fin de que pudiera tornar vivo á su familia. Aquestas palabras que decía con ciertos meneos de cabeza, daban tan gran ocasión á la risa, que en cambio de condolernos de nuestra mala fortuna, no paramos de reir; y así, riéndonos siempre, llegamos á Florencia.

Fuimos á apearnos á casa de mi pobre hermana, donde mi cuñado y ella nos festejaron mucho. Aquel señor Cherubino y el milanés fuéronse á sus negocios. Permanecimos en Florencia cuatro días, en los cuales curóse Paulo; mas era fuerte cosa que siempre que se ha-

blaba de aquel bestia del milanés movíanos á tanta risa cuanto á lágrimas nos movían las otras desgracias que ocurrieron; de modo que continuamente reíamos y llorábamos en un tiempo mismo.

Paulo se curó con facilidad; después nos fuimos por la vuelta de Ferrara, y encontramos que nuestro cardenal no había llegado aún á Ferrara, mas había sabido todos nuestros accidentes; y condoliéndose de ellos, dijo:

—Ruego á Dios me otorgue la merced de que te conduzca yo vivo ante aquel rey á quien te tengo prometido.

Dicho cardenal me acomodó en Ferrara un palacio suyo, bellissimo lugar llamado Belfiore, confinando con los muros de la ciudad; aquí hizo que me diesen todas las comodidades para trabajar. Después dió órdenes, dispuesto á partirse sin mí para tomar la vuelta de Francia; y viendo que yo quedaba muy descontento, me dijo:

—Bienvenido, todo lo que hago es por tu conveniencia, pues antes de llevarte de Italia quiero que en primer término sepas lo que vas á hacer en Francia; en este intervalo date prisa todo cuanto puedas en mi fuente y mi jarrito; y todo aquello de que hayas necesidad dejaré orden á un mayordomo mío para que te lo entregue.

Y partiéndose, me quedé muy disgustado y varias veces tuve intención de marcharme de allí; sólo me contenía el haberme librado aquél del papa Paulo, pues

por lo demás, estaba descontento, y con gran perjuicio mío. Sin embargo, revestido de aquella gratitud que merecía el beneficio que recibí, dispúseme á tener paciencia y ver el fin de aquestos quehaceres; y poniéndome á trabajar con mis dos mancebos, adelanté muchísimo aquella fuente y aquel jarrito.

Donde estábamos alojados era malsano el aire, y por estar próximo el verano enfermamos todos un poco. En esta indisposición nuestra andábamos mirando aquel lugar donde vivíamos, el cual era grandísimo y en un abandono selvático, casi una milla de terreno descubierto, y en el que había muchos pavos del país anidando allí como aves silvestres.

Percatándome de ello, arreglé mi escopeta con cierta pólvora sin hacer ruido; luego me aposté al encuentro de los pavipollos, y cada dos días mataba uno de ellos, el cual muy ampliamente nos nutría y con tan preciosa virtud, que todas las enfermedades nuestras desaparecieron. Estuvimos algunos meses muy gozosos trabajando y adelantamos en aquella fuente y aquel jarro, lo cual era obra que requería mucho tiempo.

VI.

Por entonces el duque de Ferrara concertó con el papa Paulo Romano ciertas antiguas diferencias suyas que tenían sobre Módena y ciertas otras ciudades; y por tener en ellas razón la Iglesia, el duque hizo aquesta paz con dicho papa á fuerza de dinero; la cual can-

tividad fué grande: creo que pasó de más de trescientos mil ducados de Cámara.

Tenía en aquel tiempo el duque un tesorero viejo, llamado señor Jerónimo Giliolo, quien lo había sido del duque Alfonso su padre. No podía aqueste viejo sopor-tar tamaño desaguizado de tantos dineros como se lle-vaba el papa; é iba gritando por las calles diciendo có-mo el duque Alfonso, padre suyo, con aquestos dineros habríale más presto quitado Roma que mostrárselos, y no estaba en orden que él quisiese pagar. Forzándole por último el duque á hacérselos pagar, sobrevino á este viejo un tan grande flujo de vientre, que le llevó casi á las puertas de la muerte.

En el intermedio que estaba enfermo, me llamó di-cho duque y quiso que le retratase, lo cual hice en un redondel de piedra negra, tamaño como un plato de mesa. Placíale al duque aquel trabajo mío, juntamente con muchas discretas razones; siendo ambas cosas con frecuencia causa de que por cuatro y cinco horas á lo menos estuviera atento á dejarse retratar, y algunas veces hacíame cenar en su mesa. En el espacio de ocho días le concluí aqueste retrato de su busto; después me mandó que hiciese el reverso, el cual representaba la figura de la Paz por una mujer con una pequeña tea en la mano, quemando un trofeo de armas; la cual (esta supradicha mujer) hice de airosa estatura, con sutilí-simos paños, muy bella y graciosa; bajo sus plantas figuré triste y afligido y atado con muchas cadenas el desesperado Furor.

Esta obra la hice con sumo estudio y me hizo grandísimo honor. El duque no se podía saciar de tenerse por satisfecho, y me dictó el mote de letras para el busto de Su Excelencia y para el reverso. Las del reverso decían: *Pretiosa in conspectu Domini*; en demostración de que aquella paz habíase vendido á precio de dineros.

VII.

Por el tiempo en que me puse á hacer este dicho reverso, el cardenal me había escrito diciéndome que me preparase, porque el rey había preguntado por mí, y que en la primera carta suya sabría la orden de todo aquello que él me había prometido. Hice encajonar mi fuente y mi jarra bien acomodadas, habiéndolas ya visto el duque.

Manejaba los negocios del cardenal un hidalgo ferrés, que tenía por nombre Alberto Benedio. Este hombre había estado metido en casa doce años sin salir nunca á causa de una enfermedad. Un día con grandísima presteza mandó por mí, diciéndome que debía montar en posta en seguida para ir en busca del rey, quien con grandes instancias había preguntado por mí, pensando que estuviera yo en Francia. El cardenal había dicho en excusa suya, que yo me había quedado un poco enfermo en una abadía de él en Lyon, mas haría porque estuviese presto con Su Majestad; por tal mo-

tivo, para aquesta diligencia era preciso que yo corriese en posta.

Este señor Alberto era muy hombre de bien; pero muy soberbio y, á causa de su enfermedad, tenía una soberbia insoportable; y, tal como lo digo, me dijo que me dispudiese presto para correr en posta. A lo cual contestéle que mi arte no se ejercía por la posta; y que si había de irme, quería caminar á cortas jornadas y llevar conmigo á Ascanio y Paulo mis ayudantes, á quienes había sacado de Roma; y además quería un servidor con nosotros á caballo para mi servicio, y tantos dineros como bastasen para conducirme allí.

Este viejo achacoso con airadísimas palabras me respondió que de aquel modo como yo decía, y no de otra suerte, viajaban los hijos del duque. Respondíle en el acto que los hijos de mi arte viajaban de aquella manera como había yo dicho, y por no ser nunca hijos de duque, no sabían aquéllos cómo viajaban éstos; y que si usaban conmigo aquellas palabras extrañas á mis oídos, en manera alguna me iría, así por haberme faltado el cardenal á su fe, como por añadir luego aquellas villanas palabras; por lo que me resolvería seguramente á no querer tratos con ferrareses. Y volviéndole las espaldas, me partí refunfuñando, y él se quedó insultando.

Fuí en busca del supradicho duque con su medalla acabada, el cual me hizo la más honrosa acogida que á hombre alguno se haya hecho en el mundo. Y había encargado á aquel su intendente Señor Jerónimo Gi-

liolo que, como premio á mis fatigas, buscase un anillo con un diamante del valor de doscientos escudos y que lo diese á Fiaschino su camarero, el cual me lo entregase á mí. Así se hizo. Dicho Fiaschino, la noche del día en que le hice entrega del medallón, me trajo á primera hora un anillo con un diamante dentro, el cual tenía gran apariencia, y dijo aquestas palabras de parte de su duque:

—Que aquella única habilísima mano que tan bien había obrado, en memoria de Su Excelencia con aquel diamante se adornase.

Al venir el día miré dicho anillo, el cual era un diamantejo sutil, por valor de unos diez escudos. Y como aquellas tan retumbantes palabras que el duque habíame mandado á decir no me persuadí de que envolvieran tan ínfimo premio, pensando el duque haberme satisfecho bien, é imaginándome que la truhanería sería cosa de aquel pícaro tesorero suyo, entregué el anillo á un amigo mío para que lo devolviese al camarero Fiaschino de cualquier modo que pudiera. Este fué Bernardo Saliti, quien desempeñó este oficio admirablemente.

En el acto vino dicho Fiaschino en mi busca, diciéndome con grandísimas exclamaciones cómo si el duque supiese que yo le devolvía un presente de aquel modo, lo llevaría muy á mal y acaso pudiera yo arrepentirme de ello.

A lo dicho repliqué cómo el anillo que Su Excelencia me había dado era del valor de unos diez escudos, y

cómo la obra que había yo hecho al duque valía más de doscientos. Mas, para mostrar á Su Excelencia que yo estimaba el acto de su fineza, que sólo me enviase un anillo de calambres (1), de aquellos que vienen de Inglaterra y valen menos de un *carlino*; ese lo guardaré en memoria de Su Excelencia mientras yo viviere, junto con aquellas honrosas palabras que Su Excelencia me había hecho trasladar; pues hacíame la cuenta de que el esplendor de Su Excelencia me había remunerado ámpliamente mis fatigas, mientras que aquella vil piedra era en vituperio suyo.

Aquestas palabras disgustaron tanto al duque, que éste llamó á su antedicho tesorero y le dijo tales improprios, como de allí atrás nunca le había dicho otros mayores; y á mí me envió á decir que, so pena de incurrir en su desgracia, no me partiese de Ferrara si él no me lo hacía saber; y á su tesorero le ordenó que me diera un diamante que llegase á trescientos escudos. El avaro tesorero buscó uno que excedía poco más de sesenta escudos, y dió á entender que dicho diamante valía más de doscientos.

(1) Parece debe entenderse ciertos anillos metálicos tenidos aún hoy por útiles para aquellas contracciones fibrilares y espasmódicas de los músculos, llamadas *calambres*. Véase si es antigua la *metaloterapia*, que se presenta como una modernísima conquista hecha por la ciencia médica, con el nombre de *Burcquismo*.

VIII.

Entre tanto el supradicho señor Alberto, había tornado al buen camino y habíame provisto de todo aquello cuanto habíale yo pedido. Estaba dispuesto aquel día á partirme de Ferrara de cualquier modo, mas aquel diligente camarero del duque había ordenado con dicho señor Alberto que por aquel día no tuviese yo caballos. Había cargado un mulo con muchos bagajes míos y juntamente con ellos había encajonado aquellas fuente y jarra que hecho había para el cardenal.

En esto sobrevino un hidalgo ferrarés, el cual se llamaba señor Alfonso de Trotti. Aqueste hidalgo era muy viejo, persona afectuosísima y que se deleitaba grandemente con las cosas de mérito; mas era una de esas personas difícilísimas de contentar, y que si por ventura llegan á ver alguna cosa que les plazca, se la pintan en su cerebro tan excelente, que jamás piensan volver á ver otra cosa que sea de su agrado. Llegó aqueste señor Alfonso, por lo cual díjole el señor Alberto:

—Duéleme que hayais venido tarde, porque ya están guardados aquella fuente y aquél jarro que enviamos al cardenal á Francia.

Este señor Alfonso dijo que no se curaba de ello; y llamando á un servidor suyo le mandó á su casa, el cual trajo una vasija de tierra blanca, de esa tierra de

Faenza, con suma delicadeza labrada; mientras que el servidor fué y volvió, aqúeste señor Alfonso decía al señor Alberto:

—Quiero deciros por qué yo no me curo ya de ver más vasos: y es porque ví una vez uno de ellos de plata, antiguo, tan bello y tan asombroso, que la imaginación humana no alcanzaría á pensar en tanta excelencia; y por ese motivo no me curo de ver otra cosa tal, á fin de que ésta no me eche á perder la maravillosa imaginación de aquél. Ocurrió que un gran hidalgo, aficionado, fué á Roma por algunos negocios suyos y secretamente le mostraron aqúeste vaso antiguo; á fuerza de una gran cantidad de escudos corrompió á quien lo guardaba y se lo trajo consigo á aqúeste nuestro país; mas lo tiene bien secreto, no lo sepa el duque, pues tiene miedo de perderlo de cualquier modo.

Mientras este señor Alfonso contaba aqúestas sus largas fábulas, no se guardaba de mí, que estaba presente, porque no me conocía. Entretanto, compareció aquél bendito modelo de barro, descubierto con mucha bambolla, charlatanería y pompa; tan pronto como lo ví, volviéndome al señor Alberto, dije:

—¡Bienaventurado también yo que lo he visto!

Enfurecido el señor Alfonso, con alguna palabra injuriosa, dijo:

—¿Quién eres tú, que no sabes lo que dices?

A esto repliqué yo:

—Escuchadme ahora, y luego veréis quién de los dos sabrá mejor lo que se dice.

Y volviéndome hacia el señor Alberto, persona muy grave é ingeniosa, dije:

—Aqueste es un vasito de plata de tanto peso, el cual hice en tal tiempo para aquel charlatán maestro cirujano Jacobo de Carpi, quien estuvo en Roma seis meses, y con una unción suya estropeó á muchas decenas de señores y pobres hidalgos, cobrándoles muchos millares de ducados. Por aquel tiempo hice este vaso y otro diverso de aqueste; y él me pagó uno y otro entonces muy mal (1); y aún están en Roma todos aquellos desventurados á quienes ungió, estropeados y maltrechos. Para mí es grandísima gloria que mis obras gocen de tanto renombre entre vosotros los señores ricos; mas en verdad os digo, que al cabo de tantos años acá me he afanado cuanto he podido por aprender; de modo que pienso cómo aquel vaso que llevo á Francia es mucho más digno del cardenal y del rey que lo fué aquél de vuestro medicastro.

Dicho que hube aquestas mis palabras, aquel señor Alfonso parecía propiamente como si se consumiera de los deseos de ver la fuente y el jarro, lo cual de continuo le negué. Después que hubimos estado disputando una pieza sobre esto, dijo que iría á hablar de ello al duque, y por medio de Su Excelencia los vería. Entonces el señor Alberto Bendedio, que era muy soberbio, como llevo dicho, exclamó:

(1) Cellini olvida haber dicho en el libro I, cap. XXVIII, que Jacobo Berenguer de Carpi le pagó muy bien estos vasos.

—Antes de que os partáis de aquí, señor Alfonso, lo veréis sin apelar á los favores del duque.

A estas palabras, me marché y dejé que se lo enseñasen Ascanio y Paulo; el cual dijo luego que habían dicho cosas grandísimas en mi elogio. Quiso después el señor Alfonso que yo me quedase con él á su servicio, por lo que me pareció tardar mil años en salir de Ferrara y apartarme de su presencia.

Todo cuanto allí habíame ocurrido de bueno, fué el trato con el cardenal Salviati, con el cardenal de Rávena (1) y algunos otros de aquellos excelentes músicos (2), y nada más; porque los ferrareses son gentes avarísimas y les gustan los bienes ajenos de todos los modos como puedan apoderarse de ellos.

A la hora veintidos presentóse el supradicho Fiaschino y me puso en el dedo el diamante mencionado del valor de unos sesenta escudos, diciéndome con faz melancólica y breves palabras que llevase aquél por amor de Su Excelencia.

A lo cual respondí:

—Así lo haré.

Poniendo los pies en los estribos á presencia suya, emprendí mi viaje para irme; notó el acto y las palabras, y referidos al duque, fué tal su cólera, que tuvo grandísimos deseos de hacerme volver atrás.

(1) El cardenal Juan Salviati, arzobispo de Ferrara; y el cardenal Benedicto Accolti, arzobispo de Rávena, á la sazón en Ferrara.

(2) Advierte Carpini que por aquel tiempo florecía mucho la música en Ferrara, donde había excelentes maestros.

IX.

Adelanté durante aquella noche más de diez millas, siempre al trote; y cuando al otro día estuve fuera del país ferrarés, sentí por ello muy gran placer; pues, aparte de aquellos pavipollos que comí y fueron causa del recobro de mi salud, aparte de esto, no conocí ninguna otra cosa buena. Hicimos el viaje por el Monte Cenis, no tocando en la ciudad de Milán por la sospecha antedicha (1), de modo que sanos y salvos llegamos á Lyon.

Junto con Paulo y Ascanio y un sirviente, éramos cuatro con cuatro cabalgaduras bastante buenas. Llegados á Lyon, nos detuvimos algunos días para esperar al mulero que conducía aquella fuente y aquel jarro de plata, á la vez que otros bagajes nuestros; nos alojamos en una abadía (2), que era del cardenal. Llegado que fué el mulero, pusimos todas nuestras cosas en una carreta y la hicimos encaminarse por la vuelta de París; así anduvimos hacia París, ocurriéndonos por el camino algún trastorno, mas no fué muy notable.

Encontramos la corte del rey en Fontainebleau; hicimos ver del cardenal, quien de seguida nos hizo consignar alojamiento, y por aquella noche descansamos

(1) La de que le alcanzasen é hicieran volver atrás por orden del duque Hércules II.

(2) La abadía de Esnay.

bien. Al otro día llegó la carreta; y tomando nuestras cosas, súpolo el cardenal y se lo dijo al rey, el cual en el acto quiso verme.

Fuí á ver á Su Majestad con dichas fuente y jarra, y llegado á su presencia le besé la rodilla, y él gratisimamente me acogió. En tanto que dí gracias á Su Majestad por haberme libertado de la cárcel (diciéndole que todo príncipe bueno y único en el mundo, como lo era Su Majestad, estaba obligado á hacer libres á los hombres aptos para cualquiera cosa, y mucho más si eran inocentes como yo; que aquellos beneficios eran los primeros escritos en el libro de Dios, antes de cualquier otro que hacerse pudiese en el mundo), aqueste buen rey me estuvo escuchando hasta que acabé de hablar, con suma cortesía y algunas palabras dignas de él sólo. Acabado que hube, tomó el jarro y la fuente, y luego dijo:

—En verdad que tan hermoso estilo de obra no creo que por los antiguos se viese; porque bien me acuerdo de haber visto todas las mejores obras y por los mejores maestros hechas de toda Italia, mas nunca ví cosa que me admirase tan grandemente como aquesta.

Dicho rey habló estas palabras en francés al cardenal de Ferrara, con otras muchas mayores que aquestas. Volviéndose luego á mí, hablóme en italiano, y dijo:

—Bienvenido, pasad el tiempo gozosamente algunos días, confortaos el ánimo y atended á trataros bien; entre tanto, Nos pensaremos en daros todas las comodidades para que podáis hacer alguna bella obra.

X.

Habiendo el cardenal de Ferrara visto que el rey había recibido grandísimo placer con mi llegada, así como que con aquellas pequeñas obras el rey habíase prometido poder cumplir su deseo de hacer ciertas grandísimas obras que tenía en ánimo; por ese motivo, durante aqueste tiempo en que viajábamos en pos de la corte, puede decirse que llenos de tribulaciones (1) (y la causa de éstas es que el séquito del rey lleva tras de sí continuamente doce mil caballos; y esto es lo de menos, pues cuando la corte en tiempo de paz va toda entera, llegan á ser dieciocho mil; de modo que siempre vienen á ser más de doce mil; por lo cual íbamos en seguimiento de dicha corte por lugares tales, donde algunas veces apenas había dos casas; y á la manera como lo practican los zíngaros, hacíanse tiendas de lienzo y muchas veces se padecía bastante), por lo mismo apremiaba yo al cardenal á fin de que éste incifase al rey á que me mandara á trabajar.

El cardenal me decía que lo mejor en este caso era esperar á que el rey por sí mismo se acordase de ello, y que me dejara ver yo alguna vez de Su Majestad, mientras que comía. Hícelo así, y una mañana me llamó

(1) El verbo principal de esta oración es *apremiaba*, que viene después del larguísimo paréntesis explicativo de los percances del viaje regio.

el rey cuando su almuerzo; comenzó á hablar conmigo en italiano, y dijo que tenía el ánimo de hacer muchas grandes obras y que presto me daría órdenes de adonde tenía yo que trabajar, proveyéndome de todo aquello que me hiciera falta; con otros muchos razonamientos de agradables y diversas cosas.

Estaba presente el cardenal de Ferrara, porque casi de continuo comía por la mañana en la mesa del rey; habiendo escuchado todas aquestas razones, y levantado el rey de la mesa, el cardenal de Ferrara dijo á mi favor, por cuanto me fué referido:

—Sacra Majestad, aqueste Bienvenido tiene muchas ganas de trabajar; y casi pudiera decirse que es pecaminoso hacer perder tiempo á semejante genio.

El rey contestó que había hablado bien, y que conviniere conmigo todo aquello que yo quisiera para mi pensión. El cual cardenal, á la noche siguiente de la mañana en que había recibido el encargo, hízome llamar después de la cena y me dijo de parte de Su Majestad, cómo Su Majestad había resuelto que yo pusiera mano al trabajo; mas primero quería que supiese yo cuál iba á ser mi pensión. A esto dijo el cardenal:

—Paréceme que Su Majestad os pensiona con trescientos escudos al año, que muy bien podréis ahorrarlos; en su consecuencia os digo, que dejéis esto á mi cargo, porque todos los días hay ocasión de poder ganar en este gran reino, y yo siempre os ayudaré admirablemente.

Entonces repliqué yo:

—Sin que yo preguntase nada á Vuestra Señoría reverendísima, cuando me dejó en Ferrara, prometióme que no me sacaría jamás de Italia sin que antes no supiera yo todo el modo cómo con Su Majestad había yo de estar. Vuestra Señoría reverendísima, en vez de mandarme á decir el trato que se me iba á hacer, mandó expresa comisión de que me viniese por la posta, como si tal arte en posta se hiciera; que si me hubiérais mandado á decir de trescientos escudos, como ahora me decís, no me hubiera movido ni por seis (1). Mas doy por todo gracias á Dios y á Vuestra Señoría reverendísima también, porque os ha empleado Dios por instrumento para un bien tan grande cual ha sido mi liberación de la cárcel. Por tanto, digo á Vuestra Señoría que todos los grandes males que por vos me pudieran venir no lograrían alcanzar á la milésima parte del gran bien que de vos tengo recibido; con todo mi corazón os lo agradezco, y tomo buena licencia; y donde yo esté, siempre y mientras viva, por vos tengo de rogar á Dios.

Airado el cardenal, dijo con cólera:

—Vete donde quieras, porque á la fuerza no se le puede hacer bien á nadie.

Algunos de aquellos ganapanes cortesanos suyos decían:

—A éste le parece que es una gran cosa, puesto que rehusa trescientos ducados de ingreso.

(1) Entiéndase "seiscientos escudos".

Otros, de los sensatos, decían:

—El rey no encontrará nunca uno como él; y a questo nuestro cardenal quiere regatearlo, cual si fuese una carga de leña.

Así habló el señor Luis Alamanni, según me refirieron que dijo. A questo fué en el Delfinado, en un castillo de cuyo nombre no me acuerdo; y sucedió el día último de Octubre.

XI.

Partiéndome del cardenal, me marché á mi alojamiento á tres millas de allí, junto con un secretario del cardenal que al mismo alojamiento también iba. Durante todo aquel viaje no dejó dicho secretario de preguntarme qué iba á hacer de mí, y cuál hubiera sido mi deseo en cuanto á la pensión que apetecía. No le respondí otra cosa que estas palabras:

—Todo me lo sospechaba.

Luego que llegué al alojamiento, encontré á Paulo y Ascanio, que allí estaban; y al verme turbadísimo, instáronme á que les dijese lo que tenía; y viendo asustados á los pobres jóvenes, les dije:

—Mañana os daré los dineros necesarios para que cómodamente podáis volveros á vuestras casas; y yo iré sin vosotros á un asunto mío importantísimo, que desde muy atrás tengo ánimo de hacer (1).

(1) Como se verá más adelante en este mismo capítulo, Cellini se refería al *Crucifijo de marmol* que hizo 20 años después.

Hallábase nuestra estancia pared por medio con la de dicho secretario, y tal vez fuera posible que se le escribiese al cardenal todo aquello que tenía yo el ánimo de hacer; si bien jamás de ello supe nada. Pasóse la noche sin dormir, y parecíame tardarse mil años en que se hiciera de día, para poner en planta la resolución que acerca de mí había hecho.

Al rayar el alba puse en orden los caballos y yo también me arreglé con presteza; dí á aquellos jóvenes todo cuanto había llevado conmigo y más de cincuenta ducados de oro; otro tanto guarde para mí, además de aquel diamante que me había dado el duque; sólo dos camisas llevé de allí y ciertas no muy buenas ropas de cabalgar, que tenía puestas. No podía despedirme de los dos jóvenes, quiénes querían venirse conmigo de cualquier modo; por lo que les avergoncé diciéndoles:

—Uno tiene la primera barba y el otro poco á poco empieza á tenerla, y habéis aprendido de mí tanto de aqueste pobre arte cuanto he podido enseñaros, hasta el punto de que sois hoy los primeros jóvenes de Italia; ¿y no os avergonzáis de no tener ánimo para salir del carrito de niño que siempre os conduce? Aquesta es una vil cosa; pues, si yo os dejase marchar sin dineros, ¿qué diríais entonces? Quitaos ahora de mi vista y que os bendiga Dios mil veces; adios.

Volví el caballo y los dejé llorando. Tomé por una bellísima senda de un bosque, para alejarme aquella jornada cuarenta millas por lo menos, á un sitio el más incógnito que pensar pudiese; habíame ya alejado cer-

ca de dos millas, y durante aquel corto trayecto había resuelto no practicar más en parte alguna donde fuere yo conocido, ni quería trabajar en otra obra sino en un Cristo de tres brazas de grandor (1), tratando de aproximarme todo lo más que pudiese á aquella infinita belleza que él mismo habíame mostrado (2). Habiéndome ya resuelto del todo, me fuí de allí para encaminarme al Sepulcro (3).

Cuando creí haberme alejado tanto que ninguno pudiese ya encontrarme, sentí en esto correr caballos detrás de mí; hiciéronme entrar algún tanto en sospechas, porque en aquella parte hay ciertas partidas de bandidos, los cuales se llaman aventureros, que muy á su gusto asesinan por los caminos; y si bien todos los días ahórcanse bastantes de ellos, casi parece que de tal cosa no se curan. Acercándoseme más aquellos, conocí que eran un enviado del rey, juntamente con mi mancebo Ascanio; y al llegar aquél junto á mí, dijo:

—De parte del rey os digo como con presteza os lleguéis á él.

Al cual hombre contesté:

—Tú vienes de parte del cardenal; por eso no quiero ir.

El hombre dijo que puesto que yo no quisiese ir por

(1) Este es el que hizo al cabo de 20 años y existe hoy en el trascoro del Escorial. ¡Cuán larga gestación la del arte!

(2) En la visión que tuvo en la cárcel, según refiere en el lib. I, cap. CXXII. Quizá entonces le ocurrió la idea del *Crucifijo*.

(3) Suponemos que al Santo Sepulcro, en Jerusalén.

buenas, tenía autoridad para mandar al pueblo, quien me pondría atado como prisionero. También Ascanio me rogaba cuanto podía, recordándome que cuando el rey ponía á uno en prisiones, tardaba por lo menos cinco años en resolverse á sacarlo de ellas. Aquesta palabra de las prisiones, haciéndome acordar de la de Roma, puso en mí tal espanto, que prestamente volví el caballo adonde el enviado del rey me señaló. El cual, siempre gruñendo en francés, no paró un punto durante todo aquel viaje hasta que me hubo conducido á la corte: ora me regañaba, ora me decía una cosa ú otra capaz de hacerme renegar del mundo.

XII.

Cuando hubimos llegado á los alojamientos del rey, pasamos por delante de los del cardenal de Ferrara. Estando el cardenal en la puerta, me llamó y dijo:

—Nuestro rey Cristianísimo por sí mismo os ha señalado igual pensión que Su Majestad daba al pintor Leonardo de Vinci, la cual es de setecientos escudos al año; y además os paga todas las obras que le hagáis; también por vuestra venida os regala quinientos escudos de oro, los cuales quiere que se os paguen antes de que os partais de aquí.

Acabado que hubo de hablar el cardenal, respondí que aquellas eran ofertas dignas del rey que era aquél. El enviado del rey, sin saber quién era yo, viendo que

se me hacían aquellas grandes ofertas de parte del rey, me pidió muchas veces perdón. Paulo y Ascanio exclamaron:

—Dios nos ha ayudado á tornar en tan honroso carrito.

Al día siguiente fuí á dar gracias al rey, quien me ordenó que le hiciese los modelos de doce estatuas de plata, las cuales quería que sirviesen para doce candeleros en torno de su mesa; y quería que en ellos fuesen figurados seis Dioses y seis Diosas de igual grandor que Su Majestad, quien era poco menos de cuatro brazas de alto.

Dado que me hubo aquesta comisión, volvióse al tesorero de los ahorros y le preguntó si me había pagado los quinientos escudos. Dijo que no se le había dicho nada. El rey lo tuvo muy á mal, pues había encargado al cardenal que se lo dijese. También me dijo que me fuese á París y buscase la estancia á propósito para hacer tales obras, porque me la haría dar. Tomé los quinientos escudos de oro y me fuí á París á una estancia del cardenal de Ferrara; y allí en el nombre de Dios comencé á trabajar é hice cuatro pequeños modelos de cera de dos tercios de braza cada uno: Júpiter, Juno, Apolo y Vulcano.

En este intermedio el rey fué á París; por lo cual fuí á visitarle y llevé conmigo dichos modelos juntamente con aquellos mis dos jóvenes, á saber, Ascanio y Paulo. Visto que hube cómo el rey estaba satisfecho de dichos modelos, y recibido su mandato de que hiciese primero

el Jove de plata de la antedicha altura, manifesté á Su Majestad cómo aquellos dos mencionados jóvenes habíalos yo traído de Italia para el servicio de Su Majestad; y como yo los había aleccionado, por aquestos principios me serían ellos de mejor ayuda que los de la ciudad de París. Díjome el rey á esto que señalase yo á los susodichos dos jóvenes tal salario cuál me pareciese les bastara para poderse mantener. Dije que cien escudos de oro para cada uno era bastante, y que yo les haría ganar muy bien tal salario. Así pues, quedamos acordes.

También dije que había yo encontrado un lugar el cual me parecía muy apropósito para hacer en él tales obras; dicho lugar era de Su Majestad en particular, llamado el pequeño Nesle (1) y lo tenía entonces el preboste de París (2), á quien Su Majestad se lo había dado; mas como aqueste preboste no se servía de él, Su Majestad podía darmelo á mí, que lo emplearía para su servicio. El rey contestó en el acto:

—Aqueste lugar es casa mía, y sé bien que aquel á quien lo dí no lo habita ni de él se sirve; por ese motivo os serviréis de él para nuestros asuntos.

Y en seguida mandó á su lugarteniente que me pusiera en posesión de dicho Nesle. El tal hizo alguna re-

(1) En el famoso castillo de Nesle (dividido en *Grand-Nesle* y *Petit-Nesle*) está hoy establecido el Instituto de Francia, como antes lo estuvo el Colegio Mazzarino, y la casa de Moneda.

(2) Por aquel tiempo era preboste de París Juan de Estouteville, Señor de Villebon y de otros lugares.

sistencia, diciendo al rey que no lo podía hacer. A esto respondió el rey con cólera que quería dar sus cosas á quien á él pluguiese y á hombre que le sirviera, pues de éste nada se servía; motivo por el cual no le hablase más de tal cosa. Entonces replicó el lugarteniente que sería de necesidad usar un poco de fuerza. A lo cual dijo el rey:

—Andad ahora, y si no es bastante la pequeña fuerza, emplead la grande.

En seguida me condujo al lugar, y tuvo que usar de la fuerza para ponerme en posesión; después me dijo que tuviera muchísimo cuidado de no ser allí muerto. Entré dentro é inmediatamente tomé servidores y compré buena provisión de lanzas, y muchos días estuve con grandísimo disgusto; porque aqueste era un gran señor parisiense y los otros gentilhombres eran todos enemigos míos, de modo que me lanzaban tantos insultos, que yo no podía resistir.

No quiero dejar en el olvido que por aqueste tiempo en el cual me acomodé con Su Majestad, corría precisamente el milésimo del año 1540, en que mi edad justa era la de los cuarenta años.

XIII.

Por aquestos grandes insultos me volví al rey, rogando á Su Majestad que me acomodase en otra parte; palabras á las cuales me contestó el rey:

—¿Quién sois y cómo os llamáis?

Quedé muy confuso y sin saber aquello que el rey quería decir; y estándome así quedo, el rey otra vez replicó casi airado las mismas palabras. Entonces respondí que me llamaba de nombre Bienvenido. Y dijo el rey:

—Pues entonces, si sois aquel Bienvenido de quien tengo noticia, obrad según vuestra costumbre, que para hacerlo os doy plena licencia.

Dije á Su Majestad cómo me bastaba sólo con mantenerme en su gracia, pues del resto no conocía yo cosa alguna que pudiera ser en mi daño. Sonriéndose el rey un poquito con sorna, dijo:

—Andad, pues, y mi gracia nunca os faltará.

En seguida me asignó á un primer secretario suyo, el cual se llamaba monseñor de Villeroi (1), para que diese órdenes de hacerme proveer y acomodar en todas mis necesidades. Este Villeroi era muy grande amigo de aquel gentilhombre llamado el preboste, de quien era el susodicho lugar de Nesle.

Este lugar era de forma triangular, y estaba pegado á los muros de la ciudad, y era un antiguo castillo, mas no había guardia en él; era bastante grande. Aqueste referido monseñor de Villeroi me aconsejaba que buscase yo cualquiera otra cosa, y que lo abandonase de todos modos; porque aquel de quien era, hombre de grandísimo poder era, y de seguro me habría hecho matar.

(1) Nicolás de Neufville, señor de Villeroi.

A lo cual respondile cómo había yo ido de Italia á Francia sólo por servir á aquel portentoso rey; y en cuanto al morir, estaba cierto que de morir había, y un poco antes ó un poco después no se me importaba un bledo. Este Villeroi era hombre de grandísimo ingenio y admirable en todas sus cosas, inmensamente rico; no había en el mundo cosa que él no hubiese hecho por molestarme, mas no lo demostraba nada; era persona grave, de hermoso aspecto, hablaba despacio.

Dió comisión á otro gentilhombre, que se llamaba monseñor de Marmaña (1), quien era tesorero de Lengoadoc. Aqueste hombre, la primera cosa que hizo fué escoger las mejores estancias de aquel lugar y hacer acomodarlas para él; al cual dije que aquel lugar me lo había dado el rey para que le sirviese, y que allí no quería que habitasen otros sino yo y mis servidores. Este hombre era soberbio, audaz, animoso, y me dijo que quería hacer cuanto le pluguiese, y que yo pegaba con la cabeza en la pared queriendo obrar en contra de él, y que todo aquello que él hacía había tenido comisión de Villeroi para poderlo hacer. Entonces dije que yo había tenido comisión del rey para que ni él ni Villeroi pudieran tal cosa hacer.

Cuando pronuncié estas palabras, aqueste hombre soberbio díjome en su lengua francesa muy feas palabras; á las cuales respondí en mi lengua, que mentía. Lleno de ira, hizo ademán de echar mano á una daga

(1) El señor de Marmagne Francisco L'Allemand.

suya pequeña; por lo cual puse mano á una daga mía grande, que de contino llevaba yo en el cinto para mi defensa, y le dije:

—Si te atreves á desenvainar aquella arma, te mato en el acto.

Él llevaba consigo dos servidores y yo tenía conmigo mis dos jóvenes; y mientras que dicho Marmaña estaba así en guardia sin saber qué hacerse, pero más presto inclinado al mal, decía gruñendo:

—Jamás toleraré tal cosa.

Veía yo que la cosa iba tomando mal camino, por lo que súbito me resolví, diciendo á Paulo y Ascanio:

—Cuando veáis que yo desenvaino mi daga, echaos encima de los dos servidores y matadlos, si podéis; porque á éste le mataré yo antes, y después nos iremos juntos á escape.

Al oír Marmaña esta resolución, le pareció lograr bastante con salir vivo de aquel lugar. Todas aquestas cosas, aun cuando un poco más modestas, se las escribí al cardenal de Ferrara, quien de seguida se las dijo al rey. Irritado el rey dióme en custodia á otro de aquellos bribones suyos, el cual se llamaba monseñor el vizconde de Orbech. Aqueste hombre, con tanta afabilidad cuanta imaginarse pueda, proveyó á todas mis necesidades.

XIV.

Aviado que hube del todo la casa y el taller, deján-los acomodadísimos para poder valerme, y magníficamente de la casa en mi servicio, en seguida puse manos á la obra de hacer tres modelos, tamaño exacto de como habían de ser de plata: aquestos fueron Jove y Vulcano y Marte.

Hícelos de tierra, muy bien armados de hierro; después me fuí á ver al rey, quien me hizo dar, si mal no recuerdo, trescientas libras de plata á fin de que comenzase yo á trabajar. Mientras que yo ponía en orden aquestas cosas, se acababan el vasito y la fuente ovalada, los cuales se llevaron algunos meses. Acabado que los hube, los hice dorar muy bien. Esta pareció la más bella obra que viérase nunca en Francia. En seguida los llevé al cardenal de Ferrara, quien me lo agradeció bastante; después los llevó sin mí al rey, é hizole de ellos presente.

El rey lo estimó en mucho y loóme más desmesuradamente que nunca se loase á un hombre tal como yo. Y por aqueste presente dió al cardenal de Ferrara una abadía de siete mil escudos de rentas, y á mí quiso regalarme, lo cual impidió el cardenal, diciendo á Su Majestad que eso era demasiado presto, no habiéndole aún dado ninguna obra. Y el rey, que era liberalísimo, dijo:

—Pues por eso quiero yo darle ánimos, para que me las pueda dar.

Avergonzándose con esto el cardenal, dijo:

—Señor, os ruego que me dejéis obrar á mí, pues yo le pasaré una pensión de trescientos escudos á lo menos, tan presto como hubiere yo tomado posesión de la abadía.

Jamás llegué yo á tenerla, y serían demasiado largas de contar si quisieran referirse las diabluras de aqueste cardenal; mas, quiero reservarme para cosas de mayor importancia.

XV.

Tornéme á París. Con tantos favores como el rey me hizo, era yo admirado por todos. Tuve la plata y comencé la susodicha estatua de Júpiter. Tomé muchos ayudantes, y con grandísima solicitud no dejé nunca de trabajar día y noche; de modo que, habiendo concluído en barro Jove, Vulcano y Marte y comenzado á adelantar bastante bien el Júpiter de plata, mostrábase ya el taller muy rico.

En esto compareció el rey en París; fuí á visitarle; tan presto como vióme Su Majestad, afablemente me llamó, y me preguntaba si en mi mansión había algo bello que mostrarle, pues iría hasta allí. Por lo cual referíle todo aquello que había yo hecho.

En el acto avínole grandísimo deseo de ir allá; y después de su almuerzo dió esas órdenes á madama de Etampes, al cardenal de Lorena y algunos otros de aquellos señores, cuales eran el rey de Navarra, cuña-

do del rey Francisco, y la reina hermana del dicho rey Francisco; y también fueron el Delfín y la Delfina; tantos hubo, que aquel día fué toda la nobleza de la corte (1). Yo estaba preparado en casa y me había puesto á trabajar. Cuando el rey compareció en la puerta de mi castillo, al sentir golpear tantos martillos, mandó que todos fueran quedos; en mi casa cada cual estaba en su trabajo, de modo que me encontré con el rey junto á mí cuando aún no le aguardaba.

Entró en mi salón, y lo primero que vió fué á mí con una gran plancha de plata en la mano, la cual servía para el cuerpo del Jove; otro hacía la cabeza, otro la pierna, de modo que el ruido era grandísimo. Mientras que yo trabajaba, tenía en torno mío un chicuelo francés, el cual me había hecho no se qué pequeña trastada, y por ello le había yo dado una patada; y por mi buena suerte entrando el pie en la juntura de los muslos, habíale empujado hacia adelante más de cuatro brazas; de modo que al entrar el rey se le echó encima este muchacho, con lo que se rió grandemente el rey y quedé yo muy confuso.

Comenzó el rey á interrogarme sobre aquello que

(1) Los citados personajes eran: Ana de Pisselen, duquesa de Etampes y favorita de Francisco I; Juan de Lorena, hijo del duque Renato II, hecho cardenal en 1518; Enrique II de Albret, rey de Navarra, conde soberano del Bearnesado y de Foix; Margarita de Valois, reina de Navarra, autora de las licenciosas novelas del *Heptameron*, imitando al *Decamerone* de Boccaccio; Enrique, hijo segundogénito de Francisco I, á la sazón Delfín y luego rey de Francia (Enrique II); y Catalina de Médicis, la Delfina, su esposa.

hacía yo, y quiso que trabajara; luego me dijo que le causaría mucho más placer no fatigándome nunca, sino tomando cuantos hombres quisiese para hacer á éstos trabajar, pues quería que yo me conservase sano para poderle servir más largamente. Respondí á Su Majestad, que en el acto enfermaría si yo no trabajase, y tampoco las obras serían de tal suerte como deseaba yo hacerlas para Su Majestad. Pensando el rey que lo que yo decía fuese dicho por jactancia y no por ser la verdad, hizo que se lo repitiese al cardenal de Lorena, á quien manifesté tan amplias y claras mis razones que de ellas quedó convencidísimo; por ese motivo convenció al rey de que me dejase trabajar poco ó mucho, según mi voluntad.

XVI.

Quedó satisfecho de mis obras el rey; tornóse á su palacio, y me dejó colmado de tantos favores, que sería largo el decirlos. El siguiente día, á su almuerzo, me mandó llamar. Estaba presente el cardenal de Ferrara, que comía con él. Cuando llegué, aún estaba el rey en el segundo plato; al acercarme á Su Majestad, en seguida comenzó á conversar conmigo, diciendo que pues tenía tan hermosa fuente y tan bello jarro de mi mano, para acompañar á tales cosas apetecía un buen salero, y deseaba que le hiciese un dibujo, mas quería verlo muy presto. Entonces repliqué:

—Vuestra Majestad verá mucho más presto ese di-

seño de lo que pide; porque mientras hacía yo la fuente, pensaba que, para acompañarla, se debía hacer el salero; y que tal cosa estaba hecha, y que si lo deseaba se la mostraría al punto.

El rey volvióse con mucha vivacidad, y dirigiéndose á aquellos señores, quienes eran el rey de Navarra, el cardenal de Lorena y el cardenal de Ferrara, les dijo:

—Aqueste es, en verdad, hombre para hacerse amar y desear por todo el que no le conozca.

Después me dijo que con sumo gusto vería el diseño que había yo hecho sobre tal cosa. Púseme en camino, y prestamente fuí y volví, porque sólo tenía que pasar el río, esto es, el Sena (1); llevé conmigo un modelo de cera, el cual ya había hecho yo en Roma á petición del cardenal de Ferrara. Llegado que hube junto al rey, y descubierto el modelo, asombróse el rey, y dijo:

—Aquesta es cosa más divina cien veces de lo que jamás hubiera yo pensado. ¡Gran traza es la de aqueste hombre! Nunca debe abandonarse.

Después volvióse á mí con cara muy satisfecha, y me dijo cómo aquella obra placíale mucho y deseaba que yo se la hiciese de oro. El cardenal de Ferrara, que estaba presente, me miró á la cara y me hizo seña, como quien reconocía que aquel era el modelo que había yo hecho para él en Roma (2). Repliqué á esto, cómo ya

(1) El rey Francisco I habitaba el palacie del Louvre en 1540.

(2) Véase su descripción en los capítulos II y XXXVI del presente libro II.

había yo dicho que aquella obra haríala yo para quien debiera tenerla. Recordó el cardenal aquellas mismas palabras; por lo que, amostazado, parecióle que había querido yo vengarme, y dijo al rey:

—Señor, aqueste es un grandísimo trabajo, y por ese motivo no se me ocurriría sospechar nada más, sino que no creo verlo jamás acabado; pues aquestos hombres de ingenio que tienen tamaños grandes conceptos del arte, con mucho gusto les dan principio, sin considerar bien cuándo han de tener fin. Por tanto, al mandar hacerse aquestas grandes obras tales, quisiera yo saber cuándo las habría de recibir.

A esto respondió el rey, diciendo que quien buscase tan sutilmente el fin de las obras, no comenzaría jamás ninguna; y lo dijo de cierto modo, dando á entender que aquellas tales obras no son tarea de hombres de pocos ánimos. Entonces dije yo:

—Todos los príncipes que alientan á sus servidores, en el modo como lo hace y dice Su Majestad, vienen á facilitar todas las grandes empresas; y pues Dios me ha dado un tan maravilloso patrono, espero darle acabadas muchas grandes y portentosas obras.

—Tal creo yo, dijo el rey; y levantóse de la mesa.

Llamóme á su cámara, y me preguntó cuánto oro necesitaba para aquel salero.

—Mil escudos, contesté.

En seguida llamó el rey á un tesorero suyo, que se llamaba monseñor el vizconde de Orbech, y le mandó que sin demora me proveyese de mil escudos viejos de

buen peso, de oro. Al partirme de Su Majestad, mandé llamar á aquellos dos notarios que me habían hecho dar la plata para el Júpiter y otras muchas cosas, y pasado el Sena, tomé una pequeñísima esportilla que me había dado una prima hermana mía, monja, al paso por Florencia; que para mis intereses tomé aquella esportilla, y no un saquito. Y pensando concluir ese quehacer de día, porque aún era temprano, no quise distraer á mis ayudantes, ni tampoco me curé de llevar servidores conmigo.

Llegué á casa del tesorero, quien tenía los dineros ante sí, escogiéndolos tal y como el rey le había dicho. Por cuanto parecióme ver, aquel ladrón de tesorero hizo con arte por tardar hasta la tercera hora de la noche en contarme los antedichos dineros. Yo, que no anduve falto de diligencia, mandé llamar á varios de mis oficiales para que viniesen á hacerme compañía, porque era cosa de mucha importancia.

Visto que aquéllos no venían, pregunté á mi enviado si les había hecho mi embajada. Cierta ladronzuelo de servidor dijo que habíala hecho, y que ellos habían dicho no poder venir; y que él, con buena voluntad, me llevaría aquellos dineros. Díjele que los dineros quería llevarlos yo mismo. Mientras, habíase expedido el contrato. Conté los dineros, los metí todos en el esportillo, y después metí el brazo por las dos asas; y como entraban muy á la fuerza, quedó bien cerrado, y con más comodidad mía lo llevé que si hubiera sido un saquillo. Iba yo bien defendido con cota y mangas de ma-

llas; y con mi espada y el puñal en el cinto, prestamente me puse en marcha.

XVII.

En aquel instante vi ciertos servidores que, cuchicheando, partiéronse también presto de la casa, haciendo como si fuesen á tomar otro camino que el mío. Caminaba yo muy deprisa; pasado el puente del Cambio (1), iba por encima de un malecón del río, el cual me conducía á mi casa de Nesle.

Cuando llegué junto á los Agustinos (2) (lugar peligrosísimo, y aun cuando próximo á mi casa quinientos pasos, por hallarse las habitaciones del castillo casi otro tanto adentro, no se hubieran oído las voces aunque me hubiese puesto á llamar), resolvíme al momento en que me vi descubierto, echándoseme encima cuatro con cuatro espadas. Cubrí prestamente aquel esportillo con la capa, y echando mano á mi espada, viendo que aquellos con gran ahinco me cercaban, dije: —A los soldados no puede quitárseles otra cosa sino

(1) *Pont-au-Change*. Aún no existían el *Pont-des-Arts* ni el *Pont-Neuf* (comenzado reinando Enrique III, en 1568), caminos hoy más cortos entre el Louvre y el Instituto (antiguo castillo de Petit-Nesle).

(2) *Quai des Augustins*. La iglesia y el convento de este nombre ya no existen, y en su lugar hubo después un mercado de aves, y hoy varias manzanas de casas particulares. Entre los puentes Neuf y Saint-Michel hay un malecón llamado *Quai des Orfèvres*, en memoria de CELLINI.

la capa y la espada; y aquésta, primero que yo os la dé, espero que la obtendréis con poca ganancia para vosotros.

Y combatiendo contra ellos animosamente, me descubrí varias veces á fin de que, si eran algunos de aquellos servidores que me habían visto coger el dinero, juzgasen con algún asomo de razón cómo yo no llevaba tal suma de dineros encima. La lucha duró poco, pues poco á poco se retiraban, é iban diciendo en su lengua:

—Aqueste es un bravo italiano, y en verdad no es el que buscábamos; ó si positivamente es él, no lleva nada encima.

Yo hablaba italiano, dando de continuo tajos y estocadas, con que alguna vez hice peligrar sus vidas. Y como siempre he manejado muy bien las armas, más juzgaban que fuese yo soldado que otra cosa; y reuniéndose juntos poco á poco se alejaban de mí, cuchicheando siempre en su lengua; mientras, seguía yo modestamente diciendo, que quien quisiere mi arma y mi capa no las lograría sin trabajo.

Comencé á apretar el paso, y ellos iban siempre detrás á paso lento; por lo cual, acrecióseme el miedo, pensando dar en alguna emboscada de otros tales como éstos, que me hubieran dejado en medio; de modo que, cuando sólo me faltaban cien pasos, emprendí carrera á todo escape y gritando en alta voz:

—Arma, arma; fuera, fuera, que me asesinan.

En el acto acudieron corriendo cuatro jóvenes con

cuatro lanzas; y queriendo seguir tras de aquéllos, que aún los veían, detúvelos, diciendo también á voces:

—Aquellos cuatro bellacos no han sabido, contra un hombre sólo, apoderarse de un botín de mil escudos de oro (1), los cuales me han roto un brazo. Así, pues, vamos primero á guardarlos, y después os acompañaré con mi mandoble adonde queráis.

Fuimos á guardar los dineros; y aquellos mancebos míos, condoliéndose mucho del gran peligro en que había yo estado, como reprendiéndome, decían:

—Os confiáis demasiado en vos mismo, y una vez nos vais á dar que sentir á todos.

Yo dije muchas cosas; ellos me respondieron también; huyeron mis adversarios; y nosotros, alegres y gozosos, cenamos todos, riéndonos de aquellas grandes priesas con que nos corre la fortuna, tanto en bien cuanto en mal; y no sorprendiéndonos, es como si nada hubiera pasado. Bien es verdad que se dice: aprende para otra vez. Mas aquesto no nos vale, porque siempre acude aquélla de diversas y no imaginadas maneras.

XVIII.

A la siguiente mañana di comienzo en seguida al gran salero; y con afán hacíamos adelantar aquélla y

(1) Mil quinientos duros de nuestra moneda, equivalentes hoy al doble.

las demás obras. Había ya tomado muchos ayudantes, tanto para el arte de la escultura como para el arte de la aurificería.

Eran estos oficiales italianos, franceses, tudescos, y en ocasiones tenía gran número de ellos, cuando los hallaba buenos; porque de día en día cambiaba, tomándolos entre los que sabían más; y hacíales trabajar de suerte que por la continua fatiga (al ver cómo hacía yo, que servíame un poco mejor mi complexión que á ellos), no pudiendo resistir el gran cansancio y pensando restaurarse con el beber y el comer bastante, algunos de aquellos tudescos que sabían más que los otros quisieron seguirme; mas no soportó su natura tales injurias, que les mataron.

Mientras que adelantaba yo en el Jove de plata, viendo que me sobraba mucha plata, puse mano sin que lo supiese el rey á hacer un vaso grande con dos asas, de la altura de braza y media cerca.

Entráronme también ganas de fundir en bronce aquel modelo grande que había yo hecho para el Júpiter de plata. Puesto manos á la obra en tal nueva empresa, la cual jamás había yo hecho, y hablando con ciertos viejos maestros de París, díjeles todos los modos que en Italia usábamos para llevar á cabo tal empresa.

Dijéronme aquestos cómo por aquella vía no habían marchado, mas que si les dejaba yo hacer conforme á sus usos, me lo darían hecho y vaciado tan limpio y hermoso quanto era aquel de barro. Quise ajustarlo, dándoles aquesta obra para que la hiciesen; y les ofre-

cí otros tantos escudos más sobre el precio que me pidieron.

Pusieron mano á tal empeño; y viendo yo que no seguían por el buen camino, prestamente comencé un busto de Julio Cesar, armado, mucho mayor que el natural; que lo copié de un pequeño modelo que había yo llevado de Roma, copia de un busto antiguo maravillosísimo.

También puse mano á otra cabeza del mismo tamaño, retratando á una hermosísima mozuela que para mis deleites carnales tenía junto á mí. Puse á ésta por nombre Fontainebleau, el del sitio que había elegido el rey para su propia delectación. Después de hacer un magnífico horno para fundir el bronce, y de arreglar y cocer nuestras formas, ellos el Júpiter y yo mis dos cabezas, les dije:

—No creo que vuestro Júpiter os resulte, porque no le habéis dado por abajo tanto respiradero como baste para que salga el aire; por ese motivo perdéis el tiempo.

Contestáronme que si la obra suya no resultaba, me devolverían todos los dineros que les dí á buena cuenta y me indemnizarían todos los gastos perdidos; mas que mirase yo no sea que no me resultasen aquellos hermosos bustos que yo quería fundir á mi estilo de la Italia. Presenciaron aquesta disputa aquellos tesoreros y demás gentilhombres que por encargo del rey venían á verme; y todo cuanto se decía y hacía, otro tanto contábase al rey. Aquestos dos viejos que querían fundir el Júpiter hicieron retrasar un poco el dar órdenes para

el vaciado; porque decían que hubieran querido acomodar aquellas dos formas de mis bustos, pues de aquel modo como yo lo hacía no era posible que resultasen, y era gran pecado perder tan hermosas obras. Habiéndolo sabido el rey, respondió Su Majestad que procurasen aprender y no trataran de querer enseñar al maestro.

Pusieron aquellos con gran risa su obra en la fosa; y yo con firmeza, sin demostración alguna de risa ni de enfado (que lo tenía), puse mis dos formas dejando en medio el Jove; y cuando nuestro metal estuvo muy bien fundido, con grandísimo placer dimos salida á dicho metal, y llenóse muy bien el molde del Júpiter; al mismo tiempo llenáronse los moldes de mis dos bustos, de modo que ellos estaban alegres y yo contento, porque estimaba haber dicho las faltas de la obra de ellos, y éstos mostraban tener por muy cierto que habían dicho las faltas de la mía.

Sin embargo, á estilo francés pidieron con gran alborozo de beber; con mucho gusto les hice dar una rica colación; después pidiéronme los dineros que tenían que cobrar y aquellos de más que yo les había prometido. A esto repliqué:

—Os habéis reído de aquello, por lo cual mucho me temo que no tengais que llorar, porque he advertido cómo en aquel molde vuestro ha entrado mucho más material que el debido; por esa causa no quiero daros hasta mañana más dineros de aquellos que ya cobrásteis.

Comenzaron á considerar aquestos pobres hombres lo que habíales yo dicho, y sin responder nada se fueron de allí á casa. Venida la mañana, comenzaron en silencio á vaciar la fosa; y como no podían descubrir su gran molde sin sacar antes aquellos dos bustos míos, sacaron éstos, los cuales estaban muy bien, y los pusieron en pie de modo que muy bien se veían. Comenzando luego á descubrir el Jove, no habían profundizado aún dos brazas, cuando ellos, en union de cuatro ayudantes suyos, dieron tan grandes gritos, que hube de sentirlos. Pensando que fuesen gritos de alegría, púseme á correr, pues estaba yo en mi cámara á más de quinientos pasos de distancia. Al reunirme con ellos, los encontré de aquel modo como se representan los guardianes del sepulcro de Cristo, afligidos y espantados. Clavé los ojos en mis dos bustos, y al ver que estaban bien, compensé el placer con el desplacer; y ellos excusábanse, diciendo:

—¡Mala fortuna la nuestra!

A cuyas palabras respondí:

—Vuestra fortuna ha sido buenísima, pero lo que ha sido muy malo es vuestro poco saber; si yo os hubiese visto introducir en el molde el ánima (1), con una sola palabra os hubiera enseñado cómo habría salido muy bien la figura, de lo cual resultaba para mí muy gran-

(1) Se llama ánima en el arte del fundidor la forma sacada del modelo, que se introduce dentro del molde y se hace tanto menos voluminosa cuanto más gruesa haya de ser la capa de metal cuando se funda la estatua.

de honor y para vosotros mucho provecho; mas yo tengo excusa en mi honor, mientras que vosotros no habéis salvado el honor ni la utilidad; por ese motivo aprended otra vez á trabajar, y no aprendáis á burlaros.

Pidiéronme misericordia, diciendo que yo tenía razón; y que si no les ayudaba, pues tenían que pagar aquellos grandes gastos y aquel daño, veríanse forzados á mendigar juntamente con sus familias. A esto respondí que aun cuando los tesoreros del rey quisieran hacerles pagar lo que se habían obligado, prometíales yo pagarles de lo mío, por cuanto había yo visto verdaderamente cómo ellos hicieron de buena fe todo cuanto sabían.

Aquestas cosas aumentaron tanto la benevolencia de aquellos tesoreros y ministros del rey para conmigo, que fué imponderable. Todo se escribió al rey; el cual, liberalísimo como ninguno, mandó que se hiciese todo lo que yo decía.

XIX.

En esto llegó el portentosísimo valiente Pedro Strozzi (1); y recordando al rey sus cartas de naturalizacion, el rey mandó en el acto que fuesen hechas.

—Y á la vez que éstas dijo, haced tambien las de

(1) Hijo de Felipe Strozzi.

Bienvenido, *mi amigo* (1), y llevádselas en seguida á su casa de mi parte y dádselas libres de gastos.

Las del gran Pedro Strozzi le costaron muchos centenares de ducados; las mías me las llevó uno de aquellos primeros secretarios suyos, quien se llamaba señor Antonio Le Maçon (2). Este gentilhombre me trajo las cartas de parte de Su Majestad, con grandes muestras de asombro, diciendo:

—De aquestas háceos presente el rey, á fin de que con mayores ánimos le podáis servir: aquestas son cartas de naturalización.

Y me contó cómo al cabo de mucho tiempo y tras de muchos favores se las había dado á Pedro Strozzi á petición de éste; mientras que aquestas, por su propio impulso me las mandaba regalar, favor que jamás se había hecho en aquel reino.

Al oír tales palabras dí gracias al rey con grandes demostraciones; luego rogué á dicho secretario que tuviese la bondad de manifestarme qué querían decir aquellas cartas de naturalización. Aqueste secretario era muy ingenioso y noble y hablaba muy bien el italiano. Movióse al principio á grande risa; mas luego recobró la gravedad, y me dijo en mi lengua, esto es, en italiano, lo que significaban las cartas de naturali-

(1) En el original están escritas en francés estas dos palabras: *mon ami*.

(2) Secretario de la reina de Navarra: fué quien primero tradujo al francés, á instancias de la misma, el Decamerone de Boccaccio, publicado en 1545.

zación, lo cual era una de las mayores dignidades que otorgarse pudieran á un extranjero; y añadió:

—Esto es aún mayor cosa que ser hecho gentilhom-bre veneciano.

Partióse de mí, tornóse al rey, refiriósele todo á Su Majestad, quien se rió una pieza, y luego dijo:

—Ahora quiero que sepa por qué le he mandado cartas de naturalización. Andad y hacedle señor del casti- llo de Petit-Nesle, donde habita, el cual es de mi patri- monio. Esto sabrá qué cosa es, mucho más fácilmen- te de lo que ha sabido qué cosa eran las cartas de na- turalización.

Vino á verme un enviado con dicho presente, por lo cual quise hacerle un obsequio. No quiso aceptar nada, diciendo que era esto comisión de Su Majestad. Dichas cartas de naturalización, juntas con las del regalo del castillo, cuando vine á Italia trájelas conmigo; y á cualquiera parte que vaya y donde termine la vida mía, allí me ingeniaré por guardarlas (1).

XX.

Ahora seguiré adelante en mi comenzado discurso de mi vida. Teniendo entre manos las obras antedichas, esto es, el Jove de plata ya empezado, el referido sale-

(1) El primero de estos dos preciosos documentos (á saber, las cartas de naturalización) existe todavía y lleva la fecha de Julio de 1542.

ro de oro, el mencionado gran vaso de plata y las dos cabezas de bronce, con grandes prisas en esas obras trabajábase. También dí órdenes para fundir el pedestal de Júpiter, que hice de bronce con suma riqueza, lleno de adornos, entre los cuales esculpí en bajo-relieve el rapto de Ganimedes, y á la otra parte puse á Leda y el Cisne; lo fundí en bronce y salió muy bien. Además hice otro semejante para poner encima la estatua de Juno, esperando comenzar también aquesta si el rey me daba la plata necesaria para poderse hacer tal cosa.

Trabajando con ahinco, había armado yo el Júpiter de plata y también el salero de oro. El vaso iba muy adelantado, y los dos bustos de bronce estaban ya concluídos. También había hecho varias obritas al cardenal de Ferrara; además un vasito de plata magníficamente trabajado, para donárselo á madama de Etampes. A muchos señores italianos, como el señor Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, el conde de Pitigliano, el conde de la Mirandola (1) y otros varios, habíales hecho muchas obras.

Volviendo á mi gran rey, según he dicho, habiendo adelantado muchísimo en sus obras, regresó por aqueste tiempo á París, y al tercer día fué á mi casa con gran

(1) Duda Carpani si este conde de la Anguillara era Carlos, hijo bastardo de Virginio Orsini, ó su hijo Virginio ó Flaminio Anguillara de Stabbia. También duda si el conde de Pitigliano sería Juan Francisco Orsini (de familia diversa de la anterior), ó su hijo Nicolás.—Según Brunone Bianchi, era duque de la Mirandola Galeoto Pico, hijo de Luis.

número de la mayor nobleza de su corte, y asombróse mucho de tantas obras como tenía yo por delante y á tan buen término llevadas. Y estando con él su favorita madame de Etampes, comenzaron á conversar acerca de Fontainebleau. Madama de Etampes dijo á Su Majestad que debiera encargarme que hiciese algo bueno para ornamento de su Fontainebleau. En el acto el rey dijo:

—Está bien pensado lo que decís, y enseguida quiero resolver que se haga allí alguna cosa buena.

Y volviéndose á mí, comenzó á preguntarme sobre lo que me parecía que debiera hacerse para aquella bonita fuente. Acerca de aquesto propuse algunos caprichos míos; también Su Majestad emitió su parecer. Luego me dijo cómo quería ir á espaciarse por quince ó veinte días á Saint-Germain-en-Laye (1), á doce leguas de París, y que entre tanto hiciese yo un modelo para aquella su hermosa fuente con las más ricas invenciones que yo supiese, porque aquel lugar era el mayor recreo que tenía en su reino; por ese motivo me mandaba y rogaba que me esforzase por hacer algo de bueno, y otro tanto le prometí. Al ver el rey tantas obras delante, dijo á madame de Etampes:

—Jamás he tenido hombre de aquesta profesión que más me plazca ni que merezca ser más premiado que aqueste; por ese motivo es necesario pensar en retener-

(1) Pequeña y amenísima ciudad con Palacio Real, distante doce millas, y no doce leguas de París, como dice Cellini.

lo. Como gasta bastante y es buen compañero y trabaja mucho, es necesario que por nosotros mismos nos acordemos de él. La razón de esto (reflexionadlo, señora), es que en tantas veces cuantas él ha ido á verme y cuantas yo he venido aquí, jamás me ha pedido nada. Se ve cómo su ánimo está todo él absorto en el trabajo; por eso precisa hacerle presto algún bien, á fin de que no lo perdamos.

Madama de Etampes contestó:

—Yo os lo recordaré.

Partiéronse; yo me puse con gran solicitud á mis iniciadas obras, y además empecé el modelo de la fuente, y con ahinco en él adelantaba.

XXI.

En el término de mes y medio regresó el rey á París; y yo, que había trabajado día y noche, fui en su busca y llevé conmigo mi modelo tan bien esbozado, que claramente se comprendía. Había vuelto á renovar las diabluras de la guerra entre el emperador y él, de modo que le encontré muy confundido. Con ese motivo hablé al cardenal de Ferrara, diciéndole cómo llevaba conmigo ciertos modelos, los cuales me había encargado Su Majestad; así, pues, le rogaba que si veía el modo de introducir alguna palabra, á fin de que aquestos modelos se pudiesen mostrar, creía yo que el rey tuviera en ello mucho placer.

Así lo hizo el cardenal, quien habló al rey de dichos modelos, y en seguida vino el rey á donde yo los tenía puestos. En primer lugar había hecho la puerta del palacio de Fontainebleau, y por alterar lo menos que podía el orden de la puerta que habíase hecho á tal palacio, la cual era grande y enana, según el mal estilo francés, siendo su abertura poco más que cuadrada y sobre ese cuadro un arco rebajado puesto á manera del asa de una cesta (en este semicírculo deseaba el rey poner una figura que representase á Fontainebleau), di bellísimas proporciones á dicho vano, poniendo después encima de ese hueco un semicírculo justo; á los lados puse ciertos agradables resaltos, bajo los cuales, en la parte baja correspondiente á la alta puse un zócalo de otra tanta altura, y en cambio de dos columnas que parecían requerirse con arreglo á las molduras hechas arriba y abajo, había puesto yo un sátiro en cada uno de los sitios de las columnas.

Era éste más que de medio relieve y con uno de los brazos mostraba regir aquella parte que toca á las columnas; en el otro brazo llevaba un grueso bastón; era su cabeza ósada y fiera, la cual causaba espanto á quienes la miraban. La otra figura estaba en actitud parecida, mas era diversa y varia en la cabeza y algunas otras cosas tales; tenía en la mano unas disciplinas con tres bolas reunidas por cierta cadena. Si bien los llamo sátiros, no tenían más de sátiro que ciertos cuernecillos y la cabeza cabruna; todo el resto tenía humana forma.

En el medio punto había hecho una mujer en linda actitud yacente; tenía el brazo izquierdo sobre el cuello de un ciervo, lo cual era una de las divisas del rey; á un lado había hecho en medio-relieve cabritos monteses, y algunos jabalíes y otros animales silvestres más en bajo-relieve; al otro lado perros sabuesos y lebreles de varias suertes, porque así se ve en aquél bellissimo bosque donde nace la fuente.

Luego había cercado toda aquesta obra por un cuadro oblongo, y en los ángulos exteriores al cuadro había hecho en cada uno de ellos en bajo-relieve una Victoria, con aquellos fascas en la mano como los usaban los antiguos. Sobre el mencionado cuadro había puesto la salamandra, divisa propia del rey, con otros muchos agradabilísimos ornamentos á propósito para dicha obra, la cual mostraba ser del orden jónico.

XXII.

Habiendo visto el rey aqueste modelo, en seguida le hice alegrarse y le divertí de aquellos fastidiosos razonamientos en que había estado más de dos horas. Al verle yo contento á mi modo, le descubrí el otro modelo, lo cual no esperaba en manera alguna, por parecerle haber visto bastante trabajo en el primero.

Este modelo era tamaño más de dos brazas, y en él había hecho una fuente en forma de un cuadro perfecto con bellísimas escaleras alrededor, las cuales se entre-

cortaban una á otra, cosa antes nunca vista en aquel país, y rarísima en aqueste. En medio de dicha fuente había hecho un basamento poco más alto que el vaso de dicha fuente, y sobre él había puesto su correspondiente figura desnuda, con mucha belleza y gracia.

Llevaba aquesta una lanza rota en la mano derecha levantada á lo alto, y la izquierda tenía posada sobre la empuñadura de una cimitarra de bellísima forma; descansaba en el pie izquierdo, y el derecho tenía sobre una cimera tan ricamente labrada cuanto imaginarse pueda, y encima de los cuatro ángulos de la fuente había puesto sobre cada uno una figura sedente alzada, con muchas bonitas empresas para cada una.

Comenzóme á preguntar el rey, que le dijese qué bello capricho era aquél que había yo hecho en la puerta; antes de preguntarme nada habíalo él comprendido; mas aqueste de la fuente, si bien le parecía bellissimo, no comprendía nada de él, y bien se le alcanzaba cómo yo no había hecho cual otros necios, que aun cuando hagan cosas con algún poco de gracia, las hacen sin significación alguna. Preparéme para contestarle á esto, pues habiéndole agradado con mis obras, quería que otro tanto le pluguiesen mis palabras:

—Sabed, Sacra Majestad, cómo toda aquesta pequeña obra está muy bien medida á escala, de modo que al hacerla luego resultará con aquesta misma gracia que ahora veis. Aquella figura de enmedio levanta cincuenta y cuatro pies (al oír estas palabras el rey dió grandísimas muestras de asombro), y represen-

ta al dios Marte; aquestas otras cuatro figuras están hechas en representación de aquello en que se goza y tanto favorece Vuestra Majestad. Aquesta de la mano derecha figura la Ciencia de todas las Letras: ved cómo tiene sus divisas, las cuales ponen de manifiesto la filosofía con todas las virtudes que la acompañan. Aquella otra demuestra ser el Arte del Diseño completo, á saber: Escultura, Pintura y Arquitectura. Esa otra figura es la Música, la cual acompaña á todas aquestas ciencias. Esta otra que se presenta tan afable y benigna, es la Liberalidad, que sin ella no puede revelarse ninguna de aquestas admirables virtudes que Dios nos inspira. Aquella estatua grande de enmedio está representando á Vuestra Majestad misma, la cual es un dios Marte, como Vos sois único del mundo en valor, y aquesta bravura la empleais justa y santamente en defensa de nuestra gloria.

Apenas tuvo paciencia para dejarme acabar de decir, y alzando mucho la voz, exclamó:

—En verdad que he hallado un hombre conforme á mi ánimo.

Llamó á los tesoreros, presentóme á ellos y dijo que me proveyesen de todo aquello que me hiciere falta, por grandes que quisieran ser las expensas; luego me dió con la mano en el hombro, diciéndome:

—*Mon ami* (que quiere decir *amigo mío*), yo no sé cuál placer es mayor, si el de un príncipe al haber encontrado un hombre conforme á sus ánimos, ó el de aquel ingenio al haber hallado un príncipe que le dé las nece-

sarias comodidades para que pueda expresar sus grandes conceptos artísticos.

Respondí que si era yo lo que decía Su Majestad, aun había sido mucho mayor ventura la mía.

A lo que respondió riéndose:

—Pongamos que sea igual.

Partíme con grande alegría y torné á mis obras.

XXIII.

Quiso mi mala fortuna que no se me ocurriese hacer la misma comedia con madama de Etampes; quien al saber de propia boca del rey por la noche todas aquellas cosas que habían ocurrido, se le engendró tanta rabia venenosa en el pecho, que, encolerizada, dijo:

—Si Bienvenido me hubiera enseñado sus bellas obras, habríame dado pie para acordarme de él á su tiempo.

El rey quiso excusarme y no consiguió nada. Yo, que tal cosa llegué á saber, al cabo de quince días (que habiendo ido por la Normandía á Rouen y á Dieppe habían vuelto luego al antedicho Saint-Germain-en-Laye), tomé aquel bello vasito que había yo hecho á propuesta de la referida madama de Etampes, pensando que al hacerla obsequio con él, habría de recuperar su gracia.

Así, pues, lo llevé conmigo; y haciéndoselo saber por una nodriza suya, mostrando á esta el bello vaso que había yo hecho para su señora, y cómo quería yo dár-

selo, dicha nodriza hízome desmedidos halagos y me dijo que hablaría á la señora, la cual aún no estaba vestida, y que tan pronto como se lo hubiese dicho me haría pasar adentro. La nodriza se lo dijo todo á la señora, quien respondió desdeñosamente:

—Dile que se aguarde.

Yo que oí esto, revestíme de paciencia, cosa en mí difficilísima; sin embargo, tuve paciencia hasta después de su almuerzo; y visto luego lo tardío de la hora, el hambre me causó tanta ira, que no pudiendo resistir más, deseándola santamente el cancer en el corazón, partíme de allí; fuí en busca del cardenal de Lorena y le hice presente de dicho vaso, recomendándole sólo que me mantuviese en la gracia del rey. Dijo que no hacía falta, y que si fuese necesario lo haría con gusto; llamando después á un tesorero suyo, le habló al oído. Dicho tesorero esperó á que yo me partiese de la presencia del cardenal, y luego me dijo:

—Bienvenido, venid conmigo, que yo os daré á beber un vaso de vino bueno.

A lo cual contesté, no sabiendo lo que quisiera él decir:

—Por favor, mi señor tesorero, haced que me den una sola copa de vino y un bocado de pan, pues verdaderamente desfallezco, porque he estado de ayuno desde esta mañana temprano hasta la hora que véis, á la puerta de madama de Etampes para regalarla aquel bello vasito de plata dorada, haciéndoselo saber, y ella por vejarme siempre me ha enviado á decir que aguardase;

llegué hasta tener hambre y sentíme desfallecer; y conforme á la voluntad de Dios, he dado mis intereses y mis fatigas á quien es mucho más merecedor; y no os ruego otra cosa sino un poco de beber, que por ser algún tanto bilioso en extremo, de tal suerte me ofende el ayuno, que haríame caer en tierra desvanecido.

Mientras tanto que pronunciaba yo aquestas palabras, trajeron un vino admirable y otras golosinas, para hacer colación; tanto que me satisface muy bien, y restaurados los espíritus vitales, salióseme la ira del cuerpo. El buen tesorero me contó cien escudos de oro; mas yo hice gran resistencia á tomarlos en manera alguna. Fuéselo á referir al cardenal, quien diciéndole un gran improprio, le ordenó que me los hiciese tomar por fuerza, y que no se le presentara delante más de otro modo. El tesorero vino irritado hacia mí, diciendo que nunca le había reñido tanto hasta entonces el cardenal; y queriéndomelos dar, yo, que hice un poco de resistencia, me dijo muy colérico que me los haría tomar por fuerza. Tomé los dineros.

Queriendo ir á dar gracias al cardenal, hízome decir por un secretario suyo cómo siempre que él pudiera complacerme lo haría de buena gana; regresé á París la misma noche. Súpolo todo el rey. Hicieron burlas á madama de Etampes, lo cual fué causa de inducir la á mayor irritación en contra mía; de donde hube gran peligro para mi vida, como se dirá en su lugar.

XXIV.

Aun cuando mucho antes debía yo recordar la adquirida amistad del más virtuoso, del más amable y del más modesto hombre de bien que jamás conociera yo en el mundo (aqueste fué el señor Guido-Guidi, excelente médico y doctor y noble ciudadano florentino), por los infinitos trabajos puestos ante mí por la per-versa fortuna habíalo dejado algún tanto atrás.

Aun cuando aquesto no importa mucho, no pensaba yo que hiciera falta, por tenerlo de continuo en el corazón; más percatándome luego de que mi vida no está bien sin él, le he introducido al hablar de aquestos mis mayores trabajos, á fin de que, así como en ella había sido mi consuelo y ayuda, sírvame aquí para memoria de aquel bien.

Llegó á París el referido señor Guido, y habiéndole comenzado á tratar, le llevé á mi castillo, donde le di una estancia libre para él; así tuvimos el gusto de estar juntos algunos años.

También llegó el obispo de Pavía, monseñor de Rossi (1), hermano del conde de San Secondo. A este señor le saqué de su posada y le traje á mi castillo, dándole también á él una estancia independiente, donde

(1) Es el mismo que estuvo prisionero en el castillo del Santo Angel en Roma con Cellini, como puede verse en el capítulo CXXVI del libro I.

estuvo muy bien acomodado con su servidumbre y cabalgadura por muchos meses.

También otra vez hospedé al señor Luis Alamanni con sus hijos, por algunos meses; pues Dios me otorgó la gracia de que pudiese yo hacer también algún obsequio á los hombres grandes y virtuosos.

Gocé la amistad del supradicho señor Guido tantos años cuantos allí estuve, gloriándonos con frecuencia juntos de que adquiriésemos algún saber á expensas de aquel tan grande y portentoso príncipe, cada uno de nosotros en la profesión suya. Puedo decir en verdad, que todo cuanto sea yo y cuanto de bueno y bello haya obrado, todo ha sido por causa de aquel maravilloso rey; por ese motivo reanudo el hilo del razonamiento acerca de él y de mis grandes obras para él hechas.

XXV.

En aquel castillo mío tenía yo un juego de pelota para jugar en frontón, del cual sacaba yo bastante utilidad, mientras que jugaban en él. En dicho lugar había unas pequeñas estancias donde habitaban diversas clases de gentes, entre las cuales había un impresor de libros muy hábil (1); tenía aquēste casi todo su taller dentro de mi castillo, y fué quien estampó aquel primer buen libro de medicina del señor Guido. Queriéndome yo ser-

(1) Llamábase Pedro Gauthier.

vir de aquellas estancias, le despedí, aun cuando con alguna dificultad no pequeña.

También había allí un maestro salitrero; y como quería yo valerme de aquellos pequeños aposentos para ciertos buenos operarios míos tudescos, dicho maestro de salitres no quería desalojar; y habíale yo dicho afa-blemente muchas veces que me dejase libres mis estancias, pues quería que sirviesen para habitación de mis operarios en el servicio del rey. Cuanto más humilde le hablaba, tanto más soberbio respondíame aquel bestia; á lo último le dí de término tres días. Rióse de esto y me dijo que al cabo de tres años comenzaría á pensar en ello.

No sabía yo que el tal era íntimo servidor de madama de Etampes; y si no hubiera sido porque aquella causa de madama de Etampes hacíame pensar un poco más en las cosas de lo que antes lo hacía yo, bien presto le hubiera expulsado; mas quise tener paciencia por aquellos tres días. Pasado que hubieron estos, sin decir nada más, al frente de tudescos, italianos y franceses, armas en mano y muchos peones que yo tenía, en breve tiempo asolé toda la casa y eché fuera de mi castillo todos sus muebles. É hice este acto algún tanto riguroso, porque él me había dicho que no conocía poder de italiano tan fuerte que le moviese un punto de su lugar. Con ese motivo, después de ejecutado el hecho, llegó aquél y le dije:

—Yo soy el más mínimo italiano de Italia, y no te he hecho nada en comparación de aquello que para hacer-

te me sobran ánimos, y que te haré si hablas una sola palabra.

Como éstas, díjale otras frases injuriosas. Atónito y espantado este hombre puso en orden sus cosas lo mejor que pudo; luego corrió á madama de Etampes y pintó un infierno; y aquella mi gran enemiga se lo describió al rey tanto mayor cuanto que ella era más elocuente, y bastante más; el rey (dijoseme) dos veces quiso irritarse cónmigo y dar órdenes desagradables en contra mía; mas como el Delfín Enrique, su hijo, en la actualidad rey de Francia, había recibido algunos disgustos de aquella demasiado audaz mujer (1) juntamente con la reina de Navarra, hermana del rey Francisco, pusieron tanto empeño en favorecerme, que el rey todo lo convirtió en risa; por lo cual, con la verdadera ayuda de Dios, pasé un gran peligro.

XXVI.

También tuve que hacer lo mismo con otro parecido á éste; mas no arruiné la casa, si bien le eché fuera todos sus muebles. Por lo cual hubo de irritarse tanto madama de Etampes, que dijo al rey:

—Creo que este demonio alguna vez os ha de saquear París.

(1) Sabida es la enemistad entre el Delfín Enrique y la Duquesa de Etampes con motivo de Diana de Poitiers, favorita del uno y vencedora rival en belleza de la otra.

Al oír el rey estas palabras respondió airado á madama de Etampes, diciéndola que hacía yo muy bien al defenderme de aquella canalla, que querían impedirme para su servicio. Diariamente crecía la rabia de aquesta cruel mujer; llamó á un pintor, el cual estaba de residencia en Fontainebleau, adonde iba el rey casi de continuo. Este pintor era italiano, boloñés, y era conocido por el Bologna; llamábase de nombre Francisco Primaticcio.

Madama de Etampes le dijo que debiera pedir al rey aquella obra de la fuente que Su Majestad habíame encomendado, y que ella con todo su poderío le ayudaría; de común acuerdo así, tuvo aqueste Bologna la mayor alegría que jamás tuviera, y tal cosa contóla como segura, á pesar de no ser de su profesión; si bien tenía bastante buen dibujo y habíase concertado con algunos oficiales formados bajo la disciplina del Rosso, nuestro pintor florentino, artista en verdad portentosísimo; y lo que éste hacía de bueno, habíalo tomado de la admirable escuela de dicho Rosso, el cual era ya muerto.

Muchísimo pudieron aquellas astutas razones, con la grande ayuda de madama de Etampes y con el continuo martilleo día y noche, ya de madama, ya del Bologna, en los oídos de aquel gran rey. Y lo que fué potente causa para hacerle ceder, es que ella y el Bologna, de común acuerdo, dijeron:

—¿Cómo es posible, Sacra Majestad, si quereis aquella obra, que Bienvenido os haga doce estatuas de pla-

ta, cuando por cierto aún no ha terminado una? Si le empleáis en una tan grande empresa, por necesidad os veréis privado de aquesta otra que tanto deseáis; porque cien hombres habilísimos no podrían concluir tantas grandes obras cuantas ha urdido aqueste hombre de mérito, quien claramente se ve cómo tiene gran voluntad de trabajar; lo cual será causa de que vuestra Majestad presto se quede sin él y sin las obras.

Habiendo hallado al rey de buen temple tales palabras y otras análogas, complacióles en todo aquello que demandado le habían; y eso que aún no se habían visto dibujos ni modelos de nada, salidos de manos del dicho Bologna.

XXVII.

Por el mismo tiempo habíase movido contra mí en París aquel segundo habitante á quien había yo expulsado de mi castillo; y habíame intentado un proceso diciendo cómo le robé yo gran cantidad de sus bienes cuando lo eché de casa. Aqueste proceso me causaba grandísimos afanes y quitábame tanto tiempo, que muchas veces quise echarlo todo á rodar y marcharme con Dios.

Tienen por costumbre en Francia hacer grandísimo capital con un proceso intentado contra un extranjero ó contra otra persona que vean que no está muy diestra en litigar; y tan pronto como empiezan á verse algunas

ventajas en dicho proceso, tratan de venderlo; y algunos lo dan por negocio á ciertos individuos que se dedican del todo á este arte de comprar litigios.

Tienen también otra malvada costumbre, y es la de que casi la mayoría de los hombres nacidos en Normandía ejercen como oficio suyo el de prestar testimonio falso; de modo que los que compran el pleito adiestran en el acto á cuatro ó seis de estos testigos, según la necesidad, y por obra de éstos, quien no caiga en la cuenta de presentar otros tantos por no saber tal uso, bien presto tiene la sentencia en contra suya. Sucediéronme á mí estos mencionados accidentes; y pareciéndome cosa muy inmoral, presentéme para defender mis razones, á la gran sala de París, donde ví un juez, lugarteniente del rey en lo civil, puesto en alto sobre un gran estrado.

Era aqueste hombre alto, ancho y gordo, y de aspecto asperísimo; tenía en torno suyo, á una y otra parte, muchos procuradores y abogados, todos puestos en orden á derecha é izquierda, presentándose otros, uno cada vez; y proponían á dicho juez una causa. Aquellos abogados que de él estaban cerca les vi algunas veces hablar todos á un tiempo; por lo cual quedé asombrado de que aquel hombre admirable, con verdadero aspecto de Plutón, alargase las orejas con actitud marcada, ya hacia éste, ya hacia aquél, y de que á todos respondiese hábilmente.

Y como siempre me ha recreado ver y gustar toda suerte de habilidades, parecióme ésta tan admirable,

que no hubiese querido dejar de verla á toda costa. Por ser aquella sala grandísima y estar llena de gran gentío, hacían grandes diligencias para que allí no entrase quien no tuviese que hacer; y tenían la puerta cerrada y una guardia en dicha puerta, la cual guardia algunas veces, por hacer resistencia á quien no se quería que entrase, estorbaba con gran estrépito á aquel portentoso juez, quien colérico soltaba improperios á dicha guardia.

Muchas veces lo presencié y puse atención á lo ocurrido; y las palabras formales que yo escuché fueron aquestas, que dijo el juez en persona; el cual hizo que pasasen en el acto dos gentilhombres que venían á curiosear, y haciendo aquellos porteros grandísima resistencia, dicho juez exclamó, gritando con altas voces:

—Paz, páz, Satanás; paz, paz, Satanás; vete, paz.

Tales palabras en lengua francesa suenan de aqueste modo:

Phe, phé, Satan; phe, phé, Satan; alé phe.

Yo, que había aprendido muy bien la lengua francesa, al oír aquesta frase, vínome á la memoria aquella que Dante quiso decir cuando entró con Virgilio, su maestro, dentro de las puertas del Infierno. Porque Dante en tiempo del pintor Giotto estuvieron juntos en Francia y mayormente en París, donde por las mencionadas causas se puede decir que el lugar donde se litiga es un Infierno; por ese motivo, entendiéndo asimismo Dante muy bien la lengua francesa, sirvióse de aquella frase; y me ha parecido fuerte cosa que nunca se hubiese

comprendido así; de modo que digo y creo que estos comentadores, le hacen decir cosas en las cuales jamás pensó.

XXVIII.

Volviendo á mis hechos, cuando me ví dar ciertas sentencias por mano de aquestos abogados, no viendo modo alguno de poderme ayudar, recurrí para ayuda á una gran daga que llevaba, porque siempre me ha gustado tener buenas armas; y el primero á quien comencé á atacar fué al principal que me había promovido el injusto proceso; y una tarde le dí en las piernas y en los brazos tantas puñaladas (curando sin embargo de no matarle), que le dejé inválido de ambas piernas. Después fuí en busca del otro que había comprado el proceso, y también le dí de suerte que tal pleito se acabó.

Dí siempre gracias á Dios por aquesto y otras cosas; y pensando entonces permanecer algún tiempo sin verme molestado, dije á los jóvenes de mi casa, máxime á los italianos, que por amor de Dios atendiese cada uno á sus quehaceres y me ayudasen algún tiempo hasta tanto que pudiese yo acabar aquellas obras comenzadas, porque presto las terminaría; después quería regresar á Italia, no pudiendo aguantar las bribonadas de aquellos franceses; y que si aquel buen rey se irritaba alguna vez conmigo, me haría andar mal por haber hecho yo en mi defensa muchas de aquellas cosas tales.

Los referidos italianos eran: el primero y más querido, Ascanio, del reino de Nápoles, lugar llamado Tagliacozzo; el otro era Paulo, romano, persona de muy humilde nacimiento y que no tenía padre conocido; aquellos dos eran los que había traído yo de Roma, donde conmigo estaban. También tenía otro romano, que había venido desde Roma á propósito en mi busca, llamándose igualmente de nombre Paulo, y era hijo de un pobre hidalgo romano de la casa de Macaroni; este joven no sabía mucho del arte, mas era bravísimo con las armas. Otro tenía, el cual era ferrarés, y su nombre Bartolomé Chioccia (1).

También tenía otro florentino, y llamado Paulo Micceri. Y como su hermano, apodado el Gatta, era muy hábil en la escritura (mas había gastado con exceso al manejar los bienes de Tomás Guadagni, riquísimo mercader), este Gatta me arregló ciertos libros donde yo tenía las cuentas del gran rey cristianísimo y de otros; y habiendo aprendido este Paulo Micceri el estilo de su hermano en aquellos mis libros, seguíamelos llevando, y yo le daba muy buen salario.

Y como me parecía un joven muy bueno, al ver que era devoto, y al oírle continuamente ya rezar los salmos, ya con el rosario en la mano, confiaba yo bastante en su fingida bondad. Llamándole á él solo aparte, le dije:

—Paulo, queridísimo hermano, ya ves cuán bien es-

(1) En el librito de memorias de Cellini, existente en la Biblioteca Riccardiana, se ve que era de la familia Perini.

tás conmigo, y sabes que no tenías ninguna colocación; y además eres florentino. Por todas estas cosas me fio más de ti, y por verte muy devoto en los actos de la religión, lo cual es cosa que mucho me complace. Ruégote que me ayudes, pues no me fio mucho de ninguno de aquestos otros. Así, pues, te suplico que, en primer término, tengas cura de estas dos cosas, que me causarían enojo: Es la una, que guardes muy bien mis intereses; á fin de que no me los arrebaten; y así pues, no me los toques tú. Además, mira aquella pobre muchacha Catalina, la cual tengo principalmente para el servicio de mi arte, que sin ella no me podría valer; mas como soy hombre, la empleo en mis placeres carnales, y pudiera ocurrir que me hiciese un hijo; y como no quiero costear hijos de otros, mucho menos soportaría el que se me hiciese tal injuria. Si alguno de aquesta casa fuese tan osado que hiciese tal cosa, y yo me percatase de ella, tengo por cierto que mataría á la una y al otro. Por ese motivo te ruego, caro hermano, que me ayudes; y si ves algo dímelo en seguida, porque mandaré á la horca á ella, y á la madre, y á quien tal cosa hiciese. Por tanto, sé tú el primero en guardarte muy bien de ello.

Este bribón santiguóse con un signo de la cruz que le cogió desde la cabeza á los pies, y dijo:

—¡Jesús bendito! ¡Dios me guarde de pensar nunca en tal cosa! En primer lugar, por no ser yo dado á cosas tan feas; y además, ¿creéis que no conozco yo los grandes beneficios que os debo?

Viendo que me decía aquestas palabras con sencilla actitud y afabilidad hacia mí, juzgué que serían tan verdaderas como él decía.

XXIX.

Dos días después, viniendo una fiesta, Matías del Nazaro, italiano también él y servidor del rey, hombre habilísimo en la misma profesión, hábame invitado con mis oficiales á recrearnos en un jardín; por lo cual me dispuse, y dije también á Paulo que viniese al recreo para alegrarse con nosotros, pareciéndome haber aquietado un poco aquel fastidioso proceso mencionado. Este joven me respondió diciendo:

—En verdad que sería grande error dejar sola la casa de este modo; ved cuánto oro, plata y pedrería tenéis aquí; y estando en una ciudad de ladrones, preciso es guardarse de día como de noche; me quedaré para rezar ciertas oraciones mías mientras guardo la casa; andad con ánimo tranquilo á recrearos por largo tiempo, que otra vez hará otro aqueste oficio.

Así, pues, me fuí con tranquilidad de ánimo, juntamente con Paulo, Ascanio y el Chioccia á dicho jardín para recrearnos; y gran parte de aquel día lo pasamos alegremente. Comenzando á aproximarse la tarde, hacia el medio día me entró mal humor, y empecé á pensar en aquellas palabras que con fingida simplicidad hábame dicho aquel perverso. Monté en mi caballo, y

con dos servidores míos volé á mi castillo, donde encontré á Paulo y á la Catalina casi en el pecado; porque llegado que hube, la francesa alcahueta de la madre, dijo con grandes voces:

—Paulo, Catalina, que está aquí el amo.

Viendo venir á uno y á otro espantados, y acercándose á mí todos descompuestos, sin saber lo que decían ni por dónde andaban, como estúpidos, evidentemente conociase que habían cometido pecado. Por eso, sobreponiéndose á la razón la ira, eché mano á la espada resuelto á matar á los dos: el uno huyó, y la otra arrojóse de rodillas en tierra, pidiendo á gritos misericordia al cielo. Yo, que primero hubiera querido dar al varón, no habiéndole podido coger al principio, cuando conseguí alcanzarle habíame serenado mientras tanto, comprendiendo que lo mejor para mí era echar á los dos de casa; pues con otras cosas que hiciese parecidas á las que había yo hecho antes, con dificultad hubiera yo salvado mi vida. Por ese motivo dije yo á Paulo:

—Si mis ojos hubiesen visto, infame, aquello que me haces creer, diez veces te pasaría la tripa con aquesta espada. Ahora márchate de mi vista, que si vuelves á decir el Padre Nuestro, será el de San Julián (1).

Después eché fuera á la madre y á la hija, á fuerza de empellones, coces y puñadas.

Pensaron vengarse de aquesta injuria; y consultando con un abogado Normando, les enseñó que dijese la

(1) Acerca del Padre Nuestro de San Julián, véase Boccaccio *Decamerone*, jornada II, novela II.

muchacha cómo había yo usado de ella contra su voluntad al estilo italiano, por el cual se entiende contra natura, ó sea con sodomía, diciendo:

—Por lo menos, así que aqueste italiano escuche tal cosa y sepa el gran peligro que corre, en el acto os dará muchos centenares de ducados, á fin de que no habléis de ello, considerando la gran penitencia que se lleva en Francia por aqueste tal pecado.

Así pues, quedaron de acuerdo, presentaron la acusación contra mí, y fui citado ante los tribunales.

XXX.

Cuanto más buscaba el reposo, tanto mayores mostrábanseme las tribulaciones. Ofendido á diario por la fortuna en diversos modos, comencé á pensar cuál debiera hacer de estas dos cosas: ó marcharme y dejar Francia enhoramala, ó combatir de veras aquesta batalla y ver para qué fin me había Dios creado.

Gran pieza estuve atribulado pensando en aquestas cosas; tomé por último la resolución de marcharme, por no querer probar tanto mi perversa fortuna que fuese en mi ruina; y cuando estuve dispuesto del todo y para todo, y hube dado los pasos para poner presto en seguro aquellos intereses que no podía llevar conmigo, mientras los otros más sutiles los acomodaría lo

mejor que pudiese para llevarlos encima yo y mis servidores, sin embargo, no dejaba de causarme gran disgusto el emprender tal viaje.

Habíame quedado solo en mi escritorio, pues dije á mis mancebos, quienes me habían confortado para que me partiese de allí, cómo era bueno que meditase yo un poco á solas, á pesar de conocer que decían ellos en gran parte la verdad; porque luego que me viese fuera de las prisiones y hubiese dejado calmar un poco aquesta furia, mucho mejor me podía excusar con el rey diciéndole por cartas cómo tales traiciones habían-melas hecho sólo por envidia. Y según llevo dicho, así me resolví á obrar. Y al moverme á ello sentí como si me cogiesen por un hombro y me diesen una vuelta, y una voz que dijo amistosamente:

—Bienvenido, haz lo que acostumbras y no tengas miedo.

En el acto seguí contrario parecer de aquel á que me había resuelto, y dije á mis juvenes italianos:

—Coged buenas armas, venid conmigo, obedeced cuanto os dijere, y no penséis en otra cosa, porque quiero comparecer; si yo me partiese de aquí, al otro día quedaríais todos disipados en humo; así pues, obedecedme y venid conmigo.

Todos aquellos jóvenes, dijeron de común acuerdo:

—Puesto que aquí estamos y vivimos de lo vuestro, debemos ir con vos y ayudaros, á fin de que salga bien lo que nos propongáis, porque lo que nos habéis dicho es mucha más verdad de lo que nosotros pudiéramos

creer; en seguida que os viesen fuera de aqueste lugar, vuestros enemigos nos harían poner á todos en la calle. Consideremos bien las grandes obras que hay aquí principiadas, y de cuán grande importancia son: nosotros no somos capaces de acabarlas sin él, y sus enemigos dirían que se había ido por no tener ánimos para dar término á estas empresas tales. Además de estas, dijeron muchas palabras de importancia. —Aquel joven romano de los Macaroni fué el primero en dar ánimo á los otros; también llamó á algunos de aquellos tudescos y franceses que me querían bien. Eramos diez entre todos; tomé el camino, con la firme resolución de no dejarme apresar vivo.

Llegado que hube á presencia de los jueces de lo criminal, encontré á dicha Catalina y su madre; llegué precisamente cuando se reían con un abogado suyo. Penetré dentro, y con valor pregunté por el juez, que inflado de grande y gordo, levantábase sobre los demás encima de un estrado. Al verme aquel hombre, amenazando con la cabeza, dijo en voz baja:

—Aun cuando te llamas de nombre Bienvenido, aquesta vez serás mal venido.

Yo lo entendí, y repliqué otra vez diciendo:

—Despachadme presto; decidme qué he venido á hacer aquí.

Entonces el mencionado juez volvióse hacia Catalina, y la dijo:

—Catalina, dí todo lo que te ha ocurrido con Bienvenido.

La Catalina dijo que había yo usado de ella al estilo de Italia. Volvióse el juez hacia mí, y dijo:

—Ya oyes lo que dice la Catalina, Bienvenido.

—Si yo hubiese entrado con ella al estilo italiano, hubiéralo hecho sólo por el deseo de tener un hijo, lo mismo que lo haceis vosotros, contesté.

Entonces el juez replicó diciendo:

—Quiere decir que has entrado á ella fuera del vaso donde se hacen hijos.

A esto repliqué cómo aquél no era el estilo italiano, antes debía de ser el estilo francés, puesto que ella lo sabía y yo no; y que yo quería que dijese el modo preciso que había yo tenido de obrar con ella.

Esta bribonzuela p..., malvadamente dijo al descubierto y con claridad el feo modo que ella quería manifestar. Yo se lo hice asegurar tres veces una tras otra; y hecho que lo hubo, exclamé en alta voz:

—Señor juez lugarteniente del rey cristianísimo, os pido justicia, porque sé que las leyes del cristianísimo rey para tal pecado ordenan el fuego al agente y al paciente; ésta confiesa su pecado, mas yo no la he conocido por ningún estilo, y aquí está la alcahueta de su madre que por uno y otro delito merece el fuego; os pido justicia.

Y aquestas palabras repetía con mucha frecuencia y en alta voz, pidiendo siempre la hoguera para ella y para la madre, diciendo al juez que si no la metía presa en mi presencia, acudiría yo al rey para decirle la injusticia que me hacía un lugarteniente criminal suyo.

Al oír ellas mi gran ruido, comenzaron á ahogar las voces; entonces la alzaba yo más; la p... echóse á llorar juntamente con la madre, y yo daba gritos al juez:

—Fuego, fuego.

Aquel gran bellaco, visto que la cosa no pasó de la manera como él había imaginado, comenzó con más dulces palabras á excusar al débil sexo femenino. Al ver esto, púseme á considerar que me parecía haber ganado una gran batalla, y gruñendo y amenazando marchéme contento; en verdad que hubiera pagado quinientos escudos por no haber comparecido nunca allí.

Habiendo salido de aquel piélago, con todo el corazón dí gracias á Dios y partíme de allí gozoso con mis jóvenes á mi castillo.

XXXI.

Cuando la perversa fortuna, ó si queremos decirlo con verdad, nuestra contraria estrella, da en perseguir á un hombre, no le faltan nuevos modos que emplear contra él.

Parecíame haber salido de un imponderable piélago y pensaba que por algún corto tiempo hubiera de dejarme en paz aquesta mi maligna estrella, cuando antes de recobrar alientos por aquel inestimable peligro, lanzóme ésta á otros dos de pronto. En el término de tres días me ocurrieron dos casos, en cada uno de los cuales estuvo mi vida en el fiel de la balanza.

Y fué que yendo á Fontainebleau para hablar con el rey (quien me había escrito una carta cómo quería que le hiciese los punzones de las monedas de todo su reino, y con esa carta me había mandado algunos dibujitos para mostrarme parte de sus deseos; y como me daba licencia para que hiciera yo todo lo que me pluguiese, había hecho nuevos dibujos conforme á mi parecer y á la belleza del arte), así que llegué á Fontainebleau ví á uno de aquellos tesoreros que tenían del rey encargo de pagarme (llamábase monseñor de la Fa), quien me dijo en el acto:

—Bienvenido, el pintor Bologna ha recibido del rey comisión de hacer vuestro gran coloso, y todos los encargos que nuestro rey nos había dado para vos, todos os los ha quitado y se los ha dado á él. A nosotros nos ha sabido muy mal, pareciéndonos que ese paisano vuestro italiano muy temerariamente se ha conducido con respecto á vos; porque habíais logrado ya la obra por mérito de vuestros modelos y de vuestros trabajos, mientras que él os la quita sólo por el favor de madama de Etampes; y hace ya muchos meses que ha obtenido tal comisión, sin que aún se haya visto que dé órdenes para nada.

Asombrado yo, dije:

—¿Cómo es posible que no haya sabido hasta ahora yo nada de esto?

Entonces me contestó cómo aquél habíalo tenido muy en secreto, y que lo había logrado con grandísima dificultad, porque el rey no se lo quería dar; mas la soli-

cidad de madama de Etampes era lo único que se lo había hecho conseguir. De aqueste modo me ví herido con tanta sin razón; y viendo que se me quitaba una obra, la cual habíame yo conquistado con grandes fatigas, dispuesto á hacer al momento alguna gran cosa, con las armas afladas me fuí en busca del Bologna.

Le encontré en su habitación y en sus estudios; llamé adentro, y con ciertas maneras suyas lombardas, me dijo qué buen asunto me había llevado allí. Y yo le contesté:

—Un asunto muy bueno y grande.

Este hombre dispuso que sus servidores llevasen de beber, y dijo:

—Antes de que hablemos de nada, quiero que bebamos juntos, que así es costumbre en Francia.

A lo cual entonces repliqué yo:

—Señor Francisco, sabed que las conversaciones que tenemos que entablar juntos no requieren beber antes; quizá después pudiera beberse.

Comencé á hablar con él, diciendo:

—Todos los hombres que hacen profesión de ser honrados tienen tales obras, que por ellas se conoce que son hombres de bien; mas si obran al contrario, ya no merecen el nombre de personas honradas. Sé cómo sabéis que el rey habíame encargado de hacer aquel gran coloso, del cual veníamos hablando diez y ocho meses hace, y ni vos ni otro alguno habíase adelantado á decir nada acerca de esto; por lo cual, con mis grandes trabajos habíame dado á conocer al

gran rey, quien, placiéndole mis modelos, esta grande obra habíame encomendado que hiciera. Hace muchos meses que no he sabido nada en contra; sólo llegué á saber aquesta mañana que vos habéisla logrado y quitádomela á mí. Esa obra la conquisté con mis portentosos hechos, y vos me la arrebatáis sólo con vuestras vanas palabras.

XXXII.

El Bologna respondió á esto diciendo:

—Bienvenido, cada uno trata de hacer su negocio de todos los modos que se pueda; si el rey lo quiere así, ¿qué tenéis que replicar? Perderíais el tiempo, porque yo he tenido el encargo y es mío. Ahora, decid qué es lo que queréis, y os escucharé.

—Sabed, señor Francisco, contesté, que tendría que deciros muchas palabras por las cuales con admirable y verdadera razón os haría yo confesar que tales maneras como aquestas que vos habéis empleado y referido, no se acostumbran entre los animales racionales; por ese motivo vendré presto con breves palabras al punto de la conclusión; mas aguzad las orejas y oidme bien, porque os importa.

Quiso levantarse de su asiento, porque me vió encendido el rostro y grandemente alterado; dije que aún no era tiempo de moverse, que continuara sentado y me escuchase. Entonces comencé diciendo así:

— Señor Francisco, ya sabéis que la obra era antes

mía y que por todas las razones del mundo había pasado bastante tiempo para que nadie debiese hablar más de ello; ahora os digo que me conformo con que hagáis un modelo, y yo, aparte de aquel que hice, haré otro; luego, sin hablar, los llevaremos á nuestro gran rey, y quien por ese medio conquiste el lauro de haber trabajado mejor, ese meritoriamente será digno del coloso; y si á vos toca hacerlo, olvidaré toda aquesta grande injuria que me habéis hecho, y os besaré las manos como más dignas que las mías de tanta gloria. Por tanto, dejemos las cosas así y seremos amigos, pues de otro modo seremos enemigos. Dios ayuda siempre á la razón; y yo, que la abro calle, os mostraré en cuán grande error habéis estado.

—La obra es mía, dijo el señor Francisco, y puesto que se me ha dado, no quiero poner lo mío en tela de juicio.

—A esto respondo yo, señor Francisco, que puesto que no queréis seguir el buen camino, como es justo y razonable, yo os mostraré aqueste otro, el cual será feo y desagradable como el vuestro. Así, pues, os digo que si vuelvo á oír jamás que habláis en manera alguna de aquesta mi obra, en el acto os mataré como á un perro. Y como no estamos en Roma, ni en Bologna, ni en Florencia (que aquí se vive de otro modo), si sé alguna vez que habláis al rey ó á cualquier otro de ello, os mataré de cualquier manera. Pensad qué camino vais á seguir, si aquel bueno que primero os dije, ó si este último malo que os digo.

Aqueste hombre no sabía qué decir ni qué hacer, y yo estaba más dispuesto á hacer de buena gana entonces lo que decía, que á dejar pasar tiempo alguno de por medio. El mencionado Bologna sólo replicó estas palabras:

—Cuando yo hago las cosas que debe hacer un hombre de bien, no tengo el más mínimo miedo del mundo.

—Bien habéis dicho, le contesté; mas como hicieréis lo contrario tened miedo, porque la cosa os importa.

Enseguida partíme de él. Fuí á ver al rey y departí con Su Majestad una buena pieza sobre hacerle las monedas; en lo cual no estuvimos muy de acuerdo, porque estando presente su Consejo, trataban de persuadirle de que las monedas debían hacerse al estilo de Francia y tal como se habían hecho hasta aquel tiempo. A eso respondí cómo Su Majestad me había hecho venir de Italia á fin de que yo le hiciese obras que estuvieran bien; y si Su Majestad me mandase lo contrario, no tendría yo ánimos para hacerlas. Se aplazó esto para hablar de ello otra vez, y enseguida tornéme de allí á París.

XXXIII.

No hice más que apearme del caballo, cuando una buena persona de aquellas que tienen gusto en comunicar cosas malas, vino á decirme cómo Pablo Micceri

había tomado una casa para aquella p..... de la Catalina y para su madre, y que continuamente tornábase aquí, y al hablar de mi persona, decía siempre con mofa:

—Bienvenido había dado á guardar la lechuga al ganso y pensaba que yo no me la comiese; mas ahora va echando bravatas y cree que le tengo miedo; me he puesto en el cinto aquesta espada y un puñal para hacerle ver cómo corta mi espada también, que soy florentino como él, de los Micceri, mucho mejor casa que la suya de los Cellini.

El pícaro que me llevó tal embajada, me la dijo con tanta eficacia, que en el acto sentí acometerme la fiebre (digo fiebre sin que sea comparación). Y como quizá me hubiese muerto de tan atroz padecimiento, tomé como remedio dar aquel desahogo que correspondía en tal ocasión, y conforme al impulso que dentro de mí sentía. Dije á aquel ferrarés, ayudante mío, que se llamaba el Chioccia, que viniese conmigo; é hice que detrás un sirviente llevase mi caballo.

Llegado que hube á la casa donde estaba aquel mentecato, encontré la puerta entornada y me metí dentro; le ví que tenía al cinto la espada y el puñal, estaba sentado sobre un arcón y echaba un brazo al cuello de la Catalina; al punto de llegar escuché cómo él burlábase de mi caso con la madre de ella. Empujé la puerta al mismo tiempo que eché mano á la espada, le puse al cuello la punta de ésta, sin haberle dado tiempo para acordarse de que también él tenía espada, y le dije de pronto:

—Vil bellaco, encomiéndate á Dios, que eres muerto. Convencido aqueste de ello, dijo tres veces:

—¡Oh, mamá mía; ayudadme!

Yo, que tenía verdaderas ganas de matarle, al oír palabras tan necias, pasóseme la mitad del enojo. Mientras tanto había dicho á aquel oficial mío el Chioccia cómo no dejase salir á ella ni á la madre, porque si á él quería atravesarle, otro tanto mal deseaba hacer á aquellas dos p.....

Teniendo continuamente apoyada la punta de la espada en el pescuezo de Paulo (á quien en verdad pinchaba un poco), y diciéndole siempre pavorosas palabras, al ver luego que él no intentaba la más mínima defensa del mundo, no sabía yo qué hacer; y como parecíame que no iba á tener término aquella escena, ocurrióseme la idea menos mala de hacerlos desposarse, con la intención de proseguir después mi venganza. Resuelto á ello, dije:

—Bellaco, sácate ese anillo que tienes en el dedo y despósalas, á fin de que pueda yo ejecutar luego la venganza que mereces.

Inmediatamente contestóme aquél:

—Con tal de que no me matéis, haré cualquiera cosa.

—Pues entonces, dije, ponla el anillo.

Separándole un poco la espada de la garganta puso-le aquél el anillo, y añadí yo:

—Esto no basta, pues quiero que se vaya por dos notarios para que tal cosa pase por contrato.

Enviado el Chioccia por los notarios, me volví en

seguida hacia ella y su madre, y dije hablando en francés:

—Aquí vendrán los notarios y otros testigos; la primera de vosotras á quien oiga hablar ni una palabra sobre esto, en el acto la mataré y os mataré á todos tres; con que así, tened juicio.

A él le dije en italiano:

—Si replicas algo á todo lo que yo proponga, á la más mínima palabra que dijese, he de darte tantas puñaladas, que te haré arrojar todo lo que tengas en las tripas.

—Bástame, respondió, con que no me matéis, y yo haré aquello que sea vuestra voluntad.

Llegados los notarios y los testigos, hízose un contrato auténtico é irrecusable; se me pasaron la ira y la fiebre. Pagué á los notarios y partíme de allí. Al otro día vino á París á posta el Bologna y me hizo llamar por Matías del Nazaro; fuí á ver al referido Bologna, quien con afable rostro salió al encuentro rogándome que le tuviese por buen hermano y jamás le hablara de tal obra, pues muy bien comprendía cómo la razón estaba de mi parte.

XXXIV.

Si en algunos de estos accidentes míos no dijese yo conocer que había obrado mal, aquellos otros en que conociese haber obrado bien no serían creídos como

ciertos; por ese motivo confieso haber cometido un error en quererme vengar tan malamente de Paulo Micceri.

Bien que si hubiese pensado yo que era él un hombre tan débil, jamás hubiéraseme ocurrido la idea de una tan vituperable venganza como realicé. Y fué que no sólo no me conformé con haberle hecho tomar por mujer una p..... tan corrompida, sino que además, para acabar el resto de mi venganza la mandé llamar luego y la tuve por modelo, dándola treinta sueldos diarios y haciéndola estar desnuda. La primera cosa que quería es que la diese yo antes sus dineros; la segunda, era pedir que la hiciese dar buena colación; en tercer lugar, por venganza usaba yo de ella, echándola en cara y á su marido los diversos cuernos que á éste le poníamos; en cuarto lugar, hacía yo que estuviese quieta con gran molestia muchas horas, lo cual fastidiábala tanto cuanto á mí me recreaba, porque era de hermosísimas formas y me hacía muy grande honor.

Y como la pareciese que no tenía yo con ella la discreción que tenía antes de que fuese casada, era esto para ella un gran disgusto y comenzaba á gruñir; y en aquel estilo suyo francés prorrumpía en frases de queja alegando tener marido, quien estaba con el prior de Capua, hermano de Pedro Strozzi (1).

Según llevo dicho, ella alegaba aqúeste su marido; y tan pronto como la oía yo hablar de él, entrábame en

(1) León, hijo de Felipe Strozzi.

el acto un imponderable enojo; sin embargo, mal que bien, me lo aguantaba lo mejor que sabía, considerando que para mi arte no podía yo encontrar cosa más apropiado que ella; y decía para mí:

—Aquí ejecuto dos diversas venganzas: una por ser mujer casada, que estos no son cuernos vanos como eran los suyos cuando era mi querida; por este motivo si empleo contra él venganza tan considerable, y contra ella también tamaño ultraje haciéndola estar aquí con tal incomodidad, que, aparte del placer, me resulta gran honor y sumo provecho, ¿qué más puedo desear?

Mientras echaba yo estas cuentas, aquella pícara multiplicaba sus palabras injuriosas hablando siempre de su marido, y tanto hacía y decía, que me sacaba de quicio; y llenándome de cólera la cogía por los cabellos y la arrastraba por la estancia, dándola de coces y puñadas hasta rendirme.

Allí no podía entrar nadie en su socorro. Después de haberla molido muy bien, juraba ella no volver más á verme; por eso la primera vez me pareció haber obrado muy mal, porque me parecía que iba á perder una ocasión admirable para mi renombre de artista. Además, la veía toda lacerada, lívida é hinchada; y pensaba que si había de volver ella, era necesario hacerla medicar durante quince días antes de que me pudiera valer de ella.

XXXV.

Mandaba para que la ayudase á vestir una criada mía, quien era una mujer vieja y muy afable, llamada Roberta, y llevándose á la bribonzuela, de nuevo la llevaba de comer y beber; después la ungió con un poco de grasa de tocino frito aquellos golpes que la había dado, y el resto de la grasa que sobraba se lo comían juntas.

Después de vestirse, íbase blasfemando y maldiciendo á todos los italianos y al rey que consigo los tenía; de esta suerte iba gimiendo y llorando hasta su casa. En verdad que la primera vez me pareció haber obrado muy mal, y mi criada Roberta me reprendió, diciendo:

—Sois bien cruel en golpear tan ásperamente á una criatura tan hermosa.

Al quererme excusar con Roberta refiriendo las bribonadas que ella y su madre hubieron de hacerme cuando estaban conmigo, la Roberta me regañó diciendo que aquello no valía nada, porque era costumbre de Francia, y que sabía muy de cierto cómo en Francia no había marido alguno que no tuviese sus correspondientes cuernos.

Al oír estas palabras, moviéronme á risa y luego dije á la Roberta que fuese á ver cómo estaba Catalina, porque hubiera tenido gusto en poder acabar aquella obra

mía sirviéndome de ella. Mi criada Roberta me reprendió diciéndome que yo no sabía vivir.

—Apenas se haga de día vendrá aquí por su propio impulso; al paso que si enviáseis á llamarla ó visitarla, se engrandecería tanto, que no querría venir.

Llegado el día siguiente vino á mi puerta la Catalina, y con gran estrépito llamó; de suerte que, estando yo abajo, corrí á ver si era un loco ó alguien de casa.

Al abrir la puerta, aquella tonta se me echó riendo al cuello, abrazóme y besóme, y me preguntó si aún estaba enfadado con ella. Al contestarla que no, me dijo:

—Pues entonces, dame bien de comer.

La dí bien de comer y comí con ella para firmar las paces. Después me puse á retratarla, y en el intermedio ocurrieron los goces carnales; despues, á igual hora del día pasado, tanto me aguijoneó, que hube de darla los mismos golpes; así estuvimos muchos dias haciendo diariamente todas estas mismas cosas, como por un patrón apenas invariable.

Mientras tanto, habiendo aprovechado muchísimo y habiendo concluído mi figura, hice los preparativos para fundirla en bronce; empresa en que tuve algunas dificultades que serían muy buenas de narrar por los accidentes del arte; mas como me llevarían demasiado lejos, las pasaré por alto. Baste saber que mi estatua resultó muy bien, y fué el más hermoso vaciado que se hubiera hecho.

XXXVI.

Mientras concluía esta obra, dedicaba ciertas horas del día á trabajar, cuándo en el salero, cuándo en el Jove.

Por aqueste tiempo había yo terminado por completo el salero, por emplear en su trabajo muchas más personas de las que podía dedicar al Jove. Había regresado el rey á París, y fuí en su busca, llevándole acabado dicho salero; el cual, según dije más arriba (1), era de forma ovalada, tamaño de cerca de dos tercios de braza, todo él de oro, trabajado á fuerza de cincel.

Como dije cuando hablé del modelo, había figurado el mar y la tierra sentados uno y otro, cruzando entre sí las piernas, al modo como entran ciertas prolongaciones del mar en la tierra y otras de la tierra dentro del mar; y así con propiedad habíales dado aquella postura.

En la mano derecha del Mar había puesto un tridente, y en la izquierda una barca sutilmente trabajada, para poner en ella la sal. Bajo aquesta figura puse cuatro caballos marinos, que hasta el pecho y las patas delanteras eran de caballo y toda la parte desde en medio atrás era de pez; estas colas de peces se entrelazaban de gracioso modo; encima de este grupo sentábase con actitud muy altiva el mencionado mar, quien tenía

(1) Véase el capítulo II del libro II.



á su alrededor muchas suertes de peces y otros animales marinos. El agua estaba figurada con sus ondas, esmaltándola luego muy bien con su propio color.

Había figurado la Tierra por medio de una bellísima mujer, enteramente desnuda, lo mismo que el varón, con el cuerno de la abundancia en la mano derecha; á la mano izquierda de ella había puesto un templete del orden jónico sutilísimamente trabajado, donde acomodar la pimienta. Por bajo de aquesta mujer había hecho los más hermosos animales que produce la tierra; y las rocas habíalas parte esmaltado y parte dejado de oro.

Luego había puesto dicha obra sujeta en una base de ébano negro, de bien concertadas proporciones, con una pequeña moldura; en esa base había colocado cuatro figuras de oro de más que medio relieve, representando la Noche, el Día, el Crepúsculo y la Aurora. También había allí otras cuatro figuras del mismo tamaño, representando los cuatro vientos principales, hechas con suma delicadeza, y parte esmaltadas con el mayor gusto que imaginarse pueda.

Cuando expuse esta obra ante los ojos del rey, dió un grito de estupor, y no podía saciarse de mirarla; después me dijo que la volviese á llevar á mi casa, y que á su tiempo me diría lo que tuviese yo que hacer de ella. Llevémela á casa y enseguida invité á muchos queridos amigos míos y comí con ellos con grandísimo gozo, poniendo el salero en medio de la mesa, y fuimos los primeros en usarlo. Luego seguí trabajando para concluir el Júpiter de plata y un gran vaso ya mencio-

nado, adornado todo él con muchos agradabilísimos ornamentos y con bastantes figuras.

XXXVII.

Por aquel tiempo el antedicho pintor Bologna dió á entender al rey cómo convenía que Su Majestad le dejase ir hasta Roma y le diese cartas de recomendación, por las cuales se le permitiese vaciar las más hermosas estatuas antiguas, á saber: Laoconte (1), Cleopatra (2), Venus (3), Cómodo (4), la Zíngara (5), y el Apolo (6); verdaderamente son aquestas las más bellas cosas que hay en Roma.

Y decía al rey que cuando Su Majestad hubiese visto

(1) Grupo representando al gran sacerdote de Neptuno y sus hijos acometidos por una cólosal serpiente, que los entrelaza con sus anillos.

(2) Creíase que representaba á la famosa reina de Egipto, por llevar un brazaletes en figura de culebra; pero representa á Ariadna abandonada por Teseo en Nasso, en el momento de quedar dormida y poco antes de llegar Baco.

(3) Créese que es copia de la Venus de Gnido hecha por Praxiteles; está de pie, desnuda en el baño, en actitud de extender la mano hacia una sábana para enjugarse.

(4) No es el retrato del emperador Cómodo, sino un Hércules cubierto con la piel de león y llevando en los brazos un niño, que es su hijo Telefo, ó Ajax Telamon.

(5) Creíase que representaba á una zíngara en actitud adivinatoria; pero en realidad representa á Diana, conservando aún el tahalí de donde debía pender el carcax.

(6) El Apolo Pítico, llamado vulgarmente de Belvedere; representa el momento en que ha muerto con sus dardos á la serpiente Piton.

después aquellas portentosas obras, entonces sabría formar juicio sobre las artes del dibujo; porque todo aquello que había visto de nuestros modernos estaba muy lejos de la excelencia de los antiguos. Conformóse el rey y expidióle todas las cartas comendaticias que le pidió. Así se fué en hora mala aquel bestia. No teniendo ánimos para trabajar con sus manos en competencia conmigo, inventó aquel otro lombardo expediente, tratando de rebajar mis obras, haciéndose vaciador de antigüedades. Y apesar de que las había hecho vaciar muy bien, produjeron un efecto enteramente contrario de aquel que se imaginara; cosa que luego diré en su lugar.

Había yo roto por completo con la mencionada Catalina, y aquel pobre joven desgraciado del marido marchóse de París; y queriendo acabar yo de limpiar mi Fontainebleau, la cual estaba ya fundida en bronce, así como para hacer bien aquellas dos Victorias proyectadas para los ángulos laterales del medio punto de la puerta, tomé una pobre muchacha de unos quince años de edad. Era muy hermosa en las formas de su cuerpo y bastante morenita; y por ser un poco salvaje y de poquísimas palabras, veloz en su andar y ceñuda en sus miradas, aquestas cosas tales fueron causa de que la llamase yo Scorzone (1); su nombre propio era el de Juana.

(1) Significado *propio*: serpiente negra venenosa; *figurado*, rústica, aldeana.

Con esta deliciosa muchacha acabé muy bien la mencionada Fontainebleau de bronce, y aquellas dos Victorias para la puerta. Esta jovencita era pura y virgen y yo la hice madre; pariéndome una hija en 7 de Junio de 1544, á la hora décimatercia del día, cuando estaba yo precisamente en los cuarenta y cuatro años de mi edad. Puse á dicha hija el nombre de Constanza, y fué tenida en la pila bautismal por el M.^o Guido Guidi, médico del rey y muy amigo mío, según de suso llevo escrito. No hubo más compadre que él solo, porque en Francia hay la costumbre de un solo padrino y dos madrinas; una de ellas fué la señora Magdalena, mujer del señor Luis Alamanni, gentilhombre florentino y asombroso poeta; la otra comadre fué la mujer del señor Ricardo del Bene, conciudadano nuestro florentino y gran mercader allí, siendo ella una gran señora francesa.

Este fué el primer hijo que hasta entonces tuve á lo que recuerdo. Doté á dicha muchacha con algunos dineros, cuantos quiso una tía suya á quien la entregué; y desde aquel punto no la conocí más.

XXXVIII.

Apresuré mis obras, que llevaba muy adelantadas: el Júpiter tocaba casi á su fin, é igualmente el vaso; la puerta comenzaba á poner de manifiesto sus bellezas.

Por aquel tiempo llegó el rey á París, y aun cuando he dicho que el nacimiento de mi hija fué en 1544, aún no había pasado el 1543; mas como ahora se me ha ocu-

rrido hablar de aquesta hija mía, por no detenerme á expensas de cosas de más importancia, no volveré á hablar de ella hasta su sitio correspondiente.

Vino el rey á París, como llevo dicho, y enseguida se presentó en mi casa, encontrando tan adelantadas aquellas obras, que los ojos podían satisfacerse muy bien (así como lo hicieron los de aquel portentoso rey, quien quedó tan satisfecho de las mencionadas obras, como pueda apetecer uno que trabaje tanto como yo lo había hecho). Acordóse en el acto por sí mismo de que aquel susodicho cardenal de Ferrara no me había dado ninguna cosa, ni pensión, ni nada de aquello que habíame prometido; y murmurando con su almirante, dijo que el cardenal de Ferrara se había portado muy mal no dándome nada; mas que deseaba remediar aqueste inconveniente, pues veía que era yo un hombre de pocas palabras, y que cuando menos se creyera me marchaba sin decir ninguna.

Marchóse de allí á casa, y luego de comer Su Majestad, encargó al cardenal que dijera en su nombre al intendente real cómo me pagase lo más presto que pudiese siete mil escudos de oro en tres ó cuatro pagos, según le fuese más cómodo, con tal de no incurrir en falta, y además replicó diciendo:

—Os dí en custodia Bienvenido, y vos lo habéis olvidado.

El cardenal dijo que haría con sumo gusto todo cuanto decía Su Majestad. El referido cardenal por su mal alma dejó pasar aquesta voluntad al rey. Mientras tanto

aumentaban las guerras; y fué durante el tiempo en que el emperador venía contra París con su grandísimo ejército.

Viendo el cardenal que Francia hallábase con gran penuria de dinero, y ocurriendo un día hablarse á propósito de mí, dijo:

—Sacra Majestad, por obrar mejor no he hecho dar dinero á Bienvenido. La primera causa de esto es que ahora no tiene demasiada necesidad de él; la otra causa es que una partida tan grande de dineros habría hecho que perdiérais más pronto á Bienvenido, pues pareciéndole estar rico, hubiera comprado bienes en Italia, y una vez que le hubiese dado el capricho de hacerlo, con más facilidad hubiérase partido de Vos. Así, pues, he considerado como lo mejor, que Vuestra Majestad le dé alguna cosa en su reino, si desea que aquél se quede por más largo tiempo á su servicio.

El rey aprobó estas razones por estar en penuria de dineros. Sin embargo, con su altísimo ingenio, digno verdaderamente del rey que era, consideró que dicho cardenal había hecho esta cosa más por hacerse grato que por necesidad, pues no es posible imaginarse ser tan extrema la necesidad de un tan grande reino.

XXXIX.

A pesar de que, según llevo dicho, demostrase el rey tener como buenas las referidas razones, en el secreto de su conciencia no lo entendía así; por eso, conforme

antes dije, al siguiente día de regresar á París, sin que fuese yo á incitarle para ello, por sí mismo vino á mi casa, donde saliendo yo á recibirle, le llevé por diversas estancias en que había obras de varias suertes; y comenzando por las cosas de menor mérito, le mostré mucho número de obras de bronce, de las cuales no había él visto tantas en mucho tiempo.

Luego le conduje á que viera el Jove de plata, y se lo mostré casi concluído con todos sus bellísimos adornos. Le pareció cosa mucho más admirable que hubiera parecido á cualquier otro hombre, á causa de cierto extraño suceso que le ocurrió pocos años antes; y fué, que luego de la toma de Túnez, pasando el emperador por París, de acuerdo con su cuñado el rey Francisco, queriendo dicho rey hacerle un presente digno de tan gran emperador, encargó hiciesen para él un Hércules de plata de tamaño precisamente igual á como había yo hecho el Júpiter; el cual Hércules confesaba el rey que era la obra más fea que jamás hubiese visto, y así se lo había dicho á los que en París pretendían ser los hombres más hábiles del mundo en tal profesión, quienes habían dado á entender al rey que aquello era todo cuanto podíase hacer en plata, y no quisieron menos de dos mil ducados por aquel sucio trabajo. Por aquesta razón, habiendo visto el rey mi obra, encontró en ella tanto esmero y gusto como jamás hubiera podido imaginar. Así, pues, formóse buen juicio, y quiso que mi obra del Jove se valorase también en dos mil ducados, diciendo:

—A aquéllos no les daba yo salario ninguno; éste, á quien doy cerca de mil escudos de salario, no puede, en verdad, hacerla por el precio de dos mil escudos de oro, teniendo ya la susodicha ventaja de su salario.

Después le llevé á que viese otras obras de plata y de oro, y otros muchos modelos para su venta, obras nuevas. Cuando iba á marcharse, en la pradera de mi castillo descubrí aquel gran gigante, á la vista del cual dió muestras el rey de mayor asombro que nunca hubiese manifestado ante ninguna otra cosa; y volviéndose hacia el almirante, el cual se llamaba monseñor Annebault, dijo:

—Puesto que el cardenal no ha provisto á éste de nada, fuerza es que (siendo también él perezoso para pedir)... sin decir nada, quiero que se le haga merced. Pero como aquestos hombres que no acostumbran á pedir nada, parece debido que sus trabajos requieran alta recompensa, por eso será nombrado para la primera abadía que vaque y produzca hasta dos mil escudos de rentas; y dado caso de que no los rente una sola, haced que le den dos ó tres, porque para él será lo mismo.

Estando yo presente, oílo todo, y en el acto di gracias como si ya la tuviese, diciendo á Su Majestad, cómo cuando tal cosa aconteciere quería yo trabajar para Su Majestad, sin otro premio ni salario, ni otra recompensa por mis obras, hasta que constreñido por la vejez y siéndome imposible trabajar más, pudiera yo terminar reposadamente en paz mi cansada vida, viviendo con esas rentas honradamente, y acordándome

de haber servido á un rey tan grande como lo era Su Majestad.

Al oír estas palabras mías, volviéndose el rey afabi-
lísimo con mucha dignidad hacia mí, dijo:

—Hágase así.

Y satisfecho, partióse de mí Su Majestad, y yo me quedé en casa.

XL.

Sabido que hubo madama de Etampes estos negocios míos, más grandemente contra mí se irritaba, diciendo para sí:

—¡Yo gobierno hoy el mundo, y un hombre insignificante tal como aqueste no me estima en nada!

Dedicóse en todo y por todo á obrar en contra mía. Y acertando á caer en sus manos cierto hombre, el cual era un gran destilador (éste la entregó algunas aguas odoríferas y admirables, que la hacían suavizar la piel, cosa jamás usada en Francia), ella lo presentó al rey. El tal hombre propuso algunas de aquestas destilaciones, las cuales pluguieron mucho al rey; y al verle tan placentero, pidió á Su Majestad un juego de pelota que tenía yo en mi castillo, y además ciertas pequeñas estancias, las cuales decía él que yo no usaba.

Aquel buen rey, conociendo por dónde venía la cosa, no daba respuesta alguna. Madama de Etampes se puso á apremiar por aquellas vías con que pueden las muje-

res sobre los hombres, tanto que fácilmente triunfó en aqueste su designio; y encontrando al rey en amorosa disposición, lo cual era en él muy frecuente, complacía tanto á madama cuanto ella deseaba.

Vino dicho hombre juntamente con el tesorero Glorier (1), grandísimo gentilhombre de Francia; y como dicho tesorero hablaba muy bien el italiano, vino á mi castillo y se me presentó hablándome en italiano en son de broma. Cuando le pareció bien, dijo:

—De parte del rey pongo á este hombre que aquí está en posesión de aquel juego de pelota, juntamente con aquellas casetas que á dicho juego pertenecen.

Al oír esto, contesté yo:

—Del sacro rey es todo; por eso más libremente podéis entrar vos aquí dentro; porque haciéndose esto por vía de notarios y de tribunales, más claro se ve que sea un engaño que no una manifiesta comisión de tan gran rey. Y os protesto de que antes de ir á quejarme al rey, me defenderé de la manera como Su Majestad me encargó el otro día que lo hiciese, y os haré saltar por las ventanas aqueste hombre que aquí me habéis introducido, si no veo otra comisión expresa de propia mano del rey.

Al oír estas palabras mías marchóse de allí dicho tesorero amenazando y gruñendo, y yo haciendo otro tanto me quedé, sin querer hacer por entonces ninguna

(1) Juan Glorier de Lyon, estuvo en Milán en 1515, como primer tesorero con Francisco I.

otra demostración; luego me fuí en busca de los notarios que habían puesto á aquel en posesión.

Estos eran muy conocidos míos y me dijeron que aquella era una ceremonia hecha en verdad por encargo del rey, mas no importaba mucho, y que si yo hubiese puesto alguna pequeña resistencia, no hubiera tomado él posesión como lo hizo; y que aquellos eran actos y costumbres de los tribunales que nada tenían que ver con la obediencia al rey; de modo que cuando me pareciese bien quitarle la posesión, de igual modo que en ella había entrado, quedaría hecho y no podría ser otra cosa. Bastóme quedar advertido, pues al otro día comencé á echar mano de las armas; y cuando tuve alguna dificultad, la tomé como recreo. Todos los días hacía de pronto un asalto con piedras, con picas y con arcabuces, pero disparando sin bala; mas les causaba tamaño espanto, que ninguno quería venir más en su ayuda. Por lo cual, encontrando cierto día débil su defensa, entré por fuerza en la casa y le expulsé de ella, arrojándole fuera todo lo que había llevado.

Después acudí al rey y le dije cómo había hecho todo cuanto Su Majestad me hubo de encargar, defendiéndome de todos aquellos que querían estorbarme en el servicio de Su Majestad.

Al oír esto, rióse mucho el rey y me expidió nuevas cartas en virtud de las cuales no tuviera yo que ser molestado más (1).

(1) Esta segunda carta confirmatoria de donación, fechada en 15 de Julio de mil quinientos cuarenta y cuatro, consérvase

XLI.

Entre tanto acabé con grande ahinco el hermoso Jove de plata junto con su base dorada, la cual había yo puesto sobre un plinto de madera que apenas se advertía, y dentro de dicho plinto había puesto cuatro bolas de madera fuerte; las cuales estaban más que medio escondidas en sus cajas, á guisa de mover de ballestas. Estaban tales cosas con tal ingenio dispuestas, que un niño pequeño, en todas direcciones y sin la más mínimo fatiga del mundo, fácilmente empujaba adelante y atrás y daba vueltas á la referida estatua de Júpiter. Habiéndola acomodado á mi manera, me fuí con ella á Fontainebleau, donde estaba el rey.

Por aquel tiempo, el antedicho Bologna había llevado de Roma las estatuas mencionadas (1) y con gran prisa las había hecho fundir en bronce. Yo no sabía nada de esto, tanto porque había llevado él este negocio muy secretamente, cuanto como porque Fontainebleau dista más de cuarenta millas de París, y por ese motivo no había podido saber nada.

Al indicar al rey dónde quería madama de Etampes, quien estaba presente, que pusiera yo el Jove, dijo al

autógrafa en la Biblioteca Palatina. En vez de un destilador refiérese en ella á un tal Le Roux, fabricante de baldosas de barro.

(1) Véase su relación en el cap. XXXVII de este libro, y las notas correspondientes.

rey que no había lugar más apropósito donde colocarlo como su hermosa galería. Esta era, como diríamos en Toscana, un mirador (*loggia*), ó más propiamente hablando, una galería (*androne*); mejor pudiera llamarse galería, porque mirador llamamos nosotros á las estancias que están abiertas por una parte.

Dicha estancia tenía más de cien pasos de larga y estaba adornada con riquísimas pinturas de aquel admirable Rosso, nuestro florentino, y entre las pinturas hallábanse acomodadas muchas esculturas, algunas estatuas y otras en bajo-relieve; su anchura era de cerca de doce pasos.

El antedicho Bologna había llevado á esa galería todas las ya mencionadas obras antiguas, hechas en bronce y muy bien trabajadas, poniéndolas con bellissimo orden en alto sobre sus pedestales; y según dije antes, éstas eran las cosas antiguas más hermosas traídas de Roma. A esa misma estancia conduje mi Jove; y cuando vi aquel gran aparato, hecho todo de intento, dije para mí:

—Esto es como pasar entre picas; ahora sea Dios en mi ayuda.

Después de ponerlo en su lugar y lo mejor acomodado que pude, aguardé á que aquel gran rey viniese. El Júpiter tenía en su mano diestra su rayo en actitud de quererlo arrojar, y en la izquierda habíale puesto el mundo. Entre las llamas coloqué con mucha destreza un pedazo de antorcha blanca.

Y como madama de Etampes había entretenido al rey

hasta la noche para hacer uno de estos dos males, ó que el rey no viniese, ó que mi obra se mostrase menos bella por causa de la noche: según Dios promete á aquellas criaturas que tienen fe en él, sucedió todo lo contrario; porque viendo yo que se hacía de noche, encendí la antorcha que estaba en la mano de Jove; y por hallarse algún tanto levantada sobre la cabeza de Jove, descendían de lo alto las luces y producían mucho mejor vista que de día lo hubieran hecho.

Compareció el rey juntamente con su dama la de Etampes, con el Delfin su hijo, hoy rey, y con la Delfina, con el rey de Navarra su cuñado, con doña Margarita su hija (1) y otros muchos grandes señores, los cuales habían sido aleccionados por madama de Etampes para hablar en contra mía.

Al ver entrar al rey, hice empujar hacia delante por aquel mancebo mío Ascanio (quien movía despacio), el hermoso Jove al encuentro del rey; yo también por mi parte había representado con cierto movimiento dicha figura, y por estar bastante bien hecha hacía parecer viva; y dejándose de este modo algún tanto atrás las mencionadas figuras antiguas, mi obra fué la primera que causó gran placer á los ojos. En el acto dijo el rey:

—Esta es con mucho la cosa más bella que jamás por hombre alguno se haya visto; y aun yo que me recreo y entiendo en ellas, nunca hubiera imaginado la

(1) Margarita de Navarra, hija de Francisco I, casada en segundas nupcias con Manuel Filiberto, duque de Saboya.

centésima parte. Aquellos señores que pensaban hablar en contra de mí, parecía que no pudiesen saciarse de elogiar esa obra. Madama de Etampes replicó audazmente:

—Parece que no teneis ojos. ¿No veis cuántas hermosas figuras de bronce antiguas estan allá colocadas, en las cuales consiste el verdadero mérito de este arte y no en aquestas fruslerías modernas?

Entonces movióse el rey y tras de él los demás; y dando un vistazo á las figuras (las cuales casi no se veían bien por llegarles la luz desde abajo), dijo el rey:

—Quien ha querido desfavorecer á este hombre le ha hecho un gran favor, porque mediante estas admirables figuras se ve y conoce cuánto más bella y portentosa con mucho es la suya que todas aquellas; por ese motivo hay que tener en alta estima á Bienvenido, pues no solo sus obras resisten el parangón de las antiguas, sino que aún las superan.

Al oír esto madama de Etampes, dijo, que cuando se viese de día tal obra, aparecería mil veces menos bella que de noche; también había que considerar cómo había puesto yo un velo sobre dicha figura para tapar las faltas; era éste un velo sutilísimo que había yo puesto con mucha gracia sobre el Júpiter, á fin de añadirle majestad; al oír yo aquellas palabras, levantándolo por abajo descubrí sus magníficos miembros genitales, y con ira un poco exagerada lo desgarré todo. Ella creyó que hubiese yo descubierto tales partes por mofa de ella.

Percatándose el rey de aquella ira y vencido yo por

la pasión, quise comenzar á hablar; en el acto el sabio rey dijo estas precisas palabras en su lengua:

—Bienvenido, te retiro la palabra; así, pues, cállate y tendrás mil veces mayor recompensa de la que apetezcas.

No pudiendo yo hablar, con gran ira me retorció, causa por la cual más irritada gruñía ella; y el rey partióse bastante más presto de lo que hubiera hecho, diciendo fuerte para darme ánimos cómo había sacado de Italia el mayor hombre que jamás naciera, tan maestro en su profesión.

XLII.

Dejé allí el Júpiter, y queriéndome partir de mañana, me hizo dar mil escudos de oro; parte eran por mi salario y parte de cuentas en que mostraba yo haber gastado de lo mío. Tomado que hube los dineros, alegre y satisfecho me torné á París; y tan pronto como llegué hice fiesta en casa, y luego de comer hice que me trajesen todos mis vestidos, los cuales eran en gran número, de seda, de pieles muy finas y también de sutilísimos paños. De aquestos hice á todos cuantos trabajaron conmigo un presente, dándolos conforme á los méritos de cada cual de esos servidores, incluso á las criadas y á los mozos de cuadra, prestando ánimos á todos para que me ayudasen de buena gana.

Luego de recuperado el vigor, con grandísimo estu-

dio y afan púseme á concluir aquella gran estatua de Marte, la cual había hecho con maderos muy bien sujetos por armadura; y sobre sus carnes había una costra de yeso de un octavo de brazo de gruesa y diligentemente trabajada; después había proyectado fundir en muchas piezas dicha figura y unir las luego en cola de golondrina, como el arte enseña, con lo que muy fácilmente la tendría hecha.

No quiero dejar de decir una particularidad de aquesta gran obra, cosa verdaderamente digna de risa, y es que había yo mandado á todos aquellos á quienes daba salario que á mi casa y á mi castillo no condujesen meretrices; y sobre esto ponía yo mucho empeño en que tal cosa no sucediese.

Aquel Ascanio, mi discípulo, ha bíase enamorado de una bellísima joven, y ella de él; por lo cual, habiéndose huido dicha joven de su madre y veniéndose una noche en busca de Ascanio, no queriéndose marchar luego y no sabiendo él dónde esconderla, en último remedio y como persona ingeniosa la metió dentro de la estatua del antedicho Marte, y en la propia cabeza de éste la acomodó para que durmiese; allí se estuvo bastante tiempo, y por la noche la sacaba él algunas veces en silencio. Por haber dejado aquella cabeza muy próxima á su término (que por un poco de vanagloria mía dejé descubierta dicha cabeza, la cual veíase desde la mayor parte de la ciudad de París), los vecinos más próximos habían comenzado á subirse sobre las techumbres, y había bastante gente popular apostada para verla.

Corría por París el rumor de que antiguamente habitaba un espíritu en mi castillo, acerca de lo cual no ví signo alguno para hacer creer que así fuese verdad (toda la plebe de París llamaba á dicho espíritu con el nombre de Lemmonio Boreo) (1); y como aquella muchacha que habitaba en la referida cabeza algunas veces no podía evitar el que se viese al través de los ojos cierto pequeño movimiento, por eso algunos de aquellos necios plebeyos decían que dicho espíritu había entrado en el cuerpo de aquella gran estatua, y que hacía mover á aquella cabeza los ojos y la boca como si quisiera hablar; y espantados, partíanse muchos, mientras que algunos astutos que vinieron á verlo y no podían por menos de creer en el relampagueo de los ojos de dicha estatua, afirmaban también que allí había espíritu; sin saber que no sólo había espíritu, sino además buena carne.

XLIII.

En aquel mientras, dedicábame yo á armar el conjunto de mi puerta con todas las supraescritas cosas. Y como no quiero curarme de escribir en aquesta mi

(1) Como Cellini desfiguraba muchas palabras, se ha dado al nombre de Lemmonio Boreo el significado de *Le démon bourreau* (el demonio verdugo). y también de *Le moine bourru* (el fraile de burdo). Dice Littré que este era un fantasma ó aparecido objeto de superstición, y se llamaba así porque se le representaba con hábito burdo.

Vida nada que incumba á quienes escribían las crónicas, por ese motivo pasé por alto la venida del emperador con su grande ejército, y del rey con toda su fuerza armada.

Por estos tiempos buscó mi consejo para fortificar con presteza á París. Vino aposta por mí á mi casa, y me llevó en torno de toda la ciudad de París; y escuchando las buenas razones con que yo le decía cuán prestamente fortificaríale París, dióme encargo expreso de que cuanto había yo dicho se hiciese en el acto, y ordenó á su almirante que mandase al pueblo que me obedeciera, so pena de incurrir en su enojo.

El almirante, que lo era por el favor de madama de Etampes, y no por sus buenos servicios, por ser hombre de poco ingenio (su nombre era el de monseñor de Annebault, que en nuestra lengua quiere decir monseñor Annibal, mas en su lengua suena de tal modo, que el popular le llamaba señor Asno-Buey) (1), aquel bestia se lo refirió todo á madama de Etampes (2), quien le mandó que á escape hiciese venir á Jerónimo Bellarmato.

Éste era un ingeniero sienés que estaba en Dieppe,

(1) Juego de palabras por semejanza de sonido entre las voces *Annebault* y *Ane-Bæuf* (asno-buey), que suenan una y otra aproximadamente así: *Anbó*.

(2) La duquesa de Etampes (N. en 1508, † 1576) hacía traición á su rey Francisco I vendiendo los secretos de Estado, para favorecer los triunfos de Carlos V y de Enrique VIII en Francia, con el intento de rebajar al Delfin, encargado de combatirlos, y por envidia á la mayor belleza de Diana de Poitiers, favorita de éste.

á poco más de una jornada de París. Vino en seguida y poniendo por obra los medios más largos de fortificar, me retiré de aquella empresa; y si el emperador llega á presentarse antes, con gran facilidad hubiérase apoderado de París. Bien se dijo que en aquel acuerdo hecho después, madama de Etampes, que medió en él más que ninguna otra persona, había hecho traición al rey. No me ocurre decir ninguna otra cosa acerca de esto, porque no entra en mi propósito.

Púseme con gran instancia á armar el conjunto de mi puerta de bronce y á concluir aquel gran vaso y otros dos medianos, hechos éstos con plata mía. Después de tales tribulaciones, vino el buen rey á descansar algún tanto en París. Habiendo nacido aquella maldita mujer como para ruina del mundo, parecióme que algo valía yo, puesto que me tuvo por su enemigo capital.

Recayendo su conversación con aquel buen rey á propósito de mis cosas, habló ella tan mal de mí, que aquel pobre hombre, por complacerla, púsose á jurar que nunca más en el mundo haría cuenta de mí, como si jamás conocido me hubiese. Estas palabras vínome las á decir en el acto un paje del cardenal de Ferrara, quien se llamaba Villa, y me dijo haberlas oído él mismo de boca del rey. Pusiéronme en tanta cólera estas cosas, que, echando á rodar todas mis herramientas y aun todas las obras, me dispuse para marcharme, y en el acto fuí en busca del rey.

Después de su comida entré en una cámara donde

estaba Su Majestad con poquísimas personas, y cuando me vió entrar, al hacerle yo aquella debida reverencia que corresponde á un rey, en seguida, con regocijado rostro, inclinóme la cabeza. Por lo cual cobré esperanza y me acerqué á Su Majestad poco á poco, porque estaba mostrando él algunas cosas de mi profesión; y luego que se hubo conversado un rato sobre dichas cosas, me preguntó Su Majestad si tenía yo alguna cosa buena que mostrarle en mi casa, añadiendo que cuándo quería yo que fuese él á verlas.

Entonces le contesté cómo estaba dispuesto á enseñarle alguna cosa, si quería verla entonces. Contestó al momento diciendo que me encaminase á mi casa, pues quería ir él en seguida.

XLIV.

Me marché para esperar á aquel buen rey, el cual había ido á pedir licencia á madama de Etampes. Queriendo ella saber adónde iba, dijo que iría á acompañarle; más cuando el rey la hubo dicho dónde iba, dijo ella á Su Majestad que no quería ir con él y que le rogaba cómo por aquel día la hiciese la merced de no ir él tampoco. Tuvo que diferirse más de dos veces, queriendo disuadir al rey de aquella empresa; por aquel día no vino á mi casa.

El día siguiente fuí á ver al rey á la misma hora; tan pronto como me vió juró, que quería ir al momento á

mi casa. Fué, según su costumbre, á pedir licencia á su dama la de Etampes, quien viendo que con todo su poder no había logrado disuadir al rey, se puso con su lengua mordaz á hablar tan mal de mí cuanto pueda decirse de un hombre que fuese enemigo mortal de aquella digna corona.

A esto contestó aquel buen rey cómo quería venir á mi casa sólo para reprenderme, de tal suerte que me dejase atemorizado, y así dió palabra de hacerlo á madama de Etampes. Vino al momento á mi casa, donde le guié á ciertas grandes estancias bajas, en las cuales había yo puesto en conjunto toda aquella gran puerta mía; al verla quedó el rey tan estupefacto, que no encontraba oportunidad para decirme los grandes improperios que había prometido á madama de Etampes. Mas no por esto quiso dejar de aprovechar la ocasión para decirme los denuestos prometidos, y comenzó diciendo:

—Hay una cosa importantísima, Bienvenido, la cual vosotros los hombres de mayor mérito debiérais conocer; y es que tal ingenio no lo podeis mostrar por vosotros mismos, y que sólo os mostráis grandes mediante las ocasiones que de Nos recibís. Ahora bien, debiérais ser un poco más obedientes, y no tan soberbios y caprichosos. Recuerdo haberos mandado expresamente que me hiciérais doce estatuas de plata, y tal era mi deseo; nos habéis querido hacer un salero, y vasos, y bustos, y puertas, y tantas otras cosas, que yo estoy muy trastornado al ver que habéis hecho caso omiso de todos los deseos de mi voluntad, dejándome atendido

á conformarme con todos vuestros caprichos; así, pues, si pensáis obrar de aquesta suerte, luego os haré ver cómo acostumbro yo á obrar cuando quiero que se obre á mi gusto. Por tanto, os digo que atendáis á obedecer cuanto os llevo dicho, porque si seguís obstinado en vuestras fantasías, daréis de cabeza contra la pared.

Mientras decía él estas palabras, todos aquellos señores estaban atentos viendo que sacudía la cabeza, enarcaba los ojos, y cuándo con una mano, cuándo con la otra, accionaba mucho; de tal manera, que todos aquellos hombres que allí estaban presentes temblaban de miedo por mí; pero yo hallábame resuelto á no tener el menor miedo del mundo.

XLV.

Tan pronto como hubo acabado de hacerme aquella reprensión que prometido había á su dama la de Etampes, puse una rodilla en tierra y besándole la veste á nivel de su rodilla, dije:

—Sacra Majestad, afirmo que todo cuanto Vos decís es verdad; sólo os digo á eso, que mi corazón ha estado continuamente, día y noche, con todos mis espíritus vitales suspensos sólo por obedeceros y por serviros. Y en todo aquello que á Vuestra Majestad le pareciere que fuese lo contrario de aquello que yo digo, sepa Vuestra Majestad que en aquello no he sido Bienvenido, sino que puede haber mediado un hado maligno mío ó per-

versa fortuna, la cual me ha querido hacer indigno de servir al más asombroso príncipe que jamás hubo en la tierra; por tanto, os ruego que me perdonéis. Paréceme sólo que Vuestra Majestad me dió plata para una sola estatua, y no teniendo yo ninguna que fuese mía, no pude hacer más que aquella; y con la poca plata que de dicha figura me sobró hice el vaso aquel para mostrar á Vuestra Majestad el hermoso estilo de los antiguos, el cual tal vez antes no habríais visto de tal suerte. En cuanto al salero, si bien me acuerdo, paréceme que Vuestra Majestad por sí mismo me lo pidió un día hablándose á propósito de uno que os fué presentado; por lo cual, mostrándoos un modelo que había yo hecho en Italia, por vuestra espontánea voluntad me hicisteis dar en el acto mil ducados de oro para que yo lo hiciera, diciéndome que me agradeceríais mucho tal cosa; y hasta me pareció mayormente que me disteis muchas gracias cuando os lo entregué concluido. En cuanto á la puerta, paréceme que, hablando de ella por acaso, Vuestra Majestad dió órdenes á monseñor de Villeroi, su primer secretario, quien comisionó á monseñor de Champagne y monseñor de la Fa, para que tal obra sollicitasen de mí y me la ajustaran; y sin esta comisión, por mí solo jamás hubiera podido llevar adelante tan grande empresa. En cuanto á los bustos de bronce y el pedestal del Júpiter y todo lo demás, los bustos los hice en verdad por iniciativa mía, para experimentar estas tierras de Francia, las cuales no conocía yo en manera alguna, como forastero que soy, y sin hacer experien-

cia de dichas tierras nunca me hubiese puesto á fundir aqueſtas grandes obras; en cuanto al pedestal, lo hice pareciéndome que tal cosa convenía muy bien para acompañar á aquella estatua; por ese motivo todo cuanto he hecho, he pensado hacerlo por mejor, y nunca por apartarme de los deseos de Vuestra Majestad. Es muy cierto que aquel gran coloso lo he hecho todo hasta el término en que se ve á expensas de mi bolsa, sólo por parecerme que siendo Vos tan gran rey y yo el pequeño artista que soy, debíase hacer para gloria vuestra y mía una estatua cual jamás la tuvieron los antiguos. Conociendo ahora que no plugo á Dios hacerme digno de un tan honrado servicio, os ruego que en cambio del honroso premio que Vuestra Majestad á mis obras había destinado, sólo me otorgue un poco de su buena gracia, y con ella licencia de partirme; porque en este mismo punto si me consideráis digno de tal cosa, me partiré, tornándome á Italia, dando siempre gracias á Dios y á Vuestra Majestad por aquellas horas felices que he dedicado á su servicio.

XLVI.

Me cogió con sus manos y levántome con gran afabilidad de sobre las rodillas; luego me dijo que debía yo estar contento de servirle, y que todo cuanto había yo hecho estaba bien y le era muy grato. Y volviéndose hacia aquellos señores, dijo estas formales palabras:

—Creo en verdad que si el Paraíso hubiese de tener puertas, mas hermosas que aquesta jamás las tendría.

Cuando tranquilizado un poco, vi el valor de aquellas palabras, las cuales eran todas para mí tan favorables, de nuevo con grandísimo respeto le dí gracias; repitiendo, sin embargo, cómo quería licencia, porque no se me había pasado aún el enojo.

Cuando aquel gran rey percatóse de que no había hecho yo el aprecio que merecían sus inusitados y grandes agasajos, me ordenó con fuerte y espantosa voz que no le hablase una palabra más, pues de lo contrario lo pasaría mal; y luego añadió que me ahogaría en oro y que me daba licencia; que además de las obras á mí encargadas por Su Majestad, de todo aquello que hice por mí solo entretanto, quedaba contentísimo; y que nunca tendría yo más diferencias con él, porque me había conocido, y que también yo debiera ingeniarme para conocer á Su Majestad tanto como era justo.

Contesté que por todo daba gracias á Dios y á Su Majestad, y después le supliqué que viniera á ver cómo había yo sacado adelante la gran figura; y en efecto, vino en pos de mí. La hice descubrir y le causó el mayor asombro que pudiese imaginarse; y en el acto encargó á un secretario suyo que incontinenti me devolviese todos los dineros que de lo mío hubiere yo gastado, fuese la suma que se quisiese, bastando con que yo la diera escrita de mi mano. Partióse luego, y me dijo:

—Adiós, *mon ami*;—grandes palabras que por un rey no se usan.

XLVII.

De regreso en su palacio, refirió las muchas palabras tan estudiadamente humildes como en alto grado soberbias que había yo empleado con Su Majestad (las cuales palabras le habían hecho encolerizar mucho); y estuvo contando algunos particulares de tal conversación en presencia de madama de Etampes, estando allí monseñor de Saint-Paul, gran barón de Francia (1); éste tal había hecho en lo pasado muy grandes extremos de ser amigo mío; y en verdad que aquesta vez lo demostró muy noblemente á la francesa.

En efecto, al cabo de muchos razonamientos dolióse el rey de que habiéndome dado en custodia al cardenal de Ferrara, jamás había pensado éste en mis asuntos, y por causa suya poco faltó para que yo me hubiese ido de su reino; y que en verdad pensaría darme en custodia á cualquiera persona que me conociese mejor de lo que había hecho el cardenal de Ferrara, pues no quería darme más ocasión de perderme. Al oír estas palabras, ofrecióse en el acto monseñor de Saint-Paul diciendo al rey que me diese á él para mi guarda y haría con mucho gusto algo, en virtud de lo cual nunca tuviera yo más causa de partirme de su reino. El rey con-

(1) Francisco de Borbón, conde de Saint-Paul, uno de los principales capitanes de Francisco I.

testó á esto que estaba muy conforme, si Saint-Paul quería decirle el modo que deseaba intentar para que yo no me partiese.

Madama, allí presente, estaba muy enfadada; y Saint-Paul hacía mucho de rogar, no queriendo decir al rey el modo que deseaba poner en planta. Preguntóselo de nuevo el rey, y por agradar á aquella madama de Etampes, dijo:

—Pues yo colgaría por el pescuezo á vuestro Bienvenido, y de esa manera Vos no lo perderíais de vuestro reino.

Madame de Etampes prorrumpió al momento en grandes risas, diciendo que lo merecía yo bien. A esto el rey echóse á reír por acompañar á los demás, y dijo que estaba muy conforme con que Saint-Paul me ahorcase, si antes le encontraba otro que valiese tanto como yo; y que aun cuando yo no hubiese merecido nunca tal suerte, dábale para ello plena licencia. Así acabó aquella jornada, quedando yo sano y salvo; por lo que Dios sea loado y gratificado.

XLVIII.

Por aquel tiempo había el rey sosegado la guerra con el emperador, mas no con los ingleses; de modo que estos demonios teníanle en mucha tribulación. No teniendo el rey ocupada su cabeza sino en los placeres, había encargado á Pedro Strozzi que condujese ciertas

galeras á los mares aquellos de Inglaterra; las cuales fueron muy difíciles de conducir allí, hasta para aquel admirable soldado, único en sus tiempos en tal profesión, y único también en desventuras.

Habíanse pasado varios meses sin que hubiese yo tenido dineros ni orden alguna de trabajar, de modo que despedí todos mis ayudantes, salvo aquellos dos italianos á quienes mandé hacer dos vasitos de plata mía, porque no sabían trabajar en bronce. Acabado que hubieron ambos vasos, fuíme con ellos á una ciudad que era de la reina de Navarra, llamada Argentan (1), y distante de París muchas jornadas. Llegado que hube á dicho lugar, me encontré con que el rey estaba indispuerto; y el cardenal de Ferrara dijo á Su Majestad cómo había yo llegado á aquel lugar. El rey á esto nada respondió, lo cual fué causa de que hubiera de estar yo molesto muchos días. En verdad que jamás tuve mayor disgusto; sin embargo, al cabo de bastantes días pasé adelante una noche y le presenté aquellos dos hermosos vasos, que sobremanera le agradaron. Cuando ví muy bien dispuesto al rey, supliqué á Su Majestad que se dignase concederme la merced de que pudiera yo irme á recrear hasta Italia; y que yo dejaría siete meses de salario de que era acreedor, los cuales dineros dignaríase luego Su Majestad hacérmelos pagar, si me fueran de menester para mi retorno. Rogaba á Su Majestad cómo me complaciese con aquesta gracia, ya que

(1). En el departamento del Orne (Francia).

entonces era en verdad tiempo de militar y no de esculpir; y como Su Majestad había también complacido en tal cosa á su pintor el Bologna, por ese motivo devotísimamente le rogaba que tuviese á bien considerarme asimismo á mí digno de ella.

Mientras decíale yo estas palabras, miraba el rey con grandísima atención aquellos dos vasos, y algunas veces heríame con una terrible mirada suya; esto no obstante, lo mejor que pude y supe le supliqué que me otorgara tal gracia. De pronto le ví indignado levantarse de su sillón, y me dijo en lengua italiana:

—Bienvenido, sois un gran loco; llevaos de ahí esos vasos á París, porque los quiero dorados.

Y sin darme ninguna otra respuesta, partióse.

Me acerqué al cardenal de Ferrara, quien estaba allí presente, y le rogué que, pues habíame hecho tanto bien con sacarme de la cárcel de Roma, junto con tantos otros beneficios, me complaciese también en esto, á fin de que pudiera yo ir hasta Italia.

El mencionado cardenal me dijo que con mucho gusto haría todo cuanto pudiese por causarme aquel placer, y que libremente le dejase yo á él tal cuidado; y por tanto, si esa era mi voluntad podía irme tranquilo, porque él me sostendría muy bien con el rey. Contesté al cardenal cómo sabía yo que Su Majestad habíame dado en custodia á su Señoría Reverendísima, y que si me daba licencia para ello partiríame muy de grado, para tornar á la más mínima señal de su Señoría Reverendísima. Entonces el cardenal me dijo que me fuese

á París, quedándome en él ocho días, y en este tiempo obtendría del rey merced para que pudiera yo irme; y en caso de que el rey no estuviese conforme con mi marcha, sin falta ninguna me lo avisaría; así, pues, de no escribirme nada, sería señal de que libremente podía yo marcharme.

XLIX.

Fuíme á París, según me había dicho el cardenal, é hice admirables cajas para aquellos tres vasos de plata.

Pasado que se hubieron veinte días, me dispuse á marchar y coloqué los tres vasos encima de la carga de un mulo, el cual habíamelo prestado hasta Lyon el obispo de Pavía, á quien había yo alojado de nuevo en mi castillo. Partíme en hora mala para mí país juntamente con el señor Hipólito Gonzaga, quien estaba á sueldo del rey, y divertido con el conde Galeotto de la Mirandola y con ciertos otros gentilhombres de dicho conde. También fué acompañándonos nuestro florentino Leonardo Tedaldi.

Dejé á Paulo y Ascanio para custodia de mi castillo y de todos mis intereses, entre los cuales había ciertos vasitos comenzados, que dejé allí para que aquellos dos jóvenes no estuviesen sin ocupación; también había muchos muebles de casa de gran valor, porque estaba yo instalado muy honrosamente; el valor de todas estas cosas mías era por valor de más de mil quinientos escudos.

Dije á Ascanio que recordarse cuántos grandes beneficios había obtenido de mí; que hasta entonces había sido un muchacho de poco seso, mas ya era tiempo de tener juicio como un hombre; por ese motivo quería yo dejarle en guarda todos mis intereses, á la par que mi honor todo; que si oía él una cosa más alta que otra de aquellas bestias de franceses, en el acto me lo avisase, porque montaría en posta y volaría desde allí donde yo estuviere, tanto por lo muy obligado que estaba yo con aquel buen rey, cuanto por el honor mío; el referido Ascanio, con fingidas lágrimas de ladrón, me dijo:

—Jamás conocí otro mejor padre que vos; y todo aquello que debe hacer un buen hijo para con su buen padre, otro tanto para con vos haré yo siempre.

Puestos así de acuerdo, partíme con un criado y con un chicuelo francés. Despues que pasó mediodía, fueron á mi castillo algunos de aquellos tesoreros que no eran nada amigos míos. Estos canallas bribones dijeron al momento cómo habíame yo partido con la plata del rey, y encargaron al señor Guido y al obispo de Pavía que mandasen prestamente por los vasos del rey, y si no, que mandaría por ellos tras de mí con muy gran disgusto mío.

El obispo y el señor Guido tuvieron mucho más miedo del que era menester, y prestamente mandaron en posta tras de mí á aquel traidor de Ascanio, quien se me presentó á media noche. Yo no dormía, sino que estaba condoliéndome de mí mismo, diciendo:

—¿A quién dejo mis bienes, mi castillo? ¡Oh, que des-

tino mío es aqueste que me fuerza á emprender tal viaje! ¡Y con tal de que el cardenal no esté de acuerdo con madama de Etampes, quien otra cosa en el mundo no desea sino que pierda yo la gracia de aquel buen rey!

L.

Mientras que conmigo mismo sostenía yo este debate, sentí cómo me llamaba Ascanio; en seguida levánteme del lecho y le pregunté si me traía buenas ó tristes nuevas. Dijo el ladrón:

—Buenas nuevas traigo; mas precisa tan sólo que volváis atrás los tres vasos, porque aquellos pícaros de tesoreros gritan «al ladrón», de modo que el obispo y el señor Guido dicen que los volvais á mandar en seguida; del resto no os dé cuidado alguno, é id á recrearos con este viaje felizmente.

En el acto le entregué los vasos, dos de los cuales eran míos la plata y todo. Los llevaba á la abadía del cardenal de Ferrara, en Lyon; porque si bien me acusaron de que yo me los quería llevar á Italia, sabido es por todo el mundo que no se puede sacar dinero, ni oro, ni plata, sin gran permiso. Ahora bien, considérese si podía yo sacar aquellos tres grandes vasos, los cuales ocupaban, con tres cajas, un mulo. Verdad es que por ser aquellas cosas muy bellas y de gran valor, sospechaba yo la muerte del rey, pues ciertamente habíale dejado muy indispuerto. Y decía para mí:

—Si tal cosa hubiere ocurrido, teniendo de mi mano al cardenal, no los puedo perder.

En conclusión: mandé atrás dicho mulo con los vasos y otras cosas de importancia, y con el acompañamiento que antes dije seguí mi camino á la mañana siguiente; mas en todo el viaje no pude contenerme sin suspirar y gemir. Sin embargo, algunas veces confortábame con Dios, diciendo:

—Señor Dios, tú que sabes la verdad, conoces cómo aquesta ida mía sólo es por llevar una limosna á seis pobres infelices doncellicas y á su madre, mi hermana carnal; que si bien aquéllas tienen su padre, es tan viejo y gana tan poco en su arte, que aquéllas fácilmente podrían seguir mal camino; por donde al hacer yo aquesta obra piadosa, espero de tu Majestad ayuda y consejo.

Estas fueron cuantas recreaciones tuve mientras iba adelante por mi camino.

Hallándonos un día á una jornada cerca de Lyon (sería casi la hora veintidós), comenzó el cielo á descargar ciertos truenos secos y el aire estaba serenísimo; iba yo delante de mis compañeros un tiro de ballesta. Después de los truenos sintióse en el cielo un estrépito tan grande y tan pavoroso, que por mí juzgaba que hubiese llegado el día del Juicio; y parándome un poco, comenzó á caer granizo sin gota alguna de agua; las piedras eran más gruesas que balás de cerbatana, y al darme encima hacíanme mucho mal; poco á poco empezaron á engruesar, de modo que eran como bolas de

ballesta. Viendo que mi caballo espantábase mucho, le hice volver atrás con grandísima furia á la carrera, hasta que encontré á mis compañeros, los cuales, por el mismo temor, habíanse detenido dentro de un pinar. El granizo iba engruesando, como grandes limones; cantaba yo un Miserere, y mientras que así devotamente oraba á Dios, cayó una de aquellas piedras tan gorda, que desgajó una grandísima rama de aquel pino bajo el cual parecíame estar en salvo. Otra parte de aquel granizo dió en la cabeza á mi caballo, el cual en poco estuvo que no se cayó á tierra; á mí me vino una piedra encima, que si me da de lleno me deja muerto. Igualmente dió una en aquel pobre viejo de Leonardo Tedaldi, de suerte que, estando él como yo de rodillas, le hizo caer con las manos en tierra. Entonces, viendo yo que aquella rama no me podía defender más y que con el Miserere era preciso á la par hacer alguna obra, comencé prestamente á envolverme la cabeza con ropa; y así dije á Leonardo, que pidiendo socorro, gritaba: ¡Jesús, Jesús!, que éste le ayudaría si él mismo se ayudaba; costóme mucho más trabajo salvarle á él que á mí mismo.

Duró esto una pieza, más luego cesó; y nosotros, que estábamos todos molidos, lo mejor que nos fué posible volvimos á montar á caballo; mientras andábamos hacia el alojamiento, mostrándonos unos á otros las desolladuras y los chichones, una milla más adelante encontramos una ruina tanto mayor que la nuestra, que parece imposible de narrar. Todos los árboles estaban

mondados y desmochados, con tantos animales muertos cuantos allí sorprendió la nube, y muchos pastores también muertos; vimos gran número de granizos, que no se podían abarcar con ambas manos. Nos pareció haber librado muy bien, y entonces conocimos que el llamar á Dios y aquellos Misereres nuestros nos habían servido más que cuanto por nosotros hubiéramos podido hacer.

Así, pues, dando gracias á Dios, á la siguiente jornada llegamos á Lyon, donde descansamos ocho días. Pasado que hubieron los ocho días, habiéndonos recreado muy bien, reanudamos el viaje y con la mayor felicidad pasamos los montes. Allí compré un caballito, porque algunos pequeños bagajes habían estropeado un poco á mis caballos.

LI.

Después que hicimos una jornada por Italia, reuniósenos el conde Galeotto de la Mirandola, quien pasaba en posta, y deteniéndose con nosotros, me dijo cómo había yo cometido un error en partirme, y que debía no seguir más adelante, pues tornando en seguida irían mis cosas mejor que nunca; mas que si continuaba yo adelante en mi camino, cedería yo mismo el campo á mis enemigos, dándoles comodidad para poderme hacer daño; mientras que si me volvía á escape, impediría usar los medios que aquellos habían dispuesto en

mi contra; y que aquellos en quienes más confiaba yo, eran los mismos que me engañaban.

Quería decirme con esto algo que él muy bien sabía: y es que el cardenal de Ferrara habíase concertado con aquellos dos pícaros míos, á quienes dejé como custodios de todas mis cosas. Dicho conde me repitió varias veces que debía volverme á escape. Volviendo á montar en posta, pasó adelante; y yo, por los acompañantes mencionados, resolvíme tambien á seguir adelante en mi camino.

Tenía una vacilación grandísima de ánimo, ya de llegar muy presto á Florencia, ya de volverme á tornar á Francia; sentía tal pena al verme irresoluto de aquel modo, que al fin me decidí á montar en posta para llegar presto á Florencia. No llegué á tiempo de la primera posta; mas no por esto dejé de formar propósito absoluto de venir á Florencia á condolerme. Habiendo dejado la compañía del señor Hipólito Gonzaga, quien tomó el camino de la Mirandola mientras yo el de Parma y Placencia, llegado que hube á Placencia, encontré por una calle al duque Pedro Luis (1), el cual fijóse en mí y me conoció.

Como sabía yo que cuantos males pasé en el castillo del Santo Angel de Roma habían sido sólo por su causa, me causó bastante pasión de ánimo el verle; mas no viendo remedio alguno para librarme de su trato, me

(1) Pedro Luis no fué hecho duque hasta después del consistorio celebrado en 19 de Agosto de 1545; el breve es del siguiente Septiembre. Cellini estaba ya entonces en Florencia.

resolví á ir á visitarle; llegué precisamente al alzarse los manteles, y con él estaban aquellos hombres de la casa de los Landi, que fueron luego quienes le mataron.

Su Excelencia me hizo los más desmedidos agasajos que nunca pude imaginar. Entre esos halagos, por su propia iniciativa habló diciendo á quienes presentes estaban cómo era yo el primer hombre del mundo en mi profesión y que había estado mucho tiempo en prisiones en Roma. Y volviéndose á mí, dijo:

—Bienvenido mío; harto me duelo de aquel daño que sufristeis; bien sabía cómo erais inocente y no os pude ayudar en manera alguna, por que mi padre os persiguió por satisfacer á ciertos enemigos nuestros que le habían dado á entender cómo vos hablásteis mal de él; cosa que con toda certeza sé que nunca fué verdad, y bien me apena vuestro mal.

Además de estas palabras, multiplicó tantas otras análogas, que parecía como si me pidiese perdón. Después me preguntó por todas las obras que había yo hecho para el rey cristianísimo; y mientras decíaselas yo, estaba atento con la más grata audiencia que sea posible en el mundo.

Luego me preguntó si quería servirle á él; á lo cual respondí que con honor mío no lo podía hacer; y que si hubiese dejado concluídas aquellas tan grandes obras que comenzadas tenía para aquel gran rey, dejara á todos los más grandes señores sólo por servir á Su Excelencia.

Aquí se conoce cómo la infinita justicia de Dios ja-

más deja impunes á ninguna clase de hombres que causen tuertos é injusticia á los inocentes. Este hombre, como que me pidió perdón en presencia de aquellos, quienes poco después ejecutaron mis venganzas juntamente con las de otros muchos que por él habían sido ofendidos; por ese motivo, ningún señor, por grande que sea, haga befa de la justicia de Dios, como la hacen algunos que yo conozco y que tan brutalmente me han asesinado, cual en su lugar diré luego.

Aquestas cosas mías no las escribo por vanagloria mundana, sino sólo para dar gracias á Dios, que me ha salvado de tantos grandes peligros. También de todos aquellos que se me presentan delante en mi jornada, me querello á Él, y como defensor propio mío le llamo y me encomiendo. Y siempre, después de humillarme, aparte de que yo mismo me ayudo cuanto puedo, donde no llegan mis débiles fuerzas muéstraseme en el acto aquella omnipotencia de Dios; la cual viene cuando menos se espera á herir á quienes á otros ofenden sin razón, y á los que cúranse poco de los grandes y honrosos mñisterios que Dios les ha encomendado.

LII.

Volvíme de allí á la posada y me encontré con que el supradicho duque me había mandado abundantísimos presentes, muy exquisitos de comer y de beber; tomé con muy buen apetito mi comida, y montando luego á

caballo, me vine á tomar la vuelta de Florencia. Llegado que hube aquí, encontré á mi hermana carnal con seis hijitas, que una era casadera y otra estaba en pañales. Encontré á su marido, quien por varios accidentes de la ciudad no trabajaba ya en su arte.

Había yo mandado más de un año antes pedrerías y alhajas francesas por valor de más de dos mil ducados, y había traído conmigo por valor de mil escudos. Ví que aun cuando de continuo dábales yo cuatro escudos de oro al mes, continuamente tomaban mucho dinero por aquellas cosas mías de oro, que vendían á la luz del día.

Aquel cuñado mío era tan hombre de bien, que por temor á que no me incomodase yo con él, no bastándole los dineros que le mandaba para su manutención, dados de limosna, había empeñado casi todo lo que tenía en el mundo, dejándose devorar por la usura sólo por no tocar aquellos dineros que no les pertenecían.

En esto conocí que era un hombre muy honrado. y se aumentó mi deseo de socorrerle más; y antes de que yo me partiese de Florencia, pensaba acomodar á todas sus hijas.

LIII.

Estando nuestro duque de Florencia por aquel tiempo que nos hallabamos, en Agosto de 1545, en Poggio de Caiano, lugar diez millas distante de Florencia, fui en

su busca, como era mi deber, por ser yo ciudadano florentino, y porque mis antepasados habían sido muy amigos de la casa de los Médicis, y yo más que ninguno de ellos amaba á este duque Cosme.

Como digo, fuí al mencionado Poggio sólo por hacerle reverencia, y no con intención ninguna de quedarme con él, según le plugo á Dios, que hace bien todas las cosas; pues viéndome el duque, después de hacerme infinitos agasajos él y la duquesa (1), me preguntaron por las obras que había yo hecho para el rey; á lo cual contesté con mucho gusto detallándoselas todas por su orden. Después de oirme dijo que otro tanto le habían contado, y así era verdad, y después añadió con actitud compasiva, y dijo:

—¡Oh, cuán poco premio á tantos hermosos y grandes trabajos! Bienvenido mío, si me quisieras tú hacer alguna cosa á mí, te pagaría muy de otro modo de como lo ha hecho aquel rey tuyo á quien por tu buen natural tanto alabas.

Al oir estas palabras le hice saber las grandes obligaciones que tenía yo con Su Majestad por haberme sacado de una tan injusta cárcel, y dádome luego ocasión para hacer las más admirables obras que por ningún otro artífice hasta entonces nacido se hubiesen hecho. Mientras así hablaba yo, mi duque se removía, pareciendo como si no pudiese estar quieto para oirme. Luego que hube terminado, me dijo:

(1) Era doña Leonor de Toledo.

—Si quieres hacer alguna cosa para mí, te haré tales agasajos, que quizá quedes asombrado; con tal de que tus obras me plazcan, de lo cual no dudo lo más mínimo.

Yo, pobre desventurado de mí, deseoso de sobresalir en aquesta admirable escuela, pues desde que había salido de ella habíame fatigado en otra profesión de las que dicha escuela no tiene en estima, respondí á mi duque cómo con mucho gusto le haría una estatua grande de mármol ó de bronce para aquella hermosa plaza suya.

A esto me contestó que por primera obra, hubiera querido de mí sólo un Perseo; esto lo estaba deseando hacia ya algún tiempo, y me rogó que le hiciese un modelito. Muy á gusto me puse á hacer dicho modelo y en pocas semanas lo terminé, de la altura casi de una braza; era de cera amarilla, bastante concluído, y hecho con grandísimo estudio y arte.

Vino el duque á Florencia y pasaron muchos días, antes de que pudiérale yo mostrar el mencionado modelo; parecía como si no me hubiese visto ni conocido jamás; de modo que formé mal juicio de mis asuntos con Su Excelencia. Mas al fin cierto día, despues de comer, habiéndolo conducido yo á su guardarropa, vino á verlo junto con la duquesa y con algunos cuantos señores. Tan pronto como lo vió agradóle y lo elogió sobremanera; esto me dió un poco de esperanza, de lo cual percatóse él algún tanto. Después que lo hubo contemplado bastante, como fuese muy en aumento su regocijo, pronunció aquestas palabras:

—Bienvenido mío, si hicieses la obra en grande como este pequeño modelo, sería ésta la más hermosa escultura de plaza.

Entonces repliqué yo al Duque:

—Excelentísimo señor mío, en plazas están las obras del gran Donatello y del portentoso Miguel Ángel, quienes han sido ambos los mayores hombres desde la antigüedad acá. Por tanto, vuestra Excelencia Ilustrísima da un gran aprecio á mi modelo, por lo que me siento con ánimos para hacer la obra tres veces mejor que el modelo.

Sobre ello hubo no pequeña cuestión, porque el duque decía siempre que comprendía muy bien y sabía precisamente lo que se podía hacer.

Á esto le contesté que mis obras decidirían aquella cuestión y sus dudas, y que con toda certeza daría yo á Su Excelencia mucho más de lo que le prometía; mas que me diese comodidades para que pudiera yo hacer tal cosa, porque sin esos medios no podría lograr hacer lo que le prometía. Su Excelencia me contestó que le hiciese una súplica de cuanto le pidiera yo, conteniendo en ella todas mis necesidades, y daría ordenes amplísimas para que se me satisficiesen.

En verdad que si hubiera yo sido previsor en poner por contrato todo aquello que necesitaba para aquestas obras, no hubiera pasado tantos trabajos como por mi causa me han sobrevenido. Porque bien se veía ser grandísima su voluntad, tanto respecto á los deseos de hacer obras, cuanto en lo de asignar buen salario por

ellas; por ese motivo, no conociendo yo que aqueste señor tiene más procederes de mercader que de duque, liberalísimamente procedí con Su Excelencia como duque, y no como mercader. Hícele la súplica escrita, á la cual respondió Su Excelencia con mucha liberalidad. Entonces dije:

—Singularísimo patrono mío, las verdaderas súplicas y los verdaderos pactos nuestros no consisten en aquestas palabras ni en aquestos escritos, sino que todo depende de que llegue yo con mis obras á cuanto os he prometido; y si llego, prométome entonces que Vuestra Excelencia Ilustrísima se acordará muy bien de cuanto á mí me promete.

Encantado Su Excelencia por estas palabras de mis hechos y de mis dichos, él y la duquesa hicieronme los más extremados favores que se puedan imaginar en el mundo.

LIV.

Teniendo yo grandísimo deseo de comenzar los trabajos, dije á Su Excelencia cómo tenía necesidad yo de una casa tal que en ella pudiese acomodarme con mis hornillos y trabajar las obras de barro y de bronce, y luego separadamente las de oro y plata; porque sé que sabía cuán apto era yo para servirle en esa profesión, y me eran precisas estancias cómodas donde poder hacer tales cosas.

Y para que Su Excelencia viese cuánta era mi voluntad de servirle, había yo encontrado la casa que hacía á mi propósito, y estaba en lugar de mi mayor agrado.

Y como no quería yo ofender los intereses de Su Excelencia en dineros ni cosa alguna antes de que viese mis obras, había traído de Francia dos joyeles con los cuales rogaba á Su Excelencia que me comprase dicha casa, guardándolos hasta tanto que la ganase yo con mis obras y fatigas. Dichos joyeles estaban muy bien trabajados por mano de mis operarios, conforme á mis dibujos. Mirado que los hubo bastante, dijo estas animosas palabras, que me infundieron falsas esperanzas.

—Guarda, Bienvenido, tus joyeles, porque á ti te quiero y no á ellos; y ten libre tu casa.

Después de esto puso un rescripto debajo de mi súplica, papel que siempre he conservado. Dicho rescripto decía así:

«Véase dicha casa (1), quién la vende y el precio que pide por ella, porque es nuestra voluntad complacer á Bienvenido.»

Por este rescripto quedé dueño seguro de la casa; pues prometíame yo que mis obras serían mucho más estimadas que lo que yo había prometido. Después de esto, Su Excelencia dió expresa comisión á cierto ma-

(1) Esta casa existía en Florencia en 1866, fecha de la edición última de Brunone-Bianchi. Estaba situada en la calle del Rosario (*via del Rosaio*), con ingreso por la calle de la Parra (*via de la Pergola*), número 6.527.

yordomo suyo, el cual se llamaba Pedro Francisco Riccio.

Era de Prato y había sido preceptor de dicho duque. Hablé á este bestia y le dije todas las cosas de que tenía yo necesidad, porque donde era huerto en dicha casa quería yo hacer un taller. En el acto este hombre dió el encargo á cierto pagador, sutil de puro flaco, quien se llamaba Lactancio Gorini.

Este hombrecillo, con sus manitas de araña y con una vocecita de mosquito, ágil como un limaco, ruilmente me hizo llevar á casa tanta piedra, arena y cal, que á duras penas hubiesen podido hacer un cobertizo de palomas. Viendo que iban las cosas tan malamente frías, comencé á desalentarme. Mas otras veces decía para mí:

— A algunas veces los pequeños principios tienen gran fin.

También me daba alguna pequeña esperanza el ver cuántos millares de ducados, malgastó el duque en ciertas feas obrejas de escultura, hechas por mano de aquel bestial Buaccio (1) Bandinelli. Dándome ánimo á mí mismo, soplé en el culo á aquel Lactancio Gorini para hacerle moverse; arree también á ciertos asnos cojos y uno ciego que los guiaba; y con estas dificultades y además con mis dineros, había marcado el sitio del taller y desarraigado árboles y parras; no obstante, según mi

(1) Escultor florentino llamado Baccio Bandinelli. *Buaccio* quiere decir animalazo; y Cellini hace esa equivocación intencional, por escarnio de su enemigo.

costumbre, osadamente y con algún furor íbalo haciendo.

Por el contrario, estaba á merced del carpintero Tasso, muy amigo mío, y á él le encargué que me hiciese ciertas armaduras de madera para empezar el Perseo grande. Este Tasso era un hombre muy hábil, creo que el mayor que ha habido nunca en su profesión; mas en cambio era muy alegre y jocoso, y cada vez que iba yo á verle salíame al encuentro riendo con una cancioncilla en voz de falsete; y yo que andaba más que medio desesperado ya, tanto porque comenzaba á oír que las cosas de Francia iban mal, cuanto porque del duque prometíame poco á causa de su indiferencia, me veía forzado de mala gana á oír siempre la mitad por lo menos de su cancioncilla; mas al fin alegrábame un poco con él, esforzándome por ahuyentar como mejor podía más de cuatro de aquellos desesperados pensamientos míos.

LV.

Habiendo dado órdenes acerca de todas las cosas antedichas y comenzado á llevar adelante los preparativos para disponerme más presto á la mencionada empresa (ya estaba apagada parte de la cal), de pronto me llamó el referido mayordomo; yendo á verle, lo encontré después de comer Su Excelencia, en la sala llamada del reloj (1).

(1) *La sala del Reloj*, en el Palacio Viejo, llamábase así

Al saludarnos, yo á él con grandísimo respeto y el á mí con grandísima rigidez, me preguntó quién me había metido en aquella casa y con qué autoridad había comenzado á edificar dentro, diciéndome que se maravillaba mucho de que fuese yo tan osado presuntuoso.

A esto respondí que en la casa me había metido Su Excelencia, y en nombre de Su Excelencia, Su Señoría, quien había dado la comisión á Lactancio Gorini; este Lactancio había conducido piedra, arena, cal, y arreglado las cosas que había yo pedido, diciendo él haber recibido encargo de Vuestra Señoría. Dicho que hube estas palabras, aquel bestia volvióse hacia mí con mayor acritud que antes y me dijo que ni yo ni ninguno de aquellos que yo había alegado decíamos la verdad. Entonces me incomodé, y le dije:

— ¡Oh mayordomo! Mientras tanto que Vuestra Señoría hable conforme á aquel nobilísimo grado que tenéis, os reverenciaré y hablaré con aquella sumisión como lo hago al duque; mas si de otro modo obráis, os hablaré como á Pedro Francisco Riccio.

Este hombre montó en cólera tanta, que creí si se volvería entonces loco, por adelantarse al tiempo que para ello determinado le tenían los cielos (1); y á la vez que

porque en ella estaba el famoso reloj cosmográfico hecho por Lorenzo de la Volpaia para Lorenzo de Médicis (el Magnífico) poco ante de 1484, y tan elogiado por el Poliziano y otros. Véase Manni, *De Florentinis inventis*.

(1) En la *Vida de Fray Juan Ángel Montorsoli*, dice Jorge Vasari que el tal Riccio ó Riccio murió hacia 1559, después de haber vivido loco muchos años. Lo que acerca de éste dice Varchi en

algunas injuriosas palabras, díjome que se asombraba mucho de que me tuviera por digno de hablar á uno semejante á él. Al oír estas palabras me irrité, y dije:

—Escuchadme ahora, Pedro Francisco Riccio, que yo os diré quiénes son mis iguales y quiénes vuestros semejantes, los maestros de enseñar á leer á los chiquillos.

Dichas tales palabras, este hombre alzó la voz con torva cara, repitiendo más temerosamente aquellas mismas palabras. Entonces también yo puse cara de pocos amigos; me revestí por su causa de un poco de presunción, y dije que mis iguales eran dignos de hablar con los papas y los emperadores y los reyes, y que de mis iguales apenas andaba uno por el mundo, mas de los suyos había diez en cada puerta.

Cuando escuchó aquellas palabras, se subió al poyo de una ventana que había en aquella sala y luego me dijo que le repitiese aquellas palabras que había yo pronunciado; las cuales más osadamente que antes le repetí, diciéndole además que ya no quería servir más al duque y que de nuevo me tornaría á Francia, donde podía volver libremente.

Aquel bestia se quedó estupefacto y de color terroso, y yo irritado me partí, con intención de marcharme allá. ¡Y ójala que lo hubiera realizado! Su Excelencia el duque no debió de saber al principio esta diablura

el libro XII de sus *Historias*, se halla conforme con el retrato que de él hace Cellini.

ocurrida, porque me estuve quieto unos cuantos días, apartados de Florencia todos mis pensamientos, salvo aquellos referentes á mi hermana y á mis sobrinas, á las cuales estaba yo acomodando; que con aquello poco que había yo traído, quería dejarlas acomodadas lo mejor posible, y luego quería lo más presto retornarme á Francia, para nunca jamás curarme de volver á Italia.

Hallándome resuelto á despedirme lo más presto que pudiese y marcharme sin licencia del duque ni de nadie, cierta mañana el antedicho mayordomo por sí mismo muy humildemente me llamó y echó mano de cierta pedantesca oración suya en la cual no advertí estilo, ni gracia, ni talento, ni principio, ni fin; sólo entendí cómo dijo en ella que hacía profesión de buen cristiano, que no quería tener odio á nadie, y me preguntaba de parte del duque cuánto salario quería yo para mi sostenimiento.

Al oír esto me puse un poco sobre mí y no quise responder, con la pura intención de no comprometerme. Viéndome que daba la callada por respuesta, tuvo, no obstante, tal virtud, que dijo:

—Bienvenido, á los duques se les responde; y lo que yo te digo, te lo digo de parte de Su Excelencia.

Entonces le contesté, que diciéndome de parte de Su Excelencia, con mucho gusto le contestaría; y así, pues, que dijese á Su Excelencia cómo no quería yo ser tenido en menos que ninguno de los de mi profesión de los que él sostenía. El mayordomo me contestó:

—A Bandinelli se le dan doscientos escudos para su

sostenimiento; conque, si te conformas con esto, ya sabes tu salario.

Respondí que me conformaba; y que lo que yo mereciese de más me fuese dado luego de vistas mis obras, dejándolo todo al buen juicio de Su Excelencia Ilustrísima. Así reanudé el hilo contra mi gusto, y me puse á trabajar; haciéndome de continuo el duque los más desmesurados favores que en el mundo se puedan imaginar.

LVI.

Había recibido con mucha frecuencia cartas de Francia de aquel mi fidelísimo amigo señor Guido Guidi; estas cartas no me decían por entonces sino buenas noticias; también mi Ascanio me escribía diciéndome que me estuviese todo el tiempo que quisiera, pues de ocurrir algo, me lo avisaría en seguida. Refiriósele al rey cómo habíame puesto á trabajar para el duque de Florencia; y como este hombre era lo mejor del mundo, muchas veces dijo:

—¿Por qué no torna Bienvenido?

Y preguntando particularmente sobre esto á aquellos discípulos míos, ambos le dijeron cómo les escribía yo que estaba muy bien, y que pensaban si no tendría yo más deseos de tornar al servicio de Su Majestad. Montando el rey en cólera al oír aquestas palabras, las cuales no procedían de mí de ningún modo, dijo:

—Puesto que se ha partido de Nos sin causa alguna, no le volveré nunca más á pedir que vuelva; conquese así estése donde está.

Aquellos ladrones asesinos condujeron la cosa al término que apetecían, puesto que toda vez que yo hubiese tornado á Francia, convertíanse ellos de nuevo en ayudantes míos, como primero lo eran (por lo cual, si yo no tornaba, quedaban ellos libres y en mi puesto); por eso hacían los mayores esfuerzos para que yo no regresase. .

LVII.

Mientras tanto que hacía yo levantar los muros del taller para comenzar dentro el Perseo, trabajaba en un cuarto bajo, en el cual hacía el Perseo de yeso, tamaño como había de ser, con el pensamiento de fundirlo conforme á aquel yeso. Cuando vi que el hacerlo de este modo me resultaría un poco largo, tomé otro expediente, porque ya se había edificado un poco del taller, aun cuando con tanta miseria, que me indigna mucho el recordarlo.

Comencé la figura de la Medusa, é hice un armazón de hierro; después comencé á hacerla de tierra, y luego que la tuve en barro, la cocí. Estaba solo con ciertos aprendicillos, entre los cuales había uno muy hermoso, hijo de una meretriz llamada la Gambetta. Servíme de este muchacho para modelo, pues nosotros no tenemos más libros que nos enseñen el arte sino el natural.

Traté de tomar ayudantes para acabar pronto esa obra mía, mas no los pude encontrar, y por mí sólo no podía hacerlo todo.

Había en Florencia algunos que con mucho gusto hubiesen venido, mas Bandinelli al momento impedía que viniesen á mí; y haciéndome retardar así una pieza, decía al duque que andaba yo en busca de esos ayudantes, porque no era posible que supiese yo hacer por mí el conjunto de una figura grande.

Dolíme con el duque del gran estorbo que me ponía aquel bestia, y le rogué cómo hiciese poner á mis órdenes algunos operarios de la Obra (1). Estas palabras mías hicieron creer al duque lo que le decía Bandinelli. Al percatarme de ello, me dispuse á hacer por mí mismo todo cuanto pudiese.

Y poniéndome con las más extremadas fatigas que imaginarse pueda á trabajar día y noche, en esto enfermó el marido de mi hermana, y en breves días se murió, dejándome á mi hermana joven y con seis hijas, entre pequeñas y grandes. Este fué el primer gran trabajo que pasé en Florencia: quedar siendo padre y guía de tales desventuradas.

LVIII.

Deseoso de que nada se retrasase, estando lleno de basuras mi huerto, llamé á dos peones que vinieron de

(1) Aún se llama así la Junta que preside á la conservación de la grandiosa fábrica del Duomo de Florencia (la catedral).

Ponte Vecchio: de éstos, uno era un viejo de sesenta años, y el otro un joven de dieciocho.

Cuando llevaba cerca de tres días, el joven me dijo que el viejo no quería trabajar, y que haría yo bien en despedirle, no tanto porque no trabajaba, cuanto porque impedía trabajar al joven; y añadió que lo poco que allí había que hacer podía hacerlo él solo sin tirar el dinero en otra persona: dicho joven se llamaba Bernardino Mannellini de Mugello.

Al verle trabajar con tanto gusto, le pregunté si quería quedarse á mi servicio; en seguida nos pusimos de acuerdo. Este joven me cuidaba un caballo, labraba el huerto, y luego ayudábame en el taller, ingeniándose de suerte que poco á poco empezó á aprender el arte con tan buena disposición, que nunca tuve mejor ayuda que la suya. Resuelto á hacer con él todo, comencé á demostrar al duque cómo Bandinelli no decía sino embustes, y que para nada necesitaba yo á los auxiliares de Bandinelli.

Por aquel tiempo me acometió un pequeño mal de riñones, y como no podía trabajar, estaba sentado muy á gusto en el guardarropa del duque con ciertos jóvenes aurífices, que se llamaban Juan Pablo y Domingo Poggini, á los cuales tenía yo encargado que hiciesen un vasito de oro trabajado todo él en bajo relieve, con figuras y otros lindos adornos: era para la duquesa, quien había mandado hacerlo para beber agua.

También me pidió que le hiciese un cinturón de oro, obra riquísimamente adornada con pedrerías y muy

gratas invenciones de mascarillas y otras cosas; también le hice esto. A cada momento iba el duque á ese guardarropa y tenía grandísimo placer en ver trabajar y en conversar conmigo. Iniciada una pequeña mejora en mis riñones, hice que me llevasen barro; y mientras que el duque estaba allí pasando el tiempo, le retraté é hice un busto bastante mayor del natural.

Su Excelencia recibió de aquesta obra grandísimo placer, y me demostró tanto afecto, que me dijo cómo tendría mucho gusto en que me acomodase á trabajar en Palacio, buscándome en él estancias capaces donde colocarme yo con los hornos y con todo cuanto me hiciere falta, por ser tal cosa muy de su agrado. A esto contesté á Su Excelencia cómo no era posible, porque jamás terminarían mis obras ni en cien años.

LIX.

La duquesa me hacía imponderables favores, y hubiera querido que me dedicase á trabajar para ella y no me curase del Perseo ni de nada. Yo, que me veía halagado por estos vanos favores, estaba sin embargo cierto de que mi perversa y mordaz fortuna no podía retardarse en obrar contra mí alguna nueva pasada, porque siempre se me ponía por delante el gran mal que había logrado, yendo en busca de tan gran bien; me refiero á las cosas de Francia.

El rey no podía soportar el gran disgusto que había-

le dado con mi partida; y no obstante, hubiera querido que me tornase yo, mas con expreso honor suyo. A mí me parecía tener mucha razón y no quería declinar, pues pensaba que si yo me hubiese bajado á escribir humildemente, aquellos hombres hubieran dicho á la francesa que había sido yo pecador, y que habían sido verdad ciertas máculas que sin razón me habían inventado. Por eso me atuve á mi dignidad, y como hombre que tiene razón, escribí altaneramente; lo cual era el mayor placer que podían recibir aquellos dos traidores discípulos míos.

Al escribirles, vanagloriábame de los grandes agasajos que en mi patria me hacían un señor y una señora, dueños absolutos de la ciudad de Florencia, mi patria; y tan pronto como aquéllos recibían una de aquestas cartas, iban á enseñársela al rey, para constreñir á Su Majestad á que les diera mi castillo de igual modo como habíamelo dado á mí.

El rey, que era buena persona y muy mirado, jamás quiso consentir en las temerarias demandas de aquellos grandes ladronzuelos, porque había comenzado á percatarse de aquello á que malignamente aspiraban; y para darles un poco de esperanza y á mí ocasión de tornar al momento, me hizo escribir algún tanto encolerizado por mano de un tesorero suyo que se llamaba Sr. Julián Buonaccorsi, ciudadano florentino. La carta contenía esto: «Que si quería yo sostener la fama de hombre de bien que había yo llevado, puesto que habíame partido de allí sin causa, estaba en la verdadera

obligación de rendir cuentas de todo lo que había yo manejado y hecho para Su Majestad.» Púseme á escribir, llenando nueve hojas de papel ordinario.

En ellas narré minuciosamente todas las obras que había hecho, con todos los accidentes ocurridos en ellas y todas las cantidades de dinero que habíanse gastado en dichas obras; cantidades todas recibidas por mano de dos notarios y de un tesorero suyo, y suscritas por los mismos hombres que las habían cobrado, algunos de los cuales habían puesto intereses suyos y los otros su trabajo. Que de tales dineros, no me había metido en la bolsa ni un solo ochavo; mientras que por mis obras concluídas aún no había obtenido lo más mínimo del mundo, trayéndome sólo á Italia algunos regios favores y promesas, dignos verdaderamente de Su Majestad. Y, sin embargo, no podía gloriarme de haber obtenido por mis obras nada más que algún salario pagado de orden de Su Majestad para mi mantenimiento, y del cual aún resultaba acreedor por más de setecientos escudos de oro, que dejé aposta porque me fuesen enviados para volver bien; por ese motivo, y conocedor de que algunas gentes malignas por propia envidia me han hecho algún mal oficio, digo que la verdad ha de quedar siempre encima, así como que me glorío de Su Majestad cristianísima y no me mueve la avaricia. Aun cuando conozco haber entregado á Su Majestad mucho más de lo que ofrecí hacer, y aun cuando no se me ha dado el galardón prometido, no me curo de otra cosa en el mundo, sino de quedar en

el concepto de Su Majestad como hombre de bien, y limpio tal cual siempre lo fuí.

Y si alguna duda de esto quedase en el ánimo de Su Majestad, á la más mínima señal iré volando á rendir cuenta de mí con la propia vida; mas viendo que en tan poco se me estima, no he querido tornar á ofrecerme, en vista de que á mí siempre me sobraré el pan en cualquiera parte donde vaya; mas cuando fuese llamado, iré siempre á responder.

En dicha carta había otros muchos particulares de aquel portentoso rey y de la salvación de mi honor. Antes de mandar esta carta la llevé á mi duque, el cual tuvo gusto de verla; luego la mandé en seguida á Francia, dirigiéndosela al cardenal de Ferrara.

LX.

En este tiempo, Bernardone Baldini, comisionado por Su Excelencia para adquirir pedrería, había traído de Venecia un diamante grande de más de treinta y cinco quilates; también Antonio de Víctor Landi estaba interesado en hacer que lo comprase el duque.

Habíase ya tallado en brillante este diamante; mas como no resultaba con aquella refulgente limpidez que en tal piedra es de desear, los dueños de ese diamante habían descargado dicho brillante, de modo que en verdad no servía bien ni para talla rosa, ni para brillante. Como nuestro duque, grande aficionado á las pie-

dras preciosas, no entendía mucho de ellas, dió seguridades á este bribón de Bernardo de querer comprar el mencionado diamante. Tratando el tal Bernardo de lograr él solo el honor de este engaño que intentaba hacer al duque de Florencia, por eso no hablaba de ello una palabra con su compañero el Antonio Landi.

Dicho Antonio era muy amigo mío desde la niñez; y viendo la confianza de que gozaba yo con mi duque, un día me llamó aparte (era cerca de mediodía, y ocurrió en la esquina del Mercado Nuevo) y me dijo: «Bienvenido, estoy seguro de que el duque os mostrará un diamante con manifiesta voluntad de comprarlo; veréis un gran diamante; ayudad á su venta; por mi parte os digo que puedo darlo en diez y siete mil escudos; cierto estoy de que el duque os pedirá consejo; si le véis muy inclinado á adquirirlo, se hará lo necesario para engañarle.»

Este Antonio demostraba tener gran seguridad en poder llevar á cabo los tratos de esta piedra. Le prometí que como se me mostrase y además me fuese pedido mi parecer, diría todo aquello que yo creyese bien, sin perjudicar al mérito de la piedra.

Como he dicho más atrás, el duque iba diariamente por espacio de varias horas á aquella orfebrería; ocho días después de aquel en que me habló Antonio Landi, el duque, luego de comer, me enseñó el referido diamante, el cual conocía por las señas que me había dado Antonio Landi acerca de la forma y del peso. Como, según antes dije, ese diamante era de un agua algo

turbia (y por tal causa le habían descargado aquella punta), al verlo yo de aquella suerte, con seguridad habría desaconsejado que se hiciese tal gasto; por ese motivo, cuando Su Excelencia me lo mostró, le pregunté qué deseaba que yo dijese, pues para los lapidarios era muy diferente apreciar una piedra fina después que la hubiese comprado un señor, á poner precio para que éste la comprase.

Entonces me dijo Su Excelencia que la había comprado, y que sólo dijese yo mi parecer. No quise dejar de manifestarle modestamente lo poco que en mi opinión valía aquella piedra. Me contestó que considerase cuán hermosas aristas tenía. Entonces le repliqué cómo no eran de tan gran belleza cual Su Excelencia se imaginaba, y que no era más que un brillante rebajado. Al oír estas palabras mi señor, comprendiendo que decía yo la verdad, puso mal gesto y me dijo que tratase de apreciar la piedra y juzgar lo que valiese conforme á mi parecer. Recordando que Antonio Landi me lo había ofrecido en diez y siete mil escudos, creí que el duque lo habría comprado por quince mil á lo sumo; y por eso, viendo que éste llevaba á mal que le dijese yo la verdad, imaginé mantenerlo en su falsa opinión, y desenvolviéndole el diamante, dije:

—Diez y ocho mil escudos habréis gastado.

Á estas palabras el duque alzó la voz, haciendo una O más grande que la boca de un pozo, y exclamó:

—Ahora creo que no entiendes una palabra de esto.

—Señor mío, en verdad que creéis mal; cuidaos de

sostener la reputación de vuestra piedra y yo cuidaré de entender de ellas; decidme á lo menos cuánto habéis gastado en ésta, á fin de que aprenda yo á estimarlas al estilo de Vuestra Excelencia.

Irguiéndose el Duque con aire un tanto desdeñoso, dijo:

—Bienvenido, veinticinco mil escudos y aún más me cuesta. Y salióse.

Estaban presentes á esta conversación Juan Pablo y Domingo Poggini, aurífices; y el Bacchiacca, recamador, que también trabajaba en una estancia vecina á la nuestra, corrió al oír las voces. Entonces dije:

—Jamás le hubiera yo aconsejado que lo comprase; mas, empero, si él lo hubiese deseado, ocho días ha que me lo ofreció Antonio Landi en diez y siete mil escudos y creo que me lo hubiese dado por quince ó menos. Mas el Duque quiere tener su piedra en alta reputación; habiéndomela ofrecido Antonio Landi por tal precio, sólo el demonio de Bernardo hubiese hecho al duque tan vituperable engaño.

Sin creer nunca que tal cosa fuese verdad, como lo era, nos fuimos riendo de aquella necedad del duque.

LXI.

Terminada ya la figura de la gran Medusa, conforme dije, hice su armazón de hierro; después modelé el barro como de anatomía, dejándole medio dedo de es-

pesor, y lo cocí muy bien; luego puse encima la cera y concluí la figura del modo cómo quería yo que estuviese. El duque, que vino muchas veces á verla, tenía tanto temor de que no me resultase en bronce, que hubiera querido llamar á cualquier maestro fundidor para que me la vaciase.

Y aun cuando Su Excelencia hablaba de continuo y con grandísimo favor de mis arrogancias, su mayordomo buscaba también de continuo algún lazo con que arruinarme; porque tenía éste autoridad para mandar á los alguaciles y todos los demás oficiales de la pobre y desventurada ciudad de Florencia (¡que un pratense enemigo nuestro, hijo de un tonelero, ignorantísimo, por haber sido un vil maestro de Cosme de Médicis, antes de ser duque este último, hubiese adquirido tan gran autoridad!); así, pues, según he dicho, estando atento á cuanto mal pudiese hacerme, viendo que de ninguna manera podía tener en qué fundarse, pensó en el modo de inventar alguna cosa. Yendo en busca de la madre de aquel modelo mío llamado Vicente, él y la Gambetta, aquel galopín dómine y aquella bribona p..., tramaron el darme un susto á fin de que en su virtud hubiera de marcharme de allí.

La Gambetta, apelando á sus artes, recibió el encargo de aquel pícaro loco de pedante mayordomo, y habiéndose puesto también de acuerdo con el preboste (el cual era un cierto boloñés á quien por hacer cosas como éstas lo expulsó el duque, un sábado á la tercera hora de la noche), vino á buscarme dicha Gambetta con su

hijo y me habló, diciendo que lo había tenido muchos días encerrado por mi conveniencia. Le respondí que por mi conveniencia no lo tuviese encerrado, y riéndome de sus artes de p..., me volví hacia el hijo en presencia suya, y le dije:

—Vicente, tú sabes si he pecado yo contigo.

El cual, llorando, contestó que no. Entonces la madre, meneando la cabeza, exclamó, dirigiéndose á su hijo:

—¡Ah, bribonzuelo! ¿Acaso no sé yo cómo ha sucedido esto?

Luego volvióse á mí, diciéndome que le tuviese escondido en casa, porque el preboste le andaba buscando y le prendería con seguridad fuera de mi casa, mas en ésta no le tocaría nadie. Repliqué á esto, que en mi casa tenía yo á mi hermana, viuda, con seis inocentes hijitas, y que no quería yo ninguna persona extraña en mi casa.

Entonces me contestó diciendo que el mayordomo había dado comisión al preboste, y que de todas maneras sería yo preso; mas puesto que no quería acoger yo en mi casa á su hijo, si le daba cien escudos no tenía que pensar más en ello, porque siendo el mayordomo tan grandísimo amigo suyo, podía yo estar seguro de que ella le haría hacer todo cuanto le pluguiese, con tal de que yo la diera los cien escudos. Entré en el mayor furor, con el cual exclamé:

—Quítateme de delante, despreciable p..., que si no fuese por temor al mundo y por la inocencia de este infeliz hijo que aquí tienes delante, ya te hubiera de-

gollado con este puñal, que dos ó tres veces he tenido en la mano.

Y con estas palabras, acompañadas de fuertes empujones, eché fuera de mi casa á ella y á su hijo.

LXII.

Considerando luego á solas la picardía y el poder de aquel mal maestro de escuela, juzgué que lo mejor para mí sería dejar tiempo á que se pasase aquel escándalo; y por la mañana temprano, después de entregar á mi hermana pedrerías y cosas por valor casi de dos mil escudos, monté á caballo y me fuí á Venecia, llevando conmigo á Bernardino de Mugello. En cuanto llegué á Ferrara, escribí á Su Excelencia el duque, diciéndole que así como me había ido sin ser mandado, volvería también sin ser llamado.

Cuando estuve en Venecia, pensé por cuán diversos modos mi suerte cruel me perseguía; mas hallándome á pesar de todo bueno y sano, me resolví á luchar con ella, según mi costumbre, y mientras tanto pensaba así en mis asuntos, divertíame por aquella hermosa y riquísima ciudad. Fuí á saludar al maravilloso pintor Tiziano y á Jacobo de Sansovino, insigne escultor y arquitecto florentino, muy bien pagado por la Señoría de Venecia (habiéndonos conocido en Roma y en Florencia durante la juventud); y aquellos dos hombres eminentes me agasajaron mucho.

Al otro día después me encontré con el señor Lorenzo de Médicis (1), quien me dió en seguida la mano con la mejor acogida que pueda verse en el mundo; porque nos habíamos conocido en Florencia cuando hacía yo las monedas al duque Alejandro, y luego en París, cuando estaba yo al servicio del rey.

Vivía en casa del señor Julián Buonaccorsi; y por no tener donde ir á pasar el tiempo sin grandísimo peligro suyo, estábase la mayor parte del tiempo en mi casa, viéndome trabajar aquellas grandes obras. Y, según llevo dicho, por este antiguo conocimiento, me tomó de la mano y me condujo á su casa, donde estaba el señor prior Strozzi (2), hermano del señor Pedro; y alegrándose de verme, me preguntaron cuánto pensaba estar en Venecia, creyendo que me quería volver á Francia.

Contesté á esos señores cómo me había partido de Florencia por el suceso antedicho, y que dentro de dos ó tres días pensaba tornarme á Florencia para servir á mi gran duque. Cuando pronuncié estas palabras, el se-

(1) Lorenzino de Médicis, matador del duque Alejandro; refugióse en Venecia, donde al fin fué á su vez muerto, el 26 de Febrero de 1548, por dos sicarios pagados por el duque Cosme. — Véase la relación del capitán Francisco de Bibbona, en la edición E. Camerini de los *Scritti di Lorenzino* (Milán, Daelli, 1862), y la edición de la *Collezione diamante* (editor G. Barbera, Florencia).

(2) León Strozzi, hijo de Felipe, caballero de Jerusalén y prior de Capua, murió de un arcabuzazo en 1554 en la guerra de Siena, mientras estaba explorando el pequeño fuerte de Scarlino, en el principado de Piombino.

ñor prior y el señor Lorenzo volviéronse hacia mí con tanta rigidez, que tuve grandísimo miedo, y me dijeron:

—Mejor harías en volverte á Francia, donde eres rico y conocido; pues como vuelvas á Florencia, perderás todo cuanto habías ganado en Francia, y de Florencia no sacarás otra cosa que disgustos.

No respondí á sus palabras, y partiéndome al otro día lo más en secreto que pude, me fuí á tomar el camino de Florencia; mientras tanto habíase pasado el escándalo, habiendo escrito á mi gran duque todo el suceso que había sido causa de mi viaje á Venecia; le visité sin ceremonia alguna, recibíendome con su acostumbrada prudencia y severidad.

Después de permanecer serio un rato, volviése hacia mí afablemente y me preguntó dónde había estado. A lo cual respondí que mi corazón no se había apartado un punto de Su Excelencia Ilustrísima, si bien por algunas justas causas me había sido necesario llevar un poco mi cuerpo á espaciarse. Volviéndose entonces más afable, me comenzó á preguntar acerca de Venecia, y así estuvimos departiendo una pieza; por último, me dijo que me dedicase á trabajar y le concluyese su Perseo.

Así, pues, tornéme á casa gozoso y alegre, con gran contentamiento de mi familia, esto es, mi hermana con sus seis hijitas; y reanudando mis labores, adelanté en ellas con todo el afán que pude.

LXIII.

La primera obra que fundí en bronce fué aquel busto grande, retrato de Su Excelencia, que había yo hecho de barro en la aurificería mientras me encontraba malo de los riñones. Fué una obra que gustó, y no la hice por otra causa sino por experimentar las tierras para fundir el bronce.

Y aun cuando vi que el admirable Donatello había hecho sus obras en bronce vaciándolas en barro de Florencia, parecíame que las había conducido aquél con grandísimas dificultades; y pensando que esto procediese de defectos del barro, antes de ponerme á fundir mi Perseo quise hacer estas primeras diligencias; por ellas me convencí de que el barro era bueno, aun cuando no lo había entendido bien aquel admirable Donatello, puesto que con grandísimas dificultades veía yo conducidas sus obras.

Así, pues, conforme digo más arriba, en fuerza de arte compuse un barro que me sirvió muy bien, vaciando en él dicho busto. Mas como aún no me habían hecho el horno, me valí del horno del maestro campanero Zanobi de Pagno; y viendo que el busto había resultado muy limpio, en el acto me puse á hacer un hornillo en el taller que me había hecho el duque, bajo mi dirección y dibujos, en la propia casa que me había dado. Y tan pronto como estuvo hecho el horno, con el mayor ahin-

co posible me dispuse á fundir la estatua de la Medusa, la cual es aquella mujer que se retuerce bajo los pies del Perseo.

Y por ser cosa difícilísima este vaciado, no quise dejar de emplear todas aquellas diligencias que intenté á fin de que no me sucediese ningún fracaso; y así, el primer vaciado que hice en dicho mi horno resultó muy bien, en grado superlativo, y tan limpio que parecía á mis amigos que no debiera yo en manera alguna retocarlo; cosa que han logrado ciertos tudescos y franceses, los cuales dicen (y se enorgullecen de poseer bellísimos secretos) vaciar los broncees sin retoques; cosa verdaderamente de locos, porque el bronce, luego de fundido, es preciso acabarlo con martillos y cinceles, como lo hicieron los portentosísimos antiguos y también lo han hecho los modernos que saben trabajar el bronce.

Este vaciado plugo bastante á Su Excelencia Ilustrísima, quien vino muchas veces hasta mi casa por verlo, dándome grandísimos ánimos para trabajar bien. Mas pudo tanto la rabiosa envidia del Bandinelli, quien de continuo andaba al oído de Su Excelencia Ilustrísima, que le hizo pensar que aun cuando yo fundía algunas de aquestas estatuas, jamás haría un conjunto, por ser en mí arte nuevo, y que Su Excelencia debía mirarse bien para no tirar á la calle sus dineros.

Pudieron tanto estas palabras en aquellos gloriosos oídos, que me retrasaron algunos gastos para ayudantes; de modo que me vi precisado á quejarme de ello

audazmente á Su Excelencia; y aguardando á éste una mañana en la calle de Servi, le dije:

—Señor mío, no me veo socorrido en mis necesidades, de modo que sospecho cómo Vuestra Excelencia no confía en mí; por eso os repito de nuevo que me sobran ánimos para hacer esta obra triple mejor que el modelo, conforme os prometí.

LXIV.

Habiendo dicho estas palabras á Su Excelencia, y conocido que no le causaban efecto ninguno, puesto que no me daba respuesta á ellas, entróme de pronto gran cólera, juntamente con una pena intolerable, y de nuevo comencé á hablar al duque, y le dije:

—Señor mío, esta ciudad ha sido verdaderamente siempre la escuela de los mayores ingenios; mas cuando uno sabe quién es, por haber aprendido ya alguna cosa, si se quiere acrecentar la gloria de su ciudad y de su glorioso príncipe, le conviene ir á trabajar en otra parte. Y que esto sea verdad, señor mío, lo sé, porque Vuestra Excelencia ha sabido quién fué Donatello, quién el gran Leonardo de Vinci, y quién es ahora el admirable Miguel Angel Buonarroti: éstos acrecientan con su mérito insigne la gloria de Vuestra Excelencia. También yo espero contribuir por mi parte; así, pues, dejadme ir, señor mío. Mas advierta bien Vuestra Excelencia que no permita irse al Bandinelli; antes, por el contrario, dadle siempre más de lo que os pida; porque si éste se

marchase fuera, es tanta su presuntuosa ignorancia, que es apto para abochornar á aquesta nobilísima escuela. Por consiguiente, señor, dadme licencia para partirme; y no pido otra recompensa para mis trabajos hasta aquí, sino conservarme en gracia de Vuestra Excelencia Ilustrísima.

Viéndome Su Excelencia resuelto de aquel modo, volvióse hacia mí con un poco de enfado, diciéndome:

—Bienvenido, si tienes voluntad de concluir la obra, no te verás falto de nada.

Dile gracias entonces, y le dije cómo no era otro mi deseo sino el de mostrar á los envidiosos que me sobraban ánimos para terminar la obra prometida. Después de hablar claro así con Su Excelencia, dióseme alguna ayuda, aunque pequeña; por lo cual me fué preciso echar mano de mi bolsa, por querer que mi obra anduviese un poco más que al paso.

Todas las noches iba yo á pasar la velada en el guardarropa de Su Excelencia, donde estaban Domingo y Juan Pablo Poggini, su hermano, quienes hacían para la duquesa un vaso de oro de que hablé más atrás, y un cinturón también de oro; asimismo habíame encargado Su Excelencia que le hiciese el modelito de un colgante de collar, dentro del cual había de engarzarse aquel diamante grande que le hicieron comprar Bernardo y Antonio Landi.

Y á pesar de que yo quería librarme de hacer tal cosa, el duque con muchos halagos hacíame trabajar todas las noches hasta la hora cuarta.

Constreñíame también con afabilísimas maneras á hacer que trabajase en ello hasta de día, en lo cual no quise consentir jamás; y por esto tuve por cierto que Su Excelencia encolerizárase conmigo. Una noche, habiendo llegado algún tanto más tarde que mi costumbre, me dijo el duque:

—Mal venido seas.

A cuyas palabras repliqué al momento:

—Señor mío, ése no es mi nombre, puesto que me llamo Bienvenido; y como pienso que Vuestra Excelencia se burla de mí, no volveré á entrar otra vez.

A esto replicó el duque cómo lo decía en mal sentido y no de burla; y que advirtiese bien lo que yo hacía, por cuanto había llegado á sus oídos que, prevaliéndome de su favor, hacía yo engaños, ora á éste, ora á aquél.

Al oír estas palabras, rogué á Su Excelencia Ilustrísima tuviera á bien decirme una sola persona á quien yo hubiese engañado en el mundo. De pronto volviósese hacia mí con ira, y me dijo:

—Anda y devuelve á Bernardo lo que tienes de él: he ahí uno.

A esto respondí:

—Señor mío, gracias os doy por ello, y os ruego cómo tengáis á bien escucharme cuatro palabras. Es verdad que me prestó un par de balanzas viejas, dos bigornias y tres martillitos pequeños; mas hace hoy quince días que dije á su criado Jorge de Cortona que enviase por esos trastos viejos, viniendo por ellos el

mismo Jorge antedicho. Y si Vuestra Excelencia Ilustrísima averigua que desde el día en que nací hasta ahora he retenido yo nunca nada de otras personas por aqueste modo, aunque fuese en Roma ó en Francia, luego de informarse por aquellos que le hayan referido tales cosas ó por otros, si encontráis que dicen verdad, castigadme á medida de vuestro antojo.

Viéndome el duque tan apesadumbrado, como señor discretísimo y compasivo, volvióse hacia mí, y me dijo:

—Las faltas no se dicen á quienes no las han cometido; así, pues, de ser como dices, te veré siempre con gusto, cual en lo pasado lo he hecho.

—Sepa Vuestra Excelencia, contesté, que las bribonías de Bernardo fuérganme á preguntaros con súplica que me digáis cuánto gastasteis en el diamante grande, el cual sólo es un brillante rebajado; pues espero mostraros por qué trata este mal hombre de hacerme caer de vuestra gracia.

Entonces me dijo Su Excelencia:

—El diamante me costó veinticinco mil ducados. ¿Por qué me lo preguntas?

—Señor mío, porque tal día y á tal hora, en la esquina del Mercado Nuevo, me dijo Antonio de Víctor Landi cómo tratase yo de venderlo á Vuestra Excelencia Ilustrísima; y á la primera pregunta me pidió por él dieciséismil ducados; pues bien, Vuestra Excelencia sabe á quién se lo habéis comprado. Y si esto es verdad, preguntádselo á Domingo Poggini ó á su hermano Juan Pablo, que están aquí y á quienes se lo

conté en el acto; y desde entonces no he vuelto hablar más, porque Vuestra Excelencia dijo que yo no lo entendía, por donde vine á pensar cómo queríais mantenerlo en alta reputación. Sabed, señor mío, que yo entiendo de esto, y, por otra parte, hago profesión de ser tan hombre honrado como el primero de los nacidos, sea quien fuere: nunca trataré de robaros ocho ó diez mil ducados de un tirón, sino que me ingeniaré por ganarlos con mi trabajo. Me comprometí á servir á Su Excelencia como escultor aurífice ó grabador de monedas, mas nunca para referiros cosas de otros; ésta que os digo, es en defensa mía, y no quiero por ella el premio de la denuncia (*non ne voglio il quarto*) (1). Y os lo digo estando presentes tantos hombres honrados como aquí están, á fin de que Vuestra Excelencia Ilustrísima no crea lo que dice Bernardo.

En el acto montó en cólera el duque y envió por Bernardo, quien, junto con Antonio Landi, vióse precisado á huir hasta Venecia: el tal Antonio me decía que no había querido referirse á aquel diamante. Fueron y volvieron de Venecia, y yo fuí en busca del duque, á quien dije:

—Señor, lo que yo os dije es verdad, y lo que Bernar-

(1) En Florencia los que defraudaban de cualquier modo al Erario público incurrian en el cuarto, esto es, eran condenados á pagar una cuarta parte más de la cantidad defraudada, concediendo las leyes florentinas dicha suma á los denunciadores como premio. Por eso la frase de Cellini *non ne voglio il quarto*, significa que no quería recompensa ninguna por haber descubierto la estafa de Bernardo.

do os habló de sus trastos no era verdad; así que haréis bien en pedir pruebas, y yo me dirigiré al preboste.

Al oír el duque estas palabras, volvióse hacia mí, diciéndome:

—Bienvenido, sigue siendo hombre de bien como lo has hecho en lo pasado, y no temas nunca nada.

La cosa quedó en humo, y nunca más volví á oír hablar de ello. Me dediqué á terminar su joyel, y llevándoselo acabado cierto día á la duquesa, ella misma me dijo que estimaba tanto mi obra cuanto valía el diamante que la hizo comprar Bernardo; y quiso que yo se lo pusiera en el pecho con mis propias manos, dándome un agujón, con el cual se lo sujeté, y partíme luego con gran benevolencia suya. Después supe que lo habían vuelto á hacer engarzar por un tudesco ú otro forastero, salva sea la verdad, porque dicho Bernardo afirmó que el referido diamante luciría mejor engarzado en una joya de menos trabajo.

LXV.

Domingo y Juan Pablo Poggini, aurífices hermanos, trabajaban, según creo haber dicho, conforme á dibujos míos, en el guardarropa de Su Excelencia Ilustrísima, ciertos vasitos de oro cincelados con grupos de figuritas en bajo relieve y otras cosas de mucha importancia; por eso dije más de una vez al duque:

—Señor mío, si Vuestra Excelencia Ilustrísima me pagase algunos ayudantes, os haría las monedas de vuestra fábrica y las medallas con el busto de Vuestra Excelencia Ilustrísima en parangón con los antiguos, y con la esperanza de superarlos, pues desde que hice las medallas del papa Clemente he aprendido tanto, que ahora las haría mucho mejor que aquéllas: también haría mejores monedas de las que hice al duque Alejandro, las cuales aún se tienen por hermosas; y os haría grandes vasos de oro y plata como tantos que he hecho para aquel admirable rey Francisco de Francia, sólo por las grandes comodidades que me dió y por las que no perdí nunca el tiempo necesario para los grandes colosos y las demás estatuas.

A estas palabras mías contestóme el duque:

—Pues hazlos, y veré.

Mas no me dió comodidad ni ayuda ninguna. Un día Su Excelencia Ilustrísima me hizo dar unas cuantas libras de plata, y me dijo:

—Esta plata es de la de mis minas (1); hazme un vaso hermoso.

Y como yo no quería retrasar mi Perseo y además tenía gran voluntad de servirle, se lo di para que lo hiciese, con dibujos y modelos míos de cera, á cierto bribón que se llama Pedro de Martín, aurífice, quien lo comenzó mal y hasta no trabajaba; de modo que perdí

(1) Las minas de plata explotadas por Cosme I estaban en Campiglia, y la otra, mejor que ésta, en Pietrasanta; pero de ellas no obtuvo ningún provecho.

más tiempo que si lo hubiese yo hecho todo por mi mano.

Habiéndome visto así burlado algunos meses, y viendo que dicho Pedro no trabajaba en él, ni siquiera hacía trabajar, hice que me lo devolviese; y pasé grandes afanes para recuperar, á la vez que el cuerpo del vaso mal empezado, según dije, el resto de la plata que dado le había. El duque, á cuyos oídos llegaron algunos rumores de esto, mandó por el vaso y por los modelos, y jamás me dijo por qué ni para qué; mas baste saber que con ciertos dibujos míos lo encargó á diversas personas de Venecia y otros lugares para que lo hiciesen, y fué muy mal servido.

La duquesa me decía con frecuencia que trabajase para ella como aurífice; varias veces la respondí que todo el mundo sabía muy bien, y toda Italia, cómo era yo buen aurífice; mas que Italia nunca había visto obras de escultura hechas por mi mano, y entre la gente del arte, ciertos escultores rabiosos me llaman en son de mofa el escultor nuevo; á los cuales espero demostrar cómo soy escultor viejo, si Dios me otorga tanta merced que pueda yo mostrar concluído mi Perseo en aquella magnífica plaza de Su Excelencia Ilustrísima.

Y retirándome á casa me puse á trabajar día y noche, y no me dejé ver por palacio. Empero, con ánimo de mantenerme en la gracia de la duquesa, encargué hacer para ella ciertos vasillos de plata, tamaños como un pucherito de dos cuartos, con lindas mascarillas de estilo rarísimo, á la antigua.

Llevado que le hube dichos vasillos, me hizo la más grata acogida que pueda en el mundo imaginarse, y me pagó la plata y el oro míos que en ellos había yo puesto; me recomendé á Su Excelencia Ilustrísima, suplicándola que dijese al duque cómo había yo tenido pequeña ayuda para tan gran obra, y que Su Excelencia Ilustrísima tuviera á bien decir al duque cómo no creyese tanto á aquella mala lengua del Bandinelli, con la cual me impedía concluir mi Perseo. A estas lacrimosas palabras mías, la duquesa se encogió de hombros; mas, esto no obstante, me dijo:

—Por cierto que el duque debiera conocer que este Bandinelli suyo no vale nada.

LXVI.

Estaba metido en casa; rara vez me presentaba en palacio, y con gran ahinco trabajaba por concluir mi obra; tenía que pagar á los ayudantes con mi dinero, porque habiéndome hecho pagar algunos el duque por Lactancio Gorini durante cerca de diez y ocho meses, al cabo se cansó y me hizo quitar la asignación. En vista de ello, pregunté á dicho Lactancio por qué no me pagaba. Meneando sus manitas de araña, respondióme con una vocecilla de mosquito:

—¿Por qué no acabas esta tu obra? Créese que nunca la terminarás.

En el acto le respondí colérico, y le dije:

— Mal cáncer os venga á vos y todos cuantos no creáis que yo la concluya.

Así, pues, desesperado me volví á casa junto á mi sin ventura Perseo; y no sin lágrimas, porque tornábame á la memoria el magnífico estado que dejé en París al servicio de aquel magnánimo rey Francisco, con el cual todo me sobraba, mientras que aquí faltábame todo.

Muchas veces me dispuse á marcharme desesperado; una de ellas monté en un hermoso caballito mío, y poniéndome cien escudos en el cinto, me fuí á Fiesole á ver á un hijo mío natural que tenía en nodriza en casa de una comadre mía, mujer de un mi ayudante. Llegado que hube junto á mi hijito, le encontré en buen estado; y todavía descontento le besé, y al quererme partir, no me dejaba; reteniéndome fuertemente con sus manitas y con un furioso llanto y griterío, que en aquella su edad de menos de dos años resultaba más que maravilloso. Mas como había resuelto que si encontraba al Bandinelli, el cual solía ir todas las tardes á su huerto sobre Santo Domingo, había de arrojarlo en tierra como un desesperado, por eso me desprendí de mi chiquitín, dejándole deshecho en llanto.

Al venirme hacia Florencia, cuando llegué á la plaza de Santo Domingo, precisamente entraba el Bandinelli por el otro lado en la plaza. Resuelto en el acto á realizar aquella obra sanguinaria, me llegué á él y al alzar los ojos le vi sin armas sobre un mal mulo como un asno, y llevaba consigo un niño como de diez años de edad; tan pronto como me vió, púsose descolorido como

un muerto y temblando desde la cabeza hasta los pies. Conociendo yo su cobardísimo estado de ánimo, le dije:

—No temas, vil bellaco, que no te considero digno de mis golpes.

Me miró con desaliento y no dijo nada. Entonces recobré los virtuosos instintos y di gracias á Dios, que con su verdadera misericordia no había querido que hiciese yo tal daño. Viéndome así libre de aquel diabólico furor, creció mi ánimo y me dije á mí mismo:

—Si Dios me otorga tanta merced como que yo termine mi obra, espero confundir con ella á todos mis pícaros enemigos; por donde será mucho mayor y más gloriosa mi venganza que si me hubiese desahogado con uno sólo.

Y con esta buena resolución me torné á casa. Al cabo de tres días tuve noticia de cómo mi comadre habíame ahogado á mi único hijo; lo cual me causó dolor tan acerbo, que jamás he sufrido otro mayor. Empero, me arrodillé en tierra y, según mi costumbre, di gracias á Dios diciendo, no sin lágrimas:

—Señor mío, tú me lo diste y tú me lo has quitado ahora; por todo ello te doy gracias con todo mi corazón.

Y aun cuando el gran dolor habíame casi enloquecido, sin embargo, según costumbre, tuve que hacer de la necesidad virtud, y lo mejor que pude me fuí consolando.

LXVII.

Por este tiempo habíase salido del taller de Bandinelli un joven llamado Francisco, hijo de Mateo, forjador. Dicho joven me hizo preguntar si quería yo darle trabajo; me conformé y le puse á limpiar la figura de la Medusa que estaba ya fundida.

Al cabo de quince días díjome aquel joven cómo había hablado con su maestro Bandinelli, quien le encargó de decirme de su parte que si quería yo hacer una estatua de mármol, se ofrecía á regalarme un hermoso trozo de mármol. En el acto dije:

—Dile que lo acepto; y cuide no resulte malo el mármol para él, porque ya me va irritando y no se acuerda del gran peligro en que se vió conmigo en la plaza de Santo Domingo. Pues bien, dile que lo quiero á rajatabla. Jamás hablo de él, y siempre trata de irritarme ese bestia. Creo que tú has venido á trabajar conmigo enviado por él, sólo por espiar mis asuntos. Vete y dile que quiero el mármol aunque le pese, y vuélvete con él.

LXVIII.

Habiendo transcurrido muchos días sin que me hubiese dejado ver yo en palacio, una mañana que me dió el capricho fuíme allí. El duque había casi concluído de almorzar; y, á lo que me dijeron, Su Excelencia había

departido y hablado muy bien de mí por la mañana, y entre otras cosas me había loado mucho en lo de engarzar piedras preciosas; y por eso, tan pronto como la duquesa me vió, hízome llamar por el señor Sforza (1); y acercándome á Su Excelencia Ilustrísima, me rogó que le engarzase un diamantito en brillante en un anillo; y me dijo que lo quería llevar siempre en el dedo, dándome la medida y el diamante, el cual valía cerca de cien escudos, y me suplicó que lo hiciese presto. Al momento comenzó el duque á hablar con la duquesa, y dijo:

—Cierto es que Bienvenido fué sin par en aqueste arte; mas ahora que lo ha dejado, creo que el hacer un anillito como vos queréis, produciríale demasiado grande fatiga; así, pues, os ruego que no le canséis con esta pequeña cosa, la cual sería grande para él, por haberlas abandonado.

Al oír estas palabras, di gracias al duque y le rogué que me dejase hacer esta pequeñez en servicio de la señora duquesa; y poniendo manos á ello en seguida, lo concluí á los pocos días. El anillo era para el dedo pequeño de la mano: hice en él cuatro figurillas exentas con cuatro mascarillas, formando así el mencionado anillo; también acomodé allí algunas frutas y cintitas esmaltadas, de modo que la piedra y el anillo

(1) Sforza Almeni, el cual fué después muerto por la propia mano de Cosme I, en 22 de Mayo de 1566, por haber revelado á su hijo el príncipe regente D. Francisco los amores del gran duque con la noble señorita Leonor Albizzi.

mostraban muy bello conjunto; en seguida lo llevé á la duquesa, la cual con benévolas palabras me dijo que había yo hecho una obra bellísima, y que se acordaría de mí.

Dicho anillito se lo envió de regalo al rey Felipe (1), y desde entonces siempre me encargaba alguna cosa, mas tan amablemente, que siempre me esforzaba por servirla, con todo de ver pocos dineros (y Dios sabe si tenía yo suma necesidad de ellos, porque deseaba concluir mi Perseo y había encontrado ciertos jóvenes que me ayudaban, á quienes pagaba de lo mío); y de nuevo comencé á dejarme ver con más frecuencia de como lo había hecho en lo pasado.

LXIX.

Un día de fiesta que fuí á palacio después de comer, al llegar á la sala del Reloj, vi abierta la salida del guardarropa; y al acercarme un poco, me llamó el duque, y con afable acogida, me dijo:

—Bien venido seas; mira aquella caja que me ha enviado de regalo el señor Esteban de Palestrina (2); ábrela y veamos qué cosa es.

(1) Felipe II, hijo de Carlos V de Alemania, rey de Nápoles y Sicilia, por cesión del padre en 1554; de Inglaterra, por haberse casado con María, hija de Enrique VIII; y rey de España, por abdicación de su padre, en 1556.

(2) Esteban Colonna, de los principes de Palestrina, discípulo en el arte militar de su célebre pariente Próspero Colonna, que pasó á servir á Cosme I, y murió en Pisa en 1548.

Tan pronto como la hube abierto, dije al duque:

—Señor mío, es una figura de mármol griego, y una verdadera maravilla: digo que no me acuerdo de haber visto jamás, entre las antigüedades que representan algún muchacho, ninguna obra tan hermosa ni de tan bello estilo; de modo que me ofrezco á Vuestra Excelencia Ilustrísima para restauráros la de cabeza, brazos y pies. Y le haré un águila, á fin de que se le bautice como un Ganimedes. Y aun cuando no me conviene recomendar estatuas, porque es arte propia de ciertos remendones, quienes la ejercen bastante malamente, empero, la excelencia de aquesta gran obra maestra me impele á servir á su autor.

Mucho le plugo al duque que la estatua fuese tan bella, y me preguntó bastantes cosas, diciéndome:

—Bienvenido mío, dime con claridad en qué consiste el mérito de aqueste maestro, que tanto asombro te da.

Entonces, de la mejor manera que supe, traté de hacerle capaz de comprender tal belleza, lo eminente de su concepto y lo raro de su estilo; sobre lo cual discurrí bastante y lo hice con la más buena voluntad, en vista de que Su Excelencia encontraba en ello grandísimo placer.

LXX.

Mientras que tan agradablemente conversaba yo con el duque, sucedió que salió un paje fuera del guardarropa, y al salir el mencionado, entró Bandinelli. Al ver-

lo el duque, medio se trastornó; y con ademán austero, le dijo:

—¿Qué andáis haciendo?

Bandinelli, sin responder nada, en el acto dirigió la vista hacia aquella caja donde estaba descubierta la antedicha estatua; y con su risita falsa, meneando la cabeza, dijo dirigiéndose hacia el duque:

—Señor, aquestas son las cosas de que tantas veces hablé á Vuestra Excelencia Ilustrísima. Sabed que estos antiguos no entendían nada de anatomía, y por esos sus obras están todas llenas de errores.

Yo me estaba callado y sin atender á nada de lo que decía, antes volviéndole las espaldas. Al momento que aquel bestia hubo concluído su necia charla, exclamó el duque:

—Bienvenido, esto es todo lo contrario de aquello que con tan buenas razones me has demostrado poco ha también; así, pues, defiende un poco la estatua.

Ante aquestas ducales palabras dirigidas á mí con tanta cortesía, al instante respondí, y dije:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima ha de saber cómo Baccio Bandinelli está todo él compuesto de cosas malas, y así ha sido siempre; de modo que aquello que él mira, aun cuando las cosas sean todas en grado superlativo buenas, súbito se convierten á sus displicentes ojos en un mal pésimo. Mas como yo sólo me inclino á lo bueno, veo más santamente lo verdadero; de modo que aquello que dije acerca de esta bellísima estatua á Vuestra Excelencia Ilustrísima, es todo la

pura verdad, y lo que de ella ha dicho Bandinelli sólo es efecto de aquel mal de que está compuesto.

El duque estuvo oyéndome con mucho placer; y mientras que decía yo aquestas cosas, Bandinelli se retorció, y con su rostro (que era feísimo) hacía los más feos visajes que imaginarse puedan en el mundo.

En seguida movióse el duque dirigiéndose por ciertas estancias bajas, y el antedicho Bandinelli le seguía. Los camareros le cogieron por la capa y me lo pusieron detrás; y así seguimos al duque hasta tanto que Su Excelencia Ilustrísima llegó á una estancia y tomó asiento, quedando el Bandinelli y yo uno á la derecha y otro á la izquierda de Su Excelencia Ilustrísima. Yo estaba callado y aquellos muchos servidores de Su Excelencia que estaban en torno nuestro, todos miraban fijos á Bandinelli, sonriéndose burlescamente unos con otros por aquellas palabras que habíale yo dicho en aquella estancia de arriba. Así, pues, comenzó á hablar el referido Bandinelli, y dijo:

—Señor, cuando descubrí mi grupo de Hércules y Caco, creo en verdad que más de cien sonetuchos se me hicieron, los cuales decían todo lo peor que pueda imaginarse en el mundo por aqueste populacho.

Entonces respondí á mí vez, y dije:

—Señor, cuando nuestro Miguel Angel Buonarroti descubrió su Sacristía (1), donde se vieron tan hermo-

(1) *La Sacristía nueva*, ó sea la capilla mortuoria de los Médicos, en San Lorenzo de Florencia. Véase la descripción del fa-

sas figuras, esta admirable y eminente escuela, amiga de la verdad y del bien, le hizo más de cien sonetos en competencia uno de otro sobre quién podía elogiarla más. Así como aquella obra de Bandinelli merecía tanto malo como él afirma que de la suya se dijo, así también merecía la de Buonarroti tanto bueno como dijose de ella.

Al oír estas palabras más el Bandinelli, le dieron tanta rabia, que reventaba; volvióse á mí, y dijo:

—Y tú, ¿qué defectos sabrías ponerle?

—Yo te los diré, si tienes paciencia suficiente para poderme escuchar.

—Pues dílos en seguida.

El duque y los demás que se encontraban allí, todos estaban atentos. Comencé, y en primer lugar dije:

—Sabe cómo mucho me pesa tenerte que decir los defectos de aquella obra tuya; mas no te diré yo tal cosa, antes habré de decirte todo cuanto afirma esta eminentísima escuela.

Y como quiera que aquel mal hombre, ora decía algunas cosas desagradables, ora hacía movimientos feos con manos y pies, hízome montar en tanta cólera que proseguí de un modo mucho más duro de como lo hubiese hecho, á obrar él de otra manera.

—Esta insigne Escuela dice que si le esquilasen los cabellos á Hércules, no le quedaría cabeza donde aposentarle el cerebro; y que su cara no se conoce si es de

moso monumento sepulcral, obra de Miguel Angel, en la biografía de éste escrita por Jorge Vasari (*Vite di Artefici*).

hombre ó de león-buey (1), y que esto pone en ridículo á quien la hizo, y que está mal pegada al cuello, y con tan poco arte y tan desgarbada, que no se ha visto nada peor; y que sus espaldas aseméjense á dos arzones de la albarda de un asno, y que sus pechos y el resto de los músculos no son copia tomada de un hombre, sino retrato de un costal lleno de melones, puesto derecho arrimado al muro; también los lomos parecen un saco lleno de calabacines; las dos piernas no se conoce el modo cómo se reunen con aquel torso disforme; tampoco se conoce, por esto, sobre cuál pierna descansa ó cuál hace alguna actitud de moverse; ni siquiera se ve que descansa sobre ambas, como han solido hacer algunas veces los maestros que saben un poco; bien se ve que está caída hacia delante más de un tercio de braza, y esto sólo es el mayor é irresistible defecto en que incurren los plebeyos maestrillos adocenados. De los brazos dicen, que ambos están extendidos sin gracia ninguna, ni en ellos se ve el arte, como si jamás hubiéseis visto desnudos vivos; y que la pierna derecha de Hércules y la de Caco tienen á medias la pantorrilla; que si uno de ellos se apartase del otro, no sólo el uno, sino los dos, quedaríanse sin carnes en aquella parte por donde se tocan; y dicen que uno de los pies de Hércules está soterrado, mientras el otro parece que le hayan puesto fuego por bajo.

(1) Monstruo imaginario, mezcla de león y de toro.

LXXI.

Este hombre no podía contenerse con paciencia hasta que le dijera también los grandes defectos de Caco: uno de los motivos era por decir yo la verdad, y el otro por hacérsela conocer claramente al duque y á los demás que estaban allí presentes, quienes hacían los mayores signos y actos demostrativos de asombro, por conocer entonces que decía yo mucha verdad. De pronto dijo aquel mal hombre:

—Mala lengua, ¿y dónde te dejas tú mi dibujo?

Le contesté que quien dibujaba bien no podía ser que hiciese las obras mal.

—Empero creo que tu dibujo es como son tus obras.

Viendo él la expresión de las caras del duque y de los demás, quienes con su mirada y sus actitudes le laceraban, dejóse llevar demasiado por su insolencia, volvióse hacia mí con aquella feísima carátula suya, y me dijo de pronto:

—¡Cállate, sodomita!

Al oír el duque esta palabra le miró con mal ceño, y los otros apretaron la boca y dirigieron hacia él sus ojos cejijuntos. Yo, que me oí ofender tan malvadamente, impulsado por el furor, de repente acudí al remedio y dije:

—Necio; te sales de los términos de la cuestión. Así quisiera Dios que supiese yo ejercer una tan noble arte;

pues no hay quien ignore, por la lectura, que la usó Júpiter con Ganimedes en el Paraíso, y aquí en la tierra la usan los mayores emperadores y los más grandes reyes del mundo: yo soy un bajo y humilde pobre hombre, que no podría ni sabría entrometerme en tan admirable cosa.

Al oír esto, ninguno pudo contenerse; el duque y los demás movieron un estrépito con las mayores risas que imaginarse pueda.

Y á pesar de que me mostrase yo tan jocoso, sabed, benévulos lectores, que por dentro me estallaba el corazón al considerar que el más puerco malvado que jamás nació en el mundo había sido tan osado para decirme en presencia de tan excelso príncipe tamaña injuria. Mas tened en cuenta que injurió al duque y no á mí; y que si hubiese estado yo lejos de tan gran compañía, le hubiera hecho yo caer muerto. Viendo este puerco, bribón y grosero, que no cesaban las risas de aquellos señores, por divertirlos de tanta befa suya, comenzó á entrar en un nuevo propósito, diciendo:

—Este Bienvenido anda vanagloriándose de que le he prometido un mármol.

A estas palabras contesté al momento:

—¡Cómo! ¿No me has mandado decir por tu mancebo Francisco de Mateo, forjador, que si quiero trabajar en mármol me darás tú un mármol? Yo lo he aceptado y lo quiero.

—Pues hazte cuenta de que nunca lo tendrás, dijo él entonces.

Al momento, yo, que estaba lleno de rabia por las calumniosas injurias que me había dirigido antes, excitado por la razón y sin ver que estaba presente el duque, exclamé con gran furia:

—Te digo terminantemente que si no me envías el mármol á mi casa, vayas en busca de otro mundo, porque en éste te deshincharé de todos modos.

Percatándome al momento de que estaba yo en presencia de tan excelso duque, humildemente me volví á Su Excelencia y dije:

—Señor mío, un loco hace ciento; las locuras de aqueste hombre me habían hecho perder de vista la gloria de Vuestra Excelencia y de mí mismo; así, pues, perdonadme.

Entonces el duque dijo á Bandinelli:

—¿Es verdad que le habías prometido el mármol?

El referido Bandinelli afirmó cómo era cierto, y el duque me dijo:

—Vete á la obra de la catedral y toma uno á tu gusto.

Contesté que aquél me había prometido mandármelo á casa. Las palabras fueron terminantes, y de otro modo yo no lo quería. A la siguiente mañana fuéme llevado un mármol á casa; pregunté quién me lo mandaba, y contestaron que me lo enviaba Bandinelli y que ese era el mármol que habíame prometido.

LXXII.

En el acto me lo hice entrar en el taller y comencé á escoplearlo; y mientras lo trabajaba hacía el modelo, pues era tanto el deseo que tenía yo de trabajar en mármol, que no podía esperar á resolverme á hacer un modelo con aquel sosiego que se requiere en tal arte.

Y como lo sentía chascar todo, muchas veces me arrepentí de haberlo comenzado á trabajar; empero saqué de él lo que pude, que es el Apolo y Jacinto que aún se ve sin concluir en mi taller. Y mientras yo trabajaba, el duque vino á mi casa y muchas veces me dijo:

—Deja estar un poco el bronce, y trabaja un poco en mármol para que yo te vea.

Al momento cogía yo las herramientas para el mármol, y trabajaba de prisa y con seguridad. El duque me preguntó por el modelo que había hecho yo para dicho mármol, á lo cual respondí:

—Señor, este mármol está todo roto, mas á despecho suyo sacaré de él alguna cosa; por eso no he podido ajustarme á modelo, pero iré trabajando así lo mejor que pueda.

Con mucha presteza el duque me hizo venir de Roma un trozo de mármol griego, á fin de que restaurase su Ganimedes antiguo, el cual fué causa de la referida disputa con Bandinelli. Llegado que hubo el mármol

griego, consideré que era un pecado hacerlo pedazos para formar con ellos la cabeza, los brazos y las demás cosas para el Ganimedes; proveíme de otro mármol, y para aquel trozo de mármol griego hice un pequeño modelo de cera, al cual puse por nombre Narciso.

Y como este mármol tenía dos cavidades que profundizaban más de un cuarto de braza y anchas como de dos dedos, por eso hice la actitud que se ve para defenderme de aquellas cavidades; de modo que las había dejado fuera de mi figura. Mas con tantas decenas de años como había llovido encima de él, quedando siempre aquellas cavidades llenas de agua, ésta había penetrado tanto, que el mármol se debilitó y quedó como deshecho en aquella parte del agujero de encima; y se demostró así después de aquella gran avenida del Arno, la cual subió en mi taller más de braza y media (1).

Como el mencionado Narciso descansaba sobre un zócalo de madera, el agua lo hizo voltear, por lo que se rompió á nivel de las tetillas; uní los pedazos, y por que no se viese la grieta de la pegadura, le hice aquella guirnalda de flores que se ve sobre su pecho. Dedicaba á concluirlo ciertas horas antes de hacerse de día y también los de fiesta, sólo por no perder tiempo en mi obra del Perseo.

Cierta mañana estaba yo arreglando unos cincelitos para trabajar en él, y me saltó una sutilísima astilla

(1) Esta gran avenida parece ser la que ocurrió en Septiembre de 1547.

de acero al ojo derecho; y había penetrado tan adentro en la pupila, que de ningún modo podía sacarse de allí; tuve por cierto perder la vista en aquel ojo.

Al cabo de varios días llamé al maestro cirujano Rafael de Pilli, el cual trajo dos pichones vivos, y haciéndome estar boca arriba sobre una mesa, tomó los antedichos pichones, y con un cuchillito les horadó una venilla que tienen en las alas (1), de modo que aquella sangre me caía dentro de mi ojo: al momento me sentí aliviado por aquella sangre, y en el espacio de dos días salió la astilla de acero, quedando yo libre de ella y mejorado de la vista.

Viniendo la fiesta de Santa Lucía, para la cual sólo tres días faltaban, con un escudo francés hice un ojo de oro y se lo hice presentar por una de mis seis sobrinitas, hijas de mi hermana Reparada, la cual sobrina era de edad de cerca de diez años; á la vez di gracias á Dios y á Santa Lucía. Por algún tiempo no quise trabajar en el mencionado Narciso, sino que adelanté con las referidas dificultades en el Perseo, estando dispuesto á concluirlo y marcharme con Dios.

LXXIII.

Habiendo vaciado ya la Medusa (y había salido muy bien), con grandes esperanzas llevaba á término mi

(1) Este extraño remedio lo prescribe Mesue contra los dolores de los ojos.

Perseo, el que tenía ya hecho en cera, y prometíame que me saldría tan bien en bronce, conforme había sucedido con la mencionada Medusa.

Al verlo enteramente acabado en cera, mostrábase tan hermoso, que viéndolo el duque de aquel modo y pareciéndole bello (ya fuese porque alguno hubiera hecho creer al duque cómo no podía resultar así en bronce, ó ya porque el duque por sí mismo se lo imaginase), viniendo con más frecuencia á mi casa de lo que él acostumbraba, díjome una de las veces:

—Bienvenido, esta figura no puede salirte bien en bronce, porque el arte no te lo permite.

Al oír estas palabras de Su Excelencia, me resentí grandemente, y exclamé:

—Señor, conozco que Vuestra Excelencia Ilustrísima tiene en mí muy poca fe; y creo que esto proceda de que Vuestra Excelencia Ilustrísima otorgue demasiado crédito á quienes de mí le hablan tan mal, ó de que en verdad vos no entendéis de esto.

Apenas me dejó acabar de decir estas palabras, cuando me dijo:

—Hago profesión de entender de esto, y entiendo muy bien.

Al momento respondíle, y dije:

—Como señor, sí; mas como artista, no. Puesto que si Vuestra Excelencia Ilustrísima entendiese de ello conforme cree entender, hubiérame creído por el hermoso busto de bronce que le he hecho, tan grande, retrato de Vuestra Excelencia Ilustrísima, enviado al El-

ba (1); y mediante muchos restaurado el bello Ganímedes de mármol (2), con tan sumas dificultades (por donde pasé mucha mayor fatiga que si lo hubiese hecho de nuevo todo); y también por haber fundido la Medusa, vaciado tan difícil, y que sin embargo se ve aquí delante de Vuestra Excelencia, y en el que he hecho lo que jamás ningún otro hombre hizo antes que yo en este endiablado arte. Ved, señor mío: he hecho de nuevo el horno de diverso modo de como son los otros; pues aparte de otras muchas diferencias y hábiles ingenios que en él se ven, he hecho dos salidas para el bronce, porque de otro modo no era posible que saliese bien jamás aquesta difícil y retorcida figura; y sólo por estas ingeniosidades mías ha salido tan bien acabada, cosa que nunca creyó ninguno de los prácticos en aqueste arte. Señor mío, tened por muy cierto cómo todas las grandes y difícilísimas obras que hice en Francia para servicio de aquel portentísimo rey Francisco, todas me salieron muy bien, sólo por los grandes ánimos que siempre me daba aquel buen rey con sus crecidos salarios y con otorgarme tantos ayudantes como yo le pedía, que á veces tenía yo á mis órdenes más de cuarenta operarios, todos de mi elección; y por estos motivos hice tanto número de obras en tan breve tiem-

(1) Este busto, que estaba sobre la puerta de la fortaleza de Portoferraio, fué transportado á Florencia en 1781 y colocado en la Galería de los *Uffizi*, sala de los Bronces.

(2) También este bello Ganímedes se conserva en la mencionada Galería.

po. Pues bien, señor mío, creedme y socorredme con la ayuda que me hace falta, porque espero conducir á su fin una obra que os placirá; de lo contrario, si Vuestra Excelencia Ilustrísima me desalienta y no me otorga la ayuda que necesito, es imposible que ni yo ni cualquier hombre del mundo pueda hacer nada que salga bien.

LXXIV.

Con gran dificultad consintió el duque en oír aquellas mis razones, pues ora volvíase á un lado, ora hacia otro; y desesperado yo, triste de mí que recordaba el magnífico acomodo que tenía en Francia, llenábame de aflicción. Al momento dijo el duque:

—Dime, pues, Bienvenido, ¿cómo es posible que aquella hermosa cabeza de Medusa, que está allá arriba en la mano de Perseo, pueda resultar nunca?

—Ved, pues, señor mío (repliqué al instante), cómo si Vuestra Excelencia Ilustrísima tuviese aquellos conocimientos del arte que decís poseer, no tendríais miedo de que no saliese aquella hermosa cabeza que decís vos; antes bien temeríais por aqueste pie derecho, que tan distante se encuentra.

Al oír estas palabras mías, medio encolerizado el duque, volvióse á ciertos señores que allí estaban con Su Excelencia Ilustrísima, y dijo:

—Creo que Bienvenido contradice todas las cosas no más que por presunción.

Y volviéndose hacia mí medio de burlas, por lo cual todos aquellos que estaban presentes hacían lo mismo, comenzó á decir:

—Quiero tener contigo la paciencia necesaria para escuchar las razones que se te ocurra imaginar darme para que yo te crea.

Entonces dije:

—Os daré una razón tan verdadera, que Vuestra Excelencia quedará muy satisfecho de ella. Sabed, señor, que la natura del fuego le hace ir hacia arriba, y por eso le prometo que aquella cabeza de Medusa resultará muy bien; mas como la natura del fuego no es de ir hacia abajo, teniendo que empujarlo hacia abajo seis brazas á fuerza de arte, por esta clara razón digo á Vuestra Excelencia Ilustrísima cómo es imposible que salga aquel pie; mas me será fácil rehacerlo.

Replicóme el duque:

—¿Pues por qué no pensaste en que aquel pie saliese del modo como dices que saldrá bien la cabeza?

—Era preciso, contesté, hacer mucho mayor el horno donde hubiese podido formar para la fundición un conducto grueso como mi pierna, y con aquella pesadumbre del metal caliente, por fuerza lo hubiera hecho llegar allá; por eso mi conducto para la fundición, que tiene seis brazas, como digo, hasta los pies aquéllos, no es más grueso que dos dedos. Empero, esto no va contra la reputación, pues fácilmente se compondrá. Mas cuando mi molde esté más que medio lleno, según espero, desde la mitad para arriba el fuego que sube, se-

gún su natura, hará que esta cabeza del Perseo y aquella de la Medusa resulten muy bien; así, pues, estad ciertísimo de ello.

Dicho que le hube aquestas mis buenas razones, con otras muchas que por no alargarme demasiado no las escribo, marchóse el duque meneando la cabeza.

LXXV.

Dándome á mí mismo seguridades de buen ánimo y echando fuera todos aquellos pensamientos que de continuo presentábanseme delante, y los cuales con frecuencia me hacían llorar amargamente y arrepentirme de mi partida de Francia para venir á Florencia, mi dulce patria, sólo por dar una limosna á mis seis sobrinitas y que tanto bien mostrábaseme principio de tanto mal; con todo y con esto, prometíame yo como cierto, una vez concluída mi comenzada obra del Perseo, que todos mis trabajos deberían convertirse en sumos gozos y gloriosos bienes.

Recobrado así el vigor, con todas mis fuerzas del cuerpo y de la bolsa, á pesar de haberme quedado pocos dineros, comencé á encargar que me acarreasen muchas cargas de maderas de pino, las cuales me vinieron del pinar de Serristori, próximo á Monte Lupo; y mientras que yo las aguardaba, revestí mi Perseo con aquel barro que había yo preparado algunos meses antes, á fin de que estuviese en su sazón.

Hecho que hube su túnica de barro (que túnica se llama en el arte), y después de armarla muy bien y ceñirla con suma diligencia de herrajes, comencé á derretir á fuego lento la cera, la cual salía por muchos respiraderos que había yo hecho; pues cuantos más se hacen, tanto mejor se llena el molde.

Concluído que hube de sacar la cera, hice alrededor de mi Perseo, esto es, de dicho molde, una funda de ladrillos, entretegiéndolos uno sobre otro y dejando muchos espacios por donde pudiese el fuego salir mejor. Después comencé á echar leña poco á poco y sostuve el fuego dos días y dos noches continuamente, hasta tanto que saliese toda la cera, y habiéndose cocido muy bien dicho molde, al momento principié á cavar la fosa para enterrar en ella mi molde, con todos los requisitos que previene el arte.

Cuando concluí de cavar dicha fosa, entonces tomé mi molde, y á fuerza de poleas y de buenas maromas de cáñamo, lo enderecé diligentemente; y levantándolo una braza sobre el plano de mi horno, teniéndolo muy derecho, de suerte que colgaba en medio de la fosa, poco á poco lo hice descender hasta el fondo del horno, donde se posó con los mayores cuidados que imaginarse pueda.

Hecho que hube este difícil trabajo, comencé á sujetarlo con la misma tierra que allí había yo cavado; y conforme iba echando tierra, ponía los respiraderos, los cuales eran tubitos de barro cocido como se emplean para las cañerías de agua y otras cosas análogas.

Cuando vi que había quedado muy bien sujeto, y que aquel modo de sujetarlo poniendo aquellos conductos en su lugar hacía buen efecto, y que mis ayudantes habían entendido bien mi método, el cual era muy diverso de todos los de los otros maestros en tal profesión; asegurándome yo de que me podía fiar de ellos, me volví á mi horno, el cual había hecho llenar con muchos pedazos de cobre y otros de bronce, poniéndolos unos sobre otros del modo cómo lo enseña el arte (esto es, en hueco, para dejar paso á las llamas del hogar, á fin de que más presto adquiriera dicho metal el necesario calor con que se funda y se reduzca á líquido), entonces dije animosamente que diesen fuego al horno.

Y al echar leños de pino, por la untuosidad de la resina que suelta el pino y por estar tan bien hecho mi horno, trabajaba éste muy bien; hasta el punto de que me vi precisado á correr de una parte á otra con tal fatiga, que hacíase me insoportable; empero, saqué fuerzas de flaqueza.

Sucedíome además que se prendió fuego al taller y teníamos miedo de que no se nos cayese el techo encima; por otra parte, hacia el huerto descargóme el cielo tal fuerza de agua y viento, que se me enfriaba el horno. Combatiendo así muchas horas con estos perversos accidentes, fué la fatiga mucho más de lo que mi fuerte robustez de complexión podía resistir; de suerte que me acometió una fiebre efímera, de lo mayor que imaginarse pueda en el mundo.

Esto fué causa de que me viese forzado á irme á echar

en el lecho; así, pues, con mucho descontento, siéndome preciso ir por fuerza, volvíme á todos aquellos que me ayudaban, quienes eran en número de diez, poco más ó menos, entre maestros de fundir bronce, peones, aldeanos y ayudantes míos particulares del taller: había entre éstos un tal Bernardino Mannellini de Mugello, á quien había yo aleccionado algunos años; después de recomendarme á todos, dije á éste:

—Mira, mi querido Bernardino, observa el orden que te he enseñado, y haz presto cuanto puedas para que el metal corra con la mayor presteza; no puedes equivocarte, y aquestos hombres de bien harán presto las canales; y seguramente podréis con estos dos hierros torcidos empujar los dos tapones, con lo que estoy seguro de que se llenará muy bien mi molde. Me siento lo más malo que jamás me sentí desde que vine al mundo, y tengo por cierto que en pocas horas aqueste gran mal me matará.

Así, muy disgustado partíme de ellos y me fui al lecho.

LXXVI.



Metido que me hube en el lecho, mandé á mis criadas que llevasen al taller viandas y bebidas para todos, diciéndolas:

—Mañana no estaré ya vivo.

Empero ellas me daban ánimo, diciéndome que mi gran

mal se pararía, y que me había sobrevenido por el excesivo cansancio. Así estuve dos horas con este gran acceso de fiebre (que de continuo sentíala yo crecer) y diciendo siempre:

—Me siento morir.

Mi criada, que gobernaba toda la casa y se llamaba Flora de Castel del Río (esta mujer era la más dispuesta de las nacidas y también la más afectuosa), de continuo me reprendía hasta amedrentarme, y por otra parte me prestaba los mayores y más afectuosos servicios que puedan hacerse en el mundo. Empero viéndome con tan desmedido mal y tan asustado, á pesar de su fortaleza de corazón, no se podía contener sin que no vertiesen sus ojos algunas lágrimas, aun cuando lo más que podía guardábase de que yo la viese.

Estando en esta desmesurada tribulación, veo entrar en mi alcoba á un hombre, retorcida su persona como una S mayúscula; y comenzó á decir con apagada y afligida voz, como aquellos que encomiendan el alma de los que van á ajusticiar:

—¡Oh Bienvenido, vuestra obra se ha echado á perder y no tiene ya el más mínimo remedio del mundo!

Al punto que oí las palabras de aquel desdichado lancé un grito tan fuerte, que se hubiera oído desde el cielo del fuego (1); y levantándome del lecho cogí mis ropas y comencé á vestirme; y á las criadas, y á mi mu-

(1) Los antiguos cosmógrafos suponían, entre la atmósfera que envuelve á la tierra y el *cielo de la luna*, una esfera á la cual llamaban *cielo del fuego*.

chacho, y á cuantos se me acercaban para ayudarme, á todos daba yo de coces ó de puñadas, y me lamentaba diciendo:

—¡Ah, traidores envidiosos! Aquesta es una traición hecha al arte; mas juro por Dios que muy bien la conoceré, y antes de que yo muera daré de mí tales pruebas al mundo, que más de uno quedará de ellas admirado.

Habiéndome concluído de vestir, me encaminé con ánimo inquieto hacia el taller, donde vi á todas aquellas gentes que tan animosas había dejado, y estaban todas ahora atónitas y despavoridas. Comencé y dije:

—¡Vámos, oidme! y puesto que no habéis sabido ó querido obedecer el plan que os enseñé, obedecedme ahora que estoy con vosotros en presencia de mi obra; y no haya nadie que se me contraponga, porque aquestos casos tales precisan ayuda y no consejo.

A estas mis palabras respondióme cierto maestro, Alejandro Lastricati, diciendo:

—Mirad, Bienvenido, queréis acometer una empresa, la cual no la permite el arte ni se puede hacer en manera alguna.

Al oír tales palabras me volví tan furioso y resuelto á cualquiera cosa mala, que él y todos los demás dijeron á una voz:

—¡Animos, ánimos! Mandad, que todos os ayudaremos en cuanto vos podáis mandarnos y en tanto podamos resistir con vida.

Aquestas amorosas palabras piénsome si las dirían creyendo cómo faltábame poco para caer yo muerto.

Fuí á escape á ver el horno y vi el metal todo coagulado, á lo cual se llama «haberse hecho una morcilla».

Dije á dos peones que marchasen allá enfrente á casa del carnicero Capretta por una carga de leños de encima joven que estaban secos desde más de un año (los cuales leños habíamelos ofrecido la señora Ginebra, mujer del mencionado Capretta); y llegado que hubieron las primeras brazadas, comencé á llenar el brasero del horno. Y como la encima de aquella suerte hace un fuego más vigoroso que todas las demás suertes de leña (por lo cual empléase leña de aliso ó de pino para fundir las piezas de artillería, porque es fuego suave), cuando aquella morcilla comenzó á sentir ese terrible fuego, principió á aclararse y relampagueaba.

Por otra parte, di prisas á las canales y mandé á otros al techo para atajar el incendio, el cual, por la mayor fuerza de aquel fuego, habíase arraigado más y más; y hacia el huerto hice cómo pusiesen derechas algunas tablas y alfombras y telas que me defendían del agua.

LXXVII.

Luego que hube dado remedio á todas aquestas furiosas contrariedades, con grandísimos gritos decía, ya á éste, ya á aquél:

—¡Trae acá, alza allá!

De modo que viendo cómo dicha morcilla empezaba á liquidarse, obedecíanme todas aquellas gentes con

tan buena voluntad, que cada uno trabajaba por tres.

Entonces hice coger medio pan de estaño, el cual pesaba cerca de sesenta libras, y lo eché cerca del horno sobre la morcilla; la cual, con las otras ayudas del aumento de leños y de revolver, ora con hierros, ora con palancas, en poco espacio de tiempo volvióse líquida. Al ver que había resucitado á un muerto, contra la opinión de todos aquellos ignorantes, recuperé tanto vigor, que no me percataba ya de si tenía fiebre ni temor á la muerte. De repente sintióse un estruendo, á la vez que se vió un grandísimo relámpago de fuego, que parecía propiamente como si se hubiera forjado un rayo allí mismo en presencia nuestra; por la cual insólita espantosa pavura, todos habíanse amedrentado, y yo más que los otros.

Desvanecido que se hubieron aquel magno estrépito y aquel resplandor grandísimo, comenzamos á volvernos á ver las caras unos á otros; y viendo que la tapadera del hornillo había estallado y levantándose de modo que se vertía fuera el bronce, en el acto hice abrir las bocas de mi molde, y al mismo tiempo hice quitar los dos tapones de las canales.

Al ver que el metal no corría con aquella presteza como solía hacerlo, y conociendo que la causa era acaso por haberse consumido la liga en virtud de aquel terrible fuego, hice coger todos mis platos, y escudillas, y fuentes de estaño, los cuales eran cerca de doscientos, y uno á uno los puse delante de mis canales, y parte los hice arrojar dentro del horno; de modo que vien-

do cada cual que mi bronce se había liquidado muy bien y que mi molde se llenaba, ayudábanme todos y me obedecían amistosamente y llenos de gozo, mientras yo mandábales ora acá, ora allá, les ayudaba y decía:

—¡Oh Dios, que con tu inmenso poderío resucitaste de entre los muertos y glorioso ascendiste al cielo!...

De repente se llenó mi molde, por lo cual me arrodillé, y con todo mi corazón di gracias á Dios. En seguida me volví hacia un plato de ensalada que había allí sobre un banquillo, y con grande apetito comí y bebí en unión de toda aquella familia. Después me fuí al lecho sano y contento, porque faltaban dos horas para amanecer; y como si no hubiese tenido el más mínimo mal del mundo, así descansé dulcemente.

Aquella mi buena criada, sin haberla dicho nada yo, habíame provisto de un gordo caponeillo; de modo que cuando me levanté del lecho, próxima ya la hora de almorzar, salióme aquélla al encuentro alegremente:

—¡Oh! ¿Y este hombre es aquel que se sentía morir? Creo que al ver aquellas puñadas y coces que nos dabais esta noche última, cuando estabais tan furioso con aquella diabólica furia que mostrabais tener, vuestra tan desmedida fiebre echóse á huir, acaso temerosa de que también á ella la pegaseis.

Repuesta así toda mi pobre servidumbre de tantos temores y de tan desmedidas fatigas, al momento envié á comprar, en cambio de aquellos platos y escudillas de estaño, gran copia de vajilla de barro, y todos

gozosamente comimos; que no recuerdo en todo el transcurso de mi vida haber comido con mayor alegría ni con mejor apetito.

Luego del almuerzo, vinieron en mi busca todos aquellos que me habían ayudado, quienes con el mayor gozo alegrábanse, dando gracias á Dios por todo cuanto había ocurrido, y manifestaban haber aprendido y visto hacer cosas que por los demás maestros eran tenidas como imposibles. Algún tanto satisfecho yo entonces, pareciéndome ser un poco docto en el arte, me vanaglorié de ello; y echando mano á mi bolsa, á todos pagué y dejé contentos.

Aquel mal hombre y enemigo mortal mío de Pedro Francisco Ricci, mayordomo del duque, con gran premura trataba de averiguar cómo habían sucedido las cosas. Y aconteció que aquellos dos de quienes sospechaba yo que me hubiesen hecho hacerse aquella morcilla, le dijeron que yo no era un hombre, sino el mismísimo demonio, porque había hecho lo que el arte no puede hacer; á la vez que tantas otras grandes cosas, las cuales hubieran sido demasiadas para un diablo.

Así como decían ellos mucho más de lo que había acontecido, quizá para su propia excusa, asimismo el referido mayordomo se lo escribió en el acto al duque (el cual estaba en Pisa), todavía más terriblemente y con mayores maravillas de como aquellos habíanselo narrado.

LXXVIII.

Dejado que hube por dos días enfriarse mi obra fundida, comencé á descubrirla poco á poco: lo primero que encontré fué la cabeza de la Medusa, que había salido muy bien, en virtud de los respiraderos, conforme había yo dicho al duque cómo la natura del fuego le hace encaminarse hacia lo alto; después continué descubriendo el resto, y encontré la otra cabeza, esto es, la del Perseo, que igualmente había resultado muy bien; y esto me causó mucho mayor asombro, porque, según puede verse, está bastante más baja que la de la Medusa.

Y como las embocaduras de dicha obra habíanse puesto en lo alto de la cabeza del Perseo y en la espalda, me encontré con que al final de la cabeza del Perseo habíase acabado precisamente todo el bronce que había en mi horno. Y fué cosa para maravillarse el no haber sobrado fundición por las embocaduras, ni tampoco faltado nada; admiróme tanto a questo, que me pareció en verdad cosa de milagro, positivamente dirigida y manejada por Dios.

Seguí con toda felicidad adelante para terminar de descubrirla, y encontraba siempre muy bien resultantes todas las cosas hasta llegar al pie de la pierna derecha que descansa, donde vi que había salido bien el talón; y siguiendo adelante, vi que todo el molde estaba lleno;

de modo que mientras por una parte me alegraba, por otra medio dábame disgusto, sólo por haber yo dicho al duque cómo esto no podía salir bien. De modo que al acabarlo de descubrir, sólo encontré que no habían resultado los dedos de dicho pie, y no sólo los dedos, sino un poquito por encima de ellos, hasta el punto de que faltaba casi la mitad; y aun cuando tuve pesar por aquel poco de fatiga, no me supo del todo mal, sólo por demostrar al duque cómo entendía yo de aquello que me hacía.

Y si bien había salido de aquel pie mucho más de lo que yo creyese, la causa de ello fué que, por los tan diversos accidentes dichos, el metal estaba más caliente de lo que permiten los principios del arte, y además, por haberlo tenido que socorrer con las ligas del modo antes referido, con aquellos platos de estaño, cosa que jamás por otros ha sido usada.

Al ver que mi obra me había salido tan bien, al momento me fuí á Pisa en busca de mi duque, el cual me dispensó la más afabilísima acogida que imaginarse pueda en el mundo, y lo mismo me hizo la duquesa; pues aun cuando aquel mayordomo suyo habíales avisado de todo, hubo de parecer á Sus Excelencias cosa aún más estupenda y de mayor portento el oírmela contar de viva voz. Y cuando yo llegué á lo de aquel pie del Perseo que no había resultado, según de ello dí anticipado aviso á Su Excelencia Ilustrísima, le vi llenarse de asombro y contárselo á la duquesa conforme habíasele dicho yo por anticipado.

Al ver á aquellos señores míos tan afables para conmigo, supliqué al duque entonces cómo me dejase ir hasta Roma. Benévolamente dióme licencia, me dijo que tornase presto para concluir su Perseo, y me dió cartas para presentarme á su embajador, el cual era Averardo Serristori. Eran entonces los primeros años del papa Julio del Monte (1),

LXXIX.

Antes de que yo me partiese, dí órdenes á mis ayudantes para que siguiesen la manera que habíales yo mostrado.

El motivo por el cual me marché, fué que, habiendo hecho á Bindo de Antonio Altoviti un retrato en bronce de su busto de tamaño natural, y mandádoselo á Roma, había puesto áqueste su retrato en un escritorio suyo, el cual estaba muy ricamente adornado con antigüedades y otras bellas cosas; mas el referido escritorio no era á propósito para esculturas, ni menos para pinturas, porque las ventanas abríanse por bajo de dichas bellas obras; de suerte que, por tener las luces al contrario, no se veían bien aquellas esculturas y pinturas del modo como lo hubieran hecho si hubiesen tenido sus razonables luces.

(1) Julio III, antes Juan María Giocchi del Monte Sansavino, electo papa en 22 de Febrero de 1550; reinó hasta el 23 de Marzo de 1555.

Cierto día el mencionado Bindo hallábase á la puerta; y pasando el escultor Miguel Angel Buonarroti, rogóle aquél que se dignase entrar en su casa para ver un escritorio suyo, como así fué. Al momento de entrar y verlo, preguntó:

—¿Quién ha sido aqueste maestro que os ha retratado tan bien y de tan hermosa manera? Sabed que ese busto me agrada tanto y aún más como aquellos que me placen de la antigüedad, con ser de los buenos que se ven; y si aquestas ventanas estuviesen arriba, como están abajo, los mostrarían tanto mejor que aquel vuestro retrato lograría grande honor entre aquestas obras tan hermosas.

Así que de casa de Bindo partióse Miguel Angel, escribióme éste una afectuosísima carta, la cual así decía:

«Bienvenido mío, durante muchos años téngoos reconocido como el mayor aurífice de que jamás hubo noticia: y ahora os reconozco al igual como escultor. Sabed cómo el señor Bindo Altoviti llevóme á que viese una cabeza de bronce, retrato suyo, y me dijo que era de mano vuestra: tuve de ello mucho placer. Mas hame sabido muy mal el que estuviese puesta á mala luz; pues si tuviera su luz adecuada, mostraríase cuán hermosa obra es.»

Aquesta carta estaba tan llena de las más amorosas palabras y de las más favorables para mí, que, antes de partirme para ir á Roma, se la mostré al duque; el cual con mucho afecto la leyó, y me dijo:

—Bienvenido, si le escribes, como le hicieres entrar

en deseos de tornarse á Florencia, le haría de los Cuarenta y ocho (1).

Así, pues, le escribí una carta cariñosísima, y en ella le dije de parte del duque cien veces más de aquello que habíase me encargado; y no queriendo cometer error, se la mostré al duque antes de sellarla, y dije á su Excelencia Ilustrísima:

—Señor, acaso le habré prometido demasiado.

—Merece más de cuanto hasle prometido; y mucho más que eso le cumpliré yo.

Miguel Ángel no dió respuesta alguna á aquella carta mía, por lo cual manifestóse me el duque muy encolerizado con él.

LXXX.

Llegado que hube á Roma, fuí en busca de alojamiento á casa del referido Bindo Altoviti. Al instante me dijo cómo había mostrado su retrato de bronce á Miguel Ángel, quien hubo de loarlo tanto; departimos acerca de esto largamente.

Mas como tenía en poder suyo 1.200 escudos de oro

(1) Cuando el papa Clemente VII reformó la Constitución política de Florencia, en 1532, convirtiendo la República en Ducado á favor de Alejandro de Médicis, creáronse tres consejos, uno de los cuales se componía de cuarenta y ocho miembros, llamado también Senado, que venía á corresponder á las modernas Asambleas legislativas.

en oro (1), los cuales dicho Bindo habíamelos colocado hasta con un total de 5.000 que prestó al duque (4000 (2) eran suyos, y á su nombre estaban también los míos, y sacaba de ellos la utilidad de la parte que á mí me pertenecía), eso fué causa de que yo me pusiese á hacerle dicho retrato.

Cuando el mencionado Bindo lo vió hecho en cera, mandó entregarme 50 escudos de oro por mano de su notario Julián Paccalli, que estaba con él; los cuales dineros no quise recibir, y por él mismo se los devolví, y después dije á Bindo:

—Me conviene que esos dineros míos me los tengáis vivos, y que me ganen alguna cosa.

Comprendí que le había puesto de mal humor, porque en lugar de hacerme halagos, según tenía por costumbre, se me puso serio; y á pesar de que me tenía en su casa, nunca me habló con claridad, sino que estaba enfadado. Empero, con pocas palabras resolvimos aquello: pedí mi hechura de aquel su retrato y el bronce también, y convinimos en que mis dineros los tendría él al 15 por 100 durante toda mi vida natural.

(1) El escudo de oro en oro era moneda imaginaria, valorada en siete y media liras; el escudo de moneda era una pieza acuñada de valor de siete liras.

(2) No se sabe por el texto si el préstamo fué de 5.000 escudos ó de 5.200. Como de Cellini, eran fijamente 1.200; la duda está en si lo que puso Bindo fué 3.800 escudos ó 4.000. La cosa es de poca monta en comparación con los hechos de necesitar un Médicis reinante un préstamo de 37.500 pesetas de nuestra moneda, y el de que Cellini prestase á un gran banquero 9.000 pesetas al 15 por 100.

LXXXI.

En primer lugar había ido á besar los pies al papa; y mientras departía yo con el papa, presentóse Averardo Serristori, el cual era embajador de nuestro duque. Había entablado yo ciertos tratos de palabra con el papa, mediante los cuales creo que fácilmente me hubiera convenido con él, y con mucho gusto me hubiese tornado á Roma por los grandes aprietos con que me veía en Florencia; mas me percaté de cómo dicho embajador había intervenido obrando en mi contra.

Fuí en busca de Miguel Ángel Buonarroti y le hablé de aquella carta que desde Florencia habíale yo escrito de parte del duque. Respondióme cómo estaba empleado en la fábrica de San Pedro, y que por tal causa no podía partirse de allí. Entonces le contesté cómo, puesto que estaba resuelto el modelo de dicha fábrica, podía dejar á su ayudante Urbino, quien obedecería en un todo cuanto le ordenase él; y añadí otras muchas palabras de promesa, diciéndoselas como de parte del duque. De pronto me miró con fijeza, y frunciendo el entrecejo, me preguntó:

—¿Y vos, estáis contento con él?

Si bien dije que estaba contentísimo y muy bien tratado, dió muestras de saber la mayor parte de mis disgustos; y así pues, me respondió que le sería difícil po-

derse partir. Entonces añadí que lo mejor que pudiera hacer era tornarse á su patria, la cual estaba gobernada por un señor justísimo y más amante de los ingenios que otro señor alguno nacido en el mundo.

Según dije más arriba, tenía á su lado un ayudante que era de Urbino, quien había estado con él muchos años y habíale servido más de mancebo y de criado que de ninguna otra cosa (lo cual se advertía porque el mencionado no había aprendido ninguna cosa de arte); y como había yo apretado á Miguel Ángel con tantas buenas razones que no sabía éste cómo contestar, súbito volvióse hacia su Urbino á modo como si le preguntase qué le parecía de ello. Al momento a queste de Urbino (1), con villanas maneras y á grandes gritos respondió:

—Yo no quiero separarme de mi señor Miguel Ángel hasta que yo le vea á él perder el pellejo, ó él me vea perder el pellejo á mí.

Al oír aquestas necias palabras, me vi forzado á echarme á reír; y sin decirle adiós, me volví con la cabeza baja y partíme.

LXXXII.

Después que tan mal había arreglado yo mi hacienda con Bindo Altoviti, con perder mi busto de bronce y darle mis dineros por toda mi vida, llegué á saber de

(1) El nombre propio de éste era Francisco Amatori, natural de Urbino.

qué suerte es la fe de los mercaderes, y disgustadísimo por ello me torné á Florencia. Al momento fuí á Palacio á visitar al duque; y Su Excelencia Ilustrísima estaba en Castello, sobre el Ponte de Rifredi (2). Encontré en Palacio á Pedro Francisco Ricci, mayordomo; y al quererme acercar á él para hacerle las usuales cortesías, al momento exclamó, con desmesurado asombro:

—¡Oh, con que has vuelto!

Y con el mismo asombro dijo batiendo palmas:

—El duque está en Castello.

Y volviéndome las espaldas partióse. No podía yo saber ni imaginarme por qué aquel bestia había hecho tales extremos. Al momento me marché á Castello, y al entrar en el jardín donde estaba el duque, le vi desde lejos; cuando él me vió, hizo ademán de asombrarse, y dióme á entender que me marchase de allí.

Yo, que habíame prometido que Su Excelencia me hiciese los mismos agasajos y aún mayores de los que me hizo cuando fuí á verle, al advertir ahora tamaña extravagancia, me torné muy disgustado á Florencia, y volví á mis quehaceres, dándome prisa por concluir mi obra. No me podía imaginar de qué pudiera proceder tal accidente; mas observando el modo cómo me miraban el Sr. Sforza y algunos otros de la mayor intimidad del duque, entráronme deseos de preguntar al señor Sforza qué quería decir aquesto; el cual me dijo sonriendo:

(2) Casi á medio camino, entre Florencia y Prato.

—Bienvenido, continuad siendo hombre de bien, y no os curéis de otra cosa.

Pocos días después presentóseme ocasión de hablar al duque, quien me hizo ciertos halagos confusos y me preguntó qué había hecho en Roma; lo mejor que supe anudé conversación y le hablé del busto en bronce que había yo hecho á Bindo Altoviti, con todo lo acontecido luego. Me percaté de cómo estaba escuchándome con suma atención; igualmente le referí todo lo de Miguel Angel Buonarroti, por lo cual se mostró algún tanto contrariado; rióse mucho de las palabras del de Urbino, sobre aquel despellejamiento que éste había dicho. Luego exclamó:

—Sea para su dueño.

Partíme yo en seguida. De seguro que aquel mayor-domo, Pedro Francisco, debía de haber empleado sus malas artes para mí con el duque, las cuales no le resultaron; pues Dios, amante de la verdad, defendióme tal como siempre lo ha hecho hasta hoy, que de tan desmesurados peligros me ha salvado, y espero que me salve hasta el fin de esta mi trabajada vida. Por eso marchó animosamente hacia adelante, sólo por su poder, y no me espanta furor alguno de la fortuna ó de malignas estrellas; sólo pido que Dios me mantenga en su gracia.

LXXXIII.

Luego sufrí un terrible accidente, afabilísimo lector. Con cuanta solicitud sabía y podía yo, dedicábame á dar fin á mi obra, y por la noche iba á velar en el guardarropa del duque, ayudando á los aurífices que allí trabajaban para Su Excelencia Ilustrísima (la mayor parte de aquellas obras que hacían, eran por dibujos míos); y advirtiéndome yo que el duque tenía mucho gusto, lo mismo en ver trabajar como en hablar conmigo, también iba yo de propósito algunas veces de día.

Estando uno de ellos en dicho guardarropa, vino el duque, según su costumbre, y con más gusto aún, por haber sabido Su Excelencia Ilustrísima que estaba yo allí; y tan pronto como hubo llegado, comenzó á discutir conmigo sobre muy diversas y agradabilísimas cosas, respondiéndome yo á propósito; y de tal modo le encanté, que se me mostró mucho más amable que nunca lo hubiese hecho en lo pasado.

De repente se presentó uno de sus dos secretarios, quien habló al oído á Su Excelencia; y por ser quizá cosa de mucha importancia, levantóse al instante el duque y se fué con dicho secretario á otra habitación. Y habiendo mandado la duquesa á ver qué hacía Su Excelencia Ilustrísima, contestó el paje á la duquesa:

—El duque habla y se ríe con Bienvenido, y está de buen humor.

Al oír aquesto, la duquesa vino á escape al guardarropa, y no encontrando allí al duque, sentóse junto á nosotros; luego que nos hubo visto trabajar un rato, con gran afabilidad dirigióse á mí y me mostró una sarta de perlas gruesas y verdaderamente rarísimas; y preguntándome qué me parecían, contesté que eran muy hermosas. Entonces me dijo Su Excelencia Ilustrísima:

—Quiero que el duque me las compre; así, pues, Bienvenido mío, lóaselas al duque todo cuanto sepas y puedas lo mejor del mundo.

Al oír estas palabras, con cuanta reverencia supe, descubríme á la duquesa y dije:

—Señora mía, yo me pensaba que aquesta sarta de perlas eran de Vuestra Excelencia Ilustrísima; y aun cuando la razón no exige que se diga ninguna de las cosas que se me ocurre decir (sabiendo que aquellas no son de Vuestra Excelencia Ilustrísima), eso no obstante, me es necesario decir las. Sepa Vuestra Excelencia Ilustrísima, que por ser muy antiguo en mi profesión, reconozco en aquestas perlas muchísimos defectos, por los cuales jamás aconsejaría que Vuestra Excelencia las comprase.

Al oír tales palabras mías, dijo ella:

—El mercader me las dá por seis mil escudos; pues que si no tuviesen algunos defectillos, valdrían más de doce mil.

Contesté yo entonces, que aún cuando aquella sarta fuese de una bondad enteramente infinita, jamás acon-

sejaría yo á nadie que pagase por cima de cinco mil escudos, porque las perlas no son piedras preciosas; las perlas no son nada más sino un hueso de pez (1), y con el transcurso del tiempo se deslucen; mas los diamantes, los rubíes y las esmeraldas no envejecen, ni los záfiro. Aquestos cuatro son piedras preciosas, y de ellas debe comprarse.

Al oír estas palabras mías, la duquesa me dijo con algún enfado:

—Lo que yo quiero ahora son estas perlas; y por ese motivo te ruego que las laves al duque y se las alabes lo mejor que puedas y sepas; y aun cuando te parezca que dices algún embuste, dilo por servirme, que te conviene.

Yo, que siempre he sido muy amigo de la verdad y enemigo de las mentiras, siéndome necesarias estas para no querer perder el favor de una tan gran princesa, cogí muy disgustado aquellas malditas perlas y me fuí con ellas á la otra estancia donde habíase retirado el duque; quien al momento que me vió, dijo:

—Bienvenido, ¿qué vienes á hacer?

Descubierto que le hube aquellas perlas, dije:

—Señor mío, vengo á mostraros una bellísima sarta de perlas, muy rara y verdaderamente digna de Vues-

(1) Podía pasar en boca de Cellini esto de que las perlas sean huesos de peces, en gracia á que si la denominación resulta inexacta, el fondo del argumento no se altera por eso. La perla es una secreción del manto de determinados mariscos, la cual adquiere forma globular alrededor de un cuerpecillo extraño que la sirve de núcleo.

tra Excelencia Ilustrísima; y para ochenta perlas, creo que nunca se han reunido tantas juntas que mejor se mostrasen en una sarta; así, pues, compradlas, señor, que son prodigiosas.

Al momento replicó el duque:

—Yo no las quiero comprar, porque no son perlas de esa bondad que dices; las he visto y no me agradan.

—Perdonadme, señor, pues aquestas perlas superan con infinita belleza á todas cuantas perlas háyanse jamás reunido en sarta.

La duquesa se había marchado en derechura y estaba detrás de una puerta escuchando todo lo que yo decía. De modo que cuando hubé dicho otras mil cosas más de las que escribo, volvióse hacia mí el duque con benigno aspecto, y me dijo:

—Bienvenido mío, sé que entiendes muy bien de ello; y si aquestas perlas fuesen de tan raro mérito como tú supones, no me costaría trabajo comprarlas, tanto por complacer á la duquesa cuanto por conservarlas; porque aquestas cosas tales me son de necesidad, no sólo por la duquesa, sino por mis otros menesteres para mis hijos é hijas.

Al oír yo aquestas palabras tuyas, después de haber comenzado á soltar mis embustes, entonces, con mayor audacia, seguí diciéndolos con el mayor colorido de verdad, á fin de que el duque me los creyese, y confiándome en que la duquesa hubiera de ayudarme á tiempo. Y aun cuando con esto ganaba yo más de doscientos escudos si cerraba tales tratos, pues la duquesa

me los había prometido, estaba yo resuelto y dispuesto á no querer percibir ni un sueldo, sólo por mi salvación, á fin de que el duque jamás pensara que lo había hecho yo por avaricia. De nuevo el duque se movió á decirme con muy afables palabras:

—Yo sé cómo tú entiendes muchísimo de esto; empero, si eres aquel hombre de bien que siempre me he pensado que seas tú, dime ahora la verdad.

Entonces, con los ojos enrojecidos y algún tanto bañados en lágrimas, dije:

—Señor mío, si digo la verdad á Vuestra Señoría Ilustrísima, la duquesa se volverá mi más mortal enemiga; por lo que me veré precisado á irme con Dios y perderé el honor de mi Perseo, que tengo prometido á aquesta nobilísima. Escuela por el nombre de Vuestra Excelencia Ilustrísima, lo que enseguida me vituperarán mis enemigos; así, pues, recomiéndome á Vuestra Excelencia Ilustrísima.

LXXXIV.

Habiendo conocido el duque que todo cuanto había yo dicho se me había hecho decir como por fuerza, dijo:

—Si tienes fe en mí, no dudes de nada en el mundo. De nuevo exclamé yo:

—¡Ay de mí, señor mío! ¿Cómo podrá ser que la duquesa no lo sepa?

A estas palabras mías, el duque prometió solemnemente, y dijo:

—Haz cuenta de haberlo sepultado en una cajita de diamantes.

Al escuchar tales formales palabras, al momento dije la verdad, según mi entender, acerca de aquellas perlas, y que no valían mucho más de dos mil escudos. Habiéndonos oído la duquesa sosegados, porque hablabamos lo más quedo que pueda decirse, presentóse delante, y dijo:

—Señor mío, hágame Vuestra Excelencia la merced de comprarme aquesta sarta de perlas, porque tengo de ellas grandísimo capricho, y vuestro Bienvenido afirma que jamás ha visto nada más hermoso.

Entonces dijo el duque:

—Yo no las quiero comprar.

—¿Por qué, señor mío, no quiere complacerme Vuestra Excelencia comprando aquesta sarta de perlas?

—Porque no me place tirar los dineros á la calle.

La duquesa exclamó de nuevo:

—¡Oh! ¿Cómo tirar á la calle los dineros, si vuestro Bienvenido, en quien merecidamente tenéis tanta fe, me ha dicho que es muy barata en más de tres mil escudos?

—Señora, contestó el duque, mi Bienvenido me ha dicho que si las compro tiraré el dinero por la ventana, porque aquestas perlas no son redondas ni iguales, y bastantes de ellas son viejas; y para que veáis cómo es verdad, ved ésta y la otra, y ved por aquí y por allá; así es que no me hacen al caso.

Al oír estas palabras me miró la duquesa con malísi-

mo humor, y amenazándome con la cabeza, partióse de allí; de modo que estuve tentado á irme con Dios y alejarme de Italia. Mas como mi Perseo estaba casi concluído, no quise dejar de exponerlo á la luz del día; considere cualquiera en qué grave aprieto me encontraba yo.

El duque había mandado á sus hujieres, en presencia mía, que me dejasen siempre entrar en la cámara y donde Su Excelencia estuviese; y la duquesa había mandado á los mismos que todas las veces que me presentase yo en palacio me impidieran la entrada; de suerte que tan pronto como me veían, al momento salían por la puerta y me echaban fuera, mirando antes que el duque no les viese; mas como el duque me viese antes que aquestos desdichados, ó me llamaba ó me hacía señales para que fuera. La duquesa llamó á aquel medianero en pedrería Bernardo, acerca del cual había-seme quejado ella tanto de su poltronería y avilantez, y á él se recomendó lo mismo que había hecho conmigo; el cual dijo:

—Señora mía, dejadme hacer á mí.

Este redomado pícaro se presentó ante el duque con la sarta en la mano. Tan pronto como le vió el duque, dijo que se le quitase de delante. Entonces el mencionado bribón, con aquella vocecilla suya, resonante en sus narizotas de asno, dijo:

—¡Ay de mí, señor mío, comprad esta sarta de perlas á aquella pobre señora, la cual se muere de capricho de tenerlas y no puede vivir sin ellas!

Y añadiendo otras muchas necias palabras suyas, y habiéndose aburrido de él el duque, le dijo:

—O apártate de mi vista, ó hincha un poco los carrillos enseguida.

Aquel tunante sabía muy bien lo que se hacía; porque si por medio de hinchar los carrillos ó de cantar *La bella Franceschina* (1) podía obtener que el duque hiciese aquella compra, se ganaba la gracia de la duquesa y además la comisión, que importaba algunos centenares de escudos. Así, pues, infló los carrillos.

El duque le dió muchas bofetadas en aquellos carrillazos suyos; y por quitársele de delante, dióle un poco más fuerte de lo que solía hacerlo. Con aquésta fuertes bofetadas en sus mofletazos, no sólo se le pusieron muy encendidos, sino que además saltáronsele las lágrimas; con las cuales comenzó á decir:

—¡Ay, señor, ved aquí un fiel servidor vuestro, quien sólo trata de hacer bien, y está contento de sufrir toda clase de males, con tal de que aquella pobre señora quede satisfecha!

Fastidiándose demasiado ya el duque de este mal hombre, ya sea por los cachetes que le diera en los carrillos, ó por amor á la duquesa, á quien Su Excelencia Ilustrísima siempre quiso dar gusto, replicó en seguida:

—Quítateme de delante, y mal año te dé Dios; véte y cómpralas, que me conformo, contento de hacer todo aquello que quiera la señora duquesa.

(1) Antigua canción popular italiana.

Aquí se conoce la furia de la mala fortuna hacia un pobre hombre, y lo vituperable de la suerte en favorecer á un malvado. Yo me perdí todo el favor de la duquesa, que fué suficiente causa para arrebatarme también el del duque; y él se ganó aquella gruesa comisión y la gracia. Así, pues, no conviene ser hombre de bien y de mérito.

LXXXV.

Por este tiempo renovóse la guerra de Siena, y queriendo el duque fortificar á Florencia, distribuyó los puestos entre sus escultores y arquitectos; por lo cual asignáronseme la Puerta de Prato y el Portillo del Arno, que mira hacia Prato, por donde se va á los molinos; al caballero Bandinelli, la puerta de San Friano; á Pasqualino de Ancona, la puerta de San Pedro Gattolini; á Julian de Baccio de Agnolo, ebanista, la puerta de San Jorge; al ebanista Particino, la puerta de San Nicolás; á Francisco de Sangallo, escultor llamado el Margolla, diósele la puerta de la Cruz; y á Juan Bautista, llamado el Tasso, diósele la puerta de Pinti; y asimismo otros bastiones y puertas á diversos ingenieros, de quienes no me acuerdo ni tampoco hace á mi propósito.

El duque, que verdaderamente siempre ha tenido buen ingenio, por inspiración propia anduvo viendo su ciudad en contorno, y cuando Su Excelencia Ilus-

trísima lo hubo examinado y resuelto bien todo, llamó á Lactancio Gorini (1), el cual era un pagador suyo; y como quería que también el tal Lactancio se deleitase algún tanto en aquesta profesión, Su Excelencia Ilustrísima le mandó dibujar todos los proyectos cómo quería que se fortificasen dichas puertas, y á cada uno de nosotros nos mandó dibujada la puerta suya. Viendo yo la que me tocaba á mí, y pareciéndome que el proyecto no estaba conforme á la razón, antes era incorrectísimo, con aqueste dibujo en la mano fuime al momento en busca de mi duque; y queriendo demostrar á Su Excelencia los defectos de aquel dibujo que se me diera, no tan pronto hube comenzado á hablar, como furioso el duque volvióse á mí, y dijo:

—Bienvenido, en hacer muy bien las estatuas cedo ante ti; mas en aquesta profesión, quiero que cedas ante mí; así pues, observa la traza que yo te he dado.

A estas bravas palabras respondí lo más suavemente del mundo que supe, diciendo:

—Señor mío, hasta en el bello estilo de hacer figuras he aprendido yo de Vuestra Excelencia Ilustrísima; empero sobre eso, siempre hemos disputado un poquito juntos; con que en esto de fortificar nuestra ciudad, cosa más importante que el hacer figuras, suplico á Vuestra Excelencia Ilustrísima que se digne escucharme, y departiendo así con Vuestra Excelencia, po-

(1) De este Lactancio habla Cellini en el presente libro II, capítulos LIV y LV.

dré mostraros mejor el modo cómo tengo de serviros.

En vista de aquestas suavísimas palabras mías, benignamente se puso á discutir conmigo; y mostrando á Su Excelencia Ilustrísima con vivas y claras razones cómo de aquel modo que me había dado la traza no hubiera estado bien, Su Excelencia me dijo:

—Pues vete y haz un dibujo tú, que yo veré si me agrada.

Por tanto, hice dos dibujos conforme á los principios del verdadero modo de fortificar aquellas dos puertas, y se los llevé; y distinguiendo lo verdadero de lo falso. Su Excelencia me dijo afectuosamente:

—Anda y haz á tu manera, que yo quedo satisfecho.

Entonces comencé la construcción con gran premura.

LXXXVI.

Mandaba la guardia de la puerta del Prato un capitán lombardo, hombre robusto, de terribles formas, palabras muy villanas, presuntuoso é ignorantísimo. Al instante comenzó este hombre á preguntarme qué era lo que yo quería hacer; con suma condescendencia le mostré mis dibujos, y con extremado trabajo le hice comprender el modo cómo quería yo conducirme.

Aqueste zafio bestia meneaba la cabeza; ora se volvía acá ó allá, cambiando con frecuencia de pierna en que posarse, retorciéndose los bigotes, que los tenía-

grandísimos; y á menudo echábase de un tirón el pliegue de la gorra encima de los ojos, diciendo muchas veces:

—¡Mal cáncer! Yo no lo entiendo este negocio que traes.

De modo que fastidiándome ya a queste bestia, dije:

—Pues bien, déjemelo hacer á mí que lo entiendo.

Volviéndole las espaldas para ir á mi quehacer, aquel hombre comenzó á amenazarme con la cabeza; y poniendo la mano izquierda sobre el pomo de su espada, sacó algún tanto la hoja, y me dijo:

—¡Hola! maestro, me parece que buscas pendencia conmigo.

Me volví hacia él con gran cólera, porque me había hecho irritarme, y contesté:

—Aún me parecerá menos trabajo tener cuestión contigo, que hacer el bastión de aquesta puerta.

Al momento ambos echamos mano á nuestras espadas y las desenvainamos del todo; mas en el acto moviéronse gran número de hombres de bien, tanto florentinos de los nuestros, como de otros cortesanos; la mayor parte reprendieronle á él, diciéndole cómo no tenía razón, y que yo era hombre para dar de él buena cuenta, y que si el duque lo supiese, ¡pobre de él! Así pues, marchóse, á su servicio y yo principié mi bastión.

Así que hube dejado el ordenamiento para hacer dicho bastión, fuíme al otro portillo del Arno, donde encontré un capitán de Cesena, el hombre más gentil y galante que jamás hallé en tal profesión; tenía el aspec-

to de una garrida doncellita, y en la pelea era uno de los más bravos y mortíferos hombres que imaginarse pueda. Este hombre valiente me observaba tanto, que muchas veces me hacía avergonzarme; deseaba entenderlo, y yo se lo mostré con mucha afabilidad; baste decir que anduvimos á quién hacía mayores agasajos uno á otro, de suerte que hice aqúeste bastión mucho más á gusto que aquél.

Después que hube concluído de hacer mis bastiones, por haber hecho una correría ciertas gentes de las de Pedro Strozzi, asustóse tanto la comarca del Prato, que la dejaron desierta; y por esa causa todos los carros de aquella comarca venían cargados, trayendo cada uno á la ciudad cuanto poseía. Y como los carros tocábanse uno á otro por ser en grandísimo número, al ver yo tal desorden, dije á la guardia de la puerta que atendiera bien á ellos no ocurriese un desorden como el acontecido en las puertas de Turín; pues si hubiese de ser preciso valerse del rastrillo, éste no podría hacer su oficio, por cuanto quedaría suspenso por uno de aquellos carros.

Al oír aquel barbarote capitán estas palabras mías volvióse hacia mí con superiores fuerzas y yo le contesté de igual manera, de modo que estuvimos á punto de hacer algo mucho peor que la primera vez; empero fuimos también separados. Habiendo concluído mis bastiones, recibí algunos escudos inesperadamente, lo cual celebré, y con mucho gusto me fuí de allí á terminar mi Perseo.

LXXXVII.

Por aquellos días hubieron de encontrarse en la comarca de Arezzo ciertas antigüedades, entre ellas la Quimera (1), que es aquel león de bronce que se ve en la cámara próxima á la gran sala de Palacio (y juntamente con dicha Quimera encontráronse gran número de pequeñas estatuillas, también de bronce, las cuales estaban cubiertas de tierra y enmohecidas, faltándoles á cada una de ellas la cabeza, las manos ó los pies); el duque encontraba gusto en limpiarlas por sí mismo con ciertos cincelitos de aurífice.

Sucedió que ocurrióseme hablar con Su Excelencia Ilustrísima; y mientras que yo hablaba con él, dióme un martillo pequeño, con el cual golpease sobre los cincelitos que el duque tenía en la mano; y de aquel modo descubriáanse dichas figurillas de entre la tierra y el enmohecimiento.

Transcurridas así algunas noches, el duque me encargó que trabajase; por donde comencé á rehacer aquellos miembros que faltaban á dichas figuritas. Y encontrando Su Excelencia tanto placer en aquellas mínimas pequeñeces, hacíame trabajar también de día; y como me retrasase algo en ir allá, Su Excelencia Ilustrísima enviaba por mí.

Muchas veces dí á entender á Su Excelencia que si

(1) Esta Quimera encuéntrase ahora en la sala de los bronce de la *Galleria degli Uffizi*, en Florencia.

me desviaba durante el día del Perseo, seguiríanse de ello muchos inconvenientes; el primero y que más espanto me infundía, es que el largo tiempo que veía yo gastado en mi obra no fuese causa de fastidio para Su Excelencia Ilustrísima, según despues me sucedió; era el otro que tenía yo algunos ayudantes, y cuando no estaba presente hacían dos notables inconveniencias, una de ellas echarme á perder mi obra, y la otra trabajar lo menos posible; de modo que el duque hubo de conformarse con que sólo fuera yo allí desde la hora veinticuatro en adelante. Y como se había suavizado conmigo tan maravillosamente Su Excelencia Ilustrísima, al llegarme á él por la noche, siempre iban en aumento sus halagos hacia mí.

Por aquellos días hacíanse obras en aquellas nuevas estancias próximas á los leones; de modo que, queriendo Su Excelencia retirarse á una parte más escondida, habíase hecho acomodar cierto retrete en aquellas estancias hechas de nuevo, y me había ordenado que entrase allí por su guardarropa; por lo cual pasaba yo muy quedo sobre la tarima del gran salón, y por ciertos escondrijos llegaba secretísimamente á dicho retrete.

Mas al cabo de pocos días, la duquesa privóme de esto, haciendo cerrar todos aquellos pasos que me eran cómodos; de suerte que todas las noches que llegaba yo á palacio, tenía que esperarme un buen rato por causa de que la duquesa estaba para su comodidad en aquellas antecámaras por donde yo tenía que pasar;

y por estar enfermiza, jamás llegué una vez que no la incomodase.

Ya por ésta, ya por otra causa, habíala dado tanto enojo, que de ninguna manera podía sufrir el verme. Con toda esta gran molestia para mí y con infinito disgusto, seguí yendo allí pacientemente. El duque había dado órdenes expresas de que tan pronto como tocase yo á la puerta se me abriese, y sin decirme nadie nada dejábanme entrar por todas partes; de modo que algunas veces aconteció cómo entrando silenciosa é inesperadamente por aquellas cámaras secretas, encontraba á la duquesa en sus menesteres, la cual irritábase conmigo con tal furia que me daba espanto; y siempre me decía:

—¿Cuándo acabarás de arreglar esas figurillas? Porque con tus venidas cada vez me das más fastidio.

A lo cual respetuosamente contestaba yo:

—Señora y única dueña mía, no deseo otra cosa sino serviros con fe y con la mayor obediencia; mas como aquestas obras que me ha ordenado el duque durarán muchos meses, dígame Vuestra Excelencia Ilustrísima si no quiere que venga aquí más, y no vendré en manera alguna, llámeme quien quiera; pues aun cuando me llamase el duque, diré que me siento malo y de ningún modo vendré aquí jamás.

Cuando hube dicho estas palabras, contestóme ella:

—No digo que dejes de venir aquí, ni tampoco que no obedezcas al duque; sino que me parece que aquestas obras tuyas nunca tienen fin.

Fuese que el duque hubiera oído algo, ó fuese por cualquiera otra causa, Su Excelencia volvió á empezar, tan pronto como se aproximaba la hora veinticuatro, enviaba en mi busca; y aquel que venía á llamarme, decíame siempre:

—Cura cómo no dejes de venir, que el duque te espera.

Y así continué con aquestas dificultades muchas veladas. Una de las noches, al entrar según mi costumbre, el duque, que debía de estar tratando con la duquesa cosas quizá secretas, volvióse hacia mí con la mayor furia del mundo; y al quererme retirar presto algún tanto despavorido, de pronto me dijo:

—Entra, Bienvenido mío, y vete allá á tus quehaceres, que poco tardaré en ir á reunirme contigo.

Mientras pasaba yo, cogióme por la capa el señor don García, niño de poco tiempo, y me hizo las más cariñosas fiestas que pueda hacer una criatura tal; por donde maravillándose el duque, dijo:

—¡Oh, qué cariñosa amistad es aquesta que mis hijitos tienen contigo!

LXXXVIII.

Mientras que trabajaba yo en aquestas fruslerías de poco momento, el príncipe, ó D. Juan y D. Fernando y D. García (1), toda la velada estaban encima de mí y me

(1) Por este año (1552) el príncipe D. Francisco tenía 11 años, D. Juan 9, D. García 5 y D. Fernando 3.

pinchaban á escondidas del duque; por lo cual rogábalas yo por favor que se estuviesen quietos, y me respondían diciendo:

—Es que no podemos.

—Aquello que no se puede, es porque no se quiere; con que andando.

Y al momento el duque y la duquesa echáronse á reir. Otra noche, habiendo concluído aquellas cuatro figuritas de bronce que están puestas en el pedestal, las cuales son Jove, Mercurio, Minerva y Danae, madre de Perseo con su Perseíto sentado á sus pies, hícelas llevar á la mencionada estancia donde trabajaba yo de noche, y las puse en fila un poco en alto, de suerte que hacían muy buen ver.

Habiéndolo sabido el duque, vino allí un poco antes de su costumbre; y como la persona que tal refirió á Su Excelencia Ilustrísima debió de estimarlas en mucho más de aquello que valían (porque le dijo que eran mejor que las antiguas ó cosa parecida), mi duque vino allí junto con la duquesa, razonando muy satisfechos acerca de mi obra; al punto me levanté y salí á su encuentro.

Con su ducal y mejor acogida, alzó la mano derecha, en la cual tenía una pera verde de lo más grande que se pueda ver y hermosísima, diciendo:

—Toma, Bienvenido mío, pon aquesta pera en el huerto de tu casa.

Respondí alegremente á aquellas palabras, exclamando:

—¡Oh señor mío! ¿De veras dice Vuestra Excelencia Ilustrísima que la ponga yo en el huerto de mi casa?

—En el huerto de la casa que es tuya. ¿Me has entendido?

Entonces dí gracias á Su Excelencia y lo mismo á la duquesa, con las mejores ceremonias del modo que sabía yo hacer. Luego sentáronse ambos enfrente de dichas figuras, y por más de dos horas no hablaron otra cosa que de las lindas figuritas; de suerte que entróle á la duquesa tan desmedido antojo de ellas, que me dijo entonces:

—No quiero que estas preciosas figuritas se vayan á perder en aquel pedestal en la plaza, donde correrían peligro de ser estropeadas; así, pues, deseo que me las acomodes en una estancia mía, donde serán tenidas con aquella reverencia que se debe á tus rarísimos méritos.

A estas palabras me opuse con infinitas razones; y visto cómo estaba resuelta á que yo no las pusiese en la basa donde estaban, aguardé al día siguiente y fuíme á Palacio á la hora veintidos; y hallándome con que el duque y la duquesa habían salido á caballo, teniendo ya dispuesto mi pedestal, hice llevar á él dichas figuritas, y en el acto las emplomé como debían estar.

¡Oh! Cuando lo supo la duquesa, dióle tanta cólera, que si no hubiese sido por el duque, quien valerosamente vino en mi ayuda, hubiéralo yo pasado muy mal. Por aquel encono de la sarta de perlas, este suceso la impresionó tanto, que el duque sintió acabársele aquel poco de placer; lo cual fué causa de que me viese cons-

treñido á no ir allí más; y al momento víme con aquellas mismas dificultades de antes en cuanto á entrar en Palacio.

LXXXIX.

Me volví á la Loggia (1), donde había conducido ya el Perseo; y andaba concluyéndolo con las dificultades antedichas, esto es, sin dineros y con tantos otros obstáculos, que la mitad de ellos hubieran hecho desfallecer á un hombre armado de diamantes.

Empero, siguiendo mi costumbre, una mañana, luego de oír misa en San Pedro Scheraggio, pasó delante de mí Bernardo, medianero en pedrerías, platerucho y por bondad del duque proveedor de la casa de Moneda; y apenas estuvo fuera de la puerta de la iglesia, el muy puercazo soltó cuatro pedos, los cuales debieron sentirse desde San Miniato. Entonces exclamé:

—¡Ah puerco, gandul, asno! ¡Este es el sonido de tus gorrinos méritos?

Y corrí en busca de un garrote. Retiróse presto á la Moneda y yo me quedé escondido tras el quicio de mi puerta, dejando fuera á un mancebo mío, quien me hiciese señales de cuando aquel puerco saliese de la Moneda. Viendo que pasaba en espera un gran rato y

(1) *Loggia dei Lanzi*, galería con columnas en la plaza de la Señoría (Florencia), donde existe el famoso *Perseo* de Bienvenido Cellini.

dándome fastidio, habiéndoseme pasado un poco la ira y considerando que los golpes no se dan con arreglo á pacto, de donde podía resultar algún inconveniente, resolvíme á llevar á efecto mi venganza de otro modo.

Y como quiera que aqueste caso ocurrió en las fiestas de nuestro San Juan, para el que faltaban sólo un día ó dos, le hice aquestos cuatro versos y los pegué en el rincón de la iglesia, donde se meaba y cagaba. Decían así:

Yace aquí Bernardón, burro, puercote,
Alcahuete y ladrón, en quien Pandora
Puso todo lo malo; y dél agora
Desciende aquel maestro Animalote (1).

El caso y los versos llegaron hasta Palacio, donde el duque y la duquesa riéronse de ellos; y antes de que él se percatase de esto habíase congregado gran muchedumbre del pueblo, quienes daban las mayores risotadas del mundo; y como mirasen hacia la Moneda y fijasen sus ojos en Bernardo, apercibido de esto su hijo el maestro Baccio, al instante, con gran cólera desgarró el cartel. Aquél mordióse un dedo, amenazando con su vocecilla que le salía por la nariz: hizo una gran bravata.

(1) Intencionalmente pone el texto *Buaccio* en vez de *Baccio* (Bandinelli). Cellini hace un juego de palabras fundado en la semejanza de sonidos entre el nombre de Baccio (su enemigo) y el adjetivo *buaccio*, que significa *animalazo, estúpido, negado*, etc.

XC.

Cuando el duque llegó á saber que toda mi obra del Perseo podía mostrarse como terminadâ, un día vino á verla, y por muchos signos evidentes dió muestra de satisfacerle en grande; y volviéndose á ciertos señores que estaban con Su Excelencia Ilustrísima, dijo:

—Aun cuando esta obra nos parezca muy bella, necesita también ser del gusto del popular; así, pues, Bienvenido mío, antes de que des la última mano, quisiera que por amor mío abrieses un poco aquesta parte que da á mi plaza, sólo por medio día, para ver lo que de ella dice el pueblo; pues no hay duda de que de verla encerrada de aqueste modo á verla en campo abierto, habrá una gran diferencia en su aspecto de cómo ahora se ve oculta.

A estas palabras respondí yo humildemente á Su Excelencia Ilustrísima:

—Sabad, señor mío, que se mostrará doble mejor. ¿Pues no recuerda Vuestra Excelencia Ilustrísima haberla visto en el huerto de mi casa, en el cual mostrábase desde gran largura tan bien, que por el huerto de los Inocentes vino á verla Bandinelli; y con toda su mala y pésima natura la ha encomiado y dicho bien de ella, cuando jamás en sus días habló bien de nadie? Advierto que Vuestra Excelencia Ilustrísima lo cree demasiado.

Al oír aquestas palabras mías frunció el ceño un poquillo irritado; mas, empero, con muy dulces palabras, dijo:

—Hazlo, Bienvenido mío, sólo por darme un poco de satisfacción.

Partióse, y comencé á dar órdenes para descubrirla; y como faltaba cierta cantidad de oro, de barnices y de otras cosillas tales que se emplean al fin de la obra, coléricamente murmuraba y quejábame, blasfemando de aquel maldito día que fué causa para conducirme á Florencia; porque de largo tiempo veía yo la grandísima y segura pérdida que había sufrido con partirme de Francia, y aún no veía ni conocía qué clases de bienes debiera esperar con aqueste mi señor en Florencia; pues desde el principio al medio y hasta el fin, siempre todo aquello que había yo hecho hubo de concluir con muy dañosa desventaja mía.

Por eso muy disgustado la descubrí al día siguiente. Según plúgole á Dios, así que fué vista alzóse un rumor tan desmesurado en elogio de dicha obra, que fué causa bastante para consolarme algún tanto. El pueblo no dejaba continuamente de pegar papeles á espalda de la puerta, que tenía un poco de aparato, mientras daba yo la última mano; el mismo día en que estuvo descubierta algunas horas, pegaron allí más de veinte sonetos, todos con elogios muy desmesurados de mi obra. Luego que la recubrí, diariamente fijaban allá gran número de sonetos, y de versos latinos, y de versos griegos; porque había vacaciones en el estudio de

Pisa, y todos aquellos excelentísimos doctores y escolares hacíanlos en competencia.

Mas lo que me causaba mayor contento y dábame esperanzas de mayor salud mía para con mi duque, era que los del arte, á saber, los escultores y pintores, también conducíanse en competencia de quién hablaba mejor. Entre los demás, aquel á quien profesaba yo mayor estimación era el hábil pintor Jacobo de Pontormo, y además de él su excelente discípulo el pintor Bronzino (1), á quien no le bastó hacer fijar muchos de los sonetos, sino que me los mandó por medio de su Alejandrino á mi casa; los cuales decían tanto bien con aquel hermoso y rarísimo estilo suyo, que fueron causa de consolarme un poco. Y así, pues, recubrí mi obra y me afané por terminarla.

XCI.

Aun cuando mi duque hubo de ser sabedor de aquellos favores que habíanseme hecho por aquesta excelentísima Escuela, sin más que verla aquel poco de tiempo, dijo:

—Grandemente me place que Bienvenido haya gozado de aqueste poco de satisfacción, lo cual será motivo para que más presto y con mayor diligencia la lleve

(1) Los pintores son: Jacobo Carrucci de Pontormo, y su discípulo Angel, llamado *el Broncino*.

á su deseado fin; mas no creáis que luego, cuando toda ella se mire descubierta y pueda verse toda en contorno, hayan de hablar los ciudadanos de igual manera; antes descubrirán todos los defectos que tenga y hasta le pondrán muchos que no tuviere; así, pues, árme-se de paciencia.

Estas fueron palabras por Bandinelli dichas al duque, con las cuales aludió á las obras de Andrés del Verrocchio, quien hizo aquel hermoso Cristo y Santo Tomás de bronce que se ven en la fachada de San Miguel; y alegó otras muchas obras, hasta el admirable David del divino Miguel Angel Buonarroti, diciendo cómo no se mostraban bien sino después de verlas todo alrededor; y luego dijo de su Hércules y Baco los infinitos sonetos de vituperio que le fueron aplicados, y hablaba mal de aqueste pueblo.

Mi duque, que le creía bastante, habíale movido á decir aquellas palabras, y pensaba de cierto que hubiese de pasar en gran parte de aquel modo, porque aquel envidioso de Bandinelli no dejaba de hablar mal; y una vez entre otras, hallándose presente aquel verdugo de Bernardo el medianero, por hacer buenas las palabras de Bandinelli, dijo al duque:

—Sabed, señor, cómo el hacer figuras grandes es otra menestra que el hacerlas pequeñas; no quiero decir yó que las figuritas pequeñas no las haya hecho bastante bien; mas aquesta no le resultará, según veréis.

Y con estas palabrejas mezcló otras muchas, ejerci-

tando su arte de alcahuete, con el cual mezclaba un montón de embusterías.

XCII.

Por fin plugo á mi glorioso Señor é inmortal Dios que la acabase del todo, y un jueves por la mañana la descubrí por completo (1); al momento, y aun cuando todavía no era día claro, reunióse tan infinito número de gentes, que sería imposible de decirlo, y todos á una voz iban en competencia á quién hablaba mejor de ella.

El duque estaba asomado á una ventana baja del Palacio, la que está sobre la puerta, y medio escondido dentro de la ventana escuchaba todo aquello que de dicha obra se decía; y luego que hubo estado á la escucha algunas horas, apartóse de allí tan enorgullecido y contento, que volviéndose hacia Sforza, le dijo así:

—Sforza, vete y busca á Bienvenido, y dile de mi parte que me ha satisfecho mucho más de lo que yo me esperaba, y dile que yo le contentaré á él de modo que le haré maravillarse; así, pues, dile que esté satisfecho.

Así el mencionado señor Sforza me trajo la gloriosísima embajada, la cual me confortó; y aquel día por aquesta buena nueva y porque los populares demonstra-

(1) Esta inauguración del *Perseo* fué en 27 de Abril de 1554.

ban con el dedo á éste y aquél como cosa portentosa y nueva.....

Entre otros, hallábanse dos gentilhombres, los cuales eran enviados del virrey de Sicilia á nuestro duque para sus negocios. Estos dos afables hombres salieron á mi encuentro en la plaza (que yo les fuí mostrado al pasar, de modo que á toda priesa se me acercaron), y al momento con sus birretes en mano me dirigieron una oración de lo más ceremonioso, y la cual hubiera sido demasiado hasta para un papa; empero me humillé cuanto pude, mas ellos me exaltaban tanto, que comencé á rogarles que por favor acordasen marcharse de la plaza, porque el pueblo se paraba á mirarme más fijo que á mi Perseo; y entre aquestas ceremonias entusiasmáronse tanto, que me suplicaron me fuese á Sicilia y que me harían tal trato, que había de quedar yo satisfecho; y me dijeron cómo fray Juan Angel, de los Servitas, había hecho una fuente llena y adornada de muchas figuras, mas que no eran de aquella excelencia que veían en el Perseo, y habíanle hecho rico.

No les dejé acabar de decir todo lo que hubieran querido decirme, sino que les repliqué:

—Mucho me maravillo de que tratéis de que deje á tan gran señor, amante del mérito más que otro príncipe alguno nacido, y hallándome además en mi patria, escuela de todas las mayores bellezas del arte! ¡Oh! si tuviese apetito de grandes ganancias, podría quedarme en Francia al servicio de aquel gran rey Francisco, el cual me daba mil escudos de oro para mi plato y ade-

más pagábame todas las obras que le hiciese; de suerte que cada año me hubiesen sobrado más de cuatro mil escudos de oro; y había dejado en París el fruto de mis fatigas de cuatro años allí transcurridos. Con aquestas y otras palabras corté la ceremonia y les dí gracias por los grandes loores que me habían dado, los cuales eran los más excelsos premios que se pudiesen dar á quien fatigábase virtuosamente en el trabajo; y que ellos tanto me habían hecho acrecentar el deseo de hacer buenas cosas, que esperaba en breves años haberles de mostrar otra obra, la cual tenía yo esperanzas de que pluguiese mucho más á la admirable Escuela Florentina. Los dos hidalgos hubieran querido reanudar el hilo de las ceremonias; por donde yo, quitándome la gorra con gran reverencia, les dije adios.

XCIII.

Después que hube dejado pasar tres días, y visto que los grandes loores andaban creciendo siempre, entonces me dispuse á ir á mostrarme á mi señor duque; el cual, con gran afabilidad, me dijo:

—Bienvenido mío, me has dejado satisfecho y contento; te prometo que te contentaré de suerte que te haré maravillar; y más te digo, que no quiero que pase del día de mañana.

Al oír aquestas admirables promesas, en el acto enderecé todas mis mayores potencias del ánimo y del

cuerpo en un momento á Dios, dándole gracias en verdad; y en el mismo instante me acerqué á mi duque, y medio llorando de alegría le besé la veste; después exclamé diciendo:

—¡Oh glorioso señor mío, verdadero y liberalísimo amante de las artes y de aquellos hombres que en éstas se fatigan: ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que me otorgue la merced de dejarme ir antes por ocho días á dar gracias á Dios; porque sé bien lo desmesurado de mi gran fatiga, y reconozco que mi buena fe ha movido á Dios á ser en mi ayuda; por aquesto, y por cualquiera otro milagroso socorro, quiero ir peregrinando por ocho jornadas y dando siempre gracias al inmortal Dios mío, el cual siempre ayuda á quien de veras le llama!

Entonces me preguntó el duque que á dónde quería ir yo, y le dije:

—Mañana me partiré é iré á Vallombrosa, después á Camaldoli y al Ermo, y me llegaré hasta los baños de Santa María, y acaso hasta Sestile (1), porque he sabido cómo hay allí hermosas antigüedades; luego me tornaré por San Francisco de la Vernia; y, dando siempre gracias á Dios, contento me volveré á tornar á servirlos.

Al instante me dijo el duque alegremente:

—Ve y vuelve, que en verdad me places; mas déjame dos versos en memoria, y déjame hacer á mí.

(1) Son bien conocidos por sus santuarios todos estos lugares nombrados por Cellini, excepto *Sestile*, que quizá sea *Sestino*, antiquísimo territorio situado más allá de los antedichos.

En seguida hice cuatro versos, en los cuales daba yo gracias á Su Excelencia Ilustrísima; se los di al señor Sforza, el cual se los entregó de mi parte en propia mano al duque, quien los tomó; luego se los devolvió en propia mano á dicho señor Sforza, y le dijo:

—Es preciso que todos los días me los pongas delante, porque si Bienvenido al tornarse se encontrara con que yo no había cumplido con él, creo que me mataría.

Y riéndose así Su Excelencia, dijo que se lo recordase. Estas mismas palabras me refirió por la noche el señor Sforza riéndose, y hasta asombrándose del gran favor que me hacía el duque; y jocosamente me dijo:

—Anda, Bienvenido, y vuelve, que te tengo envidia.

XCIV.

En el nombre de Dios me partí de Florencia cantando siempre salmos y oraciones en honor y gloria de Dios durante todo aquel viaje; en el cual tuve grandísimo placer, porque la estación era bellísima, primaveral, y el viaje y el país donde había estado yo parecieronme tan bellos, que quedé maravillado y contento.

Habiendo venido para guiarme un joven ayudante mío, el cual era del Baño y se llamaba César, fui muy festejado por su padre y toda su familia, entre los cuales contábase un viejo de más de setenta años, hombre agradabilísimo: aqúeste era tío del mencionado César,

siendo de profesión médico-cirujano, y picábase algún tanto de alquimista.

Este buen hombre demostró cómo aquellos Baños (1) tenían minerales de oro y de plata, y me hizo ver muchas bellísimas cosas de aquel país; de suerte que tuve uno de los mayores placeres que jamás había tenido. Habiéndose familiarizado á su modo conmigo, cierto día me dijo:

—No quiero dejar de deciros un pensamiento mío, el cual, si Su Excelencia le prestara oídos, creo que sería para él cosa muy útil; y es que en los alrededores de Camaldoli se ve un paso tan descubierto, que Pedro Strozzi no sólo podría pasar con seguridad, sino hasta saquear á Poppi sin oposición alguna (2).

Y esto no sólo me lo demostró de palabra, sino que además sacó una hoja de papel de su escarcela, donde aqueste buen viejo había dibujado todo aquel país de tal modo, que veíase muy bien y con toda evidencia se reconocía existir un verdadero peligro; tomé el dibujo, y en el acto partíme del Baño; todo lo más presto que pude tomé la vuelta por el camino de Prato Magno y de San Francisco de la Vernia, y retorné á Florencia, donde sin pararme más que á cambiar de botas, me fuí á palacio. Cuando llegaba yo por la Abadía, me en-

(1) Se sobrentiende que son los Baños de Santa María, mencionados más atrás, y á los que Cellini llama simplemente *el Baño*.

(2) En el manuscrito Laurentino hay al margen de este pasaje una nota de letra de Cellini, que dice así: "Fué en el tiempo que Pedro pasó y vino con el ejército de Siena,,."

contré con mi duque, quien venía por el camino del Palacio del Podestá; así que me vió, hízome una gratísima acogida, con cierto asombro á la vez, diciéndome:

—¿Cómo has vuelto tan presto? Yo no te esperaba aún hasta pasar aquestos ocho días.

—Por el servicio de Vuestra Excelencia Ilustrísima he tornado; que si no, con mucho gusto hubiérame estado otros tantos días espaciándome por aquel bellissimo país.

—¿Y qué te trae de bueno?

—Señor, es necesario que os diga y muestre cosas de gran importancia.

Así, pues, me fuí con él á Palacio. Llegado que hubimos á Palacio, llevóme consigo secretamente á su cámara, donde estuvimos solos. Entonces díjeselo todo y le mostré aquel pequeño dibujo, manifestando serle muy grato. Y al decir á Su Excelencia cómo le era de necesidad poner presto remedio á una tal cosa, el duque se quedó un poco ensimismado, y luego me dijo:

—Sábe cómo Nos estamos de acuerdo con el duque de Urbino (1), á quien toca tener cura de ello; mas guárdalo secreto.

Y con muy grandes demostraciones de su afecto, me torné á mi casa.

(1) Era entonces duque de Urbino Guidobaldo de la Rovere.

XCV.

Al otro día me hice visible; y el duque, después de una breve conversación, díjome alegremente:

—Mañana sin falta quiero terminar tu asunto; así que, estéte tranquilo.

Yo, que me lo tenía por ciertísimo, con gran deseo aguardaba al día de mañana. Así que llegó el deseado día, fui á Palacio; y conforme parece uso que siempre haya de ocurrir darse las malas nuevas con mayor diligencia que las buenas, el señor Jacobo Guidi, secretario de Su Excelencia Ilustrísima, me llamó con su boca torcida y con voz altanera, y estirándose con toda su persona tiesa como un garrote y como de una sola pieza, comenzó de aqueste modo á hablar:

—Dice el duque que por tí quiere saber cuánto pides por tu Perseo.

Quedéme turbado y lleno de asombro, y en el acto respondí cómo no era yo quién para poner precio á mis trabajos, y que esto no era lo que habíame prometido Su Excelencia dos días atrás. Al punto aqueste hombre me dijo con mayores voces cómo expresamente me ordenaba de parte del duque que le dijese cuánto quería yo por mi obra, so pena de incurrir en la completa desgracia de Su Excelencia Ilustrísima.

Yo, que me había prometido haber ganado alguna cosa con los grandes halagos hechos á mí por Su Ex-

celencia Ilustrísima, y mayormente haber conquistado todo el favor del duque, pues no le pedía otra cosa mayor sino sólo que me otorgase su buena gracia, al ver aquestas maneras inesperadas por mí, sentí acometerme una fuerte cólera, y aún más por aumentarlas del modo como lo hacía aquel sapo venenoso.

Contesté que aun cuando el duque me diese diez mil escudos, no me pagaría aquella obra; y que si hubiese yo pensado jamás en llegar á estos merecimientos, nunca me hubiera quedado aquí. Al instante me dijo aqueste vil una multitud de palabras injuriosas, y yo hice otro tanto con él. Al siguiente día, saludando yo al duque, hizome señas Su Excelencia, por lo cual me acerqué, y con cólera me dijo:

—Ciudades y grandes palacios se hacen con diez mil ducados.

Inmediatamente le respondí cómo Su Excelencia encontraría infinitos hombres que le supiesen hacer ciudades y palacios; mas en cuanto á los Perseos, quizá no encontrase ni un hombre en el mundo que le supiese hacer otro tal. Y á escape me partí sin decir ni hacer otra cosa.

Pocos días después envió por mí la duquesa, y me dijo que las diferencias que tenía yo con el duque se las dejase concertar á ella, pues gloriábase de hacer algo que me dejara contento. A estas benignas palabras, respondí cómo no había yo buscado otro mayor premio á mis fatigas sino estar en buena gracia con el duque, y que Su Excelencia Ilustrísima habíamela prometido;

y que no hacía falta que yo remitiese á Sus Excelencias Ilustrísimas aquello que desde los primeros días de comenzar á servirles había remitido en ellos con entera libertad; además (añadí) con sólo que Su Excelencia Ilustrísima me diese una *crazia*, que vale cinco cuartos, como premio á mis fatigas, tendríame por contento y satisfecho, mientras no me privase Su Excelencia de estar en gracia suya.

A estas mis palabras replicó la duquesa, sonriéndose un poco:

—Bienvenido, mejor harías para tí en hacer aquello que te digo.

Y volviéndome las espaldas, apartóse de mí. Yo, que pensé hacer lo mejor usando de aquellas humildes palabras, sucedióme que de ellas resultó para mí lo peor; porque aun cuando la duquesa hubiese tenido conmigo aquel pequeño enfado, tenía luego en sí un cierto modo de hacer las cosas, el cual era bueno.

XCVI.

Por ese tiempo era yo familiar amigo de Gerónimo de Albizi, quien era comisario de las tropas de Su Excelencia, y un día hubo de decirme:

—Bienvenido, bueno sería poner algún orden á este pequeño disgusto que tienes con el duque; dígoote que si tuvieses confianza en mí, tendría yo ánimos para hacer algún acomodo, y bien sé lo que me digo. Como

el duque se enfade luego de veras, mucho mal será para tí; bástete sólo aquesto; no puedo decirte todas las cosas.

Después que la duquesa me hubo hablado, habíase-me dicho por uno, tal vez de ánimo maligno, cómo había oído decir que el duque, en no sé qué ocasión dada, dijo:

—Por menos de dos cuartos écharé á rodar el Perseo, y así se acabarán todas las diferencias.

Así, pues, por aqueste temor, dije á Jerónimo de Albizi cómo todo lo remitía en él; y que aquello que hiciese dejaríame contentísimo del todo, con tal de quedar yo en gracia del duque. Este galante hombre, que entendía muchísimo en el arte del soldado y principalmente de aquellos de las bandas, los cuales son todos unos villanos, mas del arte de hacer esculturas no sacaba placer alguno, y por ese motivo no entendía nada de esto, hablando con el duque, dijo de aquesta suerte:

—Señor, Bienvenido hase confiado á mí y me ha suplicado que lo recomiende á Vuestra Excelencia Ilustrísima.

—También yo me remito á vos, dijo entonces el duque, y me conformaré con todo aquello que vos apreciéis.

De modo que el referido Jerónimo escribió una carta muy ingeniosa y muy en mi favor, y juzgó que el duque debía darme 3.500 escudos de oro en oro, los cuales no se tuviesen por premio de una tan hermosa obra, sino tan sólo como una pequeña remuneración; basta

con que yo me contentase; con otras muchas palabras, las cuales, en conjunto, proponían dicho precio. El duque lo suscribió con tanto gusto, como disgusto tuve yo por ello. Así que la duquesa llegó á saberlo, dijo:

—Era mucho mejor para aquel pobre hombre que se hubiera remitido á mí, pues le hubiese hecho dar cinco mil escudos de oro.

Un día que había ido yo á palacio, la duquesa me dijo las mismas palabras en presencia del señor Alamanno Salviati, y se mofó de mí diciéndome que me estaba muy bien todo el mal que yo tenía.

El duque ordenó que se me pagasen cien escudos de oro en oro al mes hasta aquella suma, y así sucedió durante algunos meses. El señor Antonio de Nobili, que había recibido dicha comisión, comenzó después á darme cincuenta, y luego, cuándo me daba veinticinco y cuándo no me daba ninguno; de suerte que viendo tantos aplazamientos, hablé afectuosamente á dicho señor Antonio, rogándole que me dijese la causa por qué no acababa de pagar. También él respondiome benévolamente; en la cual respuesta me pareció que se alargase demasiado, porque (júzguelo quien lo entienda) primero me dijo cómo la causa por la cual no continuaba mi pago, era la suma estrechez de dinero que había en palacio, pero que me prometía pagarme tan pronto como hubiese dineros; y luego añadió diciendo:

—¡Ay de mí! Si yo no te pagase sería un solemne pícaro.

Me maravillé al oírle decir tales palabras, y por ellas

prometíme que me pagaría cuando pudiese. Por cierto que sucedió todo lo contrario; de modo que viéndome burlado, me irrité con él y le dije muchas osadas y coléricas palabras, y le recordé aquello que me dijo que sería él, de no pagarme, un solemne pícaro. Empero, murióse, y aún me faltan recibir quinientos escudos de oro hasta ahora que estamos próximos á finalizar el año 1566 (1).

También quedaba por cobrar un resto de mis salarios, el cual me parecía que no hacían más cuenta de pagármelos, pues habían pasado cerca de tres años; mas acometióle una peligrosa enfermedad al duque, quien estuvo cuarenta y ocho horas sin poder orinar; y conociendo que los remedios de los médicos no le aliviaban, acaso recurrió á Dios, y por eso quiso que cada cual fuese pagado de sus salarios transcurridos, y también á mí se me pagó; mas aún no se me ha pagado lo que me resta del Perseo.

XCVII.

Estaba casi medio dispuesto á no decir nada más acerca de mi infortunado Perseo; mas por presentarse una ocasión muy notable que á ello me fuerza, reanu-

(1) Ya vimos al principio de esta obra que Cellini comenzó á escribirla en 1558; y como termina en 1562, queda la duda de si rompió el resto de su manuscrito ó si no llegó á escribirlo limitándose á su corrección más adelante.

daré empero el hilo por un poco, tornando algún tanto atrás.

Pensé hacer lo mejor para mí cuando dije á la duquesa cómo no podía yo tratar de aquello que ya no estaba en mi poder, por haber dicho al duque que me conformaba con lo que me quisiese dar. Y esto lo dije pensando hacerme grato; y con aquella pequeña humildad buscaba todos los remedios oportunos para aplacar algún tanto al duque, porque pocos días antes de que se llegase al acuerdo propuesto por Albizi, el duque dió muchas muestras de hallarse irritado conmigo. Y la causa fué que, doliéndome con Su Excelencia de ciertos perjuicios gravísimos que me hacían Alfonso Quistello y Jacobo Polverino, fiscales, y más que todos el volterrano Juan Bautista Brandini, al manifestar con algunas muestras de apasionamiento aquestas mis razones, ví al duque airarse tanto, que más no puede imaginarse. Y así que Su Excelencia Ilustrísima vióse acometido por aqueste gran furor, díjome:

—Este caso es como aquel de tu Perseo, que me pediste por él diez mil escudos. Te dejas vencer demasiado por tu interés; eso no obstante, quiero hacerlo estimar y te daré por él todo aquello en que me fuere tasado. Al momento respondí á aquellas palabras quizá con exceso de altivez y medio encolerizado (lo cual no es conveniente hacerlo con los grandes señores), y dije:

—¡Oh! ¡Cómo es posible que mi obra me sea estimada en su precio, no habiendo hoy en Florencia hombre alguno que la supiese hacer?

Entonces el duque entró en mayor furia, y prorrumpió en muchas palabras airadas, entre las cuales dijo:

—En Florencia existe hoy un hombre que sabría hacer una como aquella, y por ese motivo la sabrá juzgar muy bien.

Quiso referirse á Bandinelli, caballero de Santiago. Entonces repliqué:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima me ha dado facultad para que en la mayor escuela del mundo haya hecho yo una grande y difícilísima obra, la cual hame sido loada más que obra alguna que nunca se haya descubierto en aquesta divinísima Escuela. Y lo que más me ha hecho enorgullecer, ha sido lo hecho por aquellos hombres excelentes que conocen y practican el arte, como el pintor Broncino: aqueste hombre ha trabajado y me ha hecho cuatro sonetos, diciendo las más selectas y gloriosas palabras que sea posible decir; y por causa de aqueste admirable hombre quizá se haya alzado tan gran rumor en toda la ciudad; y así bien, digo que si se diese á la escultura conforme lo ha hecho á la pintura, él sí que quizá pudiera saberla hacer bien. Y más digo á Vuestra Excelencia Ilustrísima: que mi maestro Miguel Angel Buonarroti, si bien hubiera hecho una como ella cuando era más joven, no hubiese pasado menos fatigas que he pasado yo; mas ahora que es viejísimo, tengo por cierto cómo no la haría; de modo que no creo que haya hoy noticia de hombre alguno que la supiese conducir á feliz término. Así que, mi obra ha obtenido el mayor premio que pudiera

yo apetecer en el mundo; máxime cuando Vuestra Excelencia Ilustrísima, no sólo se ha proclamado contento de mi obra, sino que más que ningún otro hombre me ha dicho loores de ella. ¿Pues qué mayor y honroso premio se puede anhelar? Digo en verdad que Vuestra Excelencia no podía pagarme con más gloriosa moneda, y que ciertamente no hay tesoro alguno que pueda equipararse con aqueste; por tanto, estoy pagado con exceso, y de ello doy gracias á Vuestra Excelencia Ilustrísima con todo mi corazón.

A estas palabras respondió el duque, y dijo:

—¿Piensas tú, pues, que no tenga yo tanto con qué podértelo pagar? Yo te digo que te la pagaré mucho más de lo que vale.

—No me imaginaba, dije entonces, obtener otro premio de Vuestra Excelencia; mas téngome por pagadísimo por aquel primero que me ha dado la escuela; y con éste solo quiero irme con Dios, sin tomar nunca aquella casa que Vuestra Excelencia Ilustrísima me donó, ni tampoco quiero curarme de ver jamás á Florencia.

Estábamos precisamente junto á Santa Felicitas, y Su Excelencia regresaba á palacio. A estas coléricas palabras mías, volvióse de pronto el duque con gran risa, y me dijo:

—¡No te partas; y mira bien que no te partas!

De modo que, medio espantado, le acompañé á palacio. Llegado que hubo Su Excelencia á palacio, llamó al obispo de Bartolini, arzobispo de Pisa, y al señor Pan-

dolfo de la Stufa, y les dijo que encargasen de su parte á Baccio Bandinelli que se fijara bien en aquella obra mía del Perseo, y que la estimase; porque el duque me la quería pagar en su justo precio.

Estos dos hombres de bien fueron al momento en busca de dicho Bandinelli, y al hacerle la embajada, les dijo cómo había estudiado muy bien aquella obra y sabía perfectamente cuál era su valor; mas hallándose en discordia conmigo por otros negocios pasados, no quería preocuparse de mis asuntos en manera alguna. Entonces aquestos dos nobles personajes añadieron diciendo:

—El duque nos ha dicho que so pena de incurrir en su desgracia, os manda que le digais el precio; y si quereis dos ó tres días de tiempo para estudiarlo bien, tomáoslos y decidnos luego vuestro parecer sobre lo que aquel trabajo mereciere.

El antedicho respondió cómo habíala estudiado muy bien y no podía faltar á los mandatos del duque, y que aquella obra había resultado muy opulenta y hermosa; de suerte que á su parecer bien merecía diez y seis mil escudos de oro y aun más.

En seguida los buenos gentilhombres se lo refirieron al duque, quien airóse malamente, y asimismo me lo repitieron á mí. Repliquéles que de ninguna manera quería yo aceptar el laudo de Bandinelli, aunque aqueste mal hombre habla mal de todos. Estas palabras mías fueron transmitidas al duque, y por eso quería la duquesa que me remitiese á ella.

Todo esto es la pura verdad; sólo diré que hubiera sido lo mejor para mí dejarme justipreciar por la duquesa, porque hubiese sido pagado en breve y hubiera logrado aquel aumento de precio.

XCVIII.

El duque me hizo saber por medio de su auditor el señor Lelio Torello, cómo quería que hiciese yo ciertas historias en bajo relieve de bronce alrededor del coro de Santa María del Fiore; y por ser dicho coro empresa de Bandinelli, no quería yo enriquecer sus obrejas con mis trabajos; á pesar de que dicho coro no era de traza suya, porque no entendía de arquitectura lo más mínimo del mundo (el dibujo era del ebanista Julian, hijo de Baccio de Agnolo, el que estropeó la cúpula) (1); baste saber que no tenía mérito ninguno.

Por una y otra causa no quería yo de ningún modo hacer tal obra; mas cortésmente contestaba siempre al duque cómo haría todo cuanto me mandase Su Excelencia Ilustrísima; de modo que Su Excelencia encargó á los fabriqueros de la obra de Santa María del Fiore que se pusiesen de acuerdo conmigo; que Su Excelencia sólo me pasaría mi pensión de los doscientos escudos al año; y que cualquiera otra cosa, quería que di-

(1) La cúpula que echó á perder Baccio de Agnolo fué la del Duomo de Florencia (catedral), produciéndole á Miguel Angel el efecto de una jaula de grillos.

chos fabriqueros la supliesen de los fondos de la mencionada obra.

Así, pues, me presenté ante los referidos fabriqueros, quienes dijéronme todas las órdenes que tenían del duque. Y como con ellos me parecía poder con mucha mayor seguridad decir mis razones, comencé á mostrarles cómo tantas historias de bronce serían de grandísimo costo, lo cual era arrojar los dineros á la calle; díjeles todos los motivos, con los que les dejé convencidos.

El primero es que aquella traza del coro era por completo incorrecta, sin razón ninguna y sin que se viese allí ni arte, ni comodidad, ni gracia, ni dibujo; el otro era que dichas historias habían de ir puestas tan bajas, que andarían por el suelo y serían un meadero de perros y de continuo estarían llenas de todo género de suciedades; y que por dichos motivos, de ningún modo quería yo hacerlas.

Sólo por no tirar á la calle el resto de mis mejores años y por no dejar de servir á Su Excelencia Ilustrísima, á quien con tanto gusto deseaba yo servir, por este motivo, si Su Excelencia quería aprovechar mis trabajos, que me dejase hacer la puerta de en medio de Santa María del Fiore, la cual sería obra muy visible y de mucho mayor gloria para Su Excelencia Ilustrísima; y me obligaría por contrato á que si no la hiciese mejor que la más hermosa de las puertas de San Juan (1), no que-

(1) El intento podía parar en gloria ó desprestigio de Cellini, puesto que pretendía emularse con Lorenzo Ghiberti, autor

ría nada por mi trabajo; mas como lograrse terminarla conforme á lo que yo me prometía, contentábame con que se justipreciase y se me dieran después mil escudos menos de aquello en que por los hombres del arte fuese estimada.

A estos fabriqueros plúgoles mucho mi propósito y fueron á hablar de él al duque (uno de ellos fué Pedro Salviati), creyendo decir al duque cosa que le fuese muy grata; mas ocurrió todo al revés, y dijo que siempre quería hacer yo todo lo contrario de aquello que á él placía que hiciese; y sin más respuesta, el mencionado Pedro partióse del duque.

Cuando tuve noticia de esto, fuíme á escape en busca del duque, el cual se mostró algún tanto enfadado conmigo, y á quien rogué que se dignase escucharme, como así me lo prometió. De suerte que comencé por el principio, y con las mejores razones le dí á entender lo verdadero de tales cosas, manifestando á Su Excelencia cómo era un gran gasto tirado á la calle. Le suavicé mucho diciéndole que si á Su Excelencia Ilustrísima no le agradaba que se hiciese aquella puerta, era necesario hacer en aquel coro dos púlpitos, los cuales serían dos grandes obras para gloria de Su Excelencia Ilustrísima; y que yo haría para ellos un gran número de historias de bronce en bajo-relieve, con muchos adornos. Así le sosegué, y me encargó que hiciese los modelos.

de las puertas de bronce del Baptisterio de San Juan en Florencia, llamadas por Miguel Angel *las Puertas del Paraiso*.

Hice varios modelos y me tomé grandísimo trabajo; entre otros hice uno de ocho caras, con mucho mayor estudio que los demás, y me parecía mucho más cómodo para el servicio que tenía que hacer. Y habiéndolos llevado varias veces á palacio, hízome saber Su Excelencia, por conducto del señor César, su guardarropa, que se los dejase. Después que los hubo visto el duque, ví que Su Excelencia había elegido el menos bello.

Un día me hizo llamar Su Excelencia, y al hablar de los antedichos modelos, le dije y demostré con muchas razones cómo aquel de las ocho caras hubiera sido mucho más cómodo para tal servicio, y mucho más hermoso de ver. El duque me respondió que quería que lo hiciese cuadrado, pues agradábale mucho más de aquel modo, y así departió conmigo muy placenteramente una gran pieza. No dejé de manifestarle todo cuanto se me ocurrió en defensa del arte. Acaso porque el duque conociese cómo yo decía la verdad, y sin embargo quisiera que se hiciese á su modo, se pasó mucho tiempo sin que me fuese dicho nada.

XCIX.

Por este tiempo el gran mármol de Neptuno había sido llevado por el río Arno y luego conducido por el Grieve (1) al camino del Poggio de Caiano, para poder-

(1) El Grieve no es navegable y está á la izquierda del Arno, por lo cual no puede atravesar el camino entre el Arno

lo conducir después mejor á Florencia por aquel camino llano, donde fuí á verlo.

Y si bien estaba yo ciertísimo de que la duquesa, por su propio favor, lo había hecho dar al caballero Bandinelli, no por envidia que yo tuviese al Bandinelli, mas movido á compasión del pobre infortunado mármol (mírese cómo sea cual fuere la cosa sujeta á mal destino, aunque se la trate de librar de cualquier mal evidente, sucede que cae en otro mucho peor, como le ocurrió á dicho mármol en manos de Bartolomé Ammannato, de lo cual se dirá lo cierto en su lugar oportuno), visto que hube el bellissimo mármol, tomé en el acto su altura y su grosor en todos los sentidos, y tornándome de allí á Florencia, hice algunos modelitos á propósito.

Después me fuí al Poggio de Caiano, donde estaban el duque y el príncipe su hijo; encontrélos á todos en la mesa, comiendo aparte los duques, de modo que me puse á departir con el príncipe. Y habiendo conversado con él una gran pieza, oyóme el duque, quien estaba en una estancia allí próxima, y con mucho favor me hizo llamar. Así que estuve frente á Su Excelencia, con muy afables palabras comenzó la duquesa á conversar conmigo; en la cual conversación poco á poco empecé á tratar de aquel bellissimo mármol que había yo visto, y á decir cómo en su muy noble Escuela habían hecho los antiguos una cosa muy excelente, sin más que obligar á hacer los proyectos en competencia á todos los so-

y Caiano, que está á la derecha. Cellini se ha equivocado, y en su lugar debiera decir la *Ombone de Pistoia*.

bresalientes en sus respectivas profesiones; y de aquel loable modo habíanse hecho la admirable cúpula, las hermosísimas puertas de San Juan y tantos otros bellos templos y estatuas que constituyen una corona de obras maestras para su ciudad, la que desde los antiguos acá no había logrado otra semejante. Al punto la duquesa me dijo con cólera cómo muy bien sabía ella lo que yo quería decir, y manifestó que en presencia suya jamás hablase de aquel mármol, porque le causaría disgusto.

—¿Conque os causo disgusto, dije, por querer ser procurador de Vuestra Excelencia, poniendo todos los medios para que podais ser mejor servidos? Reflexionad, señora mía. Si Vuestras Excelencias Ilustrísimas se conforman en que cada cual haga un modelo del Neptuno, aun cuando estéis resueltos por Bandinelli, aquesto será causa de que el Bandinelli, por honor suyo, se ponga con mayor estudio á hacer un buen modelo, de como lo haría si supiera que no hubiese de tener competidores, y de este modo seríais mucho mejor servidos. Y no quitando estímulos á la excelente Escuela, veréis cómo se despierta al bien, quiero decir, al buen estilo de aquesta admirable arte, y mostraréis que vosotros, los señores, os deleitáis y entendeis en ello.

La duquesa me dijo con gran cólera que la causaba fastidio y quería que aquel mármol fuese para Bandinelli; y añadió:

—Pregúntaselo al duque, pues también Su Excelencia quiere que sea de Bandinelli.

Hablado que hubo la duquesa, el duque, que hasta entonces había estado en silencio, dijo:

—Hace veinte años que hice sacar de la cantera aquel magnífico mármol á posta para Bandinelli; así, pues, quiero que el Bandinelli lo tenga y sea suyo.

Súbito me volví al duque y exclamé:

—Señor mío, ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que me dé su licencia para decir á Vuestra Excelencia cuatro palabras en su servicio.

El duque me contestó que dijese todo aquello que yo quisiere, y que él me escucharía; entonces dije:

—Sabed, señor mío, cómo aquel mármol de que el Bandinelli hizo su Hércules y Baco, fué extraído para aquel admirable Miguel Angel Buonarroti, quien había hecho el modelo de un Sansón con cuatro figuras, el cual hubiera sido la más bella obra del mundo, mientras que vuestro Bandinelli sólo sacó de él dos figuras mal hechas y con remiendos; por eso la excelente escuela aún se queja á gritos de la gran sinrazón hecha á aquel hermoso mármol. Creo que se fijaron más de mil sonetos en vituperio de aquesta obreja, y sé que Vuestra Excelencia Ilustrísima lo recuerda muy bien. Y por ese motivo, poderoso señor mío, si los hombres á cuya cura estaba fueron tan insipientes que quitaron aquel magnífico mármol á Miguel Angel, para quien fué sacado, y se lo dieron á Bandinelli, quien lo estropeó, como se vé, ¡oh! ¿consentiréis ahora que aqueste todavía más bellissimo mármol, aun cuando sea de Bandinelli, que lo habría de echar á perder, no se le dé á

otro hombre hábil que os lo trabaje? Señor mío, haced que todo el que lo quiera haga un modelo y descúbranse después todos en la Escuela; y Vuestra Excelencia Ilustrísima escuchará lo que la Escuela dice, y Vuestra Excelencia, con aquel buen juicio suyo, sabrá escoger lo mejor; y de esta manera no arrojaréis á la calle vuestros dineros, ni quitaréis tampoco el ánimo á una tan admirable Escuela, la cual es hoy única en el mundo, y absoluta gloria de Vuestra Excelencia Ilustrísima.

Así que el duque me hubo escuchado benignísimamente, en seguida se levantó de la mesa, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Vete, vete, Bienvenido mío; haz un modelo y conquista para tí aquel bello mármol, porque tú me dices la verdad y yo lo reconozco así.

La duquesa, amenazándome con la cabeza, indignada, se quedó gruñendo entre dientes no sé qué; despedíme de ellos y me torné á Florencia, pues ya me parecía tardar mil años en poner mano en dicho modelo.

C.

Así que el duque regresó á Florencia, sin darme á entender nada se vino á mi casa, donde le mostré dos modelitos diversos el uno del otro; y aun cuando dijo loores de los dos, manifestóme que uno de ellos le placía más que el otro, y que concluyese bien aquel que le agradaba, pues me convendría; y cómo Su Excelencia había visto los que habían hecho Bandinelli y algunos

otros, Su Excelencia alabó mucho más el mío sin comparación; que así me fué dicho por bastantes de sus cortesanos, que hubieron de oirlo.

Entre otros notables recuerdos, dignos de hacer especialísima mención de ellos, hay el de que, habiendo venido á Florencia el cardenal de Santa Fiore y llevádole el duque á Poggio de Caiano, al ir durante el viaje y ver el referido mármol, el cardenal lo elogió grandemente y preguntó después á quien lo había dedicado Su Excelencia para que lo labrase.

El duque contestó al momento:

—A mi Bienvenido, quien ha hecho para él un bellissimo modelo.

Así me lo refirieron hombres dignos de fe, y por eso me fuí en busca de la duquesa y la llevé algunas agradables cosillas de mi arte, las cuales agradeció mucho Su Excelencia Ilustrísima; después me preguntó en qué trabajaba, á lo cual respondí:

—Señora mía, me he dedicado por gusto á hacer una de las más fatigosas obras que se hayan hecho jamás en el mundo: es un Crucifijo de mármol blanquísimo sobre una cruz de mármol negrísimo, y es tamaño cuanto un hombre vivo de gran estatura (1).

Al momento me preguntó acerca de qué pensaba hacer de él, y contesté:

—Sabed, señora mía, cómo no lo diera á quien por él

(1) Este es el tan notable Cristo del Escorial, existente en el trascoro, y del que hablamos en nuestro *Prólogo* á la presente obra.

me diese dos mil ducados de oro en oro; porque en una obra como esa, ningún hombre se ha impuesto jamás tan extremada fatiga, y nunca me hubiera obligado á hacerlo para cualquier señor, por miedo de no quedar en vergüenza. Me he comprado los mármoles con mi dinero, y he tenido cerca de dos años un mancebo para ayudarme; y entre mármoles y herrajes con que está sujeto y salarios, me está en un costo de más de trescientos escudos, así que no lo daría por dos mil escudos de oro; mas si Vuestra Excelencia Ilustrísima quiere concederme una muy lícita gracia, yo con mucho gusto os haré de él liberal presente. Sólo ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que no me desfavorezca ni tampoco trate de favorecerme en los modelos que Su Excelencia Ilustrísima ha encargado que se hagan del Neptuno para el gran mármol.

Ella me dijo con mucho enfado:

—¿Conque en nada estimas mi ayuda ó mi disfavor?

—Y tanto como los estimo, señora mía; ¿pues por qué os ofrezco regalaros aquello que estimo en dos mil ducados? Mas confío tanto en mis fatigosos y disciplinados estudios, que me prometo conquistar para mí la palma, aun cuando estuviese aquel gran Miguel Angel Buonarroti, del cual y no de otro alguno he aprendido todo cuanto sé; y agradaríame mucho más que hiciese un modelo él, que tanto sabe, que no aquestos otros que saben tan poco; porque con aquel tan gran maestro mío, pudiera yo ganar bastante, mientras que con estos nada se puede ganar.

Dichas estas palabras, levantóse medio irritada, y yo torné á mi trabajo, apresurando mi modelo á más no poder. Concluído que lo hube, el duque vino á verlo; con él estaban dos embajadores, el del duque de Ferrara y el de la señoría de Lucca, y les plugo grandemente también; y el duque dijo á aquellos señores:

—Bienvenido es en verdad quien lo merece.

Entonces los mencionados, favoreciéronme sobre manera los dos, y más el embajador de Lucca, quien era persona letrada y doctor (1).

Yo, que me había apartado algún tanto para que pudieran decir todo aquello que les pareciese, al oírme elogiar, me acerqué en seguida, y volviéndome hacia el duque, dije:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima deberá disponer aún otra admirable diligencia, y es mandar que quien quiera haga un modelo en barro, tamaño precisamente como el que puede salir de aquel mármol; y de ese modo Vuestra Excelencia Ilustrísima verá mucho mejor quién lo merece. Y dígoos que si Vuestra Excelencia lo diese á quien no lo mereciere, la sinrazón no será para aquel que lo merezca, antes para vos mismo, porque lograréis daño y vituperio; por donde, haciendo lo contrario, esto es, dándolo á quien lo merezca, en primer término adquiriréis grandísima gloria y gastaréis bien vuestro tesoro, y además las

(1) Gerónimo Lucchesini, embajador residente en Florencia.

personas de buen gusto crearán entonces cómo os delectáis y entendéis en ello.

Así que hube dicho aquestas palabras, al momento se encogió de hombros el duque; y preparándose para marchar, el embajador de Lucca dijo al duque:

—Señor, este Bienvenido vuestro, es un hombre terrible.

—Es mucho más terrible de lo que pensáis, respondió el duque; y sería mejor para él si no hubiese sido tan terrible, porque habría conseguido á estas horas cosas que no ha logrado.

Aquestas precisas palabras me las repitió el embajador, cuasi reprendiéndome que no debía yo obrar así. Respondíle que quería mucho á mi señor, como su apasionado y fiel siervo, y no sabía hacer el papel de adulator.

Pasadas luego algunas semanas murió Bandinelli; y creyóse que, dejando aparte sus desórdenes, este disgusto de ver que perdía el mármol, fué para ello buena causa (1).

CI.

Llegó á noticia de Bandinelli cómo había yo hecho aquel Crucifijo de que antes hablé: inmediatamente

(1) Vasari, Baldinucci y el mismo epitafio de Bandinelli en la Anunciación de Florencia, dicen que murió en 1559, sin indicación de mes.

echó mano á un trozo de mármol é hizo aquella Piedad (1), que se ve en la iglesia de la Anunciación.

Habiendo dedicado mi Crucifijo á Santa María la Nueva, y teniendo ya puestos los clavos para sujetarlo, sólo pedí hacer á los pies de mi Crucifijo, en el suelo, una pequeña arqueta para que me metiesen en ella después de muerto. Los mencionados frailes me dijeron que no me podían conceder tal cosa sin pedir licencia para ello á sus fabriqueros. Entonces contestéles:

—¡Oh hermanos! y ¿por qué no hablastéis con los fabriqueros antes de admitir mi hermoso Crucifijo y designarle un lugar; que, sin licencia de ellos, me habéis dejado poner los clavos y las demás cosas?

Y por estos motivos, ya no quise dar á la iglesia de Santa María la Nueva obra de tan extremadas fatigas para mí, por más que luego vinieron en mi busca los fabriqueros y me lo suplicaron.

En seguida me dirigí á la iglesia de la Anunciación y tratando de darlo de igual modo como quise en Santa María la Nueva, aquellos virtuosos frailes de la Encarnación, todos de común acuerdo me dijeron que lo llevara á su iglesia y que hiciese allí mi sepultura de cualquier modo como me pareciese y pluguiere.

Habiendo recelado aquesto Bandinelli, púsose con

(1) *Pietà* llaman los italianos á una escultura ó pintura representando á Nuestro Señor Jesucristo, muerto, desclavado de la Cruz y en brazos de su Santísima Madre ó de algún discípulo.

gran premura á concluir su Piedad, y pidió á la duquesa que le hiciese obtener la capilla de los Pazzi, lo cual se logró con dificultad, y en seguida que la tuvo, llevó á ella con mucha premura su obra, la cual no estaba terminada del todo cuando se murió. La duquesa dijo que le había ayudado en vida y le ayudaría también en muerte; y que aun cuando él había muerto, no me imaginase yo conseguir aquel mármol.

Por eso el medianero Bernardo, me dijo cierto día que nos encontramos de campo, cómo la duquesa había dado el mármol; y exclamé:

—¡Oh desventurado mármol! ¡Cierto es que en manos de Bandinelli le esperaba mala suerte; mas en manos del Ammannati, le espera cien veces peor!

Había yo recibido orden del duque para hacer el modelo de barro, tamaño como pudiera dar de sí el mármol; habíame hecho proveer de leños y de tierra, hecho hacer un pequeño apartado en la Loggia donde está mi Perseo, y pagado el costo de un peón. Puse mano á ello con todo el ahinco que podía; hice el armazón de madera según mis buenas reglas, llevándolo á feliz término sin cuidarme de hacerlo en mármol, pues harto conocía cómo la duquesa estaba dispuesta á que yo no lo obtuviese, y por eso no me curaba de ello; solamente que me placía tomarme aquel trabajo, con lo cual prometíame que, una vez acabado, la duquesa, que era en medio de todo persona de entendimiento, luego que lo viese deploraría haber hecho al mármol y á sí propia tamaño desaguizado.

También hacía un modelo Juan el Flamenco (1) en los claustros de Santa Cruz, y otro lo hacía el perusino Vicente Dante en casa del Sr. Octaviano de Médicis; otro lo comenzó el hijo del Moschino en Pisa (2), y otro lo hacía Bartolomé Ammannati en la Loggia, que nos la habían dividido.

Cuando lo tuve todo bien esbozado y quería comenzar á concluir la cabeza, que ya le había dado un poco de primera mano, el duque salió de palacio, y el pintor Jorgillo (3) le llevó á la estancia del Ammannati para hacerle ver el Neptuno; en el cual dicho Jorgillo había trabajado con sus manos muchas jornadas, junto con el referido Ammannati y todos los ayudantes de éste. Mientras que el duque estaba viéndolo, fuéme dicho que le satisfacía muy poco; y si bien el citado Jorgillo quería atolondrarle con su charla, el duque sacudía la cabeza y volviéndose hacia el Sr. Juan Esteban (4), dijo:

—Vete y pregunta á Bienvenido si su gigante está de tal suerte adelantado, que me permita darle un pequeño vistazo.

El Sr. Juan Esteban, muy cortés y benévolamente

(1) Juan Bologna, natural de Douay, en Flandes.

(2) Francisco Mosca, llamado *el Moschino*. Carpani demuestra que el mismo Moschino, y no su hijo, es quien tomó parte en el concurso para el Neptuno.

(3) Se refiere al célebre pintor, arquitecto y escritor florentino Jorge Vasari.

(4) Carpani cree que se refiere á Esteban Salli, camarero del duque.

me hizo la embajada de parte del duque, y además me dijo que si mi obra no me parecía que aún estuviera en disposición de mostrarse, lo dijese libremente, pues el duque muy bien conocía cómo había tenido yo poca ayuda para tan grande empresa. Respondíle que vi-niese por favor, pues aun cuando mi obra iba poco adelantada, tal era el ingenio de Su Excelencia Ilustrí-sima, que muy bien juzgaría lo que pudiera ser una vez concluído el modelo.

Dicho gentilhombre llevó la embajada al duque, quien vino con sumo gusto; y así que Su Excelencia entró en la estancia y dirigió sus ojos á mi obra, manifestó sa-tisfacerle mucho; después dió vuelta todo alrededor, deteniéndose en los cuatros puntos de vista, que no de otro modo lo hubiera hecho uno que fuera peritísimo en el arte; luego hizo grandes señales y actos en de-mostración de complacerle, y dijo solamente:

—Bienvenido, sólo te falta darle los últimos toques.
Después volvióse hacia los que estaban con Su Ex-celencia, y dijo muchos loores de mi obra, exclamando:

—El pequeño modelo que ví en su casa plúgome bastante; mas aquesta su obra ha superado en bondad al modelo.

CII.

Plugóle á Dios, que todas las cosas hace por nuestro bien (hablo para aquellos que le confiesan y en Él

creen, á quienes guarde siempre Dios), que por aquellos días se me presentase delante cierto bribón de Vicchio, llamado Pedro María de Anterigoli, y por sobre nombre el Sbietta, pastor de profesión; y como es pariente íntimo del señor Guido Guido, médico y hoy preboste de Pescia, le presté oídos.

Este me ofreció venderme un predio suyo por mi vida natural. Dicho predio no quise verlo, porque deseaba concluir mi modelo del gigantesco Neptuno, y además, por no hacer falta que yo lo viese, puesto que me lo vendía teniendo en cuenta su producto; acerca del cual habíame dado nota el antedicho de que eran tantas medidas de grano y de vino, aceite, avena y castañas, y utilidades, que, según mi cuenta, en los tiempos en que estábamos valían dichos productos mucho más de cien escudos de oro en oro; y yo le daba seiscientos cincuenta escudos, incluyendo las gabelas.

De modo que habiéndome dejado escrito de su mano que por tanto tiempo cuanto yo viviese comprometíase á entregarme dicha renta, no me curé de ir á ver dicha hacienda; sin embargo, me informé lo mejor que pude acerca de si dicho Sbietta y su hermano carnal Felipe estaban bastante bien acomodados para que estuviese yo seguro. Por muchas diversas personas que los conocían fuéme dicho que estuviese segurísimo.

De común acuerdo llamamos á Pedro Francisco Bertoldi, notario de la Mercadería. La primera cosa que hice fué poner en sus manos la nota de todo aquello que el antedicho Sbietta se comprometía á pasarme,

pensando que dicho escrito debiera figurar en el contrato; el notario mencionado que lo extendió puso como testigos á veintidós convecinos que le dictaba el Sbietta; y, según mi parecer, no se acordó de incluir en dicho contrato lo que el referido vendedor hábame ofrecido; y mientras que el notario escribía trabajaba yo; y como tardase él algunas horas en escribir, hice un gran trozo de la cabeza del Neptuno.

Una vez efectuado dicho contrato, el Sbietta comenzó á hacerme los mayores festejos del mundo, y yo hice otro tanto con él. Presentábame cabritos, quesos, capones, requesón y muchas frutas, de modo que medio comencé á avergonzarme; en virtud de estos obsequios, cada vez que él venía á Florencia sacábale de su posada; y muchas veces llegaba con algunos de sus parientes, los cuales también venían á mi casa.

Con placenteras palabras empezó á decirme cómo era una vergüenza que hubiese yo comprado una hacienda y que habiendo transcurrido tantas semanas no me resolviese á dejar por tres días un poco mis quehaceres á mis ayudantes y me fuese á verla.

Tanto pudo con sus lisonjas, que, en mala hora para mí, marché á verla; el Sbietta me recibió en su casa con tantos halagos y con tantos honores, que no podían hacersele más á un duque; su mujer aún me hacía más caricias que él. De aqueste modo pasamos cierto tiempo, hasta tanto que ocurrió todo aquello que habían tenido el designio de hacer él y su hermano Felipe.

CIII.

No dejaba yo de apresurar mi trabajo del Neptuno, que, según antes dije, estaba ya todo él esbozado, conforme á muy buenas reglas, cual jamás ha usado ni sabido ninguno antes que yo; de modo que, si bien estaba cierto de no obtener el mármol por las causas antedichas, estaba seguro de tenerlo presto concluído, para al momento dejarlo ver en la plaza, sólo por satisfacción mía.

La estación era cálida y agradable; de modo que al verme tan festejado por aquestos dos bribones, un miércoles (que era fiesta doble) me trasladé de mi hacienda á Trespiano, donde hice buena colación; de suerte que era ya más de la hora veintidós cuando regresé de allí á Vicchio; en seguida vi en la puerta á Felipe, quien parecía saber cómo iba yo allí; hizome grandes halagos y llevóme á casa del Sbietta, donde estaba su impúdica mujer; también ésta me hizo desmesurados agasajos; á la cual di en presente un sombrero de paja finísimo, diciendo ella que jamás había visto otro más hermoso. No estaba entonces allí el Sbietta.

Acercándose la noche, cenamos todos juntos con mucho regocijo; luego me dieron una magnífica alcaoba, donde reposé en un aseadísimo lecho; y á mis dos servidores dióseles otro tanto, conforme á su categoría.

Por la mañana, cuando me levanté, hicieronme los

mismos festejos; fuí á ver mi predio, el cual me agradó; enseñáronme mucho trigo y otros granos; y después de volverme á Vicchio, el clérigo Felipe me dijo:

—Bienvenido, estad tranquilo, pues aun cuando no hayáis encontrado por completo todo aquello que se os ha prometido, confiad en que se os entregará con exceso; porque habéis pactado con personas de bien; y sabed que aqueste labrador lo hemos despedido porque es un malvado.

Este labrador se llamaba Mariano Rosegli, quien muchas veces me dijo:

—Mirad bien lo que os suceda, pues al fin conoceréis cuál de nosotros es el mayor malvado.

Cuando aqueste campesino decíame tales palabras, se sonreía de cierta mala manera, meneando la cabeza como si dijese:

—Anda, que ya te acordarás de ello.

Formé mal juicio, mas no me imaginaba nada de aquello que me sucedió.

Después, al ir de paseo por Vicchio (1), (había ya dado principio el mercado); veía que todos los de Vicchio me miraban como una cosa rara de ver, y más que nadie un buen hombre que desde hace muchos años está en Vicchio, y la mujer del cual hace pan para vender. Allí cerca, á una milla, tiene ciertas buenas posesiones, y por ese motivo se conforma con estar de aquel modo.

(1) Vicchio está sobre la margen izquierda del Arno, cerca de 7 millas al E. de Florencia, y casi 6 al S. de Trespiano.

Este hombre de bien habita una casa mía existente en Vicchio, que me fué consignada á la vez que dichas tierras, las cuales se llaman Quinta de la Fuente, y me dijo:

—Vivo en una casa vuestra y á su tiempo os daré vuestro arriendo; pero si lo queréis antes, obraré de cualquier modo que queráis, con tal de que conmigo estéis siempre de acuerdo.

Mientras estábamos departiendo, vi que este hombre fijaba en mí sus ojos; de modo que, violento yo por tal cosa, le dije:

—Decidme, mi querido Juan, ¿por qué me habéis mirado muchas veces con tanta fijeza?

Aqueste hombre honrado me contestó:

—Os lo diré con mucho gusto, si me prometéis no decir á ese hombre, en cuya casa estáis, que yo os lo he dicho.

Prometíselo, en efecto; entonces me dijo:

—Sabed cómo aquel mal clérigo de Felipe, no hace aún muchos días que se andaba vanagloriando de las habilidades de su hermano el Sbietta, diciendo cómo había vendido su hacienda á un viejo por el tiempo de su vida, el cual no llegaría á concluir el año. Habéis hecho pacto con unos grandes bribones; así, pues, ingeniaos por vivir todo lo más que podáis, y abrid los ojos, porque falta os hace; no quiero deciros nada más.

CIV.

Yendo de paseo por el mercado, me encontré con Juan Bautista Santini, y él y yo fuimos llevados á cenar por el antedicho sacerdote; y según atrás dije, era cerca de la hora veinte, y por mi causa se cenó temprano, pues había dicho que por la noche quería tornarme á Trespiano; de suerte que con presteza púsose todo en orden, afanándose mucho la mujer del Sbietta, pues estaba, entre otros, un cierto Francisco Butti, su cortejo. Así que hubieron hecho las ensaladas, y al empezar á sentarnos á la mesa, aquel mal sacerdote, con cierta maliciosa risita, propia de él, dijo:

—Es preciso que me perdonéis porque no pueda cenar con vosotros; pues me ha sobrevenido un asunto de gran importancia por cuenta de mi hermano el Sbietta, y por no estar él es necesario que yo le supla.

Todos nosotros le suplicamos y no pudimos disuadirle; marchóse de allí y empezamos á cenar. Así que comimos las ensaladas en grandes fuentes comunes á todos, empezándonos á servir un guisado de carne, nos pusieron una escudilla á cada uno. Santini, que estaba frente á mí en la mesa, me dijo:

—A vos os dan todos los platos diferentes de aquestos otros. ¿Habéis visto nunca cosa más chocante?

Le dije que no me había percatado de tal cosa. Entonces me dijo que llamase á la mesa á la mujer del

Sbietta, la cual, juntamente con éste y con Francisco Butti, corrían de un lado para otro extraordinariamente afanosos. Tanto supliqué á aquella mujer, que al fin vino; la cual dolíase, diciéndome:

—Mis manjares no os han agradado y por ese motivo coméis tan poco.

Cuando hube loado varias veces la cena diciendo que jamás comí con mayor apetito ni mejor, añadí, por último, que sólo comía yo precisamente lo que me bastaba. Nunca me hubiera imaginado por qué me hacía tantas instancias aquella mujer para que yo comiese.

Después que acabamos de cenar había pasado la hora veintiuna, y tenía yo deseo de pasar la noche en Trespiano, para poderme ir el siguiente día á mi trabajo de la Loggia; así, pues, dije adiós á todos, y dando gracias á la mujer, me partí.

No bien estuve alejado tres millas, cuando sentí que el estómago me ardía; y me encontré tan mal, que parecíame tardar mil años en llegar á mi granja de Trespiano. Como Dios quiso, llegué de noche con gran fatiga, y al momento lo dispuse todo para irme á descansar.

En toda la noche no pude hallar descanso, y además movióseme el vientre, forzándome muchas veces á ir al sillico; hasta que, habiéndose hecho de día claro, y sintiéndome arder el ses, quise ver en qué consistía, y encontré las heces muy ensangrentadas. Al momento me imaginé que había comido algo venenoso, y estuve reflexionando mucho qué pudo haber sido; viniéronme

á la memoria aquellos platos, platillos y escudillas que la mujer del Sbietta habíame puesto diferentes de los otros; y de que aquel mal clérigo, hermano del referido Sbietta, después de haberse afanado tanto por hacerme los honores, al cabo no quiso quedarse á cenar con nosotros; y también recordé haber dicho el mencionado clérigo cómo su hermano el Sbietta había dado un buen golpe con haber vendido un predio por vida á un viejo, el cual no pasaría en manera alguna del año, palabras que me había referido aquel buen hombre de Juan Sardella; de modo que comprendí cómo me habían dado en un plato de salsa muy bien hecha y muy grata de comer, una toma de sublimado; porque el sublimado obra todos aquellos males que advertía yo tener; mas acostumbro á tomar pocas salsas ó condimentos con la carne, fuera de la sal; empero ocurrióseme comer dos bocadillos con aquella salsa, por ser tan sabrosa. También recordé cómo varias veces la referida mujer del Sbietta me instaba por diversos modos diciéndome que comiese de aquella salsa; de suerte que tuve por muy cierto cómo con aquella salsa hubieron de darme un poco de sublimado.

CV.

A pesar de hallarme enfermo de aquel modo, iba á trabajar de todas maneras en mi gigante á dicha Loggia con lo cual en pocos días sentí aumentarse tanto mi gran mal, que me clavó en el lecho.

Tan pronto como la duquesa supo que estaba yo enfermo, al instante hizo dar la obra del desgraciado mármol con entera libertad á Bartolomé Ammannati, quien me envió á decir por el señor..., habitante en la calle del..., que hiciese lo que quisiera de mi comenzado modelo, porque él se había ganado el mármol.

Aqueste señor... era uno de los enamorados de la mujer del referido Bartolomé Ammannati (1), y por ser el más favorito, por su gentileza y discreción, aqueste Ammannati le daba todas las facilidades, de las cuales había que decir grandes cosas. Empero, yo no quiero hacer como su maestro Bandinelli, que en sus razonamientos salíase del arte; baste saber que dije al mencionado..., que siempre me lo creí así, y que encargara á Bartolomé que se afanase, á fin de que demostrara su agradecimiento á la fortuna por tamaño favor como tan inmediatamente hábale otorgado.

Así, pues, estuve descontento en el lecho haciéndome medicinar por aquel excelentísimo hombre, el maestro físico Francisco de Monte Varchi; y á la vez que él medicábame de cirugía el maestro Rafael de Pilli; porque aquel sublimado quemábame de tal suerte la tripa del ses (2), que no podía retener en manera alguna el excremento. Y aun cuando el antedicho maestro Francisco reconoció que el veneno había hecho todo el daño posible, si bien no había sido en tanta cantidad que su-

(1) La poetisa Laura Battiferra, á quien Benvenuto Cellini dedica los sonetos XVIII y XIX de sus RIMAS.

(2) Lo que en la actualidad se llama intestino recto.

perase á la resistencia del robusto natural que hallaba en mí, empero díjome un día:

—Bienvenido, da gracias á Dios porque te has salvado; y no dudes de ello, pues quiero sanarte sólo por causar despecho á los bribones que te han querido hacer daño.

Entonces el maestro Rafaelito, dijo:

—Aquesta será una de las más hermosas y más difíciles curas de que haya habido noticia nunca. Bienvenido, sabe que has comido un bocadito de sublimado.

Al oír estas palabras, el maestro Francisco le tapó la boca con la mano, y dijo:

—Quizá sería alguna oruga venenosa.

Contesté cómo sabía muy de cierto qué veneno era y quién me lo había dado; y nos llamamos todos. Estuvieron medicándome más de seis meses completos, y transcurrió más de un año antes de que pudiese valermé de mi vida.

CVI.

Por aqueste tiempo fué el duque á hacer su entrada en Siena (1), y el Ammannati habíase ido algunos meses antes para preparar los arcos triunfales.

Un hijo bastardo del Ammannati habíase quedado en la Loggia y quitó ciertos lienzos que había sobre mi

(1) La hizo en 28 de Octubre de 1560.

modelo del Neptuno, que por no estar concluído tenía yo cubierto. Al momento fuí á quejarme al Señor D. Francisco, hijo del duque, el cual daba muestras de quererme bien, y le dije cómo me habían descubierto mi estatua; la cual estaba sin concluir, pues de estar concluída no se me hubiera dado nada de ello. A esto me respondió dicho príncipe ame nazándome algún tante con la cabeza, y dijo:

—Bienvenido, no os curéis de que haya sido descubierta, porque eso más hacen en contra suya; no obstante, si deseáis que la haga yo cubrir, lo mandaré en el acto.

Y además de aquestas palabras, Su Excelencia Ilustrísima añadió otras muy favorables para mí en presencia de muchos señores. Entonces le contesté que suplicaba á Su Excelencia me diese comodidades para poderlo acabar, pues quería hacer de él un presente, junto con el modelo pequeño á Su Excelencia. Respondióme que de buena gana aceptaba el uno y el otro, y que haría darme todas las facilidades que yo pidiese.

Tanto me sustentó aqueste poco de favor, que fué causa de salud para mi vida; porque habiéndome sobrevenido tan desmesurados males y disgustos de una vez, veíame desfallecer; y con aquel poco de favor me conforté con alguna esperanza en mi vida.

CVII.

Habiendo pasado ya el año desde que tenía yo la granja de la Fuente del Sbietta, y además todos los sinsabores sufridos por mí con el veneno y otras picardías de aquel, visto que dicha quinta no me fructuaba la mitad de aquello que se me había ofrecido (y aparte de los contratos, tenía sobre esto un escrito de mano del Sbietta, quien se obligaba, por ante testigos, á sostenerme dichas rentas), me fuí á ver á los señores consejeros (que en aquel tiempo vivía el Señor Alfonso Quistello, quien era fiscal y se juntaba con los señores consejeros; y entre los consejeros estaban Averardo Serristori y Federico de Ricci, sin que me acuerde del nombre de todos; también estaba entre ellos uno de los Alessandri; en fin, baste decir que era como una asamblea de personajes de gran importancia).

Habiendo contado mis razones á los magistrados, todos á una voz querían que el referido Sbietta me devolviese mis dineros, excepto Federico de Ricci, quien servíase por aquel entonces del mencionado Sbietta; de suerte que todos se condolían de mí porque Federico de Ricci hacía que no se me despachase el asunto, y entre ellos Averardo Serristori con todos los demás; éste y lo mismo aquel de los Alessandri, estaban muy escandalizados. Y sucedió que, habiendo el mencionado Federico retardado tanto el asunto que el magistrado hubo de terminar en su oficio, una mañana me encon-

tró dicho gentilhombre, después de que habían salido á la plaza de la Anunciación, y sin mirar que había gente, dijo en alta voz:

—Federico de Ricci ha podido más que todos nosotros; tanto, que se te ha hecho injusticia contra la voluntad nuestra.

No quiero decir nada más acerca de aquesto, porque se ofendería demasiado el que tiene el poder supremo de la gobernación.

Baste saber que se me hizo injusticia á sabiendas por un ciudadano rico, sólo porque se servía de aquel pastor.

CVIII.

Hallándose el duque en Liorna, fuí en su busca sólo para pedirle licencia. Sentía que retornaban mis fuerzas, y visto que no se me empleaba en nada, dolíame el hacer tan gran desaguizado contra mis estudios; de modo que me resolví, fuíme á Liorna y encontré allí al duque, quien me dispensó gratísima acogida.

Y como me detuve allí algunos días, todos ellos salí con Su Excelencia á caballo y tenía mucha ocasión para poder decir todo cuanto yo quisiese; porque el duque salía fuera de Liorna y andaba cuatro millas por la costa del mar, donde hacía construir una pequeña fortaleza. Y porque no le molestasen demasiadas personas, tenía placer en que hablase yo con él; de suerte que viendo que un día se me hicieron ciertos favores muy

notables, empecé á hablar á propósito del Sbietta, esto es, de Pedro María de Anterigoli, y dije:

—Señor, quiero contar á Vuestra Excelencia Ilustrísima un caso maravilloso, por el cual Vuestra Excelencia sabrá la causa que me impidió poder acabar mi Neptuno de barro, que trabajaba yo en la Loggia. Sepa Vuestra Excelencia Ilustrísima cómo hube de comprar al Sbietta una granja por una renta vitalicia.

En resumen, que se lo dije todo minuciosamente, sin manchar nunca la verdad con falsedades. Cuando llegué á lo del veneno, dije que si fuese yo tenido como grato servidor en el ánimo de Su Excelencia Ilustrísima, en vez de castigar al Sbietta ó á quienes me dieron el veneno, debería Su Excelencia Ilustrísima premiarlos con alguna cosa buena; porque el veneno no fué tanto que bastase á matarme, antes bien el suficiente para purgarme de una mortifera viscosidad que tenía dentro del estómago y de los intestinos; por donde obró de modo que, de continuar como me hallaba, podía vivir tres ó cuatro años; y aquella especie de medicina hizo de suerte que creo haber ganado vida para más de veinte años. Y por eso con mejor voluntad que nunca daba las mayores gracias á Dios; es muy verdadero aquello que algunas veces he oído decir: «Mal que nos manda Dios, en bien lo trueca» (1).

El duque estuvo escuchándome durante más de dos

(1) Nosotros tenemos el refran: *No hay mal que por bien no venga*. Cellini pone este endecasílabo, sin decir su autor:

Iddio ci mandì mal, che ben ci metta.

millas de viaje, siempre con gran atención; pero no se le ocurrió decir más que esto:

—¡Oh, malas personas!

Comprendí que él estábales obligado, y entré en otras conversaciones más ligeras. Aguardé á un día que fuese á propósito, y cuando lo encontré á mi gusto, supliqué á Su Excelencia Ilustrísima que me diese licencia á fin de que no tirase á la calle algunos años, pues aún era yo bueno para hacer alguna cosa; y que Su Excelencia Ilustrísima me diese cuando le pluguere aquello que aún quedaba á mi favor por mi Perseo.

En aquesta conversación extendíme con muy largas ceremonias á dar gracias á Su Excelencia Ilustrísima, quien no me respondió lo más mínimo del mundo, antes parecióme que demostraba haberlo llevado á mal.

Al siguiente día vino en mi busca el señor Bartolomé Concino, uno de los primeros secretarios del duque, y con cierta fanfarronería, me dijo:

—Dice el duque que si quieres licencia te la dará; mas si quieres trabajar, te dará trabajo. ¡Así pudieras hacer tanto como Su Excelencia te dará para que hagas!

Respondíle que no deseaba otra cosa sino tener trabajo, y mayormente de Su Excelencia Ilustrísima más que de todo el resto de los hombres del mundo; pues aunque fuesen papas, emperadores ó reyes, más á gusto serviría yo á Su Excelencia Ilustrísima por un sueldo, que á cualquier otro por un ducado. Entonces me contestó:

—Si eres de aqueste modo de pensar, estais de acuerdo sin decir nada más; así, pues, vuélvete á Florencia y está tranquilo, porque el duque te quiere bien.

Por consiguiente, me torné á Florencia.

CIX.

Así que llegué á Florencia, vino en mi busca cierto hombre llamado Rafael Scheggia, tejedor de tapices de oro, quien me habló así:

—Bienvenido mío, quiero poneros de acuerdo con Pedro María Sbietta.

A lo cual repliqué cómo no podían ponernos de acuerdo otros que los señores consejeros; y que en aqueste haz de consejeros el Sbietta no tendrá un Federico de Ricci, que por un presente de dos cabritos cebados quiera sostener tan malvado litigio y hacer tan fea sinrazón á la santa justicia, sin curarse de Dios ni del honor suyo.

Cuando hube dicho aquestas palabras y otras muchas, Rafael, siempre afectuosamente, me contestó que era mucho mejor un tordo pudiéndoselo comer en paz, que no un bien cebado capón aunque hubiese certeza de lograrlo, si se obtenía en tanta guerra; además me dijo que las cosas de justicia algunas veces alárganse de tal suerte, que hacía yo mucho mejor em-

pleando aquel tiempo en alguna bella obra, con la cual adquiriese mucho mayor honra y provecho.

Yo, que conocí cómo él decía verdad, comencé á prestar oídos á sus palabras; de suerte que en breve nos puso de acuerdo en aqueste modo: que el Sbietta me tomaría en arrendamiento dicha granja por setenta escudos de oro en oro al año, durante todo el tiempo de mi vida natural.

Cuando fuimos á hacer el contrato de esto, que fué extendido por Juan de Mateo de Falgano, el Sbietta dijo que del modo como lo habíamos concertado importaba más la gabela, y que no me faltaría él; motivo por el que era conveniente que hiciésemos este arriendo de cinco en cinco años, y que me cumpliría su palabra, sin renovar jamás ningún otro pleito. Igual me prometió el pícaro de aquel hermano suyo clérigo; y del modo antedicho, por cinco años, se hizo el contrato.

CX.

Queriendo entrar en otros asuntos y dejar por una pieza de ocuparme de aquesta desmesurada picardía, necesito antes decir lo que ocurrió á los cinco años del arriendo, pasados los cuales no quisieron aquellos dos bribones mantenerme ninguna de las promesas hechas; antes me querían devolver mi granja sin quererla tener ya más en arriendo. Por lo cual comencé á quejarme y ellos me echaban encima el contrato, de

modo que por causa de su mala fe no podía yo valerme.

Visto esto, les dije cómo el duque y el príncipe de Florencia no soportarían que en su ciudad se vejase á los hombres tan inicuaamente. Esta amenaza fué de tanto valor, que me enviaron aquel mismo Rafael Scheggia que hizo la primera concordia, y dijeron que no me querían dar los setenta escudos de oro en oro, como me habían dado en los cinco años transcurridos; á lo cual respondí que yo no quería nada menos. Dicho Rafael vino en mi busca, y me dijo:

—Bienvenido mío, ya sabéis que estoy de vuestra parte: pues bien, ellos lo han dejado todo á mi decisión.

Y me lo mostró escrito de mano de ellos. Como yo no sabía que fuese él su íntimo pariente, parecióme muy bien; y también me remití al mismo en todo y por todo. Este hombre tan atento vino cierto día del mes de Agosto, á media hora de la noche, y con muchas palabras me constriñó á hacer que se extendiese el contrato; sólo porque conocía que si se hubiese dilatado hasta la mañana, no hubiera tenido buen éxito para él aquel engaño que me quería hacer. Así, pues, hizóse el contrato de que se obligaban á darme sesenta y cinco escudos de moneda al año por el arriendo, en dos pagos cada año, durante toda mi vida natural.

Y aun cuando yo me llamé á engaño y no quise pasar por nada, él mostraba lo escrito por mi mano, con lo cual movía á todo el mundo á quitarme la razón; y el referido Rafael decía que todo lo había hecho por

mi bien, y que estaba de parte mía; y no sabiendo el notario ni los demás que éste era pariente de aquellos, todos me quitaban la razón; por lo cual tuve que ceder pronto, y trataré de vivir lo más que me sea posible.

Después de aqueste cometí otro error en el mes de Diciembre 1566, y fué el siguiente (1): por doscientos escudos de moneda y con reserva de tres años, compré á los Sbietta la granja del Poggio, la cual confina con aquella otra mía de la Fuente, y se la dí á ellos en arriendo; lo hice por hacer bien.

Tendría que extenderme largamente al escribir, si hubiese de narrar los grandes perjuicios que me han acarreado; quiero remitirlos en todo y por todo á Dios, quien siempre me ha defendido de cuantos han tratado de hacerme daño.

CXI.

Habiendo concluído del todo mi Crucifijo de mármol, parecióme que enderezándolo y poniéndole unas cuantas brazas más alto que el suelo, había de mostrarse mucho mejor que con tenerlo en tierra; y á pesar de parecer bien, enderezado que lo hube, pareció bastante mejor; hasta el punto de quedar yo muy satisfecho de

(1) En notas anteriores hemos advertido que Cellini comenzó á escribir su *Vida* el año 1558, y su relato sólo llega al año 1562.

él, y por eso comencé á enseñárselo á cuantos le querían ver.

Fué voluntad de Dios que llegase á noticia del duque y de la duquesa; de suerte que á su regreso de Pisa, Sus Excelencias Ilustrísimas, con toda la nobleza de su corte, vinieron inesperadamente un día á mi casa sólo por ver dicho Crucifijo; el cual plugo tanto, que el duque y la duquesa no cesaban de decirme infinitos loores, y por tanto también aquellos señores y gentil-hombres que estaban presentes.

Cuando ví que estaban muy satisfechos, comencé donosamente á darles gracias, diciéndoles que el haberme evitado la faena del Neptuno de mármol había sido la verdadera causa de que hubiese realizado yo una obra como aquella, á la cual no se había puesto jamás ningún otro antes que yo; y que aun cuando había sufrido los mayores trabajos que en mi vida pasé en el mundo, los daba por muy bien empleados, máxime viendo que Sus Excelencias Ilustrísimas loábanmela tanto; y no pudiendo creer yo encontrar nada tan digno de ella como Sus Excelencias Ilustrísimas, con la mejor voluntad hacíales presente de ella (1); sólo les roga-

(1) Dice Brunone-Bianchi que la duquesa no quiso aceptar como regalo este Crucifijo, sino que por medio del secretario Concini mandó á decir á Bienvenido que lo pagaría en todo aquello que valiese. El duque lo compró por mil quinientos escudos en oro, y lo hizo transportar al Palacio Pitti, en 1565. Esta obra fué regalada en 1576 por el gran duque de Toscana Francisco I al rey de España, Felipe II, quien la hizo colocar en el trascoro de la iglesia del Escorial, donde existe en la actualidad perfectamente conservada. Según los documentos XIX

ba que antes de marcharse, tuvieran á bien entrar en la planta baja de mi casa. Al oír estas palabras levantáronse en el acto con mucho agrado, salieron del taller, y entrando en mi casa vieron mi modelito del Neptuno y de la fuente, el cual no lo había visto nunca antes de entonces la duquesa. Hizo tal impresión en los ojos de la duquesa, que en el acto dió muestras de un asombro imponderable; y volviéndose hacia el duque, dijo:

—¡Por vida mía, que no pensaba yo que tuviese la décima parte de tanta hermosura!

A estas palabras, contestó el duque varias veces:

—¿No os lo decía yo?

Y así departieron gran pieza entre ellos, con gran honor mío. Después me llamó la duquesa, y tras de muchos loores, á manera de excusa (que en el tono de tales palabras casi parecía pedir perdón), díjome cómo quería que extrajera un mármol á mi gusto y lo pusiese por obra. A tan benévolas palabras contesté que si Sus Excelencias Ilustrísimas me daban medios para ello, con mucho gusto y por amor suyo acometería una tan fatigosa empresa. Al momento contestó el duque, y dijo:

—Bienvenido, se te darán todas las comodidades que quieras pedir, y además las que te daré por mi propio impulso, las cuales serán de más valor y con muy mucho.

al XXV, Cellini murió sin que Cosme de Médicis, le pagase ni un céntimo por tan portentoso Crucifijo.

Y con estas placenteras palabras, despidiéronse y me dejaron bastante contento.

CXII.

Transcurrieron muchas semanas sin que se hablase de mí; de modo que, visto cómo no se daban órdenes de hacer nada, estaba yo medio desesperado.

Por aquel tiempo la reina de Francia envió al señor Baccio del Bene á nuestro duque, para ver si éste la emprestaba dinero, en lo cual el duque benévolamente la sirvió; y como el Sr. Baccio del Bene y yo eramos amigos muy íntimos, por tales conocidos en Florencia, nos veíamos con mucho gusto; de modo que el mencionado referíame todos los grandes favores que le hizo Su Excelencia Ilustrísima; y en la conversación me preguntó qué grandes obras tenía entre manos. Le conté todo lo ocurrido acerca del Neptuno y de la fuente, y la gran sinrazón que hubo de hacerme la duquesa.

Al oír aquestas palabras, me dijo de parte de la reina (1), cómo Su Majestad tenía grandísimo deseo de terminar el sepulcro de su marido el rey Enrique, y que Daniel de Volterra (2), había comenzado á hacer un gran caballo de bronce, y que había pasado el tiempo para el cual lo había prometido tener; y que el men-

(1) Catalina de Médicis, viuda de Enrique II de Valois.

(2) Daniel Ricciarelli de Volterra.

cionado sepulcro tendría grandísimos adornos; así, pues, si quería yo tornarme á Francia á mi castillo, me haría dar todas las comodidades que se me antojase pedir, con tal de que quisiera yo servirla. Contesté á dicho Sr. Baccio, que me pidiese á mi duque y retornaría yo á Francia. El Sr. Baccio alegremente, dijo:

—Nos volveremos allá juntos.

Y lo dió por cosa hecha. Así, pues, al otro día, hablando el supradicho con el duque, hubo de hablarse á propósito de mí, y entonces dijo al duque que si le otorgase merced de ello, la reina me tomaría á su servicio. A esto respondió bruscamente el duque, y dijo:

—Bienvenido es un hábil hombre, como sabe todo el mundo; mas ahora ya no quiere trabajar. Y pasaron á otros asuntos.

El siguiente día me fuí en busca de dicho Sr. Baccio, quien me lo refirió todo. Al oír esto, no pude contenerme más, y dije:

—Si no habiéndome dado que hacer Su Excelencia Ilustrísima, por mí mismo he hecho una de las más difíciles obras que jamás otro alguno haya hecho en el mundo, y me cuesta más de doscientos escudos, gastados de mis pocos recursos; ¡qué hubiese hecho si Su Excelencia me hubiera dado trabajo! En verdad os digo que se me ha hecho una gran sinrazón.

El buen hidalgo le refirió al duque todo aquello que había yo respondido. El duque le dijo que se burlaba, y que me quería para sí; de modo que estuve tentado algunas veces de expatriarme. La reina no quiso ha-

blar ya más acerca de ello, por no causar disgusto al duque; y por tanto, me quedé bastante disgustado.

CXIII.

Por aquél tiempo el duque se marchó con toda su corte y sus hijos, excepto el príncipe, el cual estaba en España; fueron por las marismas de Siena y aquel viaje terminó en Pisa. El cardenal (1) adquirió el veneno de aquel aire malo, antes que ninguno de los otros; á los pocos días le asaltó una fiebre pestilencial que en breve tiempo le causó la muerte. Era el ojo derecho del duque, era hermoso y bueno; y fué su pérdida grandísimo daño.

Dejé pasar algunos días, hasta que me pareció que se hubieran secado las lágrimas; y después me fuí á Pisa.

(8) El cardenal Juan de Médicis, muerto en Rosignano el 21 de Noviembre de 1562. Terminando aquí Cellini la narración de su vida, fáltanos saber su historia durante siete años y algunos meses, puesto que murió el 13 de Enero de 1570, según el antiguo estilo florentino (*à l'Incarnation*), ó de 1571 según el estilo común ó romano (*à Nativitate*).

DOCUMENTOS ILUSTRATIVOS

I

Día 27 de Noviembre de 1553.

Recuerdo cómo en el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hoy día de la fecha supraescrita, me ha nacido un hijo varón, á la hora catorce, al empezar á amanecer; al cual he puesto por nombres Jacobo Juan. Ruego á Dios que le dé larga y virtuosa vida.

Dicho hijo mío fué bautizado el día 4 de Diciembre, habiendo transcurrido entre su nacimiento y el bautismo ocho días. Túvolo en la pila, esto es, fué mi compadre, Paulo Orsini (1), el cual es partidario de los franceses, y por aqueste tiempo hallóse en Florencia prisionero de nuestro duque, mas andaba suelto por todas partes bajo palabra de honor; y el otro fué el Sr. Jerónimo de los Albizi, comisario de las bandas armadas de Su Excelencia; y el otro, el Sr. Alamanno Fantini.

(1) Paulo de Camilo Orsini, señor y luego marqués de Lamentana; él y sus hermanos Juan y Latino militaban con los franceses en la guerra de Siena; murió en 1581.—Jerónimo Albizzi fué el tasador del grupo de *Perseo y Medusa*.

II

Día 2 de Septiembre de 1554.

Siempre que el artífice trabaja al servicio y por salario y con el favor del príncipe, debe referirse la perfección de las obras tanto al dicho príncipe, como al artífice; porque la elección de éste proviene del juicio de aquél, como sabedor de tales méritos. Por ese motivo, aun cuando el Perseo de Bienvenido sea cosa admirable y rara, y quizá única en Italia, sin embargo, habiendo Vuestra Excelencia y él remitido á mi justiprecio el valor de esa figura, paréceme que se le deben dar tres mil quinientos escudos de oro, que son muy suficientes por su trabajo; y aquella fatiga personal es la que ha de pagarse, ya que no la estatua. Bienvenido queda muy satisfecho, como persona discretísima que estima en más el honor de su modestia y el mérito aparente al mundo, que esa paga; la cual acepta sólo para remediarse y poder persistir en servicio vuestro, rogándoos que por mediación de vuestra gracia se le dé acomodo con que hacer mayores obras, para honor vuestro y de sí mismo, con aplauso universal. Y con esto, besándoos la mano, encomiéndome á Vos.

De Vuestra Excelencia

De Monte Turbi, á los 2 días de Septiembre de 1554.

Humilde servidor,
JERÓNIMO ALBIZZI.

RESRIPTO.—*Su Excelencia se conforma y satisface con cuanto habéis juzgado.*

LELIO TORELLI, 2 Septiembre 54.

III

Día 12 de Diciembre de 1554.

Recuerdo cómo aqieste día, 12 de Diciembre de 1554, cerca de la hora diez y nueve, vinieron dos enviados de Palacio portadores de la nueva cómo había sido yo electo individuo del Colegio, y admitido en la Nobleza Florentina, etc.

IV

Día 26 de Octubre de 1556.

Recuerdo cómo hoy día 26 de Octubre de 1556, yo, Bienvenido, hijo de Juan Cellini, fuí sacado de las prisiones é hice tregua con mi enemigo por un año y nos dimos uno á otro escudos 300 de fianza; que por mí prometió Lucas Mini, droguero en San Pedro la Mayor, y Zanobi de Francisco Buonagrazia. También estos dos prometieron por mí representarme á los señores Ocho de la Guardia y Bailía, y obligáronse por escudos 1.000 de moneda á que me presentaría yo ante ellos á requisicion suya (1).

(1) En este año estuvo Cellini encarcelado dos veces: una que duró dos meses (de mediados de Junio á mediados de Agos-

V

Día 15 de Enero de 1560.

Recuerdo cómo el día supradicho me habló Lorenzo de Federico Strozzi, hallándome por caso en la droguería del Rey en el Mercado Viejo, y me dijo:

—Bienvenido, mi hermano era muy amigo vuestro.

Al cual pregunté quién era su hermano, porque jamás había yo hablado con aqueste hombre; entonces exclamó:

—Mi hermano llamábase Felipe, quien os es deudor de no sé qué cota de malla, por haberos prestado unos dineros en Lyon de Francia.

Al momento le repliqué:

—Me acuerdo de vuestro hermano, que se llamaba por sobrenombre Picchio Strozzi; y Dios quiera que tengáis intento de ajustar esta cuenta, porque me seríais deudor de muchas decenas de escudos, porque vuestro Picchio me engañó y estafó como lo hacen los fulleros. Sucedió que había yo corrido con los gastos del correo florentino Busbacca, á quien encontré precisamente al salir de los territorios venecianos para tomar la vuelta de Lyon, y decía cómo tenía que ir con diligencia por cuenta de la nación Florentina, y que ha-

to); y esta segunda vez, en que salió á fines de Octubre, sin saberse cuánto tiempo estuvo preso. Ignóranse las causas de estos dos encarcelamientos.

bía sido desbalijado. Así, pues, le puse á caballo y lo conduje á Lyón, y pagué muchos escudos á uno que se llamaba Cristo Luterano, el cual habíale prestado caballos y costeádole los gastos entre los grisonos de Soleure, á donde habíale conducido antes de que el mencionado Busbacca me hubiese descubierto sus miserias efectivas; porque si bien habíase encomendado á mí, todavía no me había referido la extrema calamidad en que se hallaba, y por la que le prometí ser en su ayuda.

Llegado que hubimos á Soleure, el dicho Cristo Luterano quería desbalijarle; y juró que, como no le pagase, había de matarlo de cualquier modo. Moviómeme esto á lástima de él, porque siempre me dijo que sería yo satisfecho por algún compatriota; si bien ciertamente lo hice por limosna. Pagué y lo llevé á Lyon, donde envié para que me hablase á dicho Picchio Strozzi, con quien había yo tenido ya conocimiento en Roma. El mencionado Picchio tenía por concubina suya una hija del Busbacca, y me hizo presentes las cuentas de todo aquello que por éste había yo gastado, y me pagó en el acto. Pidiómeme luego que le prestase mi cota y mis manguitos de malla; aquestas armas eran de valor de mucho más de cien escudos de oro, y muchas veces hubiera yo podido venderlas en ciento veinte escudos; añadió además, diciendo si se las quería vender. A cuyas palabras respondí que, si según pensaba, ocurriásemme volver á Roma, serían para mí muy necesarias. A esto me dijo que por favor se las dejase hasta mi retorno de París, dándome en prenda hasta la suma de cincuenta

escudos en total, computando los gastos del Busbacca. Así, pues, dejélas por hacerle merced; al cabo de cuatro meses, ocurrióseme tornar de regreso la vuelta de Roma; y llegado que hube á Lyon, el referido Picchio no se dejó encontrar; hasta el punto de que tuve que volverme á Roma engañado y sin mis armas. Escribíselo después á M. Albizzo del Bene, muy amigo mío, quien hizo diligencias acerca de esto, y lo abandonó como cosa perdida. Luego supimos en Roma cómo se las había jugado contra doscientos escudos de oro en oro.

A todo esto se encontraron presentes Ascanio de Juan de Tagliacozzi y Jerónimo Pascucci, ayudantes míos, los cuales aún viven. Esto fué á fines de Junio de 1537. Así, pues, si digo haber sido estafado, puede comprenderse cómo es así; de donde resulta que siendo su hermano Lorenzo quien me demanda, él es, por el contrario, quien me debe los doscientos escudos, y por tanto, quien me debe pagar los escudos doscientos.

VI.

Sábado 22 de Marzo de 1560.

En el dicho día y á la hora $4 \frac{2}{3}$ de la noche nació el niño del Sr. Bienvenido, hijo de Petra de Salvador. El domingo 23 bautizóse y fueron compadres aquestos, á saber: Bernardo de Davanzati, cajero de los Capponi, y Andrés de Lorenzo Benivieni, cajero de los Salviati, y Juan de Mateo de Falgano, notario en el Palacio del Podestà. Y le pusieron por nombre Juan.

VII.

Jueves 29 de Octubre de 1562.

Recuerdo cómo dicho día á la hora 3 ³/₄ de la noche siguiente me nació una hija mía y de Petra de Salvador de los Parigi, la cual vivía conmigo; y el sábado siguiente al día antedicho la bautizamos, y la puse por nombre Isabel, en recuerdo de mi madre; y los compadres fueron Bernardo de Juan Vecchietti y Zanobi de Francisco Buonagrazia y Lucas de Jerónimo Mini.

VIII.

Día 21 de Noviembre de 1562.

Al Ilmo. y Excmo. Sr. Duque de Florencia y de Siena, patrono mío reverendísimo:

Cuando Vuestra Excelencia Ilustrísima vino á ver su *Crucifijo de mármol*, os rogué como me concedieseis la casa que habíaisme donado, aun cuando fuera de mi hijo Juan, el cual Vuestra Excelencia Ilustrísima había-melo legitimado, como de legítimo tronco. A la cual demanda Vuestra Excelencia Ilustrísima dijo que lo haría con gusto; y puesto que me lo tengo prometido, ruégoos cómo os dignéis darme aquesta satisfacción en lo poco que me resta de mis tan trabajados años.

Dígnese Vuestra Excelencia Ilustrísima que se me

devuelva aquel mi *Pie de cáliz de oro* y me pongan á cuenta de mis salarios ó créditos todo aquello que sobre él os debo; porque mucho deseo concluirlo antes de que me vea privado de lo que me resta de fuerzas en mi pobre vejez.

Recuérdese Vuestra Excelencia Ilustrísima cómo con tanta fe os he servido 17 años completos, obteniendo todos los honores que Vuestra Excelencia Ilustrísima ha acostumbrado á otorgar á todos los demás puestos á su servicio; y entre otros los de llevar y tener armas ofensivas y defensivas, las cuales he obtenido por liberal licencia de Vuestra Excelencia Ilustrísima y de las que me he servido muy honestamente en defensa de mi vida y hasta hame ocurrido haber de emplearlas en servicio de Vuestra Excelencia Ilustrísima; de suerte que si por acaso lo supieseis no hubierais permitido hacer aqueste tan gran disfavor á mi fidelísima servidumbre; eso no obstante, haced cuanto os plazca con tal de que se termine siguiendo yo en su buena gracia, que otra cosa no deseo.

De Vuestra Excelencia Ilustrísima,

Fidelísimo servidor,
BIENVENIDO CELLINI.

IX.

Día 19 de Febrero de 1562.

Recuerdo cómo en aqueste día supradicho rescaté mi privilegio de donación de la casa, el cual Su Exce-

lencia Ilustrísima me ha dado para Juan, mi hijo, y para su línea masculina legítima; la cual donación habíaseme hecho primero á mí, mas pedí tal merced para dicho Juan mi hijo, quien habíaseme ya legitimado por Su Excelencia Ilustrísima, la cual legitimación decía que lo lavaba de toda mancha como si de verdadero matrimonio fuese nacido; y después se otorgó el dicho privilegio; por una y otra causa, así como por ser la cara madre suya una doncella pura y virgen, y por haberme yo privado de cualquiera otro placer carnal, el mencionado Juan podrá reputarse como en verdad nacido legítimo, que naturalmente lo es en cuanto á Dios.

X.

Día 22 de Mayo de 1563.

Al muy magnífico y virtuosísimo señor Benedicto Varchi, de mi mayor reverencia:

Habéis de saber cómo he perdido un hijo mío único, casi criado; parecíame haber tenido con él en todo el transcurso de mi vida lo que más en el mundo me pluguiera. Ahora me lo ha robado la muerte en cuatro días; y tanto pudo en mí el dolor, que créime ciertamente marcharme con él, pues pareceme estar privado de esperar nunca ningún otro tal tesoro por causas evidentes; y habiéndome placido hacerle para contento mío un pequeño túmulo, he obtenido merced de los frailes de la *Nunziata*, quienes me han otorgado que lo deposite allí hasta tanto que á Dios plazca hacer cómo

vaya á dormir yo junto á él en una breve sepultura, según pueda hacerse conforme á mi pobreza en aquel tiempo. Entretanto, quiero hacer pintar aqueste nicho con dos angelitos que tengan en sus manos unos hachones, y en medio de ellos un epitafio; el cual os muestro con aqueste mi inculto é inepto estilo cómo lo querria, para que vos, con vuestro admirable ingenio, dijerais mucho mejor aquello que yo quisiera decir; y ya os plazca hacerlo en latín ó ya en toscano, dejo todo ello á vuestro infalible juicio. Y si os causo enfado, perdonadme por aquesta vez y mandadme, pues para serviros estoy prontísimo siempre.

El concepto mío que deseo ver expresado por vos, viene á ser así:

Yace aquí Juan Cellini, el hijo solo
De Bienvenido; lo llevó la Muerte.
Y la Parca cortó con mano fuerte
Tal hilo en flor, del uno al otro polo.

Siempre prontísimo á servir á V. S.

BIENVENIDO CELLINI.

XI.

Día 11 de Junio de 1565.

ADJUNTA Á LA SÚPLICA AL PRÍNCIPE FRANCISCO.

Ilustrísimos y Excelentísimos Amos míos:

Os he amado con toda la fe que Dios nos muestra.

Os he servido con la mayor solicitud que pueda esperarse de hombre alguno.

Os he obedecido con la mayor humildad que imaginarse pueda; todos los favores que me han hecho Vuestras Excelencias Ilustrísimas, heme gloriado de ellos sobremanera.

Y todas las injurias que me ha inferido mi cruel fortuna, con grandísima modestia me las he callado pacientemente. No creáis á quien me quiere mal.

XII.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE GOBERNANTE DE FLORENCIA.

*Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Príncipe y mi
Amo reverenciadísimo:*

Hace seis años cumplidos que compré una posesión en Vicchio, á dos millas más allá de Mugello, de Pedro María de Anterigoli, por otro nombre el Sbietta. Dicha posesión la compré por toda mi vida natural, en cerca de 550 escudos; y la compré sólo en virtud de nota que acerca de la renta habíame dado el referido, porque jamás fuí á verla; y así hicimos contrato de ello por mano de Pedro Francisco Bertoldi. Llegada la primera cosecha, dicha posesión no me rentaba la tercera parte; doliéndome de lo cual, prometióme darme por ella cien escudos de arrendamiento al año en presencia de varios testigos. Y queriendo yo tratar con él afectuosamente para mostrarle mis vivas razones, también él me respondía con mucho agrado; y mientras que arreglá-

bamos tal negocio, con mucha intimidad y afecto nos visitábamos uno á otro; á tal punto, que cuando venía él á Florencia con sus acompañantes, recibíale yo en mi casa con cuantos agasajos érame posible hacerle, y cuando iba yo á Vicchio para terminar con él mis cosas, hacíame igualmente análogos festejos. Cuando estaba yo deseando dar fin á tal asunto y apretábale con mis razones, me dijo que fuese á Vicchio, donde me satisfaría. Así, pues, con mucho gusto fuíme allá, según costumbre; y no encontrando al referido, me dijo un hermano suyo, llamado Felipe, cómo se había ido á la Romaña para quehaceres suyos de importancia. Y recibéndome con los usuales halagos, éste clérigo hizo disponerme de comer en mucha abundancia; y cuando quisimos ir á la mesa, dicho clérigo dijo que tenía un quehacer de grande importancia; y así, pues, me recomendó á la mujer del mencionado Pedro María. Conmigo estaban Juan Bautista Santini y un ayudante mío. La referida mujer me hizo dar por mano de un muy frecuentador de su casa que se llama Francisco Buti, todos los platos, tazas y escudillas, muy diferenciados de los otros que venían á la mesa; ella misma daba las órdenes al Francisco, y éste servíame á la mesa; de modo que en una escudilla con salsa había puesto sublimado, y dolíase en la mesa de que yo comía poco. Comido que hube, monté á caballo y fuíme de allí á Pian de Mugnone; y sintiéndome arder por dentro, vi mis necesarios servicios abundantísimos en sangre; y al medicarme el maestro Francisco de Monte Varchi y el

maestro Rafael de Pilli, me dijeron: *Tú has tomado sublimado*; y como Dios quiso, sintiéndome al cabo de algunos meses mejorado, fuíme á Liorna y referíselo al momento al Ilustrísimo señor duque, rogando á Su Excelencia Ilustrísima que no interviniese en ello la justicia, puesto que Dios me había hecho merced de la vida. Señor mío, ved algún tanto claro lo que hay de verdad en aquesto; encontrándome después curado en Trespiano, donde estaba Antonio Taddei, me dijo:

—He oído decir cómo has comprado una hacienda al Sbietta por un censo vitalicio para ti; cura bien de no ir jamás á comer á su casa, porque te abreviaría la vida.

Y estando algunos presentes, que sabían el caso acontecido, lo creyeron con toda seguridad. También el referido clérigo acostumbraba á decir á muchas personas:

—Mi hermano ha hecho un negocio por 550 escudos con un viejo, el cual no vivirá dentro de un año.

Después de ocurrir el caso supradicho, me mandaron para que me hablase á Rafael Scheggia y me prometieron tener dicha hacienda en arriendo por el precio de 70 escudos de oro en oro al año, y que harían escritura de ello de cinco en cinco años, en tanto que yo viviera. Pues bien; han pasado los cinco años y no quieren reanudar el arrendamiento, de modo que tengo que ponerme á litigar; y con todo que los doctores en leyes me dicen encontrar que por virtud de la rescisión, por tener yo 60 años cuando me vendieron á censo dicha granja, no les correspondía más que 250 escudos, porque las leyes no reconocen más que 65 años de vida; de modo que

habiéndome llevado 550 escudos, por no permitirlo la ley, está obligado á devolvérmelos. Aun cuando estoy cierto de tener razón, empero sabe Dios cuándo le veré el fin á esto. Y como deseo hacer alguna cosa buena de mi arte en aquesto poco que me resta de mis años, híncome de rodillas á los pies de Vuestra Excelencia Ilustrísima, rogando que os informéis de lleno de mis razones y os dignéis juzgarlas y poner fin á aquesto. Y si Vuestra Excelencia Ilustrísima no quiere tomarse tal trabajo, podéislo encargar al Señor Lelio, ó á Mendes, ó á cualquiera otro que más pluguiese á Vuestra Excelencia, los cuales sumariamente despachen y emitan juicio. Y ruego á Dios que os conserve largamente con la mayor felicidad.

Vuestro fidelísimo servidor,

BIENVENIDO CELLINI.

XIII.

Día 14 de Febrero de 1565.

CONCLUSIÓN DE UNA SÚPLICA AL PRÍNCIPE FRANCISCO.

Después de aquesto, ruego devotísimamente, por el antedicho fidelísimo y afectuosísimo servicio antedicho y por verme perseguido por alguna importante enemistad, que Vuestra Excelencia Ilustrísima se digne permitirme llevar armas como sus demás servidores, sién-

doos fidelísimo siempre. Ruego á Dios como os conserve largamente con la mayor felicidad.

BENVENIDO CELLINI.

RESCRIPTO.—*Ita est. Permittasele llevar armas.*

LELIO TORELLI, 14 de Febrero, 65.

XIV.

Día 27 de Febrero de 1565.

Recuerdo cómo el día supradicho se ha dado fin á la sociedad constituída entre el Sr. Bienvenido y el ropavejero Fiorino, y de ello se ha hecho contrato extendido por Juan María Cecchi, notario público en la Mercadería, por virtud de un escrito hecho por orden del magnífico Sr. Alamanno de Pazzi, que se copiará á continuación, y queda en mano de dicho Juan María en su protocolo, juntamente con el contrato que éste ha extendido (1). Fué deshecha la compañía entre el señor Bienvenido Cellini y el ropavejero Fiorini, el 27 de Febrero de 1565, ante el arte de los Lineros, corriéndose el pregón por todas partes; como aparece todo ello en el libro de los Protexos de dicha arte, letra B, número 4.

(1) En esa escritura consta: que Cellini aportó un capital de 1.071 escudos; que la sociedad duró siete meses y nueve días; que su consocio le debía 1.879 escudos por principal é intereses, y que se obligaba á pagarlos en el término de un año.

XV.

Día 10 de Marzo de 1565.

Atacóme la gota el día 10 de Marzo de 1565. Habíame tornado de Vicchio para entrar de nuevo en posesión de mi granja de la Fonte, que habíase terminado el arriendo. Seis años habían transcurrido sin sufrir de ella; así, pues, hízome de una vez tanto daño, como me hubiera hecho en seis; mas fué breve.

XVI.

Día 23 de Septiembre de 1566.

Recuerdo cómo aqúeste día 23 de Septiembre me ha nacido una hija Magdalena, á la hora once y tres cuartos de reloj; y el mismo día, á la hora veintidós y media, hícela bautizar, y fué compadre el Sr. Baltasar de Pedro Suárez, mercader español, y comadre la señora Margarita de Antonio Crocini.

XVII.

Día 24 de Marzo de 1568.

En el día 24 de Marzo, y á la hora trece de reloj, que mañana será el día de Nuestra Señora, en que entre nosotros empieza el año 1569.

Recuerdo cómo en dicho día y en dicha hora me ha nacido un hijo varón, bellissimo, sólo por gracia de Dios; el cual se ha bautizado en el mismo día en que ha nacido, y le he puesto el nombre de Andrés Simón, sacado del libro de los Evangelios. Cogiendo dicho libro y abriéndolo á ojos cerrados con la señal de la Cruz y el Padre Nuestro, aparecióseme aqueste nombre, el cual me fué gratísimo por diversos motivos: el primero, por venir de Dios; el segundo, porque mi abuelo se llamaba Andrés Cellini, fué hombre virtuoso y bueno, y vivió cerca de cien años.

La Reparada y la Magdalena y aqueste Andrés Simón, todos han nacido santamente legítimos; y aquesta disposición se despertó en mí sólo por vivir en gracia de Dios y por observar los santos decretos de la Santa Iglesia Romana. El vaso por donde han nacido lo tuve puro é inmaculado, y desde entonces he tenido cura de aquello que soy.

XVIII.

Día 2 de Abril de 1569.

Recuerdo cómo aqueste día 2 de Abril de 1569, el Sr. Bienvenido, hijo del maestro Juan Cellini nuestro, ha dado á su sobrina Sor Reparada, monja en Santa Ursula de Florencia, 3 liras y 10 sueldos para su provisión, dada á ella por dicho Sr. Bienvenido, la cual provisión quiere que se le pague todos los meses durante

la vida de dicha Sor Reparada y no más allá; y no quiere ser obligado á ninguna otra cosa con el monasterio ni con nadie más sino con dicha Sor Reparada, durante la vida natural de ésta.

XIX.

Día 11 de Mayo de 1570.

Serenísimo y felicísimo gran Duque nuestro (1): Yo Bienvenido Cellini, fidelísimo servidor de Vuestra Alteza, suplícoos que os dignéis entender cómo plúgole al inmortal Dios que á la edad de setenta años, transcurridos precisamente desde comienzos del siglo y de mi vida, encuéntrome ahora con tres hijitos, dos hembras y un varón, el cual tiene un año y un mes justos; todos los que, por haberle placido á Dios, son verdaderos y legítimos nacidos y dotados con gran belleza á mis ojos. Y como, según antes dije, por ser de 70 años y conocer cuán corta vida puede ya concederme naturalmente el orden de la natura, por ese motivo, si le place á Vuestra Alteza, dignese hacer terminar todas mis cuentas del modo cómo á Vuestra Alteza le plazca. Después de esto, si os place, dad una pequeña limosna á mis hijitos en recompensa de mi *Crucifijo de mármol*; si bien conozco que el mayor y más honroso premio

(1) Desde Agosto de 1569, Cosme I llevaba el título de gran duque de Toscana.

que por él pude obtener para verdadera gloria de Dios y del mundo, es tan sólo que aquél agrada á Vuestra Alteza.

Después de esto viene mi *Cáliz de oro*, el cual estaba como prenda en manos de Vuestra Alteza sólo por 200 escudos, habiendo en él en peso 30 onzas de oro de 23 quilates: por mi trabajo no os pido sino lo que tengáis á bien darme; y sólo os ruego que, antes de que aqueste resto de mi pobre y desventurada luz se apague, Vuestra Alteza se digne poner fin á mis graves é imponderables trabajos, sólo con darme para ello lo que á Vuestra Alteza le pareciere y plazca. Así Dios nuestro Señor consérveos felicísimo largo tiempo.

RESCRIPTO.— *Los suprasíndicos hagan examinar todas las obras hechas por el mismo para Nos, y los dineros que se le han dado, y lo que merecen sus hechuras; y désenos relación de ello, á fin de que pueda saldarse aquesta cuenta.*

TOMÁS DE MÉDICIS.

11 de Mayo de 1570.

XX.

Día 11 de Septiembre de 1570.

Los Magníficos señores Suprasíndicos llamaron al escultor Vicente De' Rossi y á mí Bartolomé Ammannati para que dijésemos sinceramente y con diligencia nuestro juicio acerca de cuánto nos parece que valga la

restauración del *Ganimedes de mármol*, puesto sobre una puerta en la sala del Palacio Pitti. De común acuerdo el Sr. Vicente y yo, somos de opinión cómo tal trabajo valdrá ochenta escudos de moneda.—Escudos 80.

Y también nos encargaron que discurriésemos lo que merecía Bienvenido Cellini por haber hecho un busto de bronce, que se llevó á Elba, retrato del Gran Duque Serenísimo. Igualmente estamos conformes los dos antedichos en que tal busto valdrá ciento cincuenta escudos.—Escudos 150.

Y por los mismos señores fué nos cometido cómo dijésemos, según el parecer nuestro, cuánto valgan el *Crucifijo de mármol*, con la cruz y otras cosas que con él están, hechos también por el mismo autor de las dos obras antedichas. Juzgamos que, incluyendo los gastos en ello hechos, valdrá setecientos escudos; que es cuanto nos ha parecido de común acuerdo y en un mismo juicio.—Escudos 700.

Para que conste he hecho la presente, que suscribo en aqueste día, 11 de septiembre de 1570.

BARTOLOMÉ AMMANNATI.

Yo, Vicente de Rafael De' Rossi, escultor, afirmo y doy fe de cómo cuanto ha dicho el Sr. Bartolomé Ammanati, otro tanto ha sido mi parecer.

Yo, VICENTE, de mano propia.

XXI.

Día 14 de Septiembre de 1570.

Yo, Nicolás de Francisco Santini, aurífice, he sido llamado por los señores Suprasíndicos para juzgar y decir mi parecer acerca de la hechura de ciertas figuras de oro comenzadas para un *Cáliz*, las cuales manifiestan en el ensayo tener de peso una libra, once onzas y catorce dineros; y por el trabajo de las antedichas figuras juzgo que debe apreciarse lo hecho en cien escudos. Y por tanto, doy fe de ello, conforme al juicio mío, hoy día 14 de Septiembre de 1570, en Florencia. El cual *Cáliz* lo he tenido en mis manos y acabádolo, que se trajo de fuera y habíalo comenzado Bienvenido.

XXII.

Día 20 de Septiembre de 1570.

JESUS CHRISTUS.

A los muy Magníficos y dignísimos señores Suprasíndicos, etc.:

Habiendo yo, Bienvenido Cellini, suplicado á nuestro Serenísimo Gran Duque que Su Alteza se digne, por soberana benignidad, hacer terminar mis cuentas del modo como guste, y que se digne darme una limosna de

cualquiera cosa para mis hijitos, en recompensa de mi *Crucifijo de mármol* y también de mi *Cáliz*, he obtenido por su usual benignidad y misericordia el benignísimo Rescripto que copio:

«Los Suprasíndicos hagan examinar todas las obras hechas por el mismo para Nos, y los dineros que se le han dado, y lo que merecen sus hechuras; y désenos relación, á fin de que pueda saldarse aquesta cuenta.»

Las cuales cuentas, y aquello que por nosotros se pide es aquesto, y ante todo:

En cuanto á la obra del *Perseo*, fué terminada de orden de Su Alteza por Jerónimo de Albizzi, y suscrita por Aquél, por la cual juzgó dicho Jerónimo debiéranse dar escudos 3,500 de oro. Y aun cuando por Bandinelli habíase justipreciado en escudos 16.000, yo me conformé en un todo por mantenerme en la gracia de Su Alteza, y quedé de ella pagado y saldado, según y conforme tengo dicho por información acerca de esto.

El *Crucifijo de mármol* hecho por mí es tamaño de brazas $3 \frac{1}{4}$, sobre una cruz de mármol negro; hícelo todo él á mi costa y para mi satisfacción, sólo por mostrar si con la fuerza de mi arte podía yo superar á todos mis mayores, los cuales jamás habíanse probado en tal empresa; y si acaso se habían probado en ella, como algunas veces sospeché, no les había salido bien; mas, por haberme puesto, mediante la Majestad de Dios y mis enormes fatigas, y además con grandísimo costo para mí y un tiempo de tres años, por la gracia de Dios salióme bien. Y me parece que dicha obra debiera mere-

cer escudos 1.500. Su Alteza envió por ella y prometió satisfacérmela por su benignidad en cuanto valiese; y tengan por cierto Vuestras Señorías que jamás la hubiera vendido por 2.000 escudos de oro en oro (1). Dí muchas gracias á Dios y á Su Alteza del gran favor hecho por Aqueste en pedirme mi obra y contentarse de tenerla; *mas por dicho Crucifijo no se me ha dado cosa alguna.*—Escudos 1.500.

Además, por un *busto de bronce*, de perfil, tamaño doble del natural, retrato de Su Alteza, busto que está hoy en Elba, pareceme que tal obra merece escudos cuatrocientos; *de la cual no he sacado nada.*—Escudos 400.

Y el *Ganimedes de mármol* que está en el palacio Pitti, por ser una de las más bellas estatuas antiguas que puedan verse, me conformé con restaurar la cabeza, brazos, pies y un águila mayor que el natural (todo hecho de mármol); lo que hice por complacer á Su Alteza y por la infinita hermosura de lo antiguo, pues á mí no me convenía restaurar otras estatuas ajenas; y me parece que dichos trabajos míos merezcan escudos trescientos, *por los cuales no he obtenido cosa alguna.*—Escudos 300.

Después hicimos el modelo del gran *Neptuno*, el cual viólo Su Alteza; y habiendo visto todos los demás modelos, gustó del mío, y libremente dióme encargo de que hiciese la obra. Después la Ilustrísima Señora Du-

(1) El *escudo de oro* (moneda real) valía 7 liras. El *escudo de oro en oro* (moneda imaginaria) valía 7 $\frac{1}{2}$ liras.—Este *Crucifijo* (no pagado) está en el Escorial.

quesa (de grande y óptima memoria), hízola dar á otro por no haber visto mi modelo; mas luego que vino á mi casa y vió el modelo, tuvo harto pesar; y con el benignísimo y serenísimo Gran Duque dolióse de haberme impedido hacer tal cosa, y me prometió con juramento hacerme obtener mármoles, á fin de que pudiese hacer yo la mencionada obra del Neptuno, visto el modelo.

Y además, habiéndome encargado Su Alteza que hiciese los *Púlpitos* de Santa Reparada, de los cuales hice muchos modelos, plúgole uno de éstos y en el acto me encargó cómo lo pusiese por obra; y los *Púlpitos* que hay allí de madera están hechos con arreglo á traza mía, para esculpirlos de mármol y bronce.

Además me ordenó que hiciese los medio-relieves que van en torno del coro, los cuales están comenzados; y uno de ellos casi concluído (1), con pequeníssima ayuda de la fábrica de Santa María del Fiore, por encargo particular de Su Alteza de que se me pagase el jornal de un peón que amasaba el barro y de quien me servía en calidad de modelo; y Su Alteza decía en el *Rescripto* que sufragaría siempre mi mantenimiento, y que mis obras haríanse examinar al fin, para serme pagadas. Y habiéndome hecho deudor de cera y otras cosas por el estilo á la Fábrica, me parece razonable no estar obligado á la Fábrica en cosa alguna, antes bien ser acreedor de buena parte de las antedichas obras comenzadas, porque se hacen con gastos y tiempo, y son lo importante

(1) En él había puesto á Adán y Eva.

del trabajo; y esto fuera bien que Vuestras Señorías se dignasen venir á verlo por cortesía, á fin de que con verdadero conocimiento y justicia, puedan hacer verdadera relación al Gran Duque.

Además, hay el *Cáliz de oro* que Su Alteza ha donado á Su Santidad. Lo importante de dicho *Cáliz* son tres figuras de oro, de $\frac{1}{3}$ de braza, representando la Fe, la Esperanza y la Caridad, con muchos y diversos ornamentos vistosos encima de las cabezas de ellas, y tres medallones de medio-relieve, los cuales van en el pie del *Cáliz*, que son historias de importancia conducidas á su penúltimo fin. El oro mto que hay en dicho *Cáliz* pesa 30 onzas de 23 quilates; Su Alteza teníame dado á préstamo sobre él 200 escudos, entregándoselos á Bindo Altoviti, que tenía en prenda dicho *Cáliz mto*; y la hechura de él me fué justipreciada en Roma, por orden y mandato del papa Clemente (de grata memoria), y por peritísimos artistas, en más de 300 escudos por mi trabajo, bien evidente por hallarse como estaba tocando á su término. El cual no quise concluir, mas devolví al Pontífice todos los dineros que habíame hecho entregar Su Santidad (1), lo cual fuera muy prolijo de referir. Dejo á la conciencia de Su Alteza el abono de aquesto, y con ello quedará muy conforme; y véase también las 30 onzas de oro de 23 quilates que hay allí *mtas*,

(1) Que eran 500 escudos de oro, para fundirlos: sumando los 300 por el trabajo de Cellini, resulta que el Gran Duque Cosme I robó á Cellini 600 escudos y la gloria de terminar dicho *Cáliz*, cuya conclusión había encargado á Santini.

rebájense de esto 200 escudos y lo restante abóneseme como crédito.

Esto es cuanto me ocurre; si otra cosa se os ocurriere, tened á bien decírmelo, y no dejaré de dar explicaciones á fin de se pueda informar de todo á Su Alteza; suplicando el más presto despacho; y me encomiendo deseándoles toda suerte de felicidades.

Post scripta en información, para facilitar todo á Vuestras Señorías: en 6 de Agosto de 1565 recibí 7 escudos, 6 libras y 11 sueldos de mano del pagador Piggello Pandolfini, por último resto de mis salarios hasta dicho día, según orden del Serenísimo Príncipe.

XXIII

Día 26 de Septiembre de 1570.

SÚPLICA RECIBIDA EL DÍA 2 OCTUBRE DE 1570.

Serenísimo Gran Duque:

Habiéndonos presentado Bienvenido Cellini el adjunto Memorial, con el Rescripto de Vuestra Alteza que nos manda hacer tasar todas las obras hechas por él mismo para Vos, y ver los dineros que se le han entregado, así como lo que merecen sus trabajos, y demos de ello relación á fin de que tal cuenta se pueda saldar: con la debida reverencia diremos cómo, después de haber oído muchas veces á Bienvenido, éste condensa sus

largas y muchas exigencias manifestadas por escrito, en las infrascritas cosas, por las cuales pide los premios que van á continuación:

Por el *Crucifijo de mármol*, que dice hecho por él, de 3 $\frac{1}{4}$ brazas, sobre una *Cruz de mármol negro*, enteramente á costa suya, escudos mil quinientos.—Escudos 1.500.

Por un *Busto de bronce*, de perfil, doble del natural según dice, retrato de Vuestra Alteza, hoy en Elba, escudos cuatrocientos.—Escudos 400.

Por la restauración del *Ganimedes de mármol* del palacio Pitti, haciéndole, según dice, cabeza, brazos y pies, y un águila mayor del natural, todo de mármol, escudos trescientos.—Escudos 300.

Por el *Cáliz de oro*, en el que dice como son suyas 30 onzas de 23 quilates, y haber recibido de empeño por él escudos 200, que se reintegraron á Bindo Altoviti que por tal suma tenía en prenda, el exceso sobre los 200 escudos que hay en sus onzas 30 de oro de 23 quilates; y por pago de su trabajo, lo que plazca á Vuestra Alteza, restringiendo la importancia á tres figuras de oro de $\frac{1}{3}$ de braza con ornamentos vistosos encima de las cabezas de ellas, y tres medallones de medio relieve puestos en el pié del Cáliz; y dice que todo ello está conducido á su penúltimo fin, y que la hechura le fué justipreciada en Roma en el estado en que se encontraba, por orden del papa Clemente (de buena memoria) en más de 300 escudos, y no lo quiso concluir, y ahora lo deja todo á vuestra voluntad, como va dicho.

Hemos conferenciado y discurrido con Bartolomé Ammannati y Vicente Rossi, los cuales nos han referido por escrito acerca de los tres primeros extremos, lo que viene á continuación:

Haber visto y apreciado el *Crucifijo y la Cruz de mármol*, y dicen en sustancia que, según su juicio uniforme, páreles que con los gastos hechos por Bienvenido valga en total escudos setecientos.—Escudos 700.

Del *busto de bronce* que está en Elba, dicen haber discurrido juntos cuánto les parezca que merece, y de común acuerdo juzgan que valdría escudos ciento cincuenta.—Escudos 150.

El remiendo de *Ganimedes*, visto y considerado por ellos, juzgan de acuerdo que valga escudos ochenta.—Escudos 80.

Y por estar el *Cáliz* en Roma se ha llamado al aurífice Nicolás Santini, que fué quien lo concluyó; el cual, por escrito de su mano, dice que en el Contraste fué pesado y tenía libras 1, onzas 11, y dineros 14, y juzga que por la hechura de cuanto había en él hecho, merece escudos ciento.—Y aun cuando sobre este particular del Cáliz es de considerar algún tanto el interés de Nicolás en el justiprecio de la obra de Bienvenido, por ser aquel mismo quien lo terminó, pareciónos no podernos servir de persona que pueda ser más sabedora de ello que él, y reputándolo hombre de bien. Y por estar alteradas las labores desde el término como lo dejó Bienvenido, aun cuando se quisiese examinar ahora el *Cáliz*, no se nos alcanza cómo pudiera ponerse esto en claro por otra

vía; y por ese motivo parece que aqueste extremo quede á discreción.

No se encuentra que después del pago del *Perseo* terminado hace algún tiempo por *transacción*, se le haya pagado á Bienvenido cosa alguna á cuenta de sus trabajos, excepto el salario ordinario de escudos 200 al año, que según dice tuvo fin en Agosto de 1565. Y para más completa noticia de Vuestra Alteza, os decimos cómo todas las antedichas obras fueron hechas por Bienvenido en los tiempos que le corría dicho salario. Y á Vos humildemente nos encomendamos y que Dios Nuestro Señor os prospere con la mayor felicidad.

De Vuestra Alteza humildísimos siervos,

CARLOS DE MÉDICIS }
 FELIPE DE ANTELLA } Suprasíndicos.

En Florencia, á los 26 días de Septiembre de 1570.

RESRIPTO.—*Hágase cuenta de cuánto tiempo percibió el salario mientras que hizo aquestas labores, puesto que no debíamos pagarle para que no hiciese nada.*

LELIO TORELLI, 28 de Septiembre de 1570.

XXIV.

1570.

Magníficos y dignísimos señores Suprasíndicos:

Cerca de veintiseis años han pasado desde que, según plugo á Dios, por hallarse en aquel tiempo el gran

rey Francisco apretado por insoportables guerras, al ver yo tal accidente supliqué á Su Majestad cristianísima que me hiciese la merced de dejarme pasar de nuevo á Italia, donde quería yo cumplir ciertos votos míos. Repugnaba esto Su Majestad, diciendo cómo no me apartase de él en manera alguna, porque en breve satisfaríame la promesa hecha, la cual era una abadía con 3.000 escudos de renta anual. Empero, tan rendidamente le supliqué, que dióme gracia para que me viniese á Italia, para satisfacer mis votos; dí alojamiento á seis sobrinas mías, hijas de una hermana carnal, á la que volví á casar; por donde empleé todos aquellos dineros que había yo traído, los cuales no eran producto de mis obras hechas para el rey, sino que eran de piedras finas compradas en aquella maravillosa ciudad de París, las que me permitió nuestro gran duque rifar en lotería. El benignísimo señor, enamorado siempre de los méritos, pidióme que le hiciese un modelo de un *Perseo*; y como nuestros ejercicios son tan fatigosos en su disciplina que no permiten día ninguno de fiesta, quedando grandísimamente obligado á Su Alteza, fué siempre mi intención la de retornarme á mi puesto en Francia, que otro como aquél (1) jamás hubiera podido encontrar en el mundo. Por aqueste tiempo ciertos ingratos discípulos míos á quienes encomendado había la guarda de mis intereses y de mis trabajos, tenían el propósito de robármelos á la vez que el favor de aquel

(1) Se refiere al rey Francisco I, cuya protección contrastaba con las mezquindades de Cosme I.

gran rey; por lo cual temerariamente mancharon aquellos sacros oídos, diciendo á Su Majestad cómo de cierto habíame puesto yo á trabajar para el Gran Duque. Debieron de emplear tales palabras, que le hicieron enfadarse; por lo cual respondió que, puesto que yo me había quedado á trabajar con el Gran Duque, él había formado el propósito de no llamarme jamás. Y habiendo recibido yo aquestas para mí dolorosas nuevas y hecho el pequeño modelo del *Perseo*, mostré á mi benignísimo señor la cruel traición que obraban contra mí aquellos dos discípulos, y la gran pérdida que esto me acarreaba, sin poder contener algunas lágrimas.

Mi Gran Duque, como benignísimo y santísimo, lleno de cortesía, único nacido para ejemplo del bien, animosamente me dijo:

—No te cuides de nada, Bienvenido mío, que yo te haré mejor trato que el rey, como tengas alientos para hacerme el *Perseo* en grande y con tal maestría como advierto en aqueste pequeño modelo.

A lo cual respondí prometiendo mejorar el modelo; y así, pues, en nombre de Dios comencé á trabajar en 1545, el 1.º de Agosto. Mientras esto sucedía, aquel rarísimo y hasta único en el mundo rey Francisco, al ver que las grandísimas obras comenzadas hallábanse en suspenso y conociendo en parte la malignidad de la pícara y cruel envidia, trató de limpiarse los oídos manchados por la mentira y llenárselos con la santa verdad. Por lo cual, haciéndose patente aquésta, me fué tan valedera en el ánimo de aquel buen hombre, que

Su Majestad Cristianísima me hizo escribir por su tesorero señor Julián Buonaccorsi, cómo hallándome justificado ante Su Majestad por mis razonamientos, y limpios sus oídos del pésimo veneno de la envidia, hacíame saber que si quería yo retornar á mi Castillo que me dió con buena voluntad para concluir las obras comenzadas, daría órdenes para que, remitiéndoséme una gruesa partida de dineros, pudiera yo dejar fortalecidas á mi hermana y sobrinas, y tornarme allá á su grato servicio. No deseaba yo en el mundo otra cosa, por muchas lícitas causas; entre ellas, para recobrar 25.000 escudos míos que habían quedado en Francia á merced de Su Majestad, parte por hechuras de obras mías que le hice, y más de 3.000 escudos que quedaron en vasos de oro, de plata y piedras preciosas en mi casa y castillo, bajo la custodia de aquellos dos mencionados traidores: Ya había fundido yo aquí en Florencia el gran busto de bronce de Su Alteza, que está en Elba, y fundido también la *Medusa*, que yace á los pies de *Perseo*; y teniendo ya dispuestos los moldes para fundir el *Perseo*, proponíame hacerlo así y dejarlo con órdenes mías á quien lo hubiera concluído, sólo por volverme junto aquel gran rey, donde tenía mi mayor gloria y hacienda, con entera satisfacción de Su Alteza nuestro Gran Duque. Mientras que se cruzaban las cartas, la cruelísima muerte arrebató del mundo aquel gran rey (1), con lo cual perdí todo aquello que me había

(1) Francisco I murió en Marzo de 1547.

quedado en Francia. Comenzaron aquí mis grandes tribulaciones, y defendiéndome de ellas lo mejor que pude, según le plugo á Dios, terminé en el año 1554 mi *Perseo*, que fuéme loado por toda la Escuela de viva voz por todos y mayormente por mi benignísimo señor nuestro Gran Duque; el cual dijo cómo habíale yo cumplido más de lo que le prometí, y que estuviese tranquilo, pues tal recompensa me daría, que había de quedar yo satisfechísimo y asombrado. A esto respondí á Su Alteza cómo el mayor premio que hubiese yo apetecido en el mundo por aquesta mi tan fatigosísima obra, había sido el ser del agrado de la gran Escuela y mayormente de Su Alteza después; y que en su virtud había yo hecho voto de ir á dar gracias á Dios durante ocho días en Vallombrosa, en la Vernia, en Camaldoli y en los Baños de Santa María. A esto contestó mi benigno Gran Duque diciendo que me fuese, y que á mi retorno encontraría terminado todo aquello que él tenía la intención de donarme. Así, pues, en el nombre de Dios fuíme y torné dos días más presto de lo que prometí, solo por amor á Su Alteza y á su gloria; y le mostré en dibujo ciertos importantes peligros, los cuales estaban en Camaldoli al paso de Pedro Strozzi, donde había riesgo de perder bastante. Visto que hubo dichos planos dibujados, dióme gracias por ello Su Alteza, y con gran benignidad me dijo que á la siguiente mañana haríame presente de aquello que donarme quería. Y á la manera de todos cuantos hombres que honestamente se afanan, con grandísimos deseos esperaba yo también

la deseada mañana. Mas tampoco pudo Su Alteza defenderse de las venenosas envidias, que no le ensuciasen algún tanto sus gloriosos y virtuosos oídos, por lo cual dijo al señor Jacobo Guidi, secretario suyo, su concepto; y al acercarme en la puerta de Palacio á este señor Jacobo, muy tieso de persona, con faz torcida y ojos severos, djome cómo Su Alteza quería que pidiese yo el precio que ponía por mi trabajo. Mas repugnando esto, respondí que sólo con que Su Alteza me diese una *crazia* (1) quedaría contento, pues el mayor premio habíalo ya logrado con gran honor mío, por haber satisfecho á la Escuela y á Su Alteza. De nuevo volvióse hacia mí el antedicho señor Jacobo con más tremendas palabras, ordenándome de parte de Su Alteza que pidiese precio por mi trabajo, so pena de incurrir por completo en desgracia de Su Alteza. Forzado así por varias pasiones, las cuales serían largas en extremo de manifestar, puse precio á mi obra, lo cual movió algún tanto á ira á Su Alteza. De nuevo dióme á entender por dicho señor Jacobo, que Su Alteza quería hacerla justipreciar por personas peritas. A esto repliqué cómo no se podían conseguir dos premios, á saber: uno en gloria y otro en oro. Por tanto, Su Alteza designó al obispo Bartolini y al Señor Pandolfo Stufa para que dijesen al caballero Bandinelli cómo examinase bien mi obra y que tanto como por el mérito de su arte conociese que valía, otro tanto queríame dar por ella. Bandinelli,

(1) Monedilla del más infimo valor, entre las existentes á la sazón, de unos 15 céntimos de valor

quien era mi mayor enemigo en el mundo, á causa de verse movido por envidias rabiosas iniciadas ya en Roma y crecidas aquí cien veces más, á pesar de esto, constreñido por la fueza de la virtud del arte, estimó el trabajo de mi *Perseo* en 16.000 escudos; que con toda su pésima natura, juntamente con los grandísimos odios que entre nosotros mediaban, el mérito sofocó á la malicia. De modo que hizo tal tasación, la cual fué de cerca de la mitad más de lo que por mi trabajo había yo pedido; y aquesta verdad refirieronmela el obispo (de grata memoria) y el referido señor Pandolfo, asombrándose de que Bandinelli hubiese hecho tal justiprecio, siendo tan capital enemigo mío. Asimismo me lo dijo con cólera el propio Bandinelli, á quien repliqué cómo no curaba de verme loado por aquel hombre que hablaba mal de todos; mientras tanto, hablando Su Alteza con el comisario de sus bandas armadas, señor Gerónimo de los Albizi, por ser esta persona muy familiar conmigo, prometió á Su Alteza cómo haría yo tanto cuanto él quisiese; de modo que, cual soldado y no cual artista, hízome prometerle quedar satisfecho de todo aquello que él hiciere en tal negocio, á lo cual suscribí. Y desde el justiprecio de los 16.000 escudos, como soldado y no como inteligente en tal profesión, quiso que yo fuese satisfecho rebajando aquél hasta escudos 3.500 de oro en oro, puramente y solo por mi trabajo material. A eso respondí que no me curaba de otro mayor premio sino el de conservarme en gracia de Su Alteza; á las cuales palabras dijome varias veces cómo estaba yo lleno de

su gracia y que no le tentase, antes pidiérale yo alguna otra cosa, pues mostraríame él antes de acabar la jornada cuán bien me quería. Dije yo que en la gracia de Su Alteza estaban todos mis deseos y todas mis necesidades, y que al fin de la jornada de mis afanes esperaba yo de Su Alteza recibir sus mercedes de igual modo como recibiera las de aquel gran rey, á quien jamás tuve que pedir cosa alguna; antes bien, así que llegué á presencia de Su Majestad me obsequió con quinientos escudos de oro en oro contantes, y señalóme de salario 2.000 francos (1) que son mil escudos de oro de moneda al año, con pacto de que cuantas obras yo le hiciese quería Su Majestad pagármelas además según el mérito de ellas. Tanta fuerza tuvo de por sí el valor de mis fatigas en la infinita liberalidad de Su Majestad, que jamás tuve que pedirle nada; antes bien, era tan abundante el ánimo que me daba para trabajar, que maravillábame grandemente, a' cabo de dos años que llevaba al servicio de aquel rey. Antonio Massone, con grandísima alegría inesperadamente cierta vez llevóme de parte de Su Majestad cartas de naturalización, las cuales nunca le había pedido, ni siquiera sabía yo qué cosa fuesen. Y como dicho señor Antonio Massone hubo por ello grandísimo asombro, viendo que no había hecho yo aquellas demostraciones merecidas por tal cosa, esto fué causa de que ocho días después, Su

(1) Estos dos mil francos debe entenderse que serian monedas de á 4 francos, pues únicamente así caben en ellos las 7.000 liras equivalentes á los mil escudos de oro de moneda.

Majestad me hiciese donación con cartas regias del castillo donde habitaba yo, el cual está en París y se llama Petit-Nesle; esto empero, manifiesto á Vuestras Señorías la grande adquisición que hice al conocer á Su Alteza, y la asombrosa pérdida que tuve con la muerte de Su Majestad Cristianísima, sin defecto para mí. En el espacio de no muchos años, habiendo muerto el rey Enrique y terminado yo el *Perseo* (después de este había hecho por mi devoción el *Crucifijo de mármol*, cosa nunca antes hecha por otros artistas y en la actualidad en poder de Su Alteza), la Serenísima Reina, que aún vive, me mandó á decir por el señor Bartolomé del Bene cómo si quería yo ir á labrar el sepulcro de su marido el rey Enrique, daríame todas las comodidades y ventajas que había yo logrado del rey Francisco. Aquesto no agradó á mi Gran Duque, por donde perdí una tan magnífica ocasión. Así que, Magníficos Señores Suprasíndicos, si quisiera yo narrar á Vuestras Señorías todas mis grandes razones, sería tema demasiado largo; por eso lo más sucintamente que me ha sido posible os he hecho aqueste pequeño discurso, con el cual sólo me quejo, y no de Su Alteza, pues en él reconozco todo lo más divino que puede haber en ningún otro hombre; ni mucho menos me quejo de ninguna culpa mía, porque considerando todos los hechos de aqueste negocio, comprendo claramente que ha sido perversidad de mi mala fortuna. Porque si me hubiese quedado quieto en Francia, sería hombre de más de 50.000 escudos hoy; mas habiéndome estado quieto en mi dulce patria, me-

tido por mi mala fortuna en tan grandes trabajos y sin haberme sido nunca posible poderme partir por infinitas causas justas y razonables, aparte de aquellas injustas y crueles á que me ha forzado mi mala fortuna, sólo digo á Vuestras Señorías que jamás he trabajado para otros sino para mi Gran Duque, con pacto de que mis obras serían siempre pagadas aparte de aquel escasísimo salario que me daba por estipendio Su Alteza. Por eso mismo no me parece equitativo que Vuestras Señorías ajusten el tiempo en que hice aquellas obras, por las cuales pido *cualquiera miseria de recompensa*. Siempre creeré que si Vuestras Señorías extractan para aquella santísima memoria de Su Alteza aqueste mi breve discurso, aquélla, junta con sus otras benignísimas y santas gracias, dará fin del modo como Dios le inspire también á aquesta, sin más diligencias ni averiguaciones de en qué tiempos me corrieron ó no me corrieron mis salarios. Por tanto, suplico á Vuestras Señorías cómo pidan á Su Alteza la gracia de que de cualquier modo como Dios le inspire, determine y acalle todos aquestos mis graves afanes; que sea cual fuere la manera como tengan fin, daré por ello gracias á Dios y á Su Alteza. Solamente ruego que le recuerden cómo estoy bajo el peso de tres hijitos pequeñines; y encontrándome en la edad de setenta años, por donde se ve cuán breve podrá ser ya la vida mía, por amor de Dios ruego que ponga fin á esto Su Alteza, á quien Nuestro Señor guarde feliz.

XXV.

1570.

Magníficos señores Suprasindicos:

Aun cuando he dirigido un pequeño razonamiento á Vuestras Señorías sobre el modo cómo me quedé al servicio del Gran Duque nuestro, eso no obstante, me es necesario hacer este otro á Vuestras Señorías, por si acaso el primero quisiesen Vuestras Señorías hacérselo ver al Gran Duque; creo que aqueste no se curarán Vuestras Señorías de mostrárselo á aquél, puesto que en éste hay alguna pequeña demostración de mis verdaderas pasiones.

Acabado que hube el pequeño modelo del *Perseo* y habiéndole complacido á Su Alteza, entregóme éste la casa donde estoy, para poder hacer en ella dicha obra en tamaño grande. Fui puesto en posesión de dicha casa por el mayordomo Sr. Pedro Francisco Riccio, de Prato; inmediatamente comencé á dar órdenes cómo aparejarla para tal servicio, y dicho mayordomo enviómeme bastante cantidad de cal, piedra, ladrillo y arena. Y por haber yo hecho arrancar ciertos parrales y otros árboles que había donde hoy está el taller en el cual han estado Vuestras Señorías, habiendo dicho mayordomo paralizado el envío de los referidos materiales, fui á Palacio para hablar con aquel mayordomo, quien

me dijo no saber qué le decía yo; de suerte que, movido por mis justas razones, le respondí, por lo cual tuvimos una gran cuestión. Viéndome vejar así, partíme consternado; y en la sala del Reloj, dije de viva voz:

—Dentro de pocos días me iré con mucho gusto á París, de retorno á mi casa, donde estoy mucho mejor visto y tratado, porque aquellos son hombres de otra calaña que no la de este Pedro Francisco Riccio.

Y así, pues, partíme mal humorado y en el acto comencé á disponer en orden mis cosas para la marcha. Dos días después estaba yo sentado en la plaza, junto á la calleja del Sr. Binigliano; y al verme dicho mayordomo, hízome llamar y me presentó sus excusas por la injuria que me había hecho; y luego me dijo de parte del Gran Duque si quería yo quedarme á servirle. Respondí que si Su Alteza estaba satisfecho de que trabajase yo, por mi parte satisfacíame servirle; y así, pues, me ofreció todos los mismos pactos que tenía con Bandinelli, los cuales me dijo. Contesté que me contentaba con ellos, mas quería que Su Alteza me prometiese acrecentarme aquellos pactos según el mérito de mis obras. Y en aqueste modo nos convinimos. Por la cual cosa he superado con muy mucho las promesas que hice, y á mí no me ha sido cumplida ninguna. También por tener alguna ocasión con qué resolverme á quedar en mi patria, dije á Su Alteza que me vendiese la dicha casa donde estaba y estoy, y le dí ciertas piedras preciosas mías. Respondióme á aquesto Su Alteza cómo no quería mis piedras, y que era su volun-

tad que me quedase yo con la casa. Y aquesto lo tengo escrito de su propia mano en una instancia. Los graves disgustos que se me han seguido de aquí, Dios es testigo de ellos; y en verdad que no hubiera debido haberlos.

En cuanto atañe á mis obras, aparte de hacer el *Perseo*, tratamos de que se me confiarían trabajos de oro y de plata, de bronce y de mármol, y de que se me devolvería la acuñación de la moneda, que había estado á mi cargo hasta el tiempo del duque Alejandro. Y tales promesas me fueron hechas por Su Alteza, á quien varias veces dije:

—Señor mío, sabed cómo aquél gran rey Francisco me costeaba más de treinta ayudantes buenos á elección mía, y con ellos podía yo entregarme á todas las antedichas importantes obras, las cuales hacíanse todas por mis dibujos y en todas ponía mano; y por aquellas grandes comodidades, realicé bastantes obras en cuatro años, las que á faltarme las antedichas comodidades, no hubiera podido hacer en cuarenta años.

Vinieron en mi busca muchos oficiales franceses, tudescos y flamencos, de grandísima suficiencia, quienes me habían servido en Francia; aquestos me fueron pagados unos cuantos meses, y luego licenciados; y diariamente se me hacían semejantes ultrajes, de modo que no pudiendo tener mis manos aquellas necesarias ayudas, no podía yo trabajar; así, pues, como quiera que quisiese concluir mi *Perseo*, tuve que enseñar á un aldeano servidor mío, que había venido á acomodo-

darme el huerto, y á quien comencé á enseñar por verle muy joven y de buen ingenio.

No bastando tampoco aquesto, por querer dar término al *Perseo*, tuve que gastar de lo mío muchos centenares de escudos, los cuales jamás he pedido, sólo por aquella grata demostración que me hizo Su Alteza al final de dicha obra. Después encargóme Su Alteza que hiciese los modelos de los púlpitos, los cuales hubieran sido una grandísima obra; y también he hecho los modelos en medio-relieve del coro. Había ya comenzado la obra y también á hacer dibujos y modelos para la puerta de la Catedral (*duomo*), habiendo prometido á Su Alteza hacer unas puertas más bellas que las de San Juan; á pesar de que éstas son las más hermosas del mundo, prometíame en verdad hacerlas mucho mejores, lo cual hubiera sido de grandísima gloria para Su Alteza. Mientras que daba cumplimiento á aquestas en extremo fatigosas labores, sólo en los descansos de ellas, la mayor parte de las noches y casi todos los días de fiesta hacía yo el *Apolo de Narciso*, los bustos de la duquesa y del Gran Duque el *Crucifijo* y el modelo del *Neptuno*, que cuando Su Alteza vino á verlo á mi casa encargóme libremente la obra; que me fué quitada por la duquesa, merced á la malignidad de las envidias. Con todo y con eso, propuse á Su Alteza que se hiciesen unos grandes de barro, tamaños como había de ser la obra en mármol, lo cual fué de su agrado. Por eso comencé el mío y me hice ayudar por dos buenos jóvenes, á quienes pagué siempre de mi bolsa.

En esto que había yo casi terminado mi obra y montado muy bien el conjunto, y había comenzado á concluir la cabeza, envenenáronme con sublimado, y me medicaron el maestro Francisco de Monte Varchi y el maestro Rafael de Pilli. Esto fué causa de que no pudiera yo dar fin á toda mi estatua; pues aun cuando la señora duquesa me había quitado la obra, esperaba yo que me la devolviese así que viera mis modelos. Mas como estuve enfermo más de un año por el antedicho veneno, Ammannati había obtenido ya la obra y habíala sacado toda de puntos en el mármol, cuando Su Alteza vino á mi casa, donde estaba la señora duquesa para ver mi *Crucifijo de mármol*; después de visto el *Crucifijo*, mostré mi modelo del *Neptuno*, á la par que todos los ornamentos de la fuente, los cuales tanto satisficieron, que de viva voz arrepintióse mucho de habérmela quitado, y dió grandes muestras de pesar, por haber incurrido en tal error para ella y tan desmedida sinrazón para mí; habiendo encomendado en presencia de Su Alteza á un hombre de mucha autoridad que hiciese extraer un mármol de igual ó mayor tamaño que aquél, pues quería que de todos modos hiciese yo aquella hermosa obra. En el intervalo se marchó á Pisa Su Excelencia Ilustrísima, muriendo en breve y con ella todas mis esperanzas (1). Después, tornado que hubo de España el gran Príncipe, hízome tan gratas demostraciones de no fingido afecto, que tuve por cier-

(1) Murió la duquesa en 18 de Diciembre de 1562.

to haber vencido á la malignidad de mi cruel fortuna: y tales razonamientos tuve con Su Alteza, que prometíe como cosa cierta el poder ejecutar mi primer deseo (1). Mas no se tardó mucho sin que las malignas envidias tuviesen fuerza bastante á quitarme también aquel gran beneficio que parecíame haber reconquistado; al momento anublóseme de nuevo el cielo. Después del regreso de Su Alteza, con motivo de los festejos por su venida, fuéme encomendado por el gran Duque cómo hiciese yo la gran puerta de Santa María del Fiore, de la cual hice los dibujos y satisficieron grandemente; mas ocurrió una pequeña disputa, porque querían hacerme partir á medias el trabajo; y aun cuando con verdaderas y claras razones me defendí, si bien humildísimamente, de nada me valieron, porque el Gran Príncipe había sufrido ya la mala impresión, con la cual y contra todo lo debido, quitóme aquellos salarios que yo tenía; por lo cual, injustamente por mi mala fortuna me he visto lacerado con gran sinrazón.

Ahora, señores Suprasíndicos, parece que Vuestras Señorías quíerenme computar aquellos mínimos salarios por el precio de mis obras: aquesto no es justo, yendo contra Dios y con falta de los primeros pactos que hice con Su Alteza. Sabed, señores, cómo paréceme que yo he superado á San Bartolomé en paciencia y gran martirio: él fué solamente desollado; mas yo, en

(1) Regresó de España el príncipe D. Francisco en 25 de Agosto de 1563.

mi gloriosa patria, he visto cómo sin razón se me ha quitado el pellejo y después se ha hecho la anatomía del resto de mi malaventurada carne, de modo que sólo me quedan no más que mis infelices huesos mondos, donde aún se agarra algún tanto mi mal traída ánima; y si no fuese el amor que me mueve por la inocencia de mis tres desventurados hijitos, marcharía de aquí á un eremitorio á gozarme en la gloria de Dios. Sólo me conforta el que por haber sido tan martirizado sin razón en aquesta mi vida, espero que en la otra seré salvo. Sólo me ocupo en rogar á Dios que no quiera vengarme tal como lo ha hecho en lo pasado, pues tiemblo y gimo al recordar aquello que manifestamente ha obrado Dios con aquellos que me han hecho daño. Pues bien; acabad, en nombre de Dios.

BENVENUTO CELLINI.

XXVI.

Día 18 de Diciembre de 1570.

TESTAMENTO DE BENVENUTO CELLINI.

In Dei nomine. Amen.—En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, MDLXX, Indicción XVIII y día 18 del mes de diciembre, siendo Pío V Pontífice Máximo y el Serenísimo Cosme de Médicis Gran Duque de Toscana. Hecho en Florencia en el barrio de San Miguel Bisdomini de dicha ciudad, y en la casa del in-

frascrito testador, enclavada en dicho barrio, presentes los infrascritos testigos á las infrascritas cosas, de propia boca del infrascrito testador, llamados, venidos y rogados, los nombres de los cuales son aquestos, á saber:

Maestro Antonio, hijo de Rómulo de Antonio Crocini, ebanista; Vicente, hijo de Rafael de Francisco Braccini, ciudadano florentino; Domingo, hijo de Nicolás de Cristóbal Mannozi, ciudadano florentino; Stoldo, hijo de Juan ó mejor dicho de Gino de Antonio Lorenzi, escultor florentino; Sebastián, hijo de Nicolás de Juan Montigiani, correo florentino; Tomás de Domingo de Pistoya, peón del barrio de San Quirino de la Señera; y Lorenzo de Clemente, de Juan del Puente de Sieve, ebanista, habitante en Florencia. .

No habiendo en aquesta presente vida cosa más cierta que la muerte ni cosa más incierta que la hora de la muerte, es propio del hombre sabio pensar en la hora de la muerte. De aquí el que, constituído en presencia mía el notario infrascrito, con los testigos infrascritos, el Magnífico hombre Bienvenido, hijo del maestro Juan de Andrés Cellini, escultor y ciudadano florentino, sano de la mente, del intelecto y de la vista, mas algún tanto enfermo del cuerpo; sabiendo estar sujeto á la muerte y queriendo disponer de sus facultades mientras tiene la mente sana, por aqueste presente nuncupativo testamento suyo, el cual se declara sin otro alguno escrito, de aqueste modo como sigue dispone y hace como se dice, á saber:

En primer lugar, sabiendo que el ánima es cosa más noble que el cuerpo, cuando aquélla se aparte del cuerpo, se la encomendó á Dios O. M., y á Jesucristo Nuestro Redentor y á la Virgen María, y eligió para haber de tener sepultura de su cuerpo en la iglesia de la Santísima Anunciación de los Siervos de Florencia, y en el sepulcro que quizá dicho Testador durante su vida provea á que sea edificado; en otro caso, de no estar hecho dicho sepulcro por el tiempo de su muerte, eligió y quiso ser sepultado en la sepultura de la Compañía de la Academia de los Escultores, Pintores y Arquitectos, puesta en la capilla de dicha iglesia de la Anunciación, con aquellos gastos para honores fúnebres que parezcan á los infrascriptos, ejecutores suyos testamentarios.

Item, por razón de legado dejó y legó á la Fábrica de Santa María del Fiore de la ciudad de Florencia, y sacristía y nueva construcción de los muros de dicha iglesia de dicha ciudad, y á todos los dichos lugares, en junto tres liras pequeñas, según es costumbre.

Item, quiere y dispone que la señora Petra, su legítima mujer, después de la muerte suya, recobre su dote en la suma de florines 300 de oro de moneda, de liras siete por florín; la cual suma ha confesado por la dote predicha, y séale pagada la gabela.

Item, por razón de legado y de toda la mejor manera, dejó y legó á la supradicha señora Petra, su legítima mujer, todos los paños, ropas de lana y lino y de cualesquiera otras suertes, y todos los demás muebles,

para uso de dicha señora Petra preparados y destinados.

Item, quiso, dispuso y ordenó dicho Testador que dicha señora Petra, su mujer, tenga y logre después de su muerte, en caso de que permanezca viuda y guarde vida honesta conforme á ese estado, y esté con los infrascriptos hijos suyos y de dicho Testador, aparte del sufrascripto legado hecho en casa de dicho Testador, alimento y vestido decentes, y que sea bien tratada; los cuales alimentos dejó en los casos predichos y en el caso de que permanezca viuda, como antes se manifestó, y de que críe y eduque á Andrés Simón, su hijo varón, y á las infrascriptas hijas suyas hembras; y no de otro modo y manera, pues de lo contrario, prívase á dicha su mujer del presente legado.

Item, por razón de legado y por amor de Dios, y movido á lástima y de todos los mejores modos, dejó y legó á la Lucía, hija del difunto Bernardo de Civitella y de Catalina, mujer del dicho Bernardo, liras 120; y esto en el caso de que continúe estando de criada, como al presente lo está, al servicio de los hijos de dicho Testador, hasta la edad de años diez y siete de dicha Lucía; en el cual tiempo quiso que la antedicha suma se pague al futuro marido de dicha Lucía, y también quiso que hasta dicha edad sea alimentada como corresponde á dichos criados; y en el caso de que no perseverase en el servicio de dichos hijos suyos hasta la edad suprascripta, la privó de la presente manda.

Item, por razón de legado y por amor de Dios y mo-

vido á piedad y de todas las mejores maneras, dejó y legó á la Francisca, hija de Julián Bardelli, hoy labrador de dicho Testador en Tospiano, 100 liras pequeñas para casar á dicha Francisca, y pagarse al futuro marido de dicha Francisca, como parte de dote, confesada por él en instrumento público, y no de otro modo y manera.

Item, quiso, dispuso y ordenó dicho Testador que en caso de que Reparada y Magdalena, sus hijos legítimos y naturales (nacidos de él y de dicha señora Petra, su mujer), hayan de casarse y no viviese dicho Testador, se coloquen en matrimonio por sus infrascriptos tutores, y á cada uno de los respectivos maridos de cada una de ellas se le den, por dote de cada una, florines 1.000 de oro de moneda de liras, 7 por florín; y así, pues, á los dos maridos de ambas florines 2.000 de esa clase, parte en dinero contante y ajuar, y parte por el producto y precio de dos casas del dicho Testador, una comprada y adquirida del ropavejero Fiorino, situada en la calle Benedetta, y la otra situada en la plaza de Santa María Novella de la ciudad de Florencia, y parte en la vía del Sole, comprada á Juan Carnesecchi; en el cual caso, mandó que dichas casas deban venderse por dichos tutores, á fin de que los maridos de ellas respectivamente, y cada uno de ellos, confiesen la dicha dote en dicha suma de florines 1.000 de oro de moneda, por mano de público notario, en amplísima forma; y así, pues, por razón de legado, dejó á cada una de ellas florines 1.000, á pagársele por su dote,

como antes se manifestó, y tasó la dote de cada una de ellas, que debía ser hasta la suma de dichos florines 1.000, si en el caso de que al tiempo del matrimonio de ellas Andrés Simón, su hermano y heredero infrascripto, no logra de algún pariente suyo y no hubiese logrado y adquirido por cualquier título lucrativo de algún pariente de dicho testador, la suma á lo menos de florines 3.000 de oro de moneda. Mas si dicho Andrés Simón, en el dicho tiempo, hubiese adquirido por cualquier título lucrativo la suma predicha de algún pariente, de dichos florines 3.000 á lo menos, en tal caso quiso que por dichos tutores se les dé á las dichas sus hijas y á sus maridos por dote florines 4.000, y á cada una de ellas y de sus respectivos maridos la suma de florines 2.000 de aquella clase, en el caso de que dicho Andrés Simón haya obtenido logro como arriba se dijo, y no de otro modo y manera. Mas si las suprascriptas hijas ó alguna de ellas se hiciese monja y entrase en monasterio, en tal caso quiso, dispuso y dejó al monasterio en el cual alguna de ellas tuviese por bien entrar y profesar, la acostumbrada limosna que dicho monasterio suela recibir de otras; y así, pues, impuso y encomendó á dichos tutores que den y paguen al dicho monasterio la usual limosna acostumbrada á recibir de las otras.

Como herederos universales suyos, instituyó á Andrés Simón, su hijo legítimo y natural, nacido de él y de dicha señora Petra, su mujer legítima, y á cualesquiera otros hijos varones legítimos y naturales que

naciesen de él y de la supradicha señora Petra, su legítima mujer, ó de cualquiera otra mujer legítima suya, en porciones iguales; y substituyó aquéllos uno á otro vulgarmente, pupilarmente y por fideicomiso; y al último de dichos hijos que muera sin hijos y descendientes, primero varones y luego hembras, legítimos y naturales, substituyó las suprascriptas Reparada y Magdalena, sus hijas legítimas y naturales, y demás hijas hembras legítimas y naturales que nacieren de él y de dicha señora Petra, su mujer, ó bien de cualquiera otra mujer legítima suya; y sus hijos, descendientes legítimos y naturales, primero los varones y después las hembras, y al último que muera de dichos sus hijos varones, como instituidos más arriba sin hijos, y descendientes, como más arriba, y no viviendo las subrascriptas hijas hembras y sus descendientes, como más arriba; en caso de suceder tal cosa, si entonces viviese, y no de otra manera, substituyó é instituyó heredero al señor Librodro de Annibal de Librodro, doctor en ambos derechos, habitante en Roma, su sobrino por un hermano de padre. Y dispuso y declaró dicho Testador que en el caso de que las subrascriptas sus hijas substituídas viniesen á la subrascripta substitución, no se pueda en manera alguna pedir á sus respectivos maridos participación alguna sobre dicha herencia, ni en el tercio ni en otra parte, ni en el usufructo que por alguna causa y según la forma de los estatutos se pudiese lograr por aquéllos.

Tutores, y por el debido tiempo curadores de los su-

prascriptos Andrés Simón, Reparada y Magdalena, hijos é hijas de dicho Testador, de los hijos é hijas que pudiesen nacer, hasta que lleguen á su mayoría ó se casaren, nombró, constituyó y quiso que fuesen los respetables señor Oficiales de los Pupilos y Adultos de la ciudad de Florencia existentes en el oficio durante esos tiempos. Y dispuso y ordenó é impuso y encomendó á dichos señores Oficiales y á aquellos grandemente rogó que constituyesen como actores de dicha herencia y de dichos sus hijos é hijas al reverendo Sr. Pedro de la Stufa, canónigo de la Iglesia catedral de Florencia y al Magnífico Sr. Libroodoro de Anníbal, Librodori, doctor en ambos derechos residente en Roma, y Andrés, hijo del difunto Lorenzo Benivieni, ciudadano florentino y á lo menos dos de ellos. Y como quiera que dicho Sr. Libroodoro es abogado en la ciudad de Roma, y acaso no quiera aceptar dicho cargo por ese motivo, dispuso que dichos señores Oficiales, constituyan como actor en lugar de dicho Sr. Libroodoro á aquél que por éste fuese electo y nombrado; en los cuales actores dicho Testador dijo confiar mucho. Y á los cuales señores Pedro Libroodoro y Andrés, dicho Testador los nombró, constituyó y ordenó ejecutores y comisarios del presente testamento y última voluntad, y á cada dos de ellos concordés con plena y libre administración.

XXVIII.

Día 12 de Enero de 1570 (*ab Incarnatione*).

PRIMER CODICILO.

In Dei nomine. Amen.—En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo MDLXX, en la Indicción XIV y á los doce días del mes de Enero. Siendo Pío V Sumo Pontífice y el Serenísimos Cosme de Médicis Gran Duque de Toscana. Hecho en Florencia en el Oficio del Monte, presentes los infrascriptos testigos, de propia boca del infrascrito Codicilador llamados, venidos y rogados, á saber:

El Sr. Baccio de Bernardino de Nascimbeni, del Fuerte de San Casiano, doctor en leyes; Antonio de Lorenzo Calderini, ciudadano florentino; Juan Bautista, hijo del difunto Santos del Borgo, ciudadano florentino; Francisco, hijo del difunto Roberto Alamanneschi, ciudadano florentino; y Domingo, hijo del difunto Juan Altoviti, ciudadano florentino.

Como quiera que en el día 18 del mes de Diciembre próximo pasado del presente año (1) del Señor 1570, Bienvenido, hijo del difunto maestro Juan de Andrés Cellini, escultor y ciudadano florentino, á la sazón algún tanto enfermo del cuerpo, mas por la gracia de Dios

(1) El año florentino empezaba en 24 de Marzo, día de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. El año romano empezaba en el día de Navidad.

sano de la vista, de la mente y del intelecto, hiciese testamento extendido por mano de mi notario, y en dicho testamento dispusiese varias cosas; y, entre otras, instituyó tutores y por el debido tiempo curadores de Andrés Simón, su hijo, y de Reparada y Magdalena, sus hijas, y de los otros hijos é hijas que pudieren nacer, hasta que lleguen á su mayor edad, á los señores Oficiales de los Pupilos y Adultos de la ciudad de Florencia que por aquellos tiempos lo sean; y dispuso y ordenó, y grandemente rogó á dichos señores Oficiales que constituyesen como actores de su herencia y de dichos sus hijos é hijas al reverendo Sr. Pedro de la Stufa, canónigo de la Iglesia catedral Florentina, y al Magnífico Sr. Libroodoro de Anníbal de Librodori, doctor en uno y otro derechos, y á Andrés de Lorenzo Benivieni, ciudadano florentino, y á cada dos de ellos á lo menos; y dispuso que en caso de que dicho Sr. Libroodoro no quisiese aceptar el cargo, que dichos señores Oficiales eligiesen en lugar de dicho Sr. Libroodoro, aquel que fuese electo y nombrado por dicho Sr. Libroodoro; habiendo también constituido á dichos señores Pedro, Libroodoro, ó quien por éste fuere designado, y al antedicho Andrés Benivieni, ejecutores del testamento y comisarios; y como quiera que la voluntad del hombre sea mutable hasta lo último de la vida, por ese motivo dicho Bienvenido, sano de la mente y de la vista, del intelecto y del cuerpo, queriendo por el presente Codicilo añadir y disponer ciertas cosas, dispuso é hizo lo que se dice *ut supra*, y es á saber:

Que además de los suprascriptos tres actores de su herencia y de los suprascriptos hijos, sea el cuarto actor y se elija por dichos señores Oficiales de los Pupilos, Domingo de Nicolás de Cristóbal Mannozi, ciudadano florentino, y cuarto ejecutor y comisario del dicho testamento suyo. Las otras cosas en dicho testamento último contenidas, en todo y por todo confirmo, etc.

XXVIII.

Día 3 de Febrero de 1570 (*ab Incarnatione*).

SEGUNDO CODICILO.

In Dei nomine: Amen.—En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo MDLXX, Indicción XIV, y á los tres días del mes de Febrero, siendo Pío V Sumo Pontífice y el Serenísimos Cosme de Médicis Gran Duque de Toscana. Hecho en Florencia en la casa del infrascripto Bienvenido, sita en el barrio de San Miguel Bisdomini, presentes los infrascriptos testigos, de propia boca del infrascripto Codicilador llamados, venidos y rogados, á saber:

Lorenzo, hijo del difunto maestro Bono, del maestro Lorenzo Bonini, ciudadano florentino; Bautista, hijo del difunto Domingo Lorenzi, escultor florentino; Stoldo, hijo del difunto Juan, ó más bien Gino Lorenzi, escultor florentino; Jerónimo, hijo del difunto Zanobi

Portigiani, fundidor florentino, y Jerónimo, hijo del difunto Francisco Benci de Fiesole, peón.

Como quiera que á los 18 días del mes de Diciembre próximo pasado del presente año 1570, Bienvenido, hijo del difunto maestro Juan de Andrés Cellini, escultor y ciudadano florentino, estando entonces algún tanto enfermo del cuerpo, si bien sano de la vista, del oído y del intelecto, hiciese testamento extendido por mano de mí el infrascripto notario; y después, á los 22 días de Enero próximo pasado el mismo Bienvenido, sano del cuerpo, de la vista, del oído y del intelecto, hiciese un Codicilo extendido por mano de mí el notario infrascripto, y en dicho testamento y codicilo dispusiese varias cosas; y como quiera que la voluntad del hombre hasta lo último de la vida sea mudable; por ese motivo, dicho Bienvenido, sano de la mente, de la vista y del intelecto, si bien enfermo del cuerpo, queriendo por los presentes Codicilos, aparte de las cosas dispuestas por él en el Testamento y Codicilos predichos, añadir, disponer y dejar otras cosas, dispuso é hizo como textualmente se dice, y es á saber:

En primer lugar, considerando dicho Codicilador el modo cómo ha existido y existe una sociedad del arte de aurificería entre él y Antonio y Ovidio, hermanos é hijos del difunto Luis Gregori, aurífices florentinos, y que ellos en dicha compañía se han portado bien hasta ahora y en lo porvenir tiene esperanza de que sigan portándose así; y entendiendo en alguna parte querer-se hacer grato á ellos, por la fe, el amor y la benevolen-

cia por aquellos hacia él manifestados; en atención á que, como compañeros suyos, ejercen ellos el arte del aurífice en el taller sito en Florencia en la llamada Vía Calimara, el cual dicho Codicilador compró con pacto resolutivo á Lorenzo Ardinghelli; por ese motivo dispuso, quiso, impuso y mandó cómo en caso de que dicho taller venga á poder de dicho Bienvenido y sus herederos, por no restituírseles en el tiempo convenido el precio pagado, dichos hermanos Gregori no puedan de ningún modo ser desalojados del taller por dichos herederos suyos, ni ser molestados ni expulsados, sino que siempre puedan permanecer habitando en él y ejercitarse en el arte del aurífice, con tal de que paguen á los herederos de dicho Codicilador cada un año por alquileres de dicho taller, florines 18 de oro de moneda de liras 7 por florín, y liras 3, y sueldos 6 pequeños, y cada seis meses la mitad, y no de otro modo ni manera.

Item, quiso y dispuso que la compañía antedicha persevere hasta el fin como está convenido entre él y dichos compañeros.

Item, dispuso y ordenó que, acabada dicha compañía, si como espera dicho Codicilador dichos compañeros se han portado bien en la compañía terminada y han rendido leales cuentas y han ganado como hasta aquí lo han hecho, por los señores Oficiales de los Pupilos y Adultos de la ciudad de Florencia, tutores, y por el debido tiempo curadores de sus herederos é hijos, pueda comenzarse nueva compañía con dichos Antonio y Ovidio, con los mismos pactos y convenciones, y acrecer y

poner nuevos dineros con aquellos pactos y convenciones que parecieren á dichos señores Oficiales; y así grandemente suplicó que lo hagan dichos señores Oficiales; y también cuanto pudo les instó y rogó que comprasen de los dineros contantes de dicho Codicilador, la mayor parte que se pueda de bienes inmuebles en la ciudad de Florencia, según su prudente elección, y alguna parte de créditos del Monte como á ellos les pareciere, al efecto de que con los frutos y pagas de ellos puedan dichos hijos suyos más cómodamente vivir.

Item, en atención que á Julián de Antonio Bardelli, su labrador en la granja de Trespiano, es deudor á dicho Bienvenido de cierta suma, como aparece en los libros del mencionado, y deseando que dicho crédito se pague por dicho Julián de cuenta de dicho Bienvenido por amor de Dios y para dote de la Alejandra, hija del dicho Julián, llamada de otro modo Alejandrina; por ese motivo dispuso y por razón de legado dejó por el amor de Dios y para sufragio de su ánima y del modo que mejor sea, que por dicho Julián se pague al que llegare á ser marido de la dicha Alejandra, hija del dicho Julián, dicho débito que éste tiene con dicho Bienvenido, y que el marido de dicha Alejandra deba confesar dicha suma como parte de dote por mano de público notario, en forma, etc.

Item, en atención á que Antonio Biliotti, antiguo labrador suyo en la granja de Trespiano, habitante hoy en Fiesole, y deudor á dicho Bienvenido de cierta suma, la cual aparece en los libros de dicho Codicilador, por

ese motivo dispuso y quiso que dicho Antonio tenga de tiempo tres años para pagar dicho débito; y por tanto le otorgó dilación de tres años para pagar dicho débito y todo aquesto por amor de Dios y al efecto de que ruegue á Dios por el ánima de dicho Bienvenido.

Item, en atención á que dicho Bienvenido ha tenido y tiene pleito en el tribunal de los Mercaderes con Domingo Sputasenni, por ocasión de alimentos prestados por él y dicho Domingo á la Dorotea su mujer y á sus hijos en varios tiempos, por ese motivo dispuso y quiso que en el caso de que dicho Domingo no mueva litigio y molestia en modo alguno á sus herederos, y no de otro modo ni manera, y en el caso antedicho, por amor de Dios y por obra de piedad remitió á dicho Domingo todo débito que por causa de las suprascriptas cosas tuviese con dicho Bienvenido, y quiso que por sus herederos se renuncie al pleito promovido por él contra dicho Domingo en el Tribunal de la Mercadería; y aun cuando dicho Bienvenido está obligado á alimentar á Antonio, hijo de dicho Domingo, durante la vida natural de dicho Bienvenido y no de otra suerte, como parece decirse por benigno Rescripto del Serenísimo Señor Príncipe; por ese motivo quiso é impuso que si al tiempo de la muerte de dicho Bienvenido fuese deudor al dicho Antonio por causa de dichos alimentos, se pague lo debido.

Item, por amor de Dios y movido á piedad y para sufragio de su alma y del mejor modo, etc., aparte del salario de que fuese deudor al infrascripto Carlos, servi-

dor suyo, por razón de legado y del mejor modo, etc., dejó á Carlos, llamado de otra manera Carlitos de Lorenzo de Dicomano, su servidor, florines seis de oro de moneda de liras siete por florín, y aquellas ropas de lana más viejas usadas por dicho Codicilador, según pareciese á los ejecutores de su testamento, y todo por amor de Dios.

Item, aparte del salario de que dicho Bienvenido fuese deudor á la infrascripta criada Isabel, por amor de Dios y movido á piedad y por la salud de su ánima, por razón de legado y del mejor modo, etc., dejó á la Isabel de Mariotto de Monte Varchi, su criada, florines cuatro de oro de moneda de liras siete por florín y algunas ropas de las más usadas de dicho Codicilador, según pareciese y plazca á los ejecutores del testamento de dicho Bienvenido, y todo por amor de Dios.

Item, por amor de Dios y en sufragio de su ánima por razón de legado y de la mejor manera, etc., dejó ó legó á los frailes y al convento de la Anunciación de los Siervos de la ciudad de Florencia, florines cuatro de oro de moneda de liras siete por florín, con encargo de celebrar la misa de San Gregorio y un oficio de difuntos en la octava del día de la muerte de dicho Bienvenido.

Item, quiso, dispuso y ordenó que el modelo de cera del *Neptuno*, hecho por dicho Codicilador, sea por los ejecutores de su testamento entregado al Serenísimo Gran Príncipe de Toscana, aun cuando aquél no estuviere concluido, como lo hubiese hecho y estaba en su

mente hacerlo, si no hubiese sido impedido por la enfermedad, y el cual habíale donado á dicho Serenísimo Señor Príncipe; y también al antedicho Serenísimo Señor Francisco de Médicis, Gran Príncipe, libremente donó, ó por razón de legado dejó, todas aquellas estatuas por dicho Bienvenido fabricadas, de cualquiera suerte que ellas sean, acabadas ó sin acabar, estén donde se hallaren, y que plazcan á dicho Serenísimo Señor Príncipe y que él quiera, en atención á que, después de Dios y de los santos del cielo, dicho Codicilador no tiene en quien más confíe con mayor fe; y al cual Serenísimo Príncipe grandemente encomendó sus hijos pupilos y huérfanos, cómo por su clemencia y misericordia se digne ampararlos, ó á la sombra de su clemencia favorecerlos, dirigirlos y quererlos; y rogó á los señores Oficiales de los Pupilos, tutores de sus hijitos, que en todas las necesidades de dichos hijos suyos recurran á dicho Serenísimo Señor Príncipe; del cual espera que se dignè ser favorecedor y amparador de sus hijitos en sus angustias y necesidades. Las otras cosas hechas otras veces en dicho testamento y codicilo anterior, confirmó y quiso que valiesen, etc.

XXIX.

Día 6 de Febrero de 1575 (*ab Incarnatione*).

TERCER CODICILO.

In Dei nomine: Amen.—En el año de la Encarnación del Señor Nuestro Jesucristo MDLXX, Indicción XIV, y á

los seis días del mes de Febrero, siendo Pío V Sumo Pontífice, y el Serenísimos Cosme de Médicis Gran duque de Toscana. Fecho en Florencia en la casa del infrascripto Codicilador, sita en el barrio de San Miguel Bisdomini, presentes los infrascriptos testigos, de propia boca del infrascripto Codicilador, llamados, venidos y rogados, es, á saber:

El reverendo D. Segismundo de Oliveri de Pollini, clérigo florentino; Lúcas, hijo del difunto Jerónimo de Lúcas de' Mini, ciudadano florentino; Jerónimo, hijo del difunto Zanobi Portigiani, fundidor de estatuas de bronce, florentino; Jacobo de Tomás de Peretola, tejedor de paños de lana, y Antonio, hijo del difunto Luis Gregori, aurífice florentino.

Como quiera que en el día 18 del mes de Diciembre próximo pasado, Bienvenido, hijo del difunto maestro Juan de Andrés Cellini, escultor y ciudadano florentino, hiciese testamento extendido por mano de mí el notario infrascripto; y como quiera que en el día 12 del mes de Enero próximo pasado hiciese un Codicilo, y últimamente en el día 3 del presente hiciese otro Codicilo, extendidos todos de mano mía, disponiendo varias cosas en dichos Testamento y Codicilos; y como quiera que siempre se venga al pensamiento del hombre alguna cosa nueva; y acordándose de en el dicho Testamento haber dispuesto acerca de las dotes de Reparada y Magdalena, sus hijas, acerca de la limosna de ellas y de cada una de ellas para el caso de que entren en monasterio y se hagan monjas; y deseando añadir alguna

cosa por los presentes Codicilos, por ese motivo dicho Bienvenido, sano de la mente, de la vista y del intelecto, mas algún tanto enfermo del cuerpo, dispuso é hizo como se dirá, y es, á saber: Que en el caso de que las suprascriptas Reparada y Magdalena se hagan monjas, ó cualquiera de ellas se hiciese monja, en tal caso, por razón de legado y del mejor modo, dejó y legó y dispuso que aparte de la limosna que haya de pagarse por sus herederos, según como en el dicho testamento dispuso para la profesión de alguna de dichas sus hijas, ó dichas sus hijas hechas monjas, por sus herederos ó más bien por los tutores de ellos se constituya una renta anual sobre el Monte de Piedad ó en cualquiera otra parte, para dicha su hija así profesada, de la cual sólo ella misma, y sin licencia de dicho monasterio ó más bien de las monjas, pueda disponer, y á las cuales monjas no les compete ingerencia alguna sobre dicha renta, ni quieran ni puedan conseguir ni apoderarse de nada de ella, por cada un año, de florines 12 de oro de moneda de siete liras por florín, durante la vida natural de dicha su hija solamente así profesada monja, y en cada mes á prorrata; y si muriese, cese dicha renta y vuelva libremente á sus herederos; y hasta tanto que dicha renta no sea constituída por dichos herederos, en caso de profesión monacal de cualquiera de ellas, quiso y mandó que á cualquiera de ellas así profesada monja, por dichos sus herederos se paguen y den libremente por cada un año, durante la vida natural de ellas *ut supra*, florines 12 de oro de moneda y en cada mes á *prorrata*;

y por tanto así deba hacerse para cada una de dichas sus hijas en el caso de que todas se hiciesen monjas. Las otras cosas contenidas en los dichos Testamento y Codicilos mencionados más arriba, en todo y por todo y en cada una de sus partes confirmó y quiso que subsistiesen.

Ego quondam ser Mathæi ser Joannis de Falgano, civis et notarius publicus florentinus de suprascriptis, etc., rogatus, etc., in fidem, etc.

XXX.

Día 15 de Febrero de 1570 (*ab Incarnatione*).

EXEQUIAS HECHAS AL SEÑOR BIENVENIDO CELLINI, ESCULTOR.

Recuerdo cómo hoy, día supradicho, enterróse al señor Bienvenido Cellini, escultor; y fué enterrado por orden suya en nuestra capilla de la *Nunziata*, con una gran pompa funeral, donde se encontró toda nuestra Academia, juntamente con la Compañía. Y habiendo ido á su casa y hecho á todos sentarse por orden, cuando hubieron pasado todos los hermanos, en seguida fué tomado el féretro por cuatro académicos y llevado con los usuales relevos hasta la *Nunziata*, y hechas allí las debidas ceremonias de la Iglesia, fué por los mismos académicos cogido y llevado á dicha capilla, donde se repitieron las ceremonias del culto divino y subió al

púlpito un fraile, á quien la tarde antes del entierro fuéle dado encargo de pronunciar la oración por el señor Bienvenido, en elogio y honor de su vida y obras, y buena disposición del ánima y del cuerpo públicamente; la cual fué muy celebrada con gran satisfacción de toda la Academia y el pueblo que á porfía se apretaba por entrar en dicha capilla, tanto por ver y señalarse unos á otros á dicho señor Bienvenido, como también por escuchar las buenas cualidades suyas. Y todo fué hecho con grandísimo aparato de cera y luces, así en la iglesia como en dicha capilla. No dejaré de anotar la cera, que fué dada á la Academia, en primer lugar: cónsules, cada uno una hacha de una libra; consejeros, cada uno una hacha de onzas ocho; escribanos y camarlen-gos, cada uno de onzas ocho; provisores, una de á libra... Todos los demás, que fueron en número de 50, llevaron cada uno una vela de onzas cuatro; y de aquesto apunto el recuerdo.

XXXI.

Día 15 de Febrero de 1570 (según el estilo común 1571).

NOTA DE LOS BIENES QUE DEJÓ BIENVENIDO CELLINI Á SU MUERTE.

Una casa con huerto y una caseta pegada á ella formando un todo, sita en el barrio de San Pablo, calle Benedetta, con sus confines, arrendada á Nicolás de Donato Cochi, por escudos 38 de moneda al año.

Una casa para uso con taller en la planta baja á estilo de pintor, en la calle de la Colonna, barrio de San Miguel Bisdomini. Otra parte de dicha casa está arrendada á Biagio Cecini, notario de la Mercadería, por 18 escudos anuales; y el antedicho taller lo está á Jerónimo de Francisco Macchieti, pintor, por 31 escudos y 10 liras.

La mitad de varias piezas de tierra labrantía, en el lugar llamado Colina de la Zeta, pueblo de San Bartolomé de Farneto, con olivos y encinas.

La mitad de otras cuatro piezas de tierra, sitas en el mismo lugar; estos bienes son parte heredados de su padre y parte por compra hecha por él á Pedro María de Vespasiani de Anterigoli, por 200 escudos de moneda.

Un pedazo de tierra labrantía, con viñas y manzanos, de unos tres estadios de sembradura, situada en el pueblo de San Miniato de Piazzano, podestería de Vicchio de Mugello, comprado á Mateo de Francisco Tassi, en escudos 38, con pácto resolutivo de tres años.

XXXII.

Dia 16 de Febrero de 1570 (en estilo común 1571).

Inventario de los bienes muebles existentes en la herencia del señor Bienvenido de Juan Cellini, escultor; hecho y escrito por mano de Luis, hijo de Pedro de

Luis Gemmari, el día 16 de Febrero de 1570; y dejado en mano de la señora Petra, su viuda, en la casa donde acostumbra habitar, sita en Florencia.

(Este inventario consta de 392 números; de él extractamos los referentes á bellas artes y los privilegios concedidos á Cellini por Francisco I, rey de Francia.)

Núm.

9. Un cofre pintado.
10. Un cuadrito de media braza, de Nuestra Señora, bajo-relieve de yeso.
12. El Juicio de Miguel Angel, en un papel pequeño, con adorno de árboles.
67. Dos Privilegios del rey de Francia, concedidos á Bienvenido.
74. Una Nuestra Señora, de yeso, pequeña.
75. Un platillo de Nuestra Señora, adornado con oro.
77. Un par de cofres pintados.
80. *Un Crucifijo de barro.*
93. Un Dante á pluma, en madera.
111. Un busto de yeso sobre la chimenea.
118. Un cofrecillo pintado por dentro.
131. Una Virgen antigua, de tabernáculo.
153. Una bolsita de aurífice y dentro un diamante engarzado en oro y dos esmeralditas á la antigua, por valor de 50 florines.
155. Un anillo á la turquesca, de oro, con una piedra ónice y una turquesa engarzada en dicho anillo, con la marca del caballo alado.

Núm.

156. Un breve todo de oro, una cruz y letras con una cadenita de oro de ruedecillas.
161. Un escudo del papa Julio Monti, de oro, horadado.
177. Un rubí engarzado en oro, de valor de seis escudos, con el cual se desposó.
178. Una Fe de oro, por valor de seis florines.
196. Una Virgen de madera, con un San Antonio.
208. Un modelo en madera del pedestal de Perseo.
226. Un par de cofrecillos unidos, pintados por dentro.
233. Un retrato del señor Bienvenido, con adornos de nogal.
236. Un par de bancos de nogal, tallados, con respaldos de cerda, de ocho brazas.
237. Un hermoso lecho de nogal, tallado por mano del Tasso.
241. Una repisa de brazas... en tres trozos, de nogal, hermosamente tallados.
242. Un banco de nogal de cerca de seis brazas, con respaldo adornado de oro.
244. Dos asientos de nogal, tallados, de cerca de dieciséis brazas de largura.
247. Un modelo grande de Perseo, de yeso.
248. Una Cleopatra.
290. Un bajo-relieve de cera en un cuadro de piedra, representando á Adán y Eva; está en el taller.
291. Un modelito de Cleopatra, de cera.

Núm.

-
292. Un modelito de un Silencio, de cera.
293. Otro modelito de cera.
294. Un modelo, sin concluir, de un Neptuno, de cera.
295. Dos ó tres modelitos de púlpitos para Santa María del Fiore, de cartón.
296. *Un modelo de un Crucifijo, de barro.*
297. Un modelo de la Fuente de Plaza, ó sea Neptuno, de cera.
298. *Un modelo de Crucifijo, sin concluir, de cera blanca.*
299. Dos modelitos de Juno, sin acabar, de cera amarilla.
300. Un modelito de Andrómeda, bajo-relieve de cera.
301. *Un modelo grande de un Crucifijo, sin concluir, de yeso.*
302. Una estatua de mármol de la Ilustrísima Señora Leonor de Toledo, duquesa de Florencia, tamaño natural.
303. Una estatua de mármol representando á Narciso.
304. Una estatua de Apolo con otra estatua á los pies (Jacinto).
305. Un busto de mármol del Gran Duque, sin terminar.
307. Un busto de mármol, esbozado.
316. Un modelo del caballo de Padua, de barro.
324. Una cabeza de Medusa, de bronce.
325. Un modelito de Nuestra Señora, de cera.
326. Un Narciso, de cera.
327. Un Jacinto, de barro cocido.

Núm.

-
328. Un modelo de Hércules ahogando á Anteo, y otro Hércules mayor, de cera.
329. Un modelo de una fuente, de cera.
330. Un modelo, de cera, de un sepulcro del Papa y varias figuras.
331. Una Minerva, de barro cocido.
332. Una figura de mujer, de cera.
333. Un modelo de una Caridad.
334. Dos cajitas de retratos del Serenísimó Príncipe.
335. Una estatua de una Caridad, de mármol, sacada de puntos.
336. Un modelo de cera.
337. *Dos Cristos en Cruz, sin concluir*; uno de barro y otro de cera.
338. Un busto del Gran Duque, de cera.
339. Un platillo representando la Luna, de barro.

APÉNDICE.

Relaciones entre el cardenal Hipólito de Este y Bienvenido Cellini, según noticias recogidas por el marqués José Campori.

Entre los más apetecidos resultados de las investigaciones hechas en el Archivo Palatino de Módena, debo señalar las noticias en él encontradas acerca de BENVENUTO CELLINI y sus discípulos *Ascanio de Tagliacozzo* y *Paulo Romano*. Quien sepa cuánto interés inspira, aun al más medianamente instruído, todo lo relativo á aquel

singular y sublime ingenio, asombro de sus contemporáneos y de la posteridad por la extravagancia de sus aventuras y la excelencia de sus obras; quien conozca el modo cómo se multiplican las ediciones de las *Memorias* y los *Tratados* por él compuestos, así como el empeño puesto por los eruditos de nuestro tiempo en ilustrar y poner en claro, lo mismo las obras que hizo que los más mínimos accidentes de su trabajada vida, no dejarán de ver con gusto estas breves noticias que hemos entresacado de un *Libro de gastos particulares del cardenal Hipólito II de Este*, llevado por su tesorero Tomás Mosti, y que comprende el año 1540 por completo. En él se confirman los hechos narrados por aquél mismo en su *Autobiografía*, y se añaden minuciosos y curiosos particulares callados por él y desconocidos hasta ahora.

Refiere CELLINI que en 1537, hallándose por primera vez en Francia, entró al servicio del cardenal de Ferrara y que obtuvo de éste mucho favor y dinero para comenzar las obras de una jofaina y un jarro de plata; que de regreso á Italia fué bien acogido por el duque de Ferrara; que al trasladarse á Roma, púsose á ejecutar trabajos que le encomendó el cardenal; y, finalmente, que á éste fué deudor de su liberación de las prisiones en el Castillo del Santo Ángel, donde estaba recluso. Tal gracia le fué otorgada en los primeros días de Diciembre de 1539, y hasta el 4 de Enero subsiguiente no aparece por primera vez el nombre de CELLINI en el volumen manuscrito que nos sirve de guía, en el cual apa-

rece consignada la adquisición de *doce esterillas de paviera* (1), las cuales fueron dadas al Maestro Bienvenido, auri-fice, para ponerlas encima del embaldosado de su habitación, donde él está trabajando en el palacio del Reverendísimo Cardenal de Mantua, por encargo del Reverendísimo Cardenal de Ferrara. Aquí viene de molde una observación. Bienvenido dejó escrito en sus *Memorias*, cómo después de haber sido libertado de las prisiones, fué recogido y alojado por el Cardenal de Ferrara en su palacio; mas este aserto se ve contradicho por el citado documento, coetáneo y de una indiscutible autenticidad. Pero á nosotros nos parece que ambos textos pueden conciliarse entre sí, suponiendo que el Cardenal de Ferrara habitase en el palacio del Cardenal Gonzaga, por no haber tomado aún posesión de aquél que más adelante tuvo en Monte Cavallo, el cual es una parte de nuestro moderno Quirinal (2).

En efecto, tenemos la certidumbre de que CELLINI habitó con el Cardenal Estense, porque repetidamente nos lo asegura, y porque de la parte copiada del referido manuscrito claramente se desprende que de todo lo necesario para su comodidad y las labores á él enco-

(1) Planta palustre. Tassonni, en una de sus notas al *Vocabulario de la Crusca*, voz *Papirus*, advierte: «El antiguo papiro de que se hacía papel es una planta de las lagunas Alejandrinas. También crece en los pantanos de Lombardía, y en dialecto modenense llámase *Paviera*».

(2) Annibal Caro, en una carta escrita en Roma el 5 de Diciembre de 1539, confirma el hecho de la liberación de Bienvenido y del asilo que le dió el Cardenal de Ferrara en su palacio.

mendadas proveáale su Mecenaz; y más explícitamente aún por las palabras que se insertan en el 12 del mismo mes, por las cuales se sabe haber sido pagado un albañil *por haber hecho en el palacio donde habita el Reverendísimo Cardenal una oficina de aurífice necesaria al Maestro Bienvenido, aurífice que trabaja para Su Señoría Reverendísima.*

Prosigue CELLINI en sus *Memorias* contando un viaje suyo á Tagliacozzo, de donde volvió á Roma con su criado Ascanio, natural de aquél país; y que en esta ciudad se puso á trabajar en la jofaina ya comenzada y á modelar un nuevo jarro en sustitución del otro que le había sido robado; y que el Cardenal encargóle su sello pontifical y el modelo de un salero.

Del sello y del salero no se halla memoria alguna. En cambio se encuentra una nota acerca de cuatro candeleros de plata que se le encargaron hacer en los primeros tiempos de su salida del Castillo, por los cuales fuéronle pagados por Jerónimo Salvi, letrado de cámara, 114 escudos de oro y 30 bayocos; y de una copa que tenía que hacer y sobre la cual se advierte que en 28 de Enero se entregaron 30 bayocos á un tornero *por un modelo en madera de una copa, dado al Maestro aurífice Bienvenido para sacar una copa de plata que tiene encargo de hacer para el Reverendísimo Cardenal.* No nos sorprende que á Bienvenido se le olvidase apuntar lo de los candeleros; mas el silencio por él guardado acerca de esta copa, debe interpretarse á nuestro parecer en el sentido de no haber llevado á cabo esa obra cuyo modelo había

encargado hacer. Y en efecto, su partida de Roma, el consecutivo viaje á Francia y el apartamiento del servicio del Cardenal, sin duda alguna distraerían su ánimo de tal empresa. Igualmente nueva é imprevista resultaría la otra labor de un busto de bronce del emperador Vittellio, *que dió él al Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal nuestro*, á no entenderse que se trate de una obra antigua de aquellas que íbanse desenterrando y que con estudioso afán recogía el Cardenal, amantísimo de las antigüedades. Aparte de que, á nuestro juicio, mal se hubiera satisfecho CELLINI con 20 escudos de oro que por esa le fueron pagados, á no ser que deba entenderse que se trata, no de un busto de todo relieve, sino de una medalla; y aun así, asegúranos él mismo que por el sello percibió 300. Sólo nos queda agregar acerca de las cosas que hizo en Roma, que en 1.º de Marzo le fué entregado un escudo de oro para convertirlo en hilo de oro *para hacer padrenuestros de filigrana* á un rosario de aquellos que el Cardenal llevó á Francia como regalo á Madama de Etampes, Madama de Bonneval y otras damas de la elegante corte de Fontainebleau.

Si bien dejamos de registrar ninguna otra operación de CELLINI en el primer trimestre de aquel año, eso no obsta para que podamos dar á conocer dos curiosas noticias que le conciernen. En 6 de Febrero figura en los gastos la sustitución de un escudo de oro que había prestado al Cardenal *por complacerle estando su Señoría Reverendísima en traje de máscara*. Y al siguiente día sumi-

nistráronsele del guardarropa lienzos usados para colocarlos en un carro de triunfo hecho construir por encargo del Cardenal para el músico Francisco de la Viola, con motivo *de dar una música á Su Santidad*.

Dos hábiles mancebos cuyos nombres repítense con frecuencia en las *Memorias* de CELLINI, le ayudaban en las obras que hacía entonces para el cardenal: eran Paulo Romano y Ascanio de Tagliacozzo. Éstos, denominados en el libro del tesorero *Mancebos del M.^o aurífice Bienvenido*, y que lograron merecer elogios del hombre más remiso en elogiar, como lo fué su maestro, recibían del cardenal 4 escudos de oro mensuales de salario el primero y 3 el segundo, por *causa*, está escrito, *de ciertas labores de plata que ayudan ellos á hacer á dicho M.^o Bienvenido, las cuales son de Su Señoría Reverendísima*, y también recibieron como regalo una casaca y un tabardo de paño galoneado de velludo para cada uno, por valor en junto de más de 24 escudos.

En el Lunes Santo, que cayó en 22 de Marzo, salió de Roma el cardenal Hipólito con todo su séquito, con ánimo de detenerse un poco en Ferrara y proseguir después camino de Francia, donde le llamaban intereses religiosos, políticos y económicos, así como su calidad de protector de aquella Corona. CELLINI y sus dos mancebos fueron en la comitiva; y no son de las páginas menos curiosas de sus *Memorias*, aquellas en que narra las aventuras que le acontecieron en este viaje. Llegado á Ferrara y dándosele alojamiento, como él escribe, en el palacio de Belfiore, puso mano á concluir

sus interrumpidos trabajos. Consérvase la nota de los objetos suministrados *por menester de la jofaina y el jarro de plata para aguamanil que hace para los menesteres del Reverendísimo Cardenal nuestro*, y son: pez, una tabla, un aro de madera, criba, ampollitas, una mesa de nogal, una piedra de afilar, alambre de hierro, dos cedazos, plomo, limas de hierro, borax, salitre, cera virgen y tártaro de vino blanco para blanquear la jofaina y el jarro. También le fueron entregados por el tesorero Mosti un candelero y monedas de varias clases *para fundirlos y emplearlos en un jarro de aguamanil que hace, etcétera*. Sin embargo, interrumpió estas operaciones para hacer un medallón en un círculo de piedra negra, con el retrato del duque Hércules II en el anverso, y la Paz encadenando al Furor en el reverso. No hemos visto mención de esta obra, así como de otras no indicadas por él, acaso por no haberse ejecutado. Trátase del busto en bronce del cardenal su protector. En efecto, adviértese que en 14 de Abril se pagaron una lira y 15 sueldos á Francisco de Nappe, *por haber modelado y hecho de yeso dos veces el busto del Ilmo. y Rmo. Cardenal nuestro, entregándose al aurífice M.^o Bienvenido para hacer uno semejante de bronce*. Creemos firmemente que este busto jamás pasó del yeso al bronce, y que sucedió con él como con la copa antedicha, pues CELLINI no hubiera dejado de darnos cuenta de ello, como nos dió de la medalla del duque; y porque su partida para Francia y su separación del cardenal, habrían hecho desistir de ese propósito, tanto al comitente como al artista.

Poco después de mediado Abril, el cardenal poníase en camino para Francia y más tarde le siguieron CELLINI y sus discípulos (1), disponiéndolo así el cardenal en obediencia á los expresos deseos del rey de Francia. Acomodados en dos cajones de madera forrados de cuero, la jofaina y el jarro sin concluir, cogióselos al mulo que transportaba sus equipajes á Francia; y llegado que hubo á Fontainebleau, donde residía la corte, tuvo el honor de presentarlos al rey, quien tuvo por ello gran complacencia, aun cuando no faltaban en París excelentísimos aurífices. CELLINI dióse grandes prisas por terminar esas dos obras maestras, en lo que empleó varios meses. El 24 de Diciembre aparece habersele pagado desde el día 12 del mismo mes en Fontainebleau 74 escudos de oro del Sol, una lira y 10 sueldos torneses, *por dorar un jarro y una jofaina oval de plata, labrados con figuras, que hace para el antedicho Reverendísimo Cardenal nuestro, los cuales quiere Su Señoría Reverendísima donar á la Majestad del Rey Cristianísimo.* En confirmación de esto, recordamos oportunamente las palabras de CELLINI mismo en su *Vida*: «Mientras tanto que arreglaba yo aquestas cosas, acabé el jarro

(1) Cellini no partió de Ferrara antes de Septiembre, según resulta de un Recuerdo suyo, estampado á continuación de sus *Trattati dell'oreficeria e della scultura* (Florencia, Le Monier, pág. 247). Alberto Sacratí, embajador de la casa de Este en la corte de Francia, escribía al duque Hércules II, el día 11 de Octubre de aquel año, haberle sido entregadas las tres cartas á él dirigidas por dicho príncipe el 28 de Agosto, añadiendo que son las últimas recibidas después de las que le llevó el maestro Bienvenido, aurífice.

y la jofaina oval, los cuales me llevaron bastantes meses; y concluído que los hube, hícelos dorar muy bien. Aquesta pareció ser la obra más hermosa que jamás habíase visto en Francia.» Y sigue diciendo que el cardenal se la regaló al rey, quien en compensación dióle una abadía rica, de 7.000 escudos de renta.

Así como antes se nos ocurrió insertar dos curiosas noticias que no eran referentes al arte, en el tiempo en que Bienvenido moraba en Roma, permítasenos apuntar otras dos del primer período de la segunda residencia de él en Francia. La primera es del último día de Octubre, en el cual se ve anotada una pequeña propina dada al M.^o Bienvenido, aurífice, por propia mano de Su Señoría Reverendisima, estando en la barca, por haberle aquél dejado una daga y un látigo de montar. La segunda es del día 13 de Diciembre, y se refiere al pago hecho en Fontainebleau de 10 libras y seis sueldos torneses, á un tal Bartolomé, llamado Vicino, por un testón que había hecho dar al cardenal por mano del M.^o Bienvenido, estando en la sala del rey para mostrarlo á Su Majestad, en que cayéndosele á su Señoría Reverendisima de las manos, perdióse.

Aquí terminan las memorias de Bienvenido, y con ellas las relaciones de domesticidad con el cardenal de Ferrara, las cuales no pasaron más allá del año 1540, que está precisamente comprendido por completo en el libro del tesorero Mosti; y sin embargo, de las obri-llas que CELLINI afirmó haber trabajado para el cardenal en Francia, no nos queda vestigio alguno; de todas

estas creaciones del ingenio inventivo y supraeminente del gran artista florentino, no nos quedan ya ni rastros. Si las noticias aquí expuestas no son de las que comunican nueva forma ó nuevo aspecto á un hecho ó á un personaje histórico, no por eso se hallan tan desprovistas de importancia que no merezcan en manera alguna salir de la obscuridad en que yacieron durante 320 años. BENVENUTO CELLINI, por la originalidad y viveza de sus obras, por la gentileza de su ingenio y las aventuras de su vida, que narró á la posteridad, añadiendo una obra maestra de literatura á las obras maestras de arte que creó, es hombre de fama tan universalmente extendida y popular, que el más mínimo accidente cualquiera de su vida y de sus operaciones que se agregue á los hasta aquí conocidos, no puede menos de excitar la curiosidad y llamar la atención de todos los amantes de las letras y de las artes.

Hemos mencionado los dos predilectos discípulos de CELLINI, Paulo y Ascanio, quienes le ayudaron en los trabajos á él encomendados por el cardenal. Otro volumen de las *Cuentas generales* de la administración de los bienes del cardenal Hipólito en Francia por los años 1548 y 1549, nos proporciona nuevos antecedentes también inéditos y de más novedad que los anteriores, acerca de los mismos. Sus nombres, sus actos, sus obras y su fama, están de tal suerte unidos á la memoria de su maestro, que reputaríamos faltar á nuestro deber, si no pusiéramos aquí un resumen de las noticias que les conciernen, contenidas en dicho libro.

Ascanio de Juan, como le llama CELLINI en un recuerdo suyo, ó de Pedro, como pone el libro de Cuentas, apellidóse Maai ó Maaj, y fué natural de Tagliacozzo, en el territorio napolitano. En 1537, sin contar más que trece años de edad, entró en el taller de CELLINI, en Roma, para perfeccionarse en la aurificería; siguió al maestro en los dos viajes hechos á Francia, y le ayudó mucho en las obras por él concluidas, hasta 1545.

El otro discípulo, *Paulo Romano*, persona, escribe Bienvenido, de nacimiento muy humilde (y no se conocía su padre), cuyo nombre patronímico que se le asigna en el mencionado registro era *de la Frangia*, púsose más tarde bajo la disciplina de aquél; á quien sirvió en el segundo viaje á Francia, juntamente con *Ascanio*. Ya hemos visto que tuvieron un estipendio mensual, dado por el cardenal Ferrara en el año 1540, si bien despuésuviéronlo bastante más espléndido, dado por el rey Francisce I en París, cuando trabajaban con el maestro; hasta que al regresar éste á su patria, le confió el encargo de concluir ciertos vasos comenzados, de habitar y custodiar para él su Castillo del *Petit-Nesle* que le dió el rey, dejándoles también en depósito sus muebles y sus mejores estudios de Roma, como escribió en el *Tratado de la aurificería*. Mas por confidencias que se le hicieron acerca de los malos oficios puestos en juego por aquellos contra él, disgustóse de ellos, acusándolos de ingratitud y de doblez.

Ambos jóvenes se quedaron en París y continuaron sosteniendo el crédito del renombre de su maestro y

trabajando en su arte. El libro de Cuentas nos ha conservado las notas de todos los trabajos concluidos por ellos para el cardenal, desde 8 de Julio de 1548 hasta el 25 de Mayo de 1549, y son: cuatro saleros de triángulo; cuatro candeleros de triángulo, redondos y cuadrados; un pie de cruz de altar, labrado con follajes y con una linterna en medio; un jarro y una jofaina á la antigua; una copa achatada y con tapadera; una copa alta y con tapadera; una copa de Cáliz; una copa dorada, con cobertera redonda, con el pie formando follajes; un vaso grande de agua para la credencia; otro análogo también de agua; el fondo, las rosetas y los esmaltes de una *Paz* dorada; un escudo de armas restaurado en una jarra vieja de Venecia; dos escudos de armas de Portugal en dos jarras, y otras cosas menores, composturas, dorados ó bruñidos, de que no hay por qué guardar memoria. Estas obras fueron, por la parte que se encontró ejecutada, llevadas á Roma por el cardenal; las otras fueron luego expedidas al mismo lugar, después de la partida de éste, por el tesorero Mosti, que se quedó en París; pero en 1552 todavía no estaban pagadas por completo.

Después del mencionado año perdemos las huellas de Paulo Romano. No pasa lo mismo con Ascanio, quien estableció su residencia en aquella ciudad, donde vivió hasta después de 1566. En efecto, sigue siendo mencionado bajo la denominación de Ascanio de Nesele, en los libros extendidos en 1556, diciéndose que á D. Alfonso, sobrino del duque de Ferrara, le había he-

cho una copa de plata dorada, con tapadera labrada con figuras; una jofaina para agua y un plato de plata. En 1559 hizo también una jarra y un vaso para el otro Alfonso, que después fué duque, durante el tiempo que permaneció en París. Finalmente, aparece por última vez su nombre en 11 de Febrero de 1563, día en que le fueron entregadas 60 liras tornesas por su antiguo protector el cardenal de Ferrara, á cuenta del trabajo de seis fuentes y tres vasos de plata que estaba haciendo para él.

No tenemos conocimiento de que ningún autor haya agregado acerca de estos dos artífices ninguna noticia, á las que suministran las *Memorias* y los *Tratados* de CELLINI; y sin embargo, su habilidad, reconocida hasta por aqnél hombre difícilísimo para el elogio, viene á sernos confirmada por la calidad de las obras y del personaje que se las había encomendado: el cardenal Hipólito, acostumbrado siempre á servirse de los más excelentes en cada uno de los ramos del arte, y hombre de finísimo gusto, en verdad no les hubiese confiado tantas y tan importantes labores, en competencia con los Marcel, Hottman, Tutin y demás ilustres aurífices de París, que se empleaban en su servicio, si no los hubiera juzgado á la altura de él y del arte, y continuadores dignísimos de la reputación de su maestro.

Hasta aquí las noticias de Paulo Romano y de Ascainio de Tagliacozzo: acabaremos nuestro discurso con un doloroso pensamiento. De tantas insignes obras de orfebrería como serían hoy el decoro de los más es-

pléndidos museos y la admiración de los amantes del arte, ninguna ha llegado hasta nosotros, si se exceptúa el Salero encargado por el cardenal, hecho por CELLINI para el rey Francisco I, regalado por el rey Carlos IX al Emperador de Alemania, Maximiliano II, y que se conserva actualmente en el Tesoro Imperial de Viena.

El nobilísimo arte de Orcagna, Finiguerra, Francia y CELLINI, se ha visto combatido por dos potentísimos enemigos, contra los cuales rara vez queda victorioso, la codicia y la moda.

RIMAS DE BENVENUTO CELLINI

SONETOS ESCRITOS EN PRISIÓN (1)

I.

Á DIOS.

En las prisiones de Florencia, 1556.

Padre, que en Cielo y Tierra eres monarca,
Sacrosanto, inmortal, fuente de vida,
Cura á tu siervo la enconada herida,
Borre tu mano la infamante marca.

Me vejan sin razón. Mi frágil barca
Corre á perderse sin piedad, hundida.
Devuélveme, Señor, la paz perdida;
Dame, nuevo Noé, que entre en el Arca.

Morir por mí te plugo en santo leño,
Y con tu sangre bautizar la tierra,
Cuando el cielo apagó sus luminaires.

De mármoles y bronces el diseño
Hice siempre en tu honor. ¡Y me hace guerra
El que tiene mis obras ejemplares!

(1) No se conoce la causa de este nuevo encarcelamiento de Cellini.

II.

Á SAN JUAN BAUTISTA.

Hecho el día de nuestro San Juan Bautista, en 1556.

Otorga el mármol, Juan, que yo apetezco (1),

Si á mi cuerpo y mi espíritu conviene:

Loor á Dios y á ti daré perenne;

Haz que pueda con él, no desfallezco.

Todavía de fuerzas no carezco,

De ser mayor la idea me sostiene;

Del rey de Francia mi ambición proviene (2),

Y aspirar á inmortal así merezco.

Bien mi Perséo da cumplida muestra,

Con el hierro feroz en sangre tinto

Y á sus pies el cadáver degollado.

Dióme loores mil la Escuela nuestra,

Por ser cultivador de arte distinto;

Con lo que todos hallarán agrado.

III.

AL DUQUE.

¡Oh glorioso señor, discreto y pío;

Puesto que duque sós con oro y genio

Y merecís loor de todo ingenio,

Que hayáis de mí piedad en Dios confío!

Si muero en cárcel do inocencia expío,

(1) Se refiere al mármol para el Neptuno de la fuente de la Plaza.

(2) Puesto que el rey Francisco I habíale dado medios para revelar su mérito como escultor.

Hoy que entro en mi duodécimo quinquenio (1),
 Pérdéis en mi cadáver ¡vil pergenio!
 Arte, esperanzas, fe y el sudor mío.
 ¡Para juzgarme mal hacéos tardo
 Y más presto en premiarme mis fatigas,
 Cual presto os di mis años los mejores!
 Me hielo en llamas y en las nieves ardo (2):
 Calmen vuestro furor lenguas amigas,
 Y truéquenseme en gozo mis dolores.

IV.

Arte, bienes, honor, el pensamiento
 Quitarme anhela, hasta la misma vida:
 Y si Dios en mi trance no me olvida,
 Querrá de aquésta el postrimer aliento (3).
 Y tú, patria, ¿no escuchas mi lamento?
 Y tú, señor, ¿qué estrella te convida
 Á tu siervo á inferir tamaña herida,
 En galardón de insigne monumento?
 De Bandinelli, estulto y pretencioso,
 El gran favor que goza injustamente
 Va contra el parecer de todo el mundo.
 ¿Hay mancebo en la tierra más hermoso
 Que mi Perseo? Entre la humana gente,
 Su detractor quedara sin segundo.

(1) *Ho cinquantasei anni ora*: «tengo cincuenta y seis años ahora».

(2) Si este verso entero es un ripio (al menos lo parece), cúlpele al mismo Cellini, que dice así: «*Addiaccio* (en lugar de *agghiaccio*) *in mezzo al fuoco, e nel diaccio* (en vez de *ghiaccio*) *ardo*» (verso durísimo, como casi todos los suyos.)

(3) Este soneto va enderezado contra el escultor Bandinelli, que obtuvo el mármol para el Neptuno, tan disputado por Cellini.

V.

El día que murió el Alguacil mayor.

Cobarde Muerte, al Alguacil atrapas (1),
Y primero cogiste al Polverino (2):
Tienes un corazón bajo y mezquino,
Pues que presa tan vil haces y escapas.

Adrián, Clemente, Paulo y Julio, papas,
El rey Francisco, el papa Marcelino (3)
Te llevaste. ¡Espectáculo divino
Ver cómo á aquestos con sudario tapas!

Justicia y Muerte van en compañía:
Vicios, Adulación, Fraudes, Engaños
É Ignorancia, les muestran otra vía.

Soy viejo ya, probé mil desengaños;
Si la Muerte mudase fantasía
Puede hacer mucho bueno en estos años.

VI.

En medio el Sol que en los espacios mora
Vió lo que hay en mi ser de más divino,
Clavado en una Cruz y mortecino

(1) *Il Bargello*, el Alguacil mayor ó preboste, jefe de la policía.

(2) Jacobo Polverini, fiscal, autor de las inicuas leyes promulgadas en 1548 en Florencia contra los descendientes de los reos de Estado.

(3) Los pontífices y el rey cuya muerte recuerda Cellini, son: Adriano VI, Clemente VII, Paulo III, Julio III, Marcelo II y el rey de Francia Francisco I. ¡Estas si que eran grandes presas para la Muerte, y no el Alguacil mayor y el Fiscal! Parece invitar á que la Justicia divina y la Muerte (su ejecutora) acaben con Cosme I de Médicis y con el escultor Bandinelli.

Aquel Señor que el Universo adora (1).

Como entonces, ¡oh Dios!, ábreme ahora
Las puertas de la cárcel, cual atino
Que del seno de Abraham á otro destino
Sacaste á los Patriarcas en buen hora.

Y tú, Madre de Dios, gozo completo,
Dígnate darme, por Quien vino al Mundo
Las culpas á lavar en trance fuerte.

Devoto al santo templo de Loreto,
A orarle iré con mi fervor profundo;
Que con sangre inmortal venció á la Muerte.

VII.

El sacrosanto Dios vive inmortal,
Con su gloriosa Corte y esplendor,
Del Sol en medio, donde está el Señor
Dando su gracia á todos por igual.

Va el hombre á rescatar su leve mal
En la Luna, al morir: alto favor,
Pues purga sus pecados, y acreedor
Se hace de Cristo al premio celestial.

Los que van al eterno padecer
De la esfera del fuego en el confín (2)
Girando siempre están, el Sol sin ver.

(1) Recuerda la visión que tuvo en el castillo del Santo Angel en 1539, cuando estuvo preso dos años. (Véase lib. I, capítulo CXXII.)

(2) *Restan fra l'aria e la spera del fuoco*: «se quedan entre el aire y la esfera del fuego.»—Los antiguos cosmógrafos ponían entre el aire que envuelve á la Tierra y el «Cielo de la Luna» una esfera ó cielo, que denominaban *esfera ó cielo del fuego*. Cellini la llama «cielo del fuego» en el cap. LXXVI del lib. II de su *Vida*. Sobre el Purgatorio y la Luna, véase Dante, *Purgatorio*, canto IX.—Acerca de este soneto pudiera escribirse un tomo de comentarios.

En una estrella de encendida crin
 Los que purgaron ya su merecer
 Marchan, á Dios á contemplar al fin.

VIII.

Dióme el Señor aquesta infeliz alma
 En mil quinientos, y por Todos Santos,
 Tras la noche que oyó fúnebres llantos
 Por todos los que al fin la muerte encalma (1).

Si fuese mi destino, yo la palma
 Logrado hubiera, y aun mejor que tantos;
 Pues los que entonan vencedores cantos
 Tuvieron las estrellas más en calma.

Soy Bienvenido, de lo hermoso amante:
 Y disponen malignas las estrellas,
 Con todo su poder, hundirme en cieno.

En Roma y Francia Júpiter triunfante,
 El Perseo en Florencia: cosas bellas.
 ¡Y por lauro esta cárcel donde peno!

IX.

Señor del Cielo, Dios de la Natura,
 Me hiciste de la tierra con las heces,
 Infundiéndome al par gracias sin creces;
 ¿Por qué de mí, Señor, no tienes cura?

Sepulto vivo estoy en tumba oscura
 Que de huesa la cárcel tiene veces,

(2) Bienvenido Cellini nació en Florencia en 1500, la noche que media entre Todos Santos y la Conmemoración de los Fieles difuntos, ó sea en la del 1.º al 2 de Noviembre.

Con la esperanza puesta en altas preces
De aquel que gracia en ti por mí procura (1).

Trueca el poder de mi fatal destino
Y haz vencedora la benigna estrella
Que vió elevarme sobre el vulgo ignaro.

Yo soy tu siervo, Tú mi Dios divino (2):
Dame, pues, de tu gracia una centella
Que alumbre aquesta fe que te declaro.

X.

Cincuenta y dos jornadas he cumplido
Dentro de aquesta cárcel encerrado,
Do no tiene razón el desdichado,
De vida ó muerte al fallo apercibido.

¡Oh Dios, á mis clamores pon oído,
Sea yo por tu diestra al fin librado,
Cancela el vicio, la virtud á un lado
De este yermo á sacar ven decidido!

Suplica, Virgen Madre, á Dios del Cielo
Tu Padre y á la vez Hijo glorioso,
Mi dulce libertad, presente suyo.

Vida y alma emplear sólo es mi anhelo,
Con metales y mármoles dichoso,
Siempre en honor de Dios y en honor tuyo.

XI.

Allá *ad kalendas græcas* bien charlaste (3),
Mas hícete callar con el gañote;

(1) Parece indicar que encargó alguna función religiosa para pedir á Dios su pronta libertad.

(2) Así se expresa Cellini textualmente: *Io son tuo servo, e tu il mio Iddio divino.*

(3) Dirigiéndose al escultor Bandinelli, le recuerda la dispu-

Juro romper en ti fuerte garrote,
Como aquella lección sola no baste.

Si los cuernos así te estropeaste,
Á tu doctor diré que eres un zote;
No quiero que te metas, pasmarote,
Entre quien puede y yo, pues me robaste (1).

Él es quien quita y da; los otros, chito.
Sólo puede mediar aquí Fortuna,
Y aun sobre ella está Dios, que es quien la doma.

Hay quien logra favor valiendo un pito,
Sin principio ni fin; como la Luna
Su luz del claro Sol prestada toma.

XII.

Cese el llanto, que es bien aventurada,
Trocado en inmortal su pobre velo;
Trajo un alma, con dos asciende al cielo (2),
Y de vuestro loor acompañada.

Su muerte diputad como sagrada,
Pues prematura fué: llena de celo
Aboga ya por vos, antes que el pelo
Fuese blanco dosel de frente ajada.

En los espacios estelares mora,
Digna mansión del ánima en reposo,
Libre del cuerpo que dejó en la tierra.

Pláceme el cielo contemplar agora
Desde esta cárcel donde estoy quejoso,
Que un vulgo ignaro y vil aquí me encierra.

ta que tuvieron ante el duque de Florencia, Cosme I de Médicis.

(1) Prohíbe á Bandinelli intrigar para obtener el mármol que deseaba Cellini, donde labrar el Neptuno para la fuente de la Plaza.

(2) Este soneto parece dirigido á consolar á un hombre por la muerte de su esposa, joven y en cinta.

XIII.

*En la madrugada del último día de cárcel, en que me vi libre, que
fue un lunes por la mañana.*

Todos los santos me han favorecido,
Y hasta Saturno y Jove. ¡Clara Luna:
Dame tú, por favor, prueba oportuna
De que jamás me echaste en el olvido!
Sácame de la cárcel, te lo pido;
Jamás te he de olvidar en parte alguna;
Mi imagen de oro, como no hay ninguna,
Á tu altar llevaré reconocido.

Dos meses llevo aquí desesperado:
Unos dicen que estoy por Ganimedes,
Otros que por audaz haber hablado.

Á los pies de Perseo sólo puedes
Mirar si á las mujeres tengo amado;
Del dios con alas son estas mercedes.

XIV.

*«Cuando me vi libre, fuera de la cárcel, al cabo de dos meses
de prisión (1).*

Creador inmortal, que sempiterno
Vives en la extensión del infinito,
Con estrellas tu nombre en él escrito:
Del alto Empíreo tienes el gobierno;
Descendiste glorioso hasta el Infierno,

(1) Recuerda la prisión sufrida en 1538 y 1539, por mandato de Paulo III, en el Castillo del Santo Ángel; y la visión celestial que tuvo en él.

Donde por siempre va todo precito;
 Visitaste después lugar bendito,
 Purgatorio, en que el llanto no es eterno.

Nunca olvido de Roma las prisiones,
 Donde me hundió de Paulo la avaricia,
 Cuando te apareciste á mí inocente.

Y pues iguales son las ocasiones,
 Te ha movido á piedad tanta injusticia.
 ¡Que tu grandeza mis rigores siente!

XV.

Madrigal escrito en la cárcel.

En cárcel afligido,
 ¡Oh Dios, Dios inmortal, á Ti te llamo!

Por el dolor caído,
 Triste de mí, tu compasión reclamo:
 Mis lágrimas te muevan, mi gemido.

¿Hay alguien convencido
 De no pecar? Si el roedor empieza,
 ¿Quién de tu enojo se resiste al peso?

De sangre, carne y hueso
 Frágil mixto nos hizo tu grandeza.
 ¡Apiádate, Señor, nuestra flaqueza!

XVI.

Sobre mi mal de gota.

Solo inmortal Señor, Padre amoroso,
 Formar quisiste Tú todas las cosas:
 Del cielo las estrellas luminosas
 Haces que sigan curso misterioso.

La tierra, el mar y el aire, sin reposo,
 Producen criaturas asombrosas;
 Después de hacer el hombre al fin reposas
 Y de aquéllas le nombras rey glorioso.

El rebelde Luzbel, ¡ay de mí triste!
 Combate la virtud con furia airada
 É infunde en nuestro espíritu el pecado.

Nacer hombre y morir por mí quisiste:
 ¡Quítame, oh Dios, el mal que me anonada
 Ó la pobreza, porque estoy postrado!

XVII.

*Extrañase Perséo de aquesta inusitada y favorecida
 fanfarronada hocicona (1).*

Hércules logró al fin matar á Anteo
 Y airado lo estrelló contra la vía,
 Con la furia que cabe en alma pía:
 Mas aquesta es mayor, por lo que creo.

Este gran vencedor, según yo veo,
 Tres veces dióle muerte, cruda, impía:
 En la tierra no existe todavía
 Razón que valga más que su deseo.

Destroza el gran Neptuno que te sale:
 Creí que Bandinelli era el más zote,
 Mas á aqueste no hay nadie que le iguale.

Medusa abajo, en alto el chafarote,
 Y Júpiter tonante: nada vale
 Para evitar el tremebundo azote.

(1) Se refiere á la resolución de Cosme I de encargar el Neptuno al escultor Ammannati, á la muerte de Bandinelli (1559), á quien se le tenía dado dos veces (libremente la una y previo concurso la otra vez). Fustiga la terquedad del duque.

XVIII.

Á la señora Laura Battiferra, mujer de Bartolomé Ammannati.

Con dulce canto y melodiosa lira,
 Corre al Tártaro á entrar el fiel Orfeo,
 El Trifauce se rinde al dios Morfeo
 Y la tartárea puerta se abre y gira.
 Plutón le entrega quien su canto inspira,
 Mas le engaña la Muerte en su deseo.
 Vos, oh Laura gentil, según yo creo,
 Tuvísteis más fortuna y no me admira.
 Fué en vuestra busca el inmortal Petrarca,
 Vino luego con vos del Paraíso
 Y un sólo cuerpo á entrambos os abarca.
 ¡Feliz Orfeo, á ser de tanto aviso;
 Pues burlárase entonces de la Parca,
 Con su esposa al formar ser indiviso (1)!

XIX.

Á Bartolomé Ammannati, escultor; y á su mujer, que es poetisa.

Bartolomé, pues Dios, grande, inmortal,
 Es quien nos dió lo que hemos menester,
 Déjale obrar según su parecer,
 Sin decir si nos place bien ó mal.
 Vos esculpís con arte magistral;

(1) De puro sutil se quiebra la ingeniosidad de este alambicado soneto. Laura Battiferra era poetisa, y para halagarla supone Cellini que ella es la misma Laura de Valclusa (rediviva), con la cual vive eternamente unido del modo más estrecho el espíritu de Petrarca.

Y esa vuestra honestísima mujer
 Hace versos cual nunca pudo hacer
 Mejores en el mundo otro mortal.

Sed felices, gozando sin dolor:
 Á Dios pido que os dé dicha sin fin,
 Vida, bienes, poder, hijos y honor.

De mi vejez en el postrer confin,
 Quedan Jove y Perseo sin favor:
 Me lo impidió con rabia aquel malsín (1).

XX.

Al caballero Baccio Bandinelli, escultor.

Caballero, si fuéseis tan poëta
 Como rústico soy ó campesino,
 Mandadme algún poëma peregrino
 Y otro os haré, para amistad completa.

En presencia del duque hubimos Dieta (2);
 Disputamos allí según convino;
 Con escarnio quizá del Ser divino,
 Pues tenemos los dos natura inquieta.

Yo personas maté, vos piedras duras:
 Vuestras víctimas yacen sobre el suelo;
 Mas las mías están bajo de tierra (3).

De los dos, alguien quedará á obscuras,
 Sin lograr, del Neptuno en el anhelo,
 La victoria obtener en esta guerra (4).

(1) El escultor Bandinelli, obteniendo, por influencia de la duquesa, el encargo de hacer la estatua colosal del Neptuno, de mármol.

(2) Reunión, asamblea: refiérese á su disputa en presencia de Cosme I y su corte.

(3) Parécele á Cellini peor destruir mármoles que personas, porque las malas estatuas quedan siempre á la vista de todos, mientras que á los muertos nadie los ve.

(4) Se refiere al certamen abierto para dicha estatua, y al que concurrían ambos escultores.

XXI.

Contra Bandinelli.

Fiesole, Settiñan, Pinzedimonte (1)
 Exigen que haya más de un florentino:
 Escultor y pintor, *Ángel* divino;
 Bandinelli es copista de Laoconte (2).

No hay al genio de aquél quien se remonte,
 Único en dirigir por buen camino;
 Éste es picapedrero muy mezquino:
 ¡Esculpid en la piedra algo que monte!

Con vuestro aspecto y vuestra voz tonante
 Harto se ve que sois de sitio alpestre,
 Que el ageno pesar sólo os contenta.
 Ciegos, no comprendéis que este ignorante
 Tiene al mérito en cruz, aunque lo muestre.
 ¡Pero vos, oh Señor, tenedlo en cuenta!

XXII.

*Porque Vanni (3) me disputa todos los años mi pan y mi vino,
 ruego á Dios que me defienda de él.*

Juez que los cielos inmortal gobiernas,
 Y á todos mueves Tú con sutil arte,

(1) Pueblos toscanos, patria de artistas famosos.

(2) *Ángel divino* es el genial pintor, escultor, arquitecto y poeta Miguel Ángel Buonarroti; todos los *méritos* de Bandinelli (según Cellini) son haber *copiado*.

(3) Acerca de este Vanni (hijo de Juan Felipe del Burgo de Buggiano), véase la edición de Tassi, tomo III, págs. 77, 78 y 188, *notas*.

Y difundes tu gloria en cada parte,
 Varias y estables, móviles y eternas.

Nadie niegue que el bien y el mal disciernas,
 Nuestra fragilidad al confesarte:
 Como aquí bien y mal nadie reparte,
 Cólmanse las tartáreas cavernas.

Ya que mi fe pregonas tus loores,
 En gozo mi dolor cambia, Dios mío,
 Y la razón resplandecer consiga.

Dame paz, que estoy harto de señores;
 Sé Tú mi salvador de Vanni impío,
 Y á quien se oponga, sin piedad castiga.

XXIII.

Á Francisco María Molza.

Molza, mientras el Sol tenga potencia
 De regir el verano y el invierno,
 Conservaréis renombre sempiterno:
 Tan clara y singular es vuestra ciencia.

Si tuviese cual ánimo elocuencia,
 El nombre que gozáis, de suyo eterno,
 Pusiera yo tan alto, que discierno
 Premiara todo el mundo su excelencia.

Las estrellas con vos fueron benignas,
 Parcas conmigo son: pequeño vaso
 Para que á Tétis contener intente.

Y como son mis fuerzas harto indignas,
 Mi estilo, que es injuria del Parnaso,
 Al cielo pedirá favor clemente.

XXIV.

En la muerte de Juan de las Bandas Negras.

Yo el epitafio soy, éste es el vaso
 Donde el hijo de Marte ve el reposo:

Él es, con darle albergue, venturoso;
Yo soy feliz, con celebrar el caso.

Aquel que fué del orto hasta el ocaso
Y fué de polo á polo tan glorioso,
La Italia por librar de yugo odioso,
Vino á postrarlo aquí fatal acaso.

Hirióle junto al Pó tudesca espada
Á este Juan tan magnánimo y tremendo,
Que vió su frente de laurel ornada.

Fué la muerte cruel al heroe hundiendo,
Mas la gloria le sigue fascinada,
Años veintiocho triunfador viviendo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

INDICE SUMARIAL.

LIBRO II.

I. Va Cellini á Tagliacozzo, recoge á Ascanio y se vuelve con él á Roma para proseguir sus trabajos artísticos. Sello del cardenal de Ferrara.—II. Descripción del modelo del salero encargado por el mismo cardenal.—III. Viaje de Cellini á Viterbo.—IV. Bienvenido mata de un arcabuzazo al maestro de postas de Siena.—V. Viaje á Florencia y á Ferrara.—VI. Medallón del duque de Ferrara.—VII. Recompensa del duque á Cellini.—VIII. Historia de los vasos de plata que le compró el médico Jacobo de Carpi.—IX. Viaje á Francia. Primera entrevista de Cellini con Francisco I, en Fontainebleau.—X. Cellini no se satisface con el estipendio que para él propuso al rey el cardenal de Ferrara.—XI. Se despide de sus discípulos, con el propósito de abandonar Francia y dedicarse á hacer un gran Crucifijo. Se le presenta un enviado del rey.—XII. Francisco I regala á Cellini 500 escudos de oro, le señala una pensión anual de 700, y le hace entrega del castillo del Petit-Nesle, en París.—XIII. Disputa de Bienvenido con el señor de Marmagne.—XIV. Hace Bienvenido un jarro y una fuente de plata sobredorada para el antedicho cardenal, quien los regala al rey y recibe en recompensa una abadía con 7.000 escudos de renta.—XV. El rey, acompañado por la corte, visita por vez primera el taller de Cellini en París.—XVI. Presenta á Francisco I el modelo que hizo para el salero; recibe el encargo de hacerlo en oro, y 1.000 escudos viejos para fundirlos con ese fin.—XVII. Aventura con los ladrones que se

los quisieron robar en el camino.—XVIII. Reta á dos maestros viejos de París á quien funda mejor en bronce las esculturas, y sale vencedor.—XIX. El rey Francisco I le otorgó carta de naturaleza y el título de señor del castillo del Petit-Nesle.—XX. Obras en que se ocupaba entonces. Segunda visita del rey al taller de Cellini.—XXI. Modelo de nueva puerta principal del palacio de Fontainebleau.—XXII. Modelo de la fuente monumental para el mismo palacio.—XXIII. Benvenuto regala al cardenal de Lorena un vaso artístico, que pensó regalar á Mad. de Etampes.—XXIV. Hospeda Cellini á varios personajes en su castillo del Petit-Nesle.—XXV. Despacha de éste á un impresor y á un fabricante de salitre. Enemistad con la manceba del rey.—XXVI. Mad. de Etampes protege al Bologna, en odio á Cellini.—XXVII. Pintura de los tribunales de justicia en París á la sazón.—XXVIII. Justicia catalana de Cellini. Sermón de éste á su ayudante Paulo Micceri.—XXIX. Sorprende á dicho ayudante en amoroso trato con la criada Catalina. Ésta acusa ante los tribunales á Cellini.—XXX. Juicio y sentencia absolutoria de Benvenuto.—XXXI. Empieza la disputa con el Bologna.—XXXII. Avenencia entre ambos artistas.—XXXIII. Venganza de Cellini contra Paulo Micceri, y Catalina.—XXXIV. Lo que hacía á solas Cellini con la susodicha Catalina, ya casada con Paulo.—XXXV. Resultados de esta conducta.—XXXVI. Concluye Cellini el salero para el rey. Descripción de esta célebre obra de arte.—XXXVII. Cellini y Juana Escorzone. Primera hija natural de Benvenuto:—XXXVIII. Conducta del cardenal de Ferrara con Cellini.—XXXIX. Tercera visita de Francisco I al taller de Benvenuto.—XL. Manera de defender Cellini la propiedad de su castillo contra un perfumista protegido por la querida del rey. Éste le da segunda carta confirmatoria de la donación del Petit-Nesle.—XLI. Exposición del Júpiter de plata hecho por Cellini.—XLII. La cabeza del dios Marte. Lo que había dentro.—XLIII. Las intrigas de Mad. Etampes.—XLIV. Cuarta visita del rey á Cellini.—XLV. Discurso de Benvenuto á Francisco I.—XLVI. Pruebas del afecto del rey al artista.—XLVII. Conversaciones de los cortesanos con la favorita contra Cellini.—XLVIII. Benvenuto pide permiso al rey para irse á Italia.—XLIX. Preparativos de viaje.—L. Percances de la expe-

dición.—LI. Benvenuto Cellini encuentra en Placencia al duque Pedro Luis Farnesio, que le había hecho encerrar en el castillo del Santo Ángel en Roma.—LII. El cuñado de Cellini.—LIII. Engañado Cellini por las promesas de Cosme de Médicis, se queda en Florencia.—LIV. La casa de Benvenuto en su ciudad natal.—LV. Disputa de Cellini con Riccio, mayordomo del duque.—LVI. Conducta infame de Paulo y Ascanio en París.—LVII. Cellini empieza el modelo del *Perseo*.—LVIII. Obras artísticas para los duques.—LIX. Resentimiento de Francisco I con Cellini. Carta del artista al rey de Francia.—LX. El timo del diamante.—LXI. Cellini es acusado de sodomía.—LXII. Viaje á Venecia y regreso á Florencia.—LXIII. El busto del duque Cosme.—LXIV. Primeras discusiones entre el duque y el artista.—LXV. Obras de orfebrería para los duques.—LXVI. Cólera de Cellini contra el escultor Bandinelli. Muerte de otro hijo natural de aquél.—LXVII. Oferta de un mármol, hecha por Bandinelli á Cellini.—LXVIII. El anillo de la duquesa, regalado por ésta al rey de España, Felipe II.—LXIX. La estatua de *Ganimedes*.—LXX. Discusión artística en presencia del duque y de su corte entre Cellini y Bandinelli.—LXXI. Disputa personalísima que la siguió.—LXXII. La estatua de mármol de *Narciso*. Percance de Benvenuto.—LXXIII. Quejas dadas por Cellini al duque Cosme.—LXXIV. Conversación artística entre ambos.—LXXV. Preparativos para la fundición del grupo de bronce del *Perseo*.—LXXVI. Principia la famosa descripción de cómo se hizo esa célebre estatua.—LXXVII. Sigue el mismo asunto.—LXXVIII. Concluye el mismo asunto. Triunfo de Cellini.—LXXIX. Benvenuto Cellini y Miguel Ángel en Roma.—LXXX. El artista y el usurero.—LXXXI. Conversación entre Benvenuto y Miguel Ángel.—LXXXII. Regreso á Florencia y visita al duque.—LXXXIII. El timo del collar de perlas. Honradez de Cellini.—LXXXIV. De cómo no conviene ser hombre de bien y de mérito.—LXXXV. Discusión del artista y el duque sobre arquitectura militar.—LXXXVI. Cellini y los dos capitanes.—LXXXVII. El enojo de la duquesa y el favor del duque.—LXXXVIII. Sigue el mismo asunto.—LXXXIX. Zurra en proyecto, epigrama en la realidad.—XC. Cellini descubre por algunas horas su *Perseo*. Versos toscanos, latinos y griegos en su honor.—XCI. El envi-

dioso Bandinelli.—XCII. Inauguración oficial del *Perseo*.—XCIII. Buenas promesas del duque. Peregrinación de Benvenuto en acción de gracias.—XCIV. El médico alquimista, geógrafo y estratega.—XCV. Tacañería de un Médicis reinante con un artista.—XCVI. Mal pago del *Perseo*.—XCVII. Ruindades del gran duque para con el gran artista.—XCVIII. Los púlpitos de Santa Reparata.—XCIX. El mármol para la estatua colosal de *Neptuno*.—C. El modelo de *Neptuno*, y el *Crucifijo de mármol*.—CI. *Cristo*, Cellini y los frailes. El modelo grande de *Neptuno*.—CII. De cómo Cellini compró al Sbietta una hacienda.—CIII. Agasajos péfidos y consejos leales.—CIV. Benvenuto Cellini envenenado.—CV. El matrimonio Ammannati; los médicos de Cellini.—CVI. Truhanería del hijo de un artista.—CVII. La justicia en Florencia.—CVIII. Conversación de Cellini y Cosme de Médicis en Liorna.—CIX. La gramática parda de los campesinos.—CX. Cellini engañado por los labriegos.—CXI. El *Crucifijo de mármol* del Escorial.—CXII. La reina de Francia, Catalina de Médicis, quiere que Cellini vaya otra vez á París. Lo estorba el duque.—CXIII. Da fin el manuscrito de la VIDA DE BENVENUTO CELLINI, escrita por él mismo.

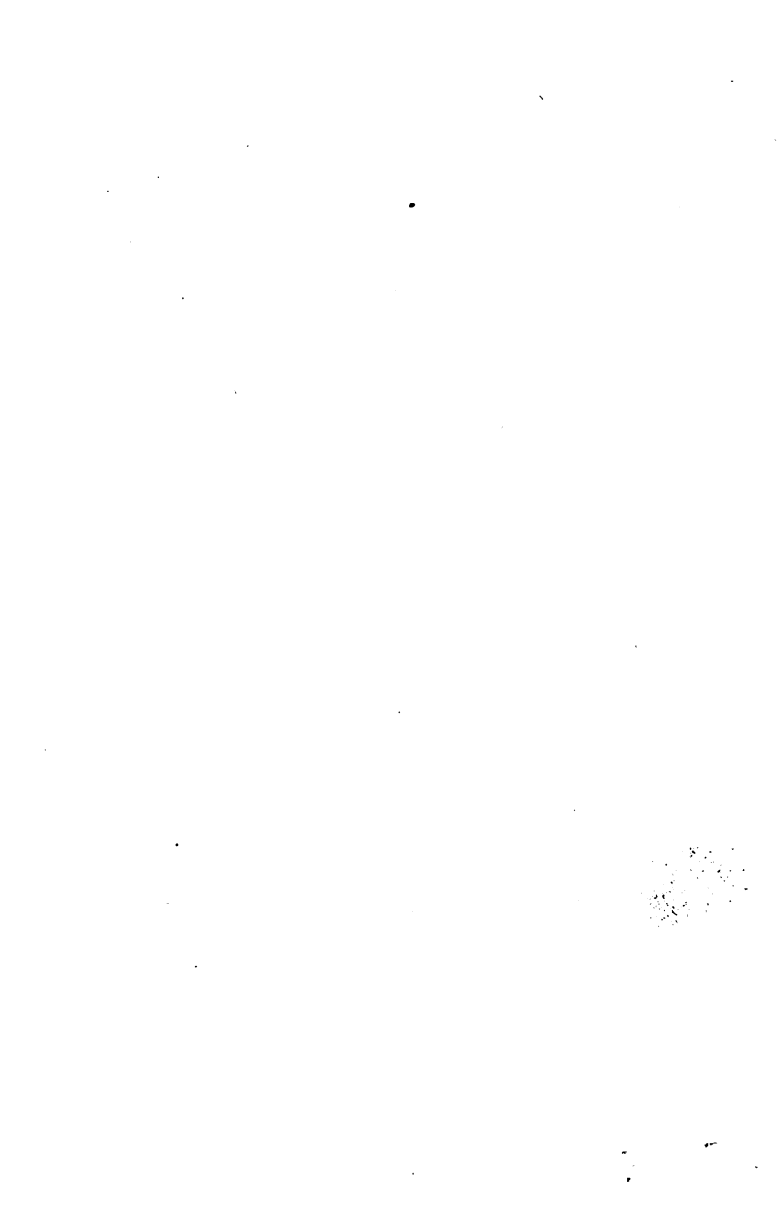
DOCUMENTOS ILUSTRATIVOS.

APÉNDICE, por el marqués de Campori.

RIMAS DE BENVENUTO CELLINI, en versos castellanos.



FIN DEL ÍNDICE SUMARIAL DEL TOMO SEGUNDO.









Biblioteca de Cataluña

P.P.

568



12

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA

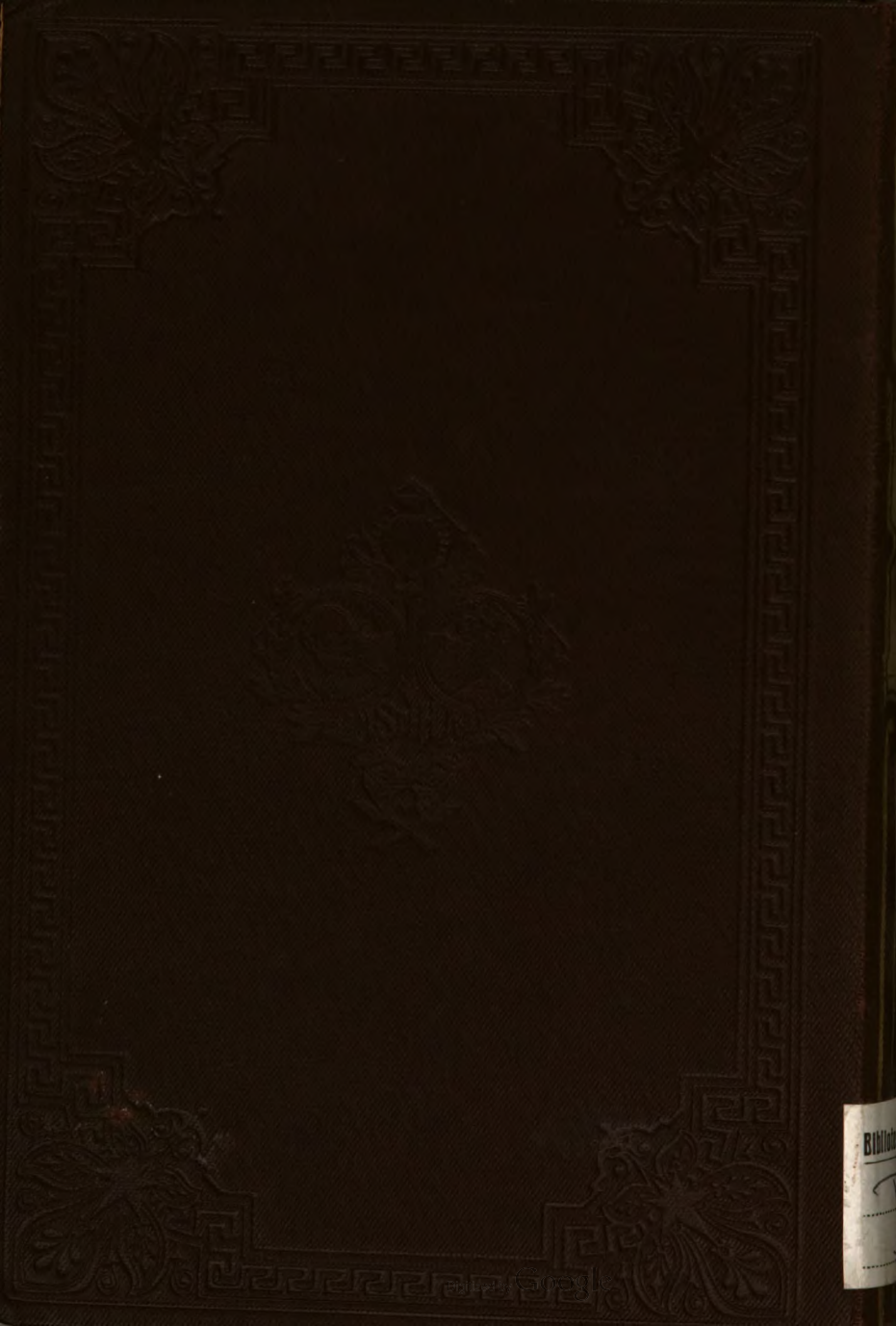
BIBLIOTECA CENTRAL

Reg. 404.442

Sig. 93 (45)

TALUNYA





BINDING